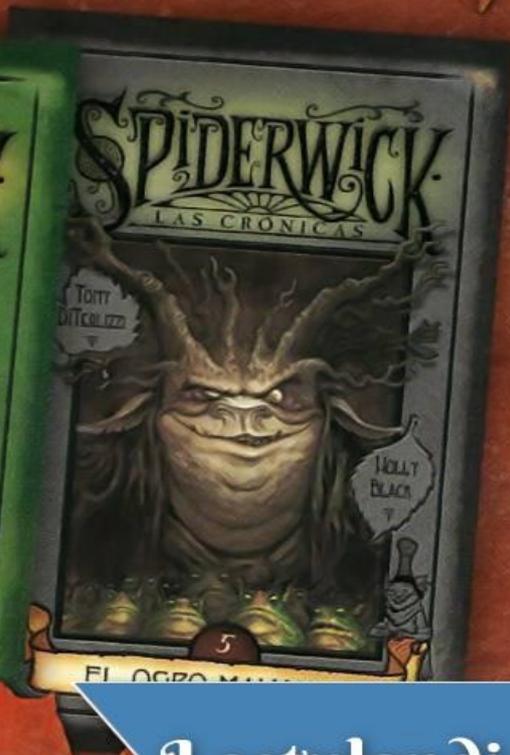
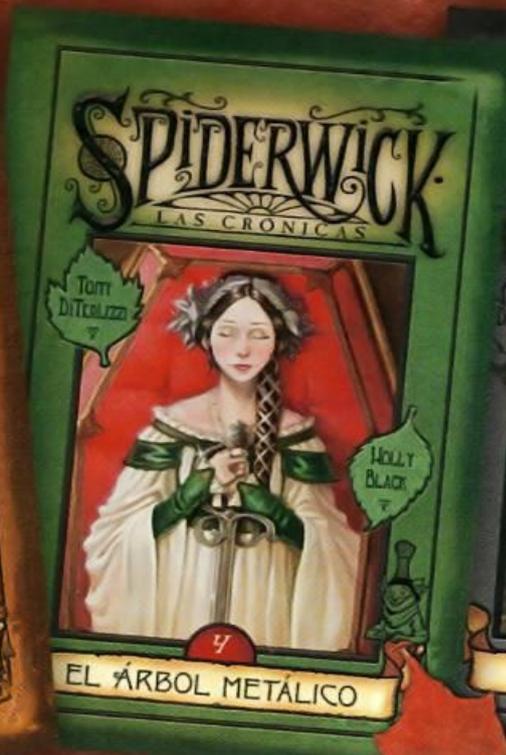
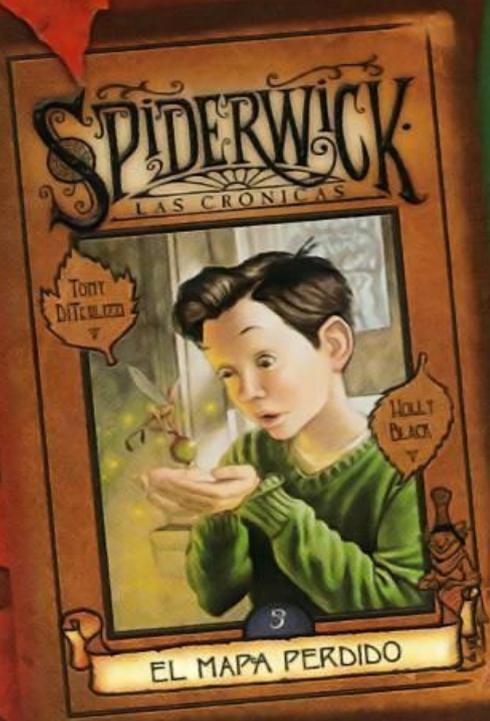


SPIDERWICK

LAS CRÓNICAS



Lectulandia

Tony DiTerlizzi - Holly Black

Las crónicas de Spiderwick

ePUB v1.3

Moover 20.03.12

más libros en lectulandia.com

Título Original: "The Spiderwick Chronicles"
Traducción: Carlos Abreu
Diseño del libro: Tony DiTerlizzi y Dan Potash

© Tony DiTerlizzi y Holly Black, 2003
© Ediciones B, S. A., 2005

Fotocomposición: punt groc & associats, s. a., Barcelona
Impresión y encuadernación: Printer industria gráfica
N. II, Cuatro caminos s/n, 08620 Sant Vicenç dels Horts
Barcelona, 2005. Impreso en España
ISBN 978-84-6663739-8

*Para mi abuela Melvina, que me aconsejó
que escribiera un libro como éste, y a quien
le dije que nunca lo haría.*

H.B.

*Para Arthur Rackham: que continúe
inspirando a otros como
me ha inspirado a mí*

T.D.

Querido lector:

Tony y yo somos amigos desde hace años, y siempre hemos compartido cierta fascinación por la literatura fantástica. No siempre habíamos sido conscientes de la importancia de esa afinidad ni sabíamos que sería puesta a prueba.

Un día, Tony y yo —junto con varios otros autores— estábamos firmando ejemplares en una librería grande. Cuando terminamos, nos quedamos para ayudar a apilar libros y charlar, hasta que se nos acercó un dependiente y nos dijo que alguien había dejado una carta para nosotros. Cuando le pregunté exactamente a quién iba destinada, su respuesta nos sorprendió.

—A vosotros dos —señaló. La carta aparece transcrita íntegramente en la siguiente página. Tony se pasó un buen rato contemplando la fotocopia que la acompañaba. Luego, en voz muy baja, se preguntó dónde estaría el resto del manuscrito. Escribimos una nota a toda prisa, la metimos en el sobre y le pedimos al dependiente que se la entregase a los hermanos Grace.

No mucho después alguien dejó un paquete atado con una cinta roja delante de mi puerta. Al cabo de pocos días, tres niños llamaron al timbre y me contaron esta historia.

Lo que ha ocurrido desde entonces es difícil de describir. Tony y yo nos hemos visto inmersos en un mundo en el que nunca creímos realmente. Ahora sabemos que los cuentos de hadas son algo más que relatos para niños. Nos rodea un mundo invisible, y queremos desvelarlo ante tus ojos, querido lector.

Holly Black

Queridos señora Black y señor DiTerlizzi:

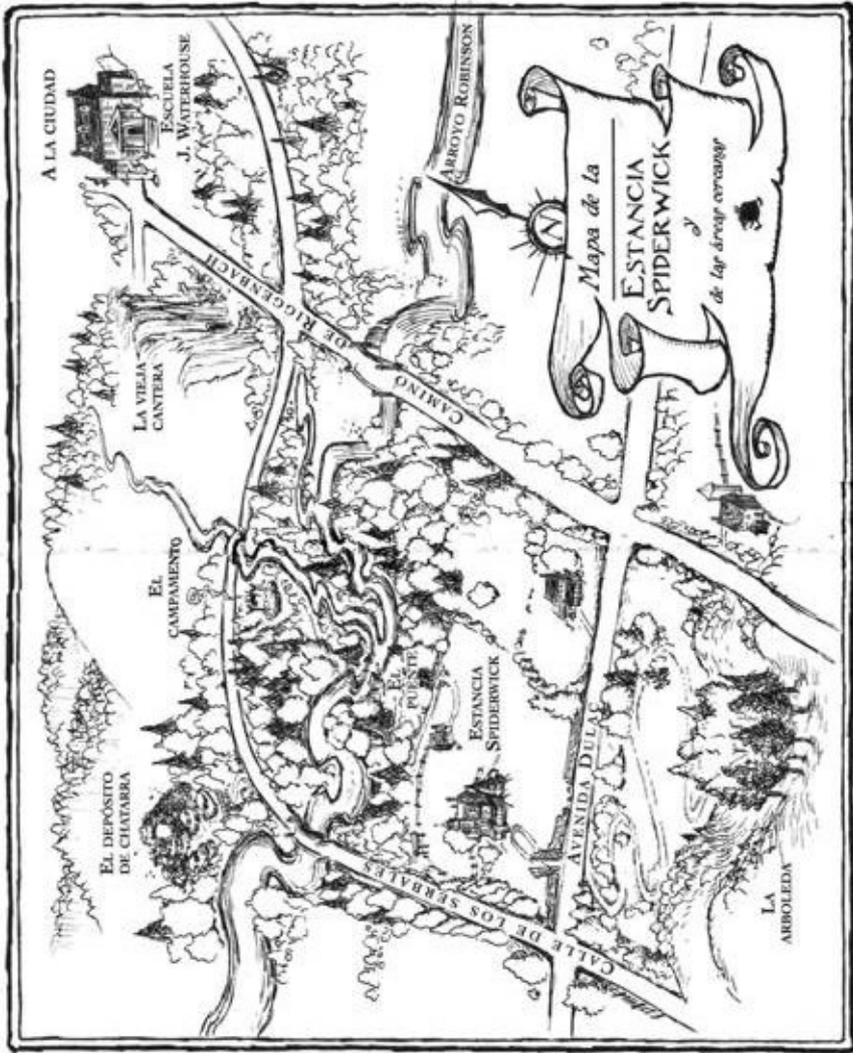
Sé que un montón de gente no cree en los seres sobrenaturales, pero yo sí, y sospecho que ustedes también. Después de leer sus libros, les hablé a mis hermanos de ustedes y decidimos escribirles. Algo sabemos sobre esos seres. De hecho, sabemos bastante.

La hoja que adjunto es una fotocopia de un viejo libro que encontramos en el desván. No está muy bien hecha porque tuvimos problemas con la fotocopiadora. El libro explica cómo identificar a los seres mágicos y cómo protegerse de ellos. ¿Serían tan amables de entregarlo a su editorial? Si pueden, por favor metan una carta en este sobre y devuélvanlo a la librería. Encontraremos el modo de enviarles el libro. El correo ordinario es demasiado peligroso.

Sólo queremos que la gente se entere de esto. Lo que nos ha pasado a nosotros podría pasarle a cualquiera.

Atentamente.

Mallory, Jared y Simon Grace.





Tony DiTerlizzi y Holly Black

Traducción de Carlos Abreu





CAPÍTULO UNO

Donde los hermanos Grace llegan a su nuevo hogar

CAPÍTULO DOS

Donde se exploran dos paredes con métodos radicalmente distintos

CAPÍTULO TRES

Donde se plantean muchos interrogantes

CAPÍTULO CUATRO

Donde se dan respuestas, pero no a las preguntas adecuadas

CAPÍTULO CINCO

Donde Jared lee un libro y tiende una trampa

CAPÍTULO SEIS

Donde aparecen cosas inesperadas en el congelador

CAPÍTULO SIETE

Donde se descubre el destino de los ratones

SPIDERWICK

LAS CRÓNICAS



Más bien parecían un montón de barracas

CAPÍTULO UNO

Donde los hermanos Grace llegan a su nuevo hogar

Si alguien hubiese preguntado a Jared Grace en qué trabajarían sus hermanos cuando fuesen mayores, no se lo habría pensado dos veces. Habría respondido que su hermano Simon sería veterinario o domador de leones, y que su hermana Mallory se dedicaría profesionalmente a la esgrima o acabaría en la cárcel por pinchar a alguien con una espada. Sin embargo, el propio Jared no sabía qué quería llegar a ser. No es que nadie se lo preguntase, en realidad. Nadie le pedía su opinión sobre nada. La nueva casa, por ejemplo. Jared Grace alzó la vista y achicó los ojos. Quizás aquello le parecería más bonito si lo viese borroso.



—Es una barraca —comentó Mallory, bajando del coche. Pero eso no era del todo cierto. Más bien parecía un montón de barracas colocadas una encima de otra. Tenía varias chimeneas, y una valla de hierro coronaba el último tejado como un llamativo sombrero.

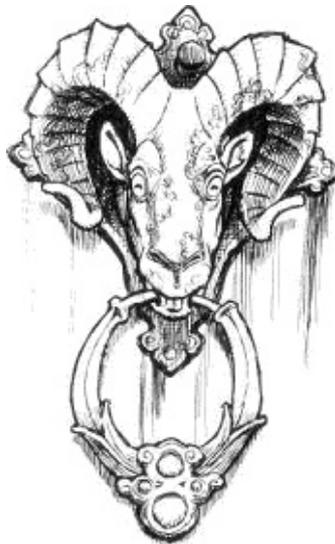
—No está tan mal —dijo su madre con una sonrisa sólo un poco forzada—. Es victoriana.

Simon, el gemelo de Jared, no parecía disgustado. Debía de estar pensando en todos los animales que podría tener ahora. En realidad, considerando todos los que había llegado a acumular en el pequeño dormitorio que compartía con él en Nueva York, Jared supuso que harían falta muchos conejos, erizos y demás que rondaran por ahí para satisfacer las ansias de Simon.



—Vamos, Jared —lo llamó su hermano. Jared se percató de que todos habían subido los escalones de la entrada y él se había quedado solo en el jardín, contemplando la casa.

La puerta, de un tono apagado de gris, estaba desgastada. Los pocos restos de pintura que quedaban incrustados en las grietas y alrededor de las bisagras eran de un color crema indeterminado. Había una aldaba oxidada en forma de cabeza de carnero sujeta en el centro de la puerta con un clavo grueso.



Mamá introdujo una llave dentada en la cerradura, la giró y empujó fuerte ayudándose con el hombro. La puerta se abrió a un oscuro vestíbulo. La única ventana se encontraba en mitad de las escaleras, y sus vidrios coloreados teñían las paredes con una tétrica luz rojiza.

—Es tal como la recordaba —dijo con una sonrisa.

—Pero más hecha polvo —añadió Mallory.

Por toda respuesta, mamá exhaló un suspiro.

El vestíbulo conducía a un comedor en el que no había otro mueble que una mesa

alargada con viejas manchas. Zonas del enlucido del techo estaban agrietadas, y una araña de luces colgaba de unos cables medio pelados.

—¿Por qué no empezáis a traer cosas del coche? —dijo mamá.

—¿Traerlas? ¿Adónde? ¿Aquí? —inquirió Jared.

—Sí, aquí. —Mamá depositó la maleta en la mesa sin hacer caso de la nube de polvo que se levantó—. Si vuestra tía Lucinda no nos hubiese dejado quedarnos aquí, no sé dónde habríamos acabado. Debemos estarle agradecidos.

Los tres hermanos guardaron silencio. Por más que se esforzaba, Jared no sentía nada remotamente parecido a la gratitud. Desde que su padre se marchó de casa, todo había ido de mal en peor. Había tenido problemas en el colegio, como el moratón en su ojo izquierdo le recordaba continuamente. Aun así, esa casa... Esa casa era lo peor que le había ocurrido hasta entonces.

—Jared —dijo su madre cuando él se disponía a salir detrás de Simon para descargar el coche.

—¿Qué?

Ella aguardó a que los otros dos se alejasen por el vestíbulo antes de hablar.

—Es nuestra oportunidad de empezar de cero, ¿de acuerdo? Una buena oportunidad para todos.

Él asintió con la cabeza, de mala gana. No hacía falta que ella aclarase lo que quería decir: que la única razón por la que no lo habían expulsado del colegio era que se iban a mudar de todos modos. También por ese motivo debía sentirse agradecido. Pero no lo estaba.

Fuera, Mallory había apilado dos maletas encima de un gran baúl.

—Por lo visto se está matando de hambre —comentó.

—¿Tía Lucinda? Lo que pasa es que es vieja —dijo Simon—. Vieja y chiflada.

—He oído a mamá mientras hablaba por teléfono —replicó Mallory, sacudiendo la cabeza—. Le estaba contando a tío Terrence que tía Lucinda cree que unos hombrecillos le traen la comida.

—¿Qué esperabas? Está en un manicomio —dijo Jared.

Mallory prosiguió como si no lo hubiese oído.

—Les dijo a los médicos que la comida que le daban era mucho más sabrosa que cualquiera de las cosas que ellos pudieran probar jamás.

—Te lo estás inventando. —Simon se pasó al asiento de atrás y abrió una de las maletas.

Mallory se encogió de hombros.

—Si se muere, alguien heredará este lugar y tendremos que mudarnos de nuevo.

—Entonces quizá podríamos regresar a la ciudad —aventuró Jared.

—Ni lo sueñes —repuso Simon, sacando varios pares de calcetines enrollados—.

¡Oh, no! ¡Jeffrey y Lemondrop han hecho un agujero en la caja!

—Mamá te dijo que no trajeras los ratones —le reprochó Mallory—. Te dijo que ahora podrías tener mascotas normales.

—Si los soltara, seguro que acababan enganchados en una trampa o algo así —se lamentó Simon, volviendo un calcetín del revés y sacando un dedo por el agujero de la punta—. ¡Además, tú has traído toda tu chatarra de esgrima!

—No es chatarra —gruñó Mallory—. Y lo que te aseguro es que no está viva.

—Déjalo en paz —dijo Jared.

—Sólo porque tengas un ojo morado no creas que no te puedo dejar el otro igual. —La melena de Mallory ondeó hacia atrás cuando se volvió hacia él para ponerle una maleta pesada en las manos—. Carga con esto si eres tan duro.

Aunque Jared sabía que algún día sería más grande y fuerte que ella (cuando ella no tuviera trece años ni él nueve), le costaba imaginarlo.

Jared se las arregló para cruzar el umbral con la maleta a cuestas antes de dejarla caer. Supuso que podría arrastrarla durante el resto del camino si hacía falta sin que nadie se enterase. Sin embargo, a solas en el vestíbulo de la casa, Jared ya no se acordaba de cómo llegar al comedor. Desde donde se encontraba, dos pasillos serpenteaban hacia el interior de la casa.

—¿Mamá? —Pese a que pretendía llamarla en voz alta, de su garganta brotó un gritito apenas perceptible incluso para él.

No obtuvo respuesta. Dio un paso vacilante y después otro, hasta que el crujido de una tabla del suelo lo detuvo.



¿Mamá?

Justo entonces, oyó que algo rascaba, y que lo hacía desde dentro de la pared. El sonido se desplazó hacia arriba y se desvaneció tras sobrepasar el techo. El corazón le latía con fuerza.

«Seguro que es sólo una ardilla», se dijo. Después de todo, la casa parecía estar cayéndose a pedazos. Podía haber cualquier cosa viviendo allí; tendrían suerte si no había un oso en el sótano ni pájaros en los conductos de la calefacción. Si es que en una casa así había calefacción, claro.

—¿Mamá? —llamó de nuevo, en voz aún más baja.

La puerta se abrió a su espalda y Simon entró con dos frascos de conservas que contenían sendos ratones grises de ojos saltones. Por detrás de él apareció Mallory con cara de pocos amigos.

—He oído algo —dijo Jared—, dentro de la pared.

—¿Algo? ¿Y qué era? —preguntó Simon.

—No lo sé... —Jared no quería reconocer que, por un momento, había creído que se trataba de un fantasma—. Seguramente una ardilla.

Simon examinó la pared con interés. El papel pintado, con dibujos en plata y dorado, se abombaba en muchas zonas, y en otras se había desprendido completamente.



—¿Tú crees? ¿Aquí, en la casa? ¡Siempre he querido tener una ardilla!

Como a nadie pareció preocuparle que hubiese algo dentro de la pared, Jared no volvió a tocar el tema. Sin embargo, mientras llevaba la maleta al comedor, no podía dejar de pensar en su pequeño apartamento de Nueva York y en lo que era esa familia antes del divorcio. Deseaba que todo aquello formase parte de unas vacaciones estrambóticas y no de la vida real.



Al oír el chirrido de unos goznes se sobresaltó.

CAPÍTULO DOS

Donde se exploran dos paredes con métodos radicalmente distintos

Debido a las goteras, el suelo de la planta de los dormitorios estaba peligrosamente podrido salvo en tres habitaciones. Su madre se quedó con una, Mallory con otra, y Jared tuvo que instalarse en la tercera con Simon.

Cuando terminaron de deshacer las maletas, todos los muebles de la mitad de Simon estaban cubiertos de recipientes de vidrio. Algunos contenían multitud de peces, y el resto estaba abarrotado de ratones, lagartijas y otros animales que Simon había comprado o atrapado para encerrarlos en esos recipientes acondicionados con lodo.



Mamá le había dado permiso para que se lo trajera todo, menos los ratones, que le parecían repugnantes porque Simon los había rescatado de una trampa en el apartamento de la señora Levette, la vecina de abajo. Fingió no darse cuenta de que a pesar de todo los había traído. Jared daba vueltas y más vueltas sobre el incómodo colchón, con la almohada apretada sobre la cabeza, como si intentara asfixiarse, pero no lograba pegar ojo. No le importaba compartir la habitación con Simon, pero dormir en un cuarto lleno de animales que se movían, y soltaban pequeños chillidos, y escarbaban en sus jaulas, le resultaba más inquietante que estar solo. Todo le llevaba a pensar en eso que se movía dentro de la pared. En la ciudad compartía el dormitorio con Simon y sus bichos, pero sus ruidos apenas se oían sobre el rumor del tráfico, las sirenas y la gente. En ese nuevo lugar, en cambio, todo era desconocido

para él.

Al oír el chirrido de unos goznes se sobresaltó y se incorporó en la cama. Había una figura en el umbral, con un espectral vestido blanco y una larga cabellera negra. Jared salió de la cama tan deprisa que ni siquiera fue consciente de haberlo hecho.

—Soy yo —susurró la figura. Era Mallory, en camisón—. Me parece que he oído a tu ardilla.

Jared se levantó del suelo tratando de decidir si la presteza con que se había quedado ahí en cuclillas era señal de cobardía o simplemente de unos reflejos rápidos. Simon no tenía ninguna de esas dudas. Roncaba plácidamente en la otra cama.

Mallory se puso las manos en la cintura.

—¿Qué haces ahí parado? No va a quedarse quieta esperando a que la atrapemos.

Jared le sacudió el hombro a su hermano.

—Simon, despierta. Mascota nueva. Mascota nueeeeeeva.

Simon se revolvió y gruñó, intentando taparse la cabeza con las mantas.

—Simon. —Jared se inclinó hacia él y empezó a gritarle, sacudiéndole el hombro—: ¡Ardilla! ¡Ardilla!

Simon abrió los ojos y los miró enfadado.

—Estaba durmiendo.

—Mamá ha ido a la tienda a por leche y huevos —dijo Mallory, quitándole las mantas de encima—. Me ha pedido que os vigile. No nos queda mucho tiempo antes de que regrese.

Los tres hermanos avanzaban sigilosamente por los oscuros pasillos de su nuevo hogar. Mallory, que iba delante, se detenía cada pocos pasos para escuchar. De vez en cuando oían como arañazos, y pisadas leves procedentes de las paredes.

El volumen del correteo aumentaba a medida que se acercaban a una habitación pequeña contigua a la cocina. Su madre les había explicado que allí dormía la criada en la época en que la casa tenía servicio. En el fregadero de la cocina, Jared vio una cacerola con los restos pegados de los macarrones con queso que su madre había preparado para la cena.

—Me parece que está ahí. Escuchad —susurró Mallory.

El sonido se interrumpió por completo.

Mallory agarró una escoba y la sujetó por el mango de madera como un bate de béisbol.

—Abriré un hueco en la pared —anunció.

—Mamá verá la pared cuando regrese —señaló Jared.

—¿Tal como está la casa? ¡Qué va, nunca se dará cuenta!

—¿Y si le das al bicho? —preguntó Simon—. Podrías hacerle daño.



Abriré un hueco en la pared

—Chiss —siseó Mallory. Cruzó la cocina con los pies descalzos y golpeó la pared con el mango de la escoba. El palo atravesó el enlucido, levantando una nube de polvo que se depositó en el pelo de Mallory, dándole un aspecto aún más fantasmagórico. Metió la mano en el agujero y arrancó un trozo de pared.

Jared se acercó. Notó que el vello de los brazos se le erizaba.

El espacio entre ambos tabiques estaba relleno de jirones de tela. Conforme desgajaba más pedazos aparecían otros objetos: restos de cortinas; trozos de seda y encaje; alfileres clavados en las vigas de ambos lados, formando una extraña y sinuosa hilera; la cabeza de una muñeca, apoyada en un rincón; cucarachas muertas ensartadas como en una guirnalda. Había soldaditos de plomo con las manos y los pies fundidos, desperdigados entre las tablas como un ejército derrotado. Los fragmentos de un espejo roto reflejaban la luz desde el lugar en el que alguien los había pegado con una cola amarillenta.

Mallory metió la mano en el nido y sacó una medalla de esgrima. Era de plata y colgaba de una gruesa cinta azul.

—Esta medalla es mía —dijo.

—Debe de haberla robado la ardilla —supuso Simon.

—No... Todo esto es demasiado extraño —dijo Jared.



—Dianna Beckley tenía hurones y decía que le robaban las Barbies —comentó Simon—. A muchos animales les gustan las cosas que brillan.

—Pero fíjate en eso. —Jared señaló las cucarachas—. ¿Dónde se ha visto que un hurón se haga sus propios adornos asquerosos?

—Saquemos todo esto de aquí —propuso Mallory—. Tal vez si se queda sin nido será más fácil mantenerla alejada de la casa.

Jared titubeó. No le apetecía meter las manos en la pared para explorar el hueco a tientas. ¿Y si el bicho que vivía ahí dentro lo mordía? No era ningún experto, pero no se acababa de creer que en semejante agujero asqueroso viviera una ardilla.

—No creo que debamos hacer eso —dijo.

Mallory no le hizo caso. Estaba demasiado ocupada buscando algún recipiente en el que poner toda esa porquería. Simon se puso a sacar tiras de tela mohosa.

—Y tampoco hay excrementos. Qué raro.



Simon dejó caer lo que sostenía y tiró de otro bulto. Al ver a los soldaditos se detuvo.

—Éstos son chulos, ¿no, Jared?

—Sí —dijo Jared—, pero con manos estarían mucho mejor.

Simon se guardó unos cuantos en el bolsillo del pijama.

—Simon —dijo Jared—, ¿has oído hablar alguna vez de un animal así? Me refiero a que algunas de estas cosas son muy extrañas, ¿sabes? Es como si esa ardilla estuviese tan loca como tía Lucy.

—Sí, es bastante demencial —reconoció Simon con una risita.

Mallory refunfuñó y de repente se quedó callada.

—Lo he oído otra vez.

—¿Qué has oído? —preguntó Jared.

—Ese ruido. Chiss. Viene de ahí. —Mallory empuñó de nuevo la escoba.

—Callaos —susurró Simon.

—Estamos callados —siseó Mallory.

—Silencio —dijo Jared.

Los tres se acercaron sigilosamente al lugar de donde provenía el sonido, que había cambiado. Ya no era el repiqueteo de unas zarpas pequeñas contra la madera, sino el roce definido de unas uñas contra el metal.

—Mirad. —Simon se agachó para tocar una pequeña puerta corredera empotrada en la pared.

—Es un montaplatos —explicó Mallory—. Los sirvientes lo usaban para subir las bandejas del desayuno. Debe de haber otra portezuela como ésta en algún dormitorio.

—Suena como si esa cosa estuviese en el hueco —observó Jared.

Mallory inclinó todo el cuerpo hacia el interior de la caja metálica.

—Hay muy poco sitio. Tendrá que probar uno de vosotros.

—No sé... —dijo Simon, dirigiéndole una mirada escéptica—. ¿Y si las cuerdas no son lo bastante resistentes?

—Total, no caeríais de muy alto —contestó Mallory, y ambos chicos la miraron asombrados.

—Bueno, vale, iré yo —dijo Jared. Le alegraba que hubiese algo que Mallory no podía hacer. Parecía un poco ofendida. Simon sólo parecía preocupado.

El interior de la caja estaba sucio y olía a madera vieja. Dobló las rodillas e inclinó la cabeza hacia delante. Cabía, pero a duras penas.

—¿La ardilla o lo que sea sigue en el hueco del montaplatos? —La voz de Simon sonaba metálica y lejana.

—No lo sé —respondió Jared en voz baja, escuchando el eco de sus palabras—. No oigo nada.

—¿Ves algo? —preguntó Mallory, tirando de la cuerda. Con una sacudida y un leve zarandeo, el montaplatos comenzó a elevarse dentro de la pared, con Jared en su interior.

—¡No! —gritó Jared. Oía el roce de las uñas, pero era un sonido distante—. Está

totalmente oscuro.

Mallory bajó el montaplatos.

—Tiene que haber una vela por algún sitio —dijo, abriendo cajones hasta que encontró un cabo de vela blanca y un frasco de conservas. Encendió la mecha con uno de los quemadores de gas de la cocina—. Toma, Jared. Sujeta esto.

—Mallory, ya ni siquiera oigo a esa cosa —protestó Simon.

—Quizá se haya escondido —dijo Mallory, y dio un tirón a la cuerda.

Jared intentó acurrucarse más al fondo de la caja, pero no había espacio suficiente. Tenía ganas de decirles que aquello era una estupidez y que quería echarse atrás, pero no abrió la boca. En cambio, se dejó izar hacia las tinieblas, con el farol improvisado entre las manos.



El montaplatos comenzó a elevarse

La caja de metal ascendió unos pocos metros por dentro de la pared. La luz de la vela formaba un halo que reflejaba de manera irregular los objetos. La ardilla o lo que fuese podría haber estado justo a su lado, casi tocándolo, sin que él se diese cuenta.

—No veo nada —dijo en voz muy alta, aunque no estaba muy seguro de que alguien lo oyese.

Fue un lento ascenso, y Jared sentía que le faltaba el aire. Tenía las rodillas apretadas contra el pecho, y los pies se le estaban entumeciendo por permanecer doblados tanto tiempo. Se preguntó si la vela estaría consumiendo todo el oxígeno

disponible.

Entonces, con una sacudida, el montaplatos se detuvo.

Algo raspó la caja de metal.



No sabía muy bien donde se encontraba

—¡La cuerda no da más! —gritó Mallory por el hueco—. ¿Ves algo?

—No —dijo Jared—. Creo que se ha atascado.

Se oyó de nuevo el rasqueteo, como si algo intentase agujerear la parte superior del montaplatos con las zarpas. Jared soltó un chillido y dio unos golpes desde dentro, tratando de ahuyentar a la cosa. De repente, el montaplatos se deslizó hacia arriba unos centímetros y se detuvo de nuevo, ahora en el interior de una habitación débilmente iluminada por la luz de la luna que se colaba por una pequeña ventana.

—¡Lo he logrado! ¡Estoy en el piso de arriba! —exclamó, saliendo a gatas de la caja.

La habitación tenía el techo bajo, y las paredes estaban recubiertas de estanterías con libros. Al volverse, Jared descubrió que el cuarto no tenía puerta.

De pronto, se percató de que no sabía muy bien dónde se encontraba.



Jared paseó la vista por la habitación.

CAPÍTULO TRES

Donde se plantean muchos interrogantes

Jared paseó la vista por la habitación. Era una biblioteca más bien pequeña, con un escritorio gigantesco en el centro. Sobre él descansaba un libro abierto junto a un par de gafas redondas de aspecto extraño que relucían a la luz de la vela. Jared se acercó a examinar los libros de los estantes. El tenue resplandor apenas alcanzaba a iluminar un título por vez. Todos eran bastante curiosos: *Historia de los enanos de Escocia*, *Compendio de apariciones de trasgos en todo el mundo* y *Anatomía de los insectos y otros seres voladores*.

A lo largo del borde del escritorio había una hilera de frascos con bayas y plantas. Uno contenía guijarros de color pardusco. Al lado estaba un esbozo a la acuarela de una niña pequeña y un hombre que jugaban en el jardín. Los ojos de Jared toparon con una nota que alguien había dejado descuidadamente sobre un libro abierto.

El papel se había puesto amarillo con el paso del tiempo y, como todo lo demás en esa habitación, estaba cubierto de una gruesa capa de polvo, pero en él había escrito a mano un poema:

*En un arco grande y profundo
está mi decreto para el mundo.
Si lo sencillo puede ser doble
pronto verás que mi empeño es noble.
Arriba, arriba, siempre arriba,
que tengas suerte, amigo o amiga.*

Tomó el papel y lo repasó con atención. Era como si hubiesen dejado un mensaje expresamente para él. Pero... ¿quién? ¿Qué significaba aquel poema?

Lo sobresaltó un grito procedente de la planta baja:

—¡Mallory, Simon! ¿Qué hacéis levantados?

Jared soltó un quejido. Mamá tenía que regresar de la tienda justo en ese momento.

—Había una ardilla por ahí dentro y nosotros... —oyó decir a Mallory.

—¿Dónde está Jared? —la interrumpió mamá.

Ninguno de sus hermanos contestó.

—Bajad ese montaplatos ahora mismo. Si vuestro hermano está ahí dentro...



Jared se acercó corriendo a tiempo de ver la caja desaparecer por el hueco de la pared. El brusco movimiento hizo que la vela, sofocada por la cera, chisporroteara, pero finalmente no se apagó.

—¿Lo ves? —oyó que decía Simon en un tono poco convincente.

El montaplatos había llegado vacío abajo.

—Bueno, y entonces ¿dónde está?

—No lo sabemos —respondió Mallory—. Acostado, seguramente.

—Bueno —dijo mamá con un suspiro—, pues iros a la cama vosotros también. ¡Ahora mismo!

El sonido de sus pisadas se alejó. Tendrían que esperar un rato antes de poder escabullirse para sacar a Jared de allí. Siempre y cuando no creyesen que el montaplatos lo había llevado al piso de los dormitorios, claro está. Quizás incluso les extrañaría no encontrarlo en la cama. ¿Cómo iban a saber que estaba atrapado en una habitación sin puertas?

Se volvió al oír un ruido tras de sí. Procedía de la zona del escritorio.

Jared levantó el farol improvisado y vio unas palabras garabateadas en el polvo del escritorio. Unas palabras que no estaban ahí antes.

Abracadabra, vigila tu espalda.

Jared dio un respingo. Inclino sin querer la vela, y la cera derretida apagó la llama. Se quedó a oscuras, tan asustado que apenas podía moverse. Había algo allí, en esa habitación, ¡algo que sabía escribir!

Retrocedió hacia el hueco vacío del montaplatos, mordiéndose el labio para no gritar. En la planta baja se oía el rumor de las bolsas de la compra que su madre debía

de estar vaciando.

—¿Quién anda ahí? —susurró Jared en la oscuridad—. ¿Quién eres?

Nadie respondió.

—Sé que estás ahí —dijo, pero no obtuvo contestación, y el sonido del roce cesó.



¿Quién eres?

Oyó que su madre subía las escaleras y cerraba la puerta. Después el silencio; un silencio tan denso y abrumador que Jared sentía que se ahogaba. De hecho, le parecía que si respiraba demasiado fuerte delataría su presencia. En cualquier momento la cosa podía saltarle encima.

Al percibir un crujido que salía de la pared se puso en pie de un brinco. Entonces cayó en la cuenta de que se trataba del montaplatos. Avanzó a tientas hacia allí.

—Métete —musitó su hermana desde abajo.

—Jared se acomodó mal que bien en la caja de metal. Se sentía tan aliviado que apenas notó que lo estaban bajando hacia la cocina.

En cuanto salió del montaplatos, comenzó a hablar.

—¡Había una biblioteca! Una biblioteca secreta llena de libros raros. Y había algo ahí... Ha escrito algo en el polvo.

—Chiss, Jared —lo acalló Mallory—, que mamá nos va a oír.

Jared le mostró el papel con el poema.

—Échale un vistazo a esto. Son como unas instrucciones.

—Bueno, pero ¿has visto algo o no? —preguntó Mallory.

—He visto el mensaje escrito en el polvo. Decía: «Vigila tu espalda.» —contestó Jared, agitado.

—Eso puede llevar años ahí escrito —observó Mallory, sacudiendo la cabeza.

—No lo estaba —repuso Jared—. He visto el escritorio un momento antes y no había nada escrito ahí.

—Cálmate —dijo Mallory.

—¡Mallory, que lo he visto! —insistió él.

Ella lo agarró por la camisa.

—¡No grites!

—¡Mallory, deja en paz a tu hermano! —Su madre los miraba desde lo alto de la escalera con cara de enfadada—. Creía que ya lo habíamos dejado claro. Si vuelvo a veros levantados, os encerraré en vuestra habitación.

Mallory soltó a Jared, sin dejar de mirarle fijamente.

—¿Y si tenemos que ir al baño? —preguntó Simon.

—¡Vamos, a la cama! —repitió su madre.

Subieron las escaleras, y Simon y Jared se dirigieron a su dormitorio. Jared se tapó hasta la cabeza con las mantas y cerró con fuerza los ojos.

—Yo te creo... Lo de la nota y todo eso —susurró Simon, pero Jared no contestó, porque se alegraba de estar en la cama. De hecho, tenía ganas de pasar el resto de la semana acostado.



¡Suéltame!

CAPÍTULO CUATRO

Donde se dan respuestas, pero no a las preguntas adecuadas

Los gritos de Mallory despertaron a Jared. Se levantó de un salto y, a toda prisa por el pasillo, adelantó a Simon y entró en la habitación de su hermana. Largos mechones del cabello de Mallory estaban atados a la cabecera de latón, y ella tenía la cara muy roja, pero lo peor era el extraño dibujo que formaban los moratones que presentaba en los brazos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Jared.

—¡Suéltame! —sollozó Mallory—. ¡Córtame los nudos! ¡Quiero levantarme de esta cama! ¡Quiero irme de esta casa, ahora mismo! ¡La odio!

—¿Quién ha hecho esto? —Mamá miraba muy enfadada a Jared.

—¡No lo sé! —Jared se volvió hacia Simon, que estaba en la puerta, con expresión perpleja. Sin duda el autor de aquello era la cosa que corría por dentro de la pared.



Su madre abrió mucho los ojos. Daba miedo.

—¡Jared Grace, anoche te vi discutir con tu hermana!

—¡Mamá, yo no he sido, de verdad! —Le horrorizaba que lo considerase capaz de hacer semejante cosa. Siempre discutía con Mallory, pero sus peleas no tenían mayor importancia.

—¡Ve a por las tijeras, mamá! —gritó Mallory.

—Vosotros dos, fuera de aquí. Jared, ya hablaré contigo más tarde.

Jared salió de la habitación con el corazón latiéndole a toda velocidad. No podía evitar estremecerse al pensar en el pelo anudado de Mallory.

—Tú crees que lo ha hecho esa cosa, ¿verdad? —le preguntó Simon.

—¿Tú no? —inquirió Jared, mirándolo angustiado.

Simon asintió con la cabeza.

—No dejo de pensar en el poema que encontré —dijo Jared—. Es la única pista que tenemos.

—¿De qué puede servirnos un estúpido poema?

—No lo sé —suspiró Jared—. Tú eres el listo. Deberías estar resolviendo el misterio.

—¿Y cómo es que a nosotros no nos ha pasado nada, ni tampoco a mamá?

Jared no había pensado en eso.

—No lo sé —dijo de nuevo.

Simon lo miró durante largo rato.

—¿Y bien? ¿Qué opinas tú? —preguntó Jared.

—No sé qué pensar —dijo Simon dirigiéndose a la puerta—. Creo que saldré a atrapar grillos.

Jared lo observó mientras se marchaba, preguntándose qué podría hacer. ¿Sería capaz de dar con la solución por sí solo?

Mientras se vestía, reflexionó sobre el poema. El verso más sencillo decía: «Arriba, arriba, siempre arriba», pero ¿a qué se refería exactamente? ¿Al piso superior de la casa? ¿Al tejado? ¿A un árbol? Quizá sólo se trataba de un poema archivado por algún pariente fallecido, de algo que no le serviría de nada.

Sin embargo, puesto que Simon estaba ocupado buscando presas para sus mascotas y Mallory seguía intentando soltarse de la cama, a él no le quedaba nada mejor que hacer que preguntarse cuan «arriba, arriba» era necesario que fuera.



De acuerdo, quizá no fuese la pista más clara, después de todo. Aun así, Jared supuso que no pasaría nada si subía al desván.

La pintura de las escaleras estaba desconchada, y varios escalones crujieron tanto cuando los pisó que Jared temió que fuesen a partirse bajo su peso. El desván era un cuarto muy amplio con el techo inclinado y un gran agujero en el suelo, junto a una pared, a través del cual se veía una de las habitaciones inutilizables. Viejas fundas para ropa colgaban de un alambre tendido en medio del desván. Había un tocador arrimado a la pared del fondo, y numerosas casitas para pájaros colgadas de las vigas. Cerca del tocador se erguía un maniquí, con un sombrero en la bola que tenía por cabeza. En el centro del cuarto se elevaba una escalera de caracol.



Arriba, arriba, siempre arriba

Arriba, arriba, siempre arriba. Jared subió los peldaños de dos en dos. Llegó a una habitación pequeña y luminosa. Tenía ventanas por los cuatro costados, y, al asomarse, Jared vio más abajo la pizarra desportillada y en mal estado del tejado. Vislumbró el coche de su madre, aparcado en el camino de grava. Incluso se alcanzaba a ver la vieja cochera y la larga extensión de hierba que se adentraba en el bosque. Ésta debía de ser la parte de la casa coronada por aquella extraña valla de hierro. Era un sitio estupendo. Hasta Mallory quedaría impresionada cuando la

llevase ahí arriba. Quizás así conseguiría olvidarse de lo ocurrido con su cabello.

No había gran cosa en la habitación. Sólo un viejo baúl, un taburete, un fonógrafo y rollos de descoloridas telas.

Jared se sentó, se sacó del bolsillo el poema arrugado y lo leyó de nuevo. «En un arco grande y profundo está mi secreto para el mundo.» Estos versos lo inquietaban. ¿Dónde encontraría un arco grande? ¿Cómo podía un arco ser profundo?

La resplandeciente luz amarilla del sol que bañaba el suelo del cuarto le infundió confianza. En las películas, rara vez sucedían desgracias a plena luz del día. Aun así, no se animaba a abrir el cofre.

Quizá debía salir y encontrar a Simon para pedirle que subiese con él. Pero ¿y si el baúl estaba vacío, o el poema no tenía nada que ver con los moratones y los nudos en el pelo de Mallory?

Como no se le ocurrió otra cosa, se arrodilló para quitar la mugre y las telarañas de la tapa del cofre con la mano. El cuero putrefacto estaba ceñido por unas tiras de metal herrumbroso. Por lo menos podría echar una ojeada. Tal vez la pista resultaría más evidente si averiguaba qué había dentro.

Jared respiró hondo y tiró hacia arriba de la tapa. Estaba lleno de ropa de aspecto muy viejo y apolillado. Debajo había un reloj de bolsillo con una larga cadena, una gorra raída y una cartera de piel repleta de lápices extraños y trozos de carboncillo.

Nada de lo que contenía el baúl parecía un secreto para el mundo, ni para nadie.

Tampoco había un arco ni cosa semejante.

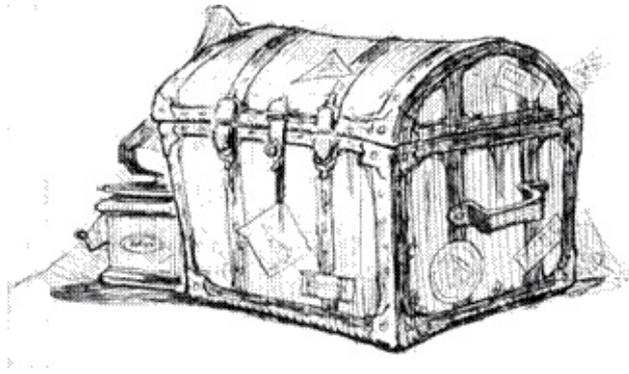
«En un arco grande y profundo está mi secreto para el mundo.»

De nuevo bajó la vista hacia el contenido del cofre. Entonces se le iluminó la mente.

Tenía ante sí un arcón. Un arco grande podía ser un arcón.

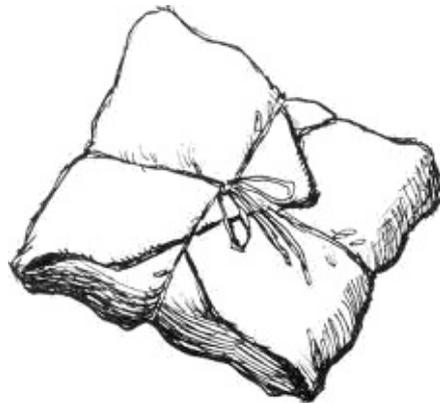
Jared emitió un gruñido de frustración. ¿De qué le servía estar en lo cierto si no disponía de pruebas que lo demostrasen? No había nada útil en el arcón, y los demás versos del poema no tenían el menor sentido. «Si lo sencillo puede ser doble, pronto verás que mi empeño es noble.» ¿Cómo podía traducirse eso en algo concreto? Parecía un juego de palabras.

Pero ¿qué podía ser lo doble? ¿Algo relacionado con su situación, o con los objetos que contenía el arcón? ¿El arcón en sí? Al pensar en arcones, le vinieron a la cabeza imágenes de piratas en una playa, enterrando tesoros en lo más profundo de la arena.



Jared se puso de rodillas y comenzó a apretar el fondo del baúl, hundiendo los dedos en el polvo, en busca de ranuras que le permitiesen abrir algún compartimento oculto. Como no las encontró, se puso a palpar el exterior de la caja. Por último, cuando presionó distraídamente el borde del costado izquierdo con tres dedos, una portezuela se abrió de golpe.

Temblando de emoción, Jared metió la mano en el compartimento. No había más que un paquetito envuelto en un sucio trozo de tela. Lo sacó y, al desliarlo, dejó al descubierto un libro viejo y descuadernado que olía a papel quemado. En la tapa, unas letras grabadas decían: «*Cuaderno de campo del mundo fantástico*, por Arthur Spiderwick.»



La cubierta tenía los bordes desgastados. Cuando abrió el libro, vio que estaba lleno de bocetos pintados con acuarela. El texto, escrito a tinta, se había emborronado con el tiempo y a causa de la humedad. Pasó las páginas rápidamente, fijándose en las notas insertas en el volumen. Estaban garabateadas con una caligrafía muy parecida a la del acertijo.



Lo más raro

Lo más raro, sin embargo, era el tema del libro. Estaba repleto de información sobre seres fantásticos.



Pasó las páginas rápidamente

CAPÍTULO CINCO

Donde Jared lee un libro y tiende una trampa

Mallory y Simon se hallaban en el jardín, practicando esgrima, cuando Jared salió a su encuentro. La cola de caballo de Mallory sobresalía por detrás de su careta de esgrimista, y a Jared le pareció más corta que de costumbre. Parecía que Mallory quería compensar la debilidad que había mostrado desvalida en la cama, manejando el florete con mucha agresividad. Simon no lograba realizar un solo tocado. Su hermana lo estaba arrinconando contra la pared de la desvencijada cochera, y el chico intentaba llevar a cabo paradas cada vez más desesperadas.

—¡He encontrado algo! —gritó Jared. Simon volvió la cabeza, cubierta con la careta. Mallory aprovechó la oportunidad para atacar y le acertó en el pecho con la punta de su florete de esgrima.

—Tres a cero —dijo—. ¡Menuda paliza te estoy dando!

—Has hecho trampa —protestó Simon.

—Te has dejado distraer —replicó Mallory.

Simon se arrancó la careta y la arrojó al suelo.

—¡Muchas gracias! —dijo mirando con indignación a Jared.

—Lo siento —dijo Jared mecánicamente.

—El que hace esgrima con ella siempre eres tú. Yo sólo había salido a atrapar renacuajos —refunfuñó Simon.

—Oye, pues estaba ocupado. Que no tenga a un montón de estúpidos bichos que cuidar no significa que no pueda estar ocupado —contraatacó Jared.

—¡Bueno, bueno, tranquilos! —exigió Mallory, quitándose también la careta. Tenía el rostro enrojecido—. ¿Qué has encontrado?

Jared intentó recuperar algo de su entusiasmo.

—Un libro, en el desván. Trata sobre seres fantásticos, fantásticos pero reales. Fijaos qué feos son.

Mallory le arrebató el libro de las manos y le echó un vistazo.

—Esto es para críos. Un libro de cuentos.

—No, de eso nada —repuso Jared acaloradamente—. Es un cuaderno de campo, ¿sabes? Como los de pájaros. Te enseña a identificar las distintas especies.

—¿Crees que fue uno de estos seres fantásticos el que me ató el pelo a la cama? —preguntó Mallory—. Mamá piensa que fuiste tú. Tiene la sensación de que has estado comportándote de un modo extraño desde que papá se fue. Por las peleas en las que te metías en el cole y todo eso.

Simon permaneció callado.

—Pero tú no piensas eso, ¿verdad que no? —dijo Jared con la esperanza de que ella le diese la razón—. Además, tú siempre te metes en peleas.



Mallory respiró profundamente.

—No creo que seas lo bastante idiota como para hacerme eso a mí —dijo, levantando el puño para mostrar lo que pensaba hacerle al culpable—, pero tampoco creo que hayan sido seres fantásticos.

Durante la cena, mamá guardó un silencio inusual mientras les servía pollo y puré de patatas. Mallory tampoco estaba muy parlanchina, pero Simon no paraba de hablar de los renacuajos que había encontrado y de que pronto se convertirían en ranas, pues ya les habían salido patitas.

Jared los había visto. Les faltaba aún un largo camino por recorrer. Esas cosas que Simon llamaba «patitas» parecían más bien bultos propios de los pescados.

—Mamá —dijo Jared al cabo de un rato—, ¿tenemos un pariente que se llame Arthur?

Su madre levantó la vista del plato con suspicacia.

—No, no lo creo. ¿Por qué lo preguntas?

—Sólo por curiosidad —murmuró Jared—. ¿Y Spiderwick?

—Es el apellido de tu tía abuela Lucinda —respondió ella—. Y también era el apellido de soltera de mi madre. Quizás ese Arthur que dices fuese pariente suyo. Y ahora cuéntame, ¿por qué te interesa saber todo esto?

—He encontrado en el desván algo que le pertenecía, eso es todo —dijo Jared.

—¡En el desván! —Mamá por poco derrama el té helado—. Jared Grace, como

bien sabes, el suelo del segundo piso está tan podrido que si das un paso en falso puedes acabar en la sala de abajo.

—No me he salido de la zona segura —se defendió Jared.

—No sabemos si hay una zona segura en el desván. No quiero que nadie suba a jugar ahí, y mucho menos tú —replicó ella, clavando los ojos en Jared.

Él se mordió el labio. «Y mucho menos tú.» Jared no dijo una palabra más durante el resto de la cena.

—¿Vas a pasarte toda la noche leyendo eso? —preguntó Simon, que estaba sentado al otro lado de la habitación. *Jeffrey y Lemondrop* correteaban sobre el edredón, y los nuevos renacuajos nadaban en una de las peceras.

—¿Te parece mal? —repuso Jared. Cada página quebradiza ofrecía multitud de datos increíbles. ¿Era posible que hubiese duendes en la casa, elfos en el jardín y espíritus acuáticos en el río cercano? El libro los describía de forma muy realista. Jared no tenía ganas de hablar con nadie en ese momento, ni siquiera con Simon. Sólo deseaba seguir leyendo.

—No, no me parece mal —dijo Simon—, pero creía que a estas alturas ya te habrías aburrido. Normalmente no te gusta leer.

Jared alzó la vista y parpadeó. Era cierto. El lector empedernido era Simon. Por lo común, la ocupación de Jared era meterse en líos.



—Puedo leer si quiero —dijo, volviendo una página.

—¿Te da miedo dormirte? —preguntó Simon bostezando—. Ya sabes, esta noche puede ocurrir algo que...

—Fíjate en esto —dijo Jared señalando una de las páginas—. Habla de los duendes...

—¿Duendes? ¿Estás de broma?

—Mira, son así. —Jared le puso a Simon el libro delante de la cara. El papel amarillento mostraba el dibujo a tinta de un hombrecillo que posaba con un plumero fabricado con un volantín de bádminton y un alfiler. A su lado había una figura encorvada, también pequeña, pero ésta con un trozo de cristal roto en la mano.

—¿Y eso qué es? —Simon señaló a la segunda figura, intrigado a su pesar.

—El tal Arthur dice que es un trastolillo. Verás, los duendes son tipos serviciales, pero si los haces enfadar se ponen como locos. Les da por hacer todo tipo de cosas

malas y no hay quien los pare. Entonces se convierten en trastolillos. Yo creo que eso es lo que tenemos.

—¿Crees que lo hemos hecho enfadar al desbaratarle su casa?



Fíjate en esto

—Tal vez sí. O tal vez ya estuviese un poco chiflado antes. Fíjate bien en él y entenderás lo que quiero decir. —Jared señaló la ilustración—. No parece el tipo de criatura que vive en una casa macabra decorada con bichos muertos.

Simon asintió con la cabeza mientras seguía contemplando los dibujos.

—Ya que encontraste el libro en esta casa —dijo—, ¿crees que se trata de un retrato de nuestro trastolillo?

—No había pensado en eso —reconoció Jared en voz baja—, pero tiene sentido.

—¿Dice el libro lo que tenemos que hacer?

Jared sacudió la cabeza.

—Explica las distintas formas de pillarlo. No me refiero a atraparlo, sino a conseguir verlo o encontrar pruebas...

—Jared —Simon no sonaba muy convencido—, mamá nos ha dicho que cerremos la puerta y nos quedemos aquí dentro. Sólo nos faltaría ahora que le dieses otro motivo para creer que fuiste tú quien atacó a Mallory.

—Eso es lo que ella cree de todos modos. Si algo ocurre esta noche, también me echará la culpa.

—No, no lo hará. Le diré que has pasado toda la noche aquí. Además, así también estaremos seguros de que a nosotros dos no nos pasa nada.

—¿Y qué pasa con Mallory? —le preguntó Jared.

—La he visto irse a la cama con uno de sus floretes de esgrima —respondió Simon encogiéndose de hombros—. Yo no me metería con ella.



UN CUADERNO DE CAMPO

—Tienes razón. —Jared se acostó y volvió a abrir el libro—. Leeré un poco más y ya está.

Simon hizo un gesto afirmativo y se levantó para meter a los ratones en su jaula. Después se metió en la cama y se tapó la cabeza con las mantas tras farfullar «Buenas noches».

Conforme leía, Jared se adentraba más y más en el extraño mundo del bosque y el arroyo, repleto de seres que parecían tan próximos que casi podía acariciar los costados brillantes y escamosos de las sirenas. Casi podía sentir el calor del aliento del trol y oír el fragor de las fraguas de los enanos.

Cuando volvió la última página, era muy tarde. Simon estaba tan arrebujado en las mantas que Jared sólo alcanzaba a verle la coronilla. Escuchó con atención, pero no oyó más que el silbido del viento que se colaba por el tejado y el borboteo del agua de las tuberías. Nada de ruidos ni rasqueteos, ni pequeños gritos. Incluso las

bestias de Simon dormían.

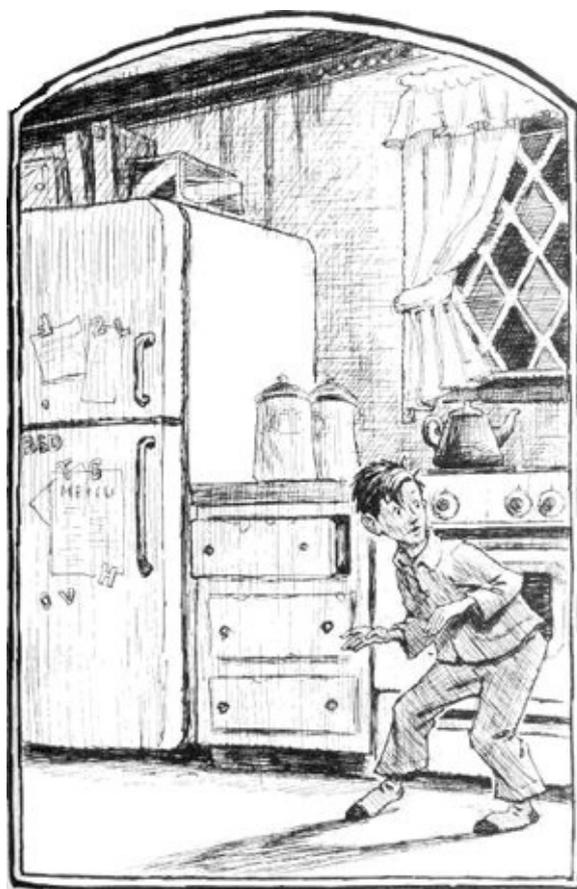
Jared pasó a la página donde decía: «A los trastolillos les divierte atormentar a aquellos a quienes antes protegían, y, entre otras travesuras, hacen que la leche se agrie, las puertas se cierren de golpe y los perros cojeen.»

Simon le creía —bueno, a medias—, pero Mallory y mamá no. Además, Simon y él eran gemelos. El hecho de que Simon le creyese apenas tenía importancia. Jared relejó la sugerencia del libro: «Esparcir azúcar o harina en el piso es una manera de obtener huellas.»

Si les mostraba unas pisadas a los demás, no les quedaría otro remedio que creerle.

Jared abrió la puerta y bajó las escaleras sigilosamente. La cocina estaba a oscuras y en completo silencio. Avanzó de puntillas sobre las baldosas frías hasta la encimera, sobre la que descansaba el tarro de botica en el que su madre guardaba la harina. Tomó varios puñados y los esparció generosamente por el suelo. Apenas veía nada, y no estaba seguro de si las pisadas se notarían mucho.

Por otro lado, quizás el trastolillo ni siquiera se pasaría por la cocina. Hasta ahora, parecía que se limitaba a moverse por dentro de las paredes. Pensó en lo que el libro le había enseñado sobre los trastolillos. Eran maliciosos, estaban llenos de odio y resultaba muy difícil deshacerse de ellos.



La cocina estaba oscura

Sin embargo, cuando tenían aspecto de duendes eran amables y simpáticos. Hacían toda clase de trabajos a cambio de un cuenco de leche. ¿Y si...? Jared se acercó a la nevera y llenó de leche un pequeño bol. Quizá si lo dejaba por ahí, a la criatura le entrarían ganas de salir de las paredes y dejar huellas en la harina.

Sin embargo, al observar el plato de leche ahí en el suelo, no pudo evitar sentirse un poco culpable y un poco raro al mismo tiempo. En primer lugar, le parecía extraño estar ahí abajo, tendiéndole una trampa a algo en lo que seguramente no habría creído hacía dos semanas.

Por otro lado, la razón por la que se sentía como una mala persona era que... Bueno, sabía lo que era estar enfadado, lo fácil que resultaba meterse en peleas, incluso aunque uno estuviese equivocado. Pensaba que quizás el trastolillo se sentía como él.

Pero entonces se percató de otra cosa: había dejado sus propias huellas en la harina, desde el cuenco de leche hasta el pasillo.

—¡Diablos! —masculló mientras iba a buscar la escoba.

Y de pronto se encendió la luz.

—¡Jared Grace! —gritó mamá desde lo alto de las escaleras.

Jared se volvió. Era muy consciente de lo culpable que parecía.

—¡Vuelve a la cama! —le ordenó ella.

—Sólo quería atrapar... —Pero su madre no le dejó terminar.

—A la cama, jovencito. Ahora.

Después, al pensarlo con más tranquilidad, incluso se alegraría de no haber podido decir nada. Su explicación sobre el ser sobrenatural probablemente no habría producido un buen efecto.

Tras echar un vistazo por encima del hombro a la harina que recubría el suelo, Jared se escurrió escaleras arriba.



La cocina estaba hecha un desastre

CAPÍTULO SEIS

Donde aparecen cosas inesperadas en el congelador

—Jared, más vale que te levantes.
—Jared se revolvió al oír la voz de su madre. Parecía enfadada.

—¿Qué pasa? —preguntó Jared, soñoliento, asomándose por encima de las mantas. Por un momento creyó que era muy tarde y tenía que ir al colegio, hasta que se acordó de que se habían mudado, y por el momento ni siquiera sabía qué aspecto iba a tener su nueva escuela.

—¡Levántate, Jared! —insistió su madre—. ¿Qué? Pretendes que creamos que no lo sabes, ¿verdad? Muy bien, pues ahora bajaremos y podrás ver qué pasa, ¡y tanto que lo verás!

La cocina estaba hecha un desastre. Mallory, escoba en mano, barría los pedazos de un cuenco de porcelana roto. Las paredes estaban salpicadas de sirope de chocolate y zumo de naranja, y las ventanas chorreaban de huevos que habían lanzado contra ellas.

Simon estaba sentado a la mesa de la cocina. Tenía los brazos cubiertos de moratones iguales a los que presentaba Mallory el día anterior, y sus ojos estaban rojos, como si hubiese llorado.

—¿Y bien? —preguntó su madre, a la expectativa.

—Yo... yo no he sido —tartamudeó Jared, paseando la vista de uno a otro. No iban a creer que él era capaz de hacer algo así... ¿O sí?

De pronto, allí en el suelo de la cocina, junto a cereales desparramados y pieles de naranja, Jared vio unas pisadas diminutas en la harina. Eran del tamaño de su meñique, y en ellas se distinguía claramente la forma del talón, tras unas marcas difusas que bien podían corresponder a los dedos de los pies.

—¡Mirad! —señaló Jared— Fijaos. Huellas pequeñas.

Mallory levantó la mirada hacia él, con los ojos entrecerrados de rabia.

—¡Venga, cállate, Jared! Mamá dice que te vio aquí anoche. ¡Si hay huellas son las tuyas!

—¡No es verdad! —chilló Jared.

—¿Por qué no echas una ojeada dentro del congelador, eh?

—¿Qué? —preguntó Jared.

Simon soltó un sollozo especialmente húmedo.

Su madre le quitó la escoba a Mallory y puso a barrer la harina y los cereales.

—No, mamá, las huellas... —protestó Jared, pero su madre no le hizo el menor caso. Dos escobadas bastaron para que la única prueba que él tenía acabase en la

basura.



Mallory abrió la puerta del congelador. Los renacuajos de Simon se hallaban congelados en sendos compartimentos de la cubitera. Al lado había una nota escrita con tinta en un trozo de caja de cereales:

Tiene sus bemoles congelar a unos ratones.

—¡Y no encuentro a *Jeffrey* ni a *Lemondrop* —exclamó Simon.

—Y ahora ¿por qué no nos cuentas qué has hecho con los ratones de tu hermano?
—dijo la señora Grace.

—Mamá, no he sido yo. De verdad.

Mallory agarró a Jared del hombro.

—No sé qué intentas hacer, pero lo lamentarás.

—Mallory —la reconvino mamá. Su hermana lo soltó, pero con una mirada que prometía futuros actos de violencia.

—No creo que haya sido Jared —dijo Simon, respirando entrecortadamente—. Creo que ha sido el trastolillo.

Su madre guardó silencio. En la expresión de su rostro se notaba que, para ella, el hecho de que Jared convenciese a Simon de su inocencia era la peor de sus triquiñuelas.

—Jared —dijo—, para empezar, vas a recoger toda esta basura y vas a sacar las bolsas fuera de la casa. Si esto te ha parecido gracioso, veremos qué gracia te hace

pasar el resto del día limpiando.

Jared agachó la cabeza. No había manera de lograr que le creyesen. Sin decir nada se vistió, y luego agarró tres bolsas de basura negras y empezó a llevarlas hacia la puerta principal.



Mamá, no he sido yo

Fuera hacía calor y el cielo estaba azul. El aire olía a pinaza y a césped recién cortado. Sin embargo, la luz del día no parecía ofrecer gran protección.

Una de las bolsas se enganchó en una rama y, cuando Jared le dio un tirón, el plástico se desgarró. Con un gruñido, dejó caer las otras bolsas para evaluar el daño. Era una rotura grande, y por ella asomaba el contenido de la bolsa. Cuando empezó a recogerla, se dio cuenta de lo que tenía en las manos. ¡Era el contenido de la casa de la criatura!

Examinó los trapos, la cabeza de muñeca y los alfileres con cabeza de perla. A la luz del sol descubrió cosas en las que no se había fijado antes. Vio un huevo de petirrojo, pero estaba aplastado. Había varias tiras de periódico dispersas, y cada una de ellas llevaba escrita una palabra extraña, como «luminiscente» y «soliloquio».

Jared juntó todas las piezas del nido y las colocó cuidadosamente, apartadas del resto de la basura. ¿Podría montarle al trastolillo una casa nueva? ¿Serviría de algo? ¿Conseguiría con ello que dejara de hacer travesuras? Le vino a la mente la imagen

de Simon llorando y de los pobres y ridículos renacuajos congelados en la cubitera. No tenía ganas de ayudar al trastolillo. Deseaba atraparlo, propinarle patadas y hacer que lamentase haber salido de la pared.

Tras arrastrar las otras bolsas hacia la parte delantera del jardín, observó la pila de objetos que pertenecían al trastolillo. Sin saber muy bien si quemarlos, devolverlos o qué hacer con ellos, los recogió para llevarlos al interior de la casa.



Descubrió cosas en las que no se había fijado antes

Mamá estaba en el vestíbulo, esperándolo.

—¿Qué es todo eso? —preguntó.

—Nada —dijo Jared.

Por una vez, la señora Grace no hizo más preguntas, al menos respecto al montón de basura que llevaba.

—Jared, sé que estás disgustado desde que tu padre se fue. Todos lo estamos.

Jared fijó la vista en sus zapatos, sintiéndose incómodo. El hecho de que estuviese disgustado porque su padre se había ido no significaba que él hubiese puesto su nuevo hogar patas arriba ni pellizcado a su hermano hasta amoratarle los brazos ni atado el pelo de su hermana a la cabecera.

—¿Y? —preguntó, suponiendo que su madre estaba dándole a entender con su silencio que esperaba una respuesta.

—¿Y? —repitió ella, en el tono de exasperación acostumbrado—. Pues que no debes dejarte llevar por tus sentimientos, Jared. Tu hermana se desahoga con la esgrima y tu hermano tiene a sus animales, pero tú...

—Yo no lo hice —dijo Jared—. ¿Por qué no me crees? ¿Por la pelea en el colegio?

—Tengo que reconocer —contestó mamá—, que me chocó mucho enterarme de que le habías roto la nariz a un chico. A eso me refiero. Simon no se pelea con nadie. Y antes de que se marchara tu padre, tú tampoco lo hacías.

Jared estudió sus zapatos con más atención.

—¿Puedo entrar?

Ella asintió con la cabeza, pero lo detuvo posándole una mano en el hombro.

—Si vuelve a ocurrir algo, tendré que llevarte a que te vea alguien. ¿Está claro?

Jared movió la cabeza afirmativamente, pero lo invadió una sensación extraña. Recordó lo que había dicho acerca de tía Lucy y el manicomio, y de pronto le supo muy, pero que muy mal.



¡No, Mallory! ¡No!

CAPÍTULO SIETE

Donde se descubre el destino de los ratones

Necesito vuestra ayuda, de verdad —dijo Jared. Sus hermanos estaban sentados en el piso de madera, frente al televisor. Los dos tenían un control de videoconsola en las manos y, desde donde Jared se encontraba, se veían las luces de colores de la pantalla reflejadas en sus caras.

Mallory soltó un resoplido pero no contestó. Jared lo interpretó como una respuesta positiva. Toda reacción que no tuviese que ver con los puños era una respuesta positiva.

—Sé que piensas que fui yo —dijo Jared, abriendo el libro en la página que trataba de los trastolillos—, pero yo no lo hice, de verdad. Tú oíste aquella cosa que corría por dentro de la pared. Y del mensaje en el escritorio, ¿te acuerdas? Y las huellas en la harina... ¿Y qué me dices del nido? ¿Te acuerdas de que sacasteis todo lo que había en el nido?



Mallory se puso en pie y le arrebató el libro de las manos.

—Devuélvemelo —suplicó Jared, intentando agarrarlo.

Mallory lo elevó por encima de su cabeza.

—Este libro es la causa de todos nuestros problemas.

—¡No! —repuso Jared—. Eso no es verdad. Encontré el libro después de que te anudaran el pelo. Devuélvemelo, Mallory. Por favor, devuélvemelo.

Ahora Mallory lo aferró por los extremos, dispuesta a romperlo.

—¡No, Mallory! ¡No! —Jared casi se quedó mudo de pánico. Si no se le ocurría

algo enseguida, el libro acabaría hecho pedazos.

—Espera, Mallory —dijo Simon, levantándose del suelo.

Mallory le hizo caso.

—¿Cómo quieres que te ayudemos, Jared?

Jared respiró profundamente.

—He estado pensando que si lo que lo ha hecho enfadar es que le hayamos desarreglado su casa, quizá podríamos hacerle un nido nuevo. He... he agarrado una casita para pájaros y he puesto algunas cosas dentro, porque he pensado... Bueno, he pensado que tal vez el trastolillo era un poco como nosotros, porque también está en esta casa forzosamente, y tal vez ni siquiera quiere estar aquí. Quizá le dé mucha rabia.

—Bueno, antes de decirte que te creo —dijo Mallory, sujetando el libro de un modo menos amenazador—, quiero que me expliques exactamente qué quieres que hagamos.

—Necesito que me subáis en el montaplatos —respondió Jared—, quiero llevar la casita a la biblioteca. Me parece que allí estará segura.

—Déjame ver esa casita —pidió Mallory, y, junto con Simon, siguió a Jared al pasillo, donde él la había dejado.

Era una pajarera de madera lo bastante grande para alojar un cuervo. Jared la había encontrado entre las otras que estaban colgadas en el desván. La había abierto por detrás y, muy ordenadamente, había colocado dentro todo menos las cucarachas. Había pegado con cinta adhesiva a las paredes las palabras escritas en tiras de periódico, así como pequeñas fotografías sacadas de revistas.

—¿Has recortado las revistas de mamá para hacer eso? —preguntó Simon.

—Sí —contestó Jared con timidez.

—Pues la verdad es que te ha quedado bastante bien —reconoció Mallory—. Te habrá llevado trabajo...

—Entonces, ¿me ayudaréis? —Jared deseaba recuperar el libro, pero no quería hacerla enfadar de nuevo.

Mallory miró hacia Simon, y luego ambos asintieron con la cabeza.

—Pero quiero ir yo primero —señaló Simon.

—Claro —dijo Jared después de titubear por un momento.

Pasaron sigilosamente junto al cuarto desde donde su madre estaba telefoneando a empresas que pudieran hacer arreglos en la casa y entraron en la cocina.

Simon se detuvo delante del montaplatos.



—¿Creéis que mis ratones están vivos?

Jared no sabía qué decir. Quería que Simon lo ayudara, pero no quería mentir. Simon se arrodilló y subió al montaplatos. Mallory comenzó a tirar de la cuerda. Simon soltó una exclamación ahogada cuando empezó a moverse, pero luego no oyeron nada, incluso después de que el montaplatos se detuviese arriba.

—Dijiste que allí había un escritorio con papeles —observó Mallory.

—Sí. —Jared no sabía muy bien adonde quería ir a parar ella. Si no le creía, podría preguntarle a Simon cuando bajase de nuevo.

—Bueno, pues alguien tuvo que meterlo allí, de alguna manera. Y no es pequeño, ¿verdad? Así que un adulto trabajaba ahí dentro, pero... ¿cómo hacía para entrar?

Jared se quedó desconcertado por un momento, pero entonces comprendió.

—¿Por una puerta secreta?

—Tal vez —dijo Mallory, asintiendo con la cabeza.

El montaplatos bajó de nuevo, vacío, y Jared se metió en él, con la casita para pájaros sobre el regazo. Mallory lo izó y él ascendió por el interior del oscuro túnel. Aunque fue un viaje corto, Jared se alegró mucho de volver a ver la biblioteca.

Simon estaba en medio de la habitación, mirando alrededor con asombro.

—¿Qué te parece? —dijo Jared con una sonrisa.

—Esto es alucinante —exclamó Simon—. Fíjate en todos esos libros sobre animales.

Pensando en la puerta secreta, Jared intentó visualizar dónde estaban en relación con las habitaciones de la planta superior, para averiguar en qué dirección se hallaba el pasillo.

—Mallory cree que hay una puerta oculta —comentó.

Simon se acercó. La pared que Jared tenía enfrente estaba tapada por una estantería, un cuadro grande y un armario.

—Miremos tras el cuadro —dijo Simon, y juntos descolgaron la pintura. Era el retrato de un hombre delgado con gafas que estaba sentado muy tieso en un sillón verde. Jared se preguntó si ése sería Arthur Spiderwick.

Lo único que había detrás del cuadro era una pared lisa.

—¿Y si quitamos algunos libros? —sugirió Jared, retirando uno que se titulaba: *Setas sorprendentes, champiñones chocantes*.

Simon abrió las puertas del armario.

—Mira, fíjate en esto.

Las puertas daban al cuartito de la parte superior de la casa donde se guardaba la ropa blanca.

Pocos minutos después, Mallory se encontraba también en la habitación, echando un vistazo alrededor.

—Este lugar me pone los nervios de punta —comentó.

—Sí, y nosotros somos los únicos que lo conocemos —dijo Simon con una sonrisa.



Esto es alucinante

—Aparte del trastolillo —puntualizó Jared, y colgó su casita para pájaros de un aplique de la pared. Mallory y Simon lo ayudaron a comprobar que estuviese ordenada por dentro, y cada uno de ellos añadió algo a la casa. Jared agregó uno de sus guantes de invierno, para que el trastolillo lo usara como saco de dormir. Simon aportó un cuenco pequeño con el que había dado de beber a las lagartijas. Pensaba que tendría alguna utilidad. Por último, algo debía de creer Mallory en lo que Jared le había contado, pues metió en la casita su medalla de plata de esgrima con una cinta azul.

Cuando terminaron, miraron el resultado de arriba abajo. Les pareció que era una casita acogedora.

—Dejémosle una nota —dijo Simon.

—¿Una nota? —preguntó Jared.

—Sí. —Simon rebuscó en los cajones del escritorio y encontró papel, un portaplumas con plumilla y un tintero.

—Oye, que no había visto esto —dijo Jared mirando una acuarela que había sobre la mesa. Era el retrato de un hombre y de una niña. En la parte inferior, una inscripción de tinta borrosa rezaba: «Mi querida hija Lucinda, 4 años.»

—Así que Arthur debía de ser su padre, ¿no? —preguntó Mallory.

—Supongo que sí —dijo Simon mientras despejaba la mesa.

—Deja que lo haga yo —dijo Mallory—. Vosotros tardaríais siglos. Decidme qué queréis que escriba. —Abrió el tintero y mojó la pluma. Sus trazos eran irregulares pero claros.

—«Querido trastolillo...» —comenzó Simon.

—¿Crees que eso es lo bastante correcto? —preguntó Jared.

—Ya lo he escrito —dijo Mallory.

—«Querido trastolillo —repitió Simon—, te escribimos para pedirte disculpas por haberte destrozado tu casa. Esperamos que te guste la que hemos hecho para ti, y que, aunque no te guste, dejes de pellizcarnos y de revolver nuestras cosas, y, por favor, si tienes a *Jeffrey* y a *Lemondrop* cuídalos bien porque son buenos ratones.»



A lo largo de la semana siguiente, ninguno de ellos tuvo tiempo de visitar la biblioteca, ni siquiera a través del armario de la ropa blanca. Los obreros iban y venían arreglando cosas por la casa durante el día, y su madre no les quitaba el ojo por la noche, hasta tal punto que incluso rondaba los pasillos.

Ya habían empezado a ir a clase, y no había sido tan terrible como Jared pensaba. El colegio nuevo era pequeño, pero tenía un equipo de esgrima en el que podía apuntarse Mallory, y nadie se metió con ellos los primeros días. Por el momento, Jared había logrado portarse bien.

No hubo más ataques nocturnos ni ruidos en las paredes. La única señal de que todo aquello había ocurrido era el cabello recortado de Mallory.

Aun así, Simon y Mallory tenían tantas ganas de ir a esa habitación como Jared.

La oportunidad se presentó el domingo siguiente, cuando mamá dejó de nuevo a los hermanos a cargo de Mallory y salió de compras. Tan pronto como el coche de mamá se alejó por el camino de acceso, los tres corrieron escaleras arriba.

Nada parecía haber cambiado dentro de la biblioteca. El cuadro estaba apoyado en la pared, la casita para pájaros colgaba del aplique y todo parecía estar en el mismo lugar donde ellos lo habían dejado. Pero...

—¡La nota ya no está! —anunció Simon.

—¿Te la has llevado tú? —le preguntó Mallory a Jared.



Un hombrecillo del tamaño de un lápiz

—¡No!

Alguien se aclaró la garganta, y los tres se volvieron hacia el escritorio. Allí, de pie, con un peto raído y un sombrero de ala ancha, estaba un hombrecillo del tamaño de un lápiz. Tenía ojos negros como escarabajos, una nariz grande y roja, y se parecía mucho a la ilustración que aparecía en el cuaderno. Aferraba un par de correas sujetas al cuello de dos ratones grises que olisqueaban el borde del escritorio.

—¡Jeffrey! ¡Lenondrop! —chilló Jared.

—A Dedaleta le gusta su nuevo hogar —dijo el hombrecillo—, pero eso no es lo que ha venido a contar.

Mallory pareció despertar del trance.

—¿Tienes el libro? —preguntó.

Jared hizo un gesto afirmativo. Se había acostumbrado a llevarlo consigo a todas partes.

Mallory se arrodilló y comenzó a pasar las páginas más deprisa de lo que Jared podía leerlas.

—Oye, ¿qué estás haciendo? —le preguntó él.

—Sólo lo estoy mirando —respondió Mallory con una voz muy rara—. Es que... es un libro grande.

Desde luego no era un libro pequeño.

—Sí, supongo que tienes razón.



Deshaceos del libro

—Y todas estas entradas... Todas estas cosas... ¿existen de verdad? Jared, si todo esto es real, puede ser demasiado...

Entonces, de golpe, Jared entendió lo que su hermana quería decir. Desde ese punto de vista, era un libro grande, un libro gigantesco, demasiado extenso para comprenderlo en su totalidad. Y lo peor de todo era que no habían hecho más que empezar.



A los Grace ya conocéis,
Pero falta mucho
Hasta el final
Ya lo veréis



¿Quién se atreve a vivir bajo un mugriento puente y se dedica a urdir viles planes que arrastra la corriente?



¿Cuándo se te cae un diente quién lo oculta en su bolsillo?
¿Un amigo sonriente... o un pícaro diablillo?



Sigue leyendo y lo sabrás...

SPIDERWICK.

LAS CRÓNICAS

EL ANTEOJO ASOMBROSO

Tony DiTerlizzi y Holly Black

Traducción de Carlos Abreu





CAPÍTULO UNO

Donde se pierde algo más que un gato

CAPÍTULO DOS

Donde se suceden varias cosas, incluida una prueba.

CAPÍTULO TRES

Donde Mallory hace por fin buen uso de su estoque

CAPÍTULO CUATRO

Donde Jared y Mallory encuentran muchas cosas, pero no lo que buscan

CAPÍTULO CINCO

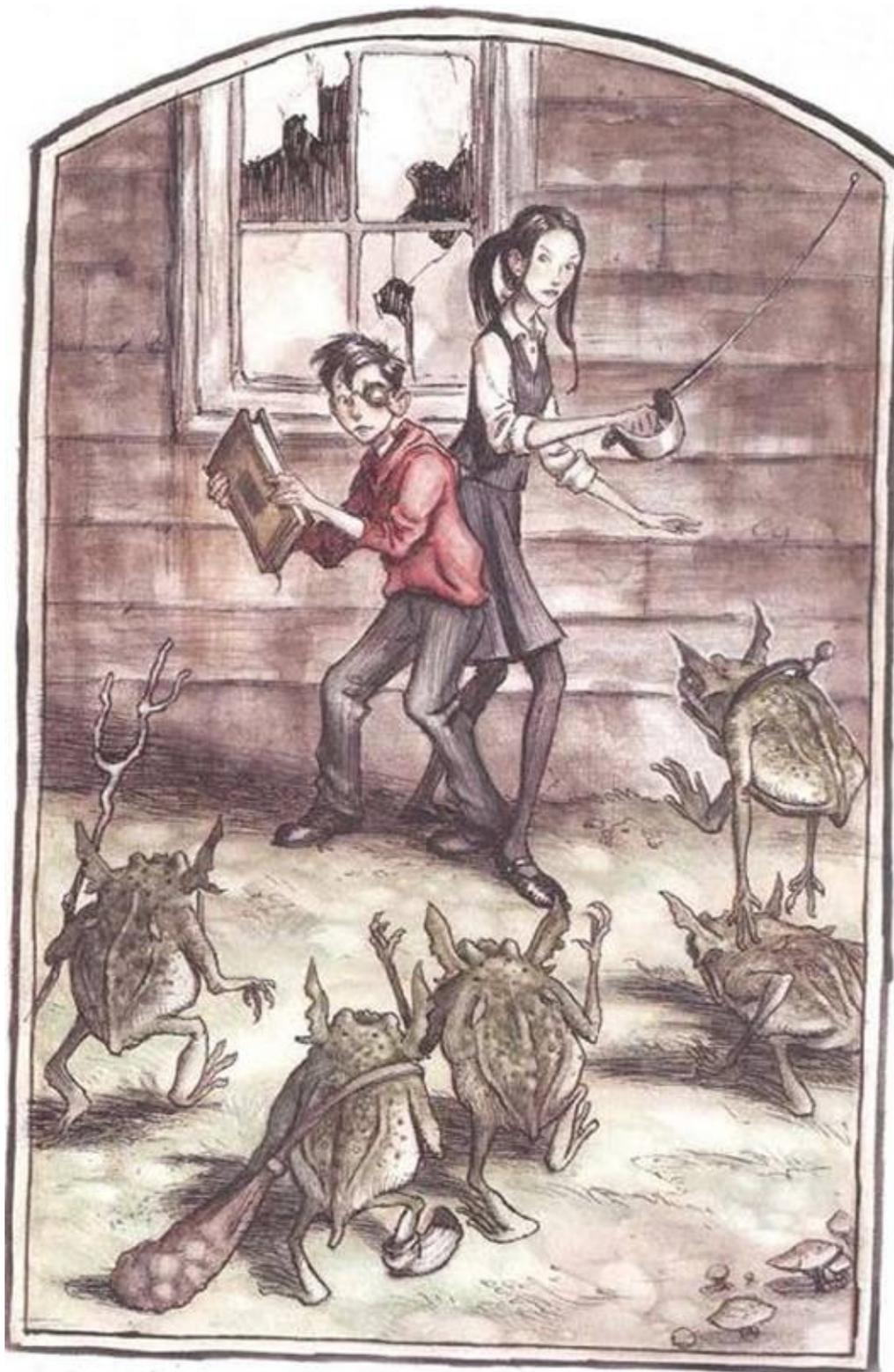
Donde se descubre el destino del gato perdido

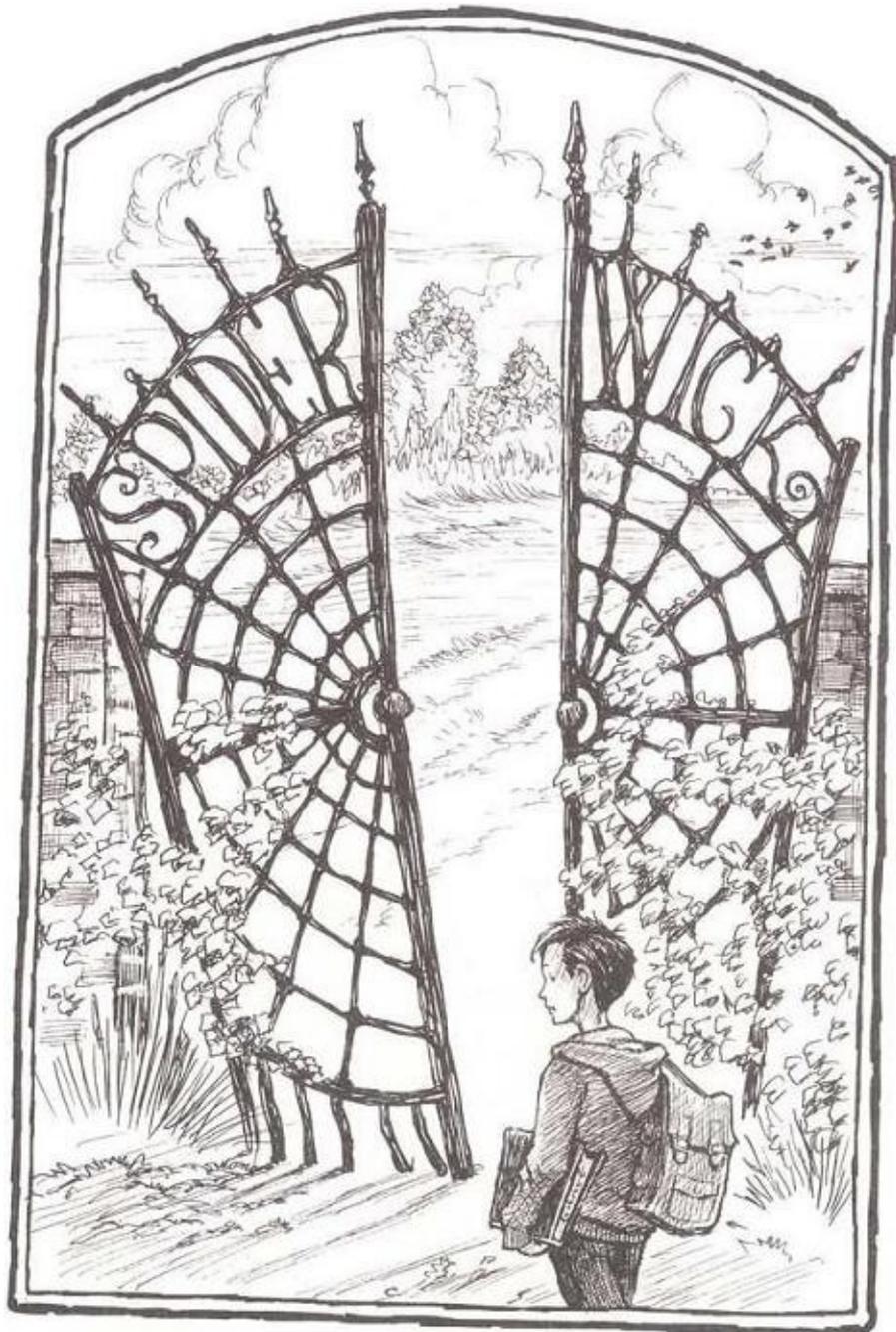
CAPÍTULO SEIS

Donde Jared se ve obligado a tomar una decisión difícil

CAPÍTULO SIETE

Donde Simon se supera a sí mismo y encuentra una extraordinaria mascota nueva





El ambiente era tan sombrío como su estado de ánimo

CAPÍTULO UNO

Donde se pierde algo más que un gato

Jared Grace bajó del último autobús de la tarde en la parte baja de su calle. Desde allí debía subir una cuesta para llegar a la vieja y ruinoso casa donde vivía con su familia mientras su madre buscaba algo mejor o hasta que su anciana y loca tía decidiese instalarse en ella de nuevo. Las hojas rojas y doradas de los árboles que rodeaban la casa hacían que el gris de las tejas pareciese aún más lúgubre. El ambiente era tan sombrío como su estado de ánimo.

No podía creer que lo hubiesen dejado castigado después de clase tan pronto.

Y no es que no se esforzara por congeniar con los otros chicos. El problema era que no se le daba bien. Sin ir más lejos, ese mismo día había sido un desastre. Bueno, sí, había estado dibujando un duende mientras la profesora hablaba, pero estaba prestando atención. Más o menos. Y claro, la profesora no tenía que haber levantado el dibujo para enseñárselo a toda la clase. Después de eso, sus compañeros no lo habían dejado en paz. Antes de darse cuenta de lo que hacía, estaba rompiéndole la libreta a un chico.

Había tenido la esperanza de que las cosas marchasen mejor en ese colegio, pero desde el divorcio de papá y mamá las cosas habían ido de mal en peor.

Jared entró en la cocina. Simon, su hermano gemelo, estaba sentado a la vieja mesa rústica delante de un plato hondo de leche. Todavía no había probado bocado. Levantó la vista hacia Jared.



—¿Has visto a *Tibbs*?

—Acabo de llegar a casa. —Jared abrió la nevera y tomó un trago de zumo de manzana. Estaba tan frío que le dolió la cabeza.

—Bueno, y ¿la has visto fuera? —preguntó Simon—. La he buscado por todas partes.

Jared sacudió la cabeza. La estúpida gata le traía sin cuidado. Era el miembro más reciente de la colección de animales de Simon. Otro engorro de bicho que mendigaba comida y caricias y que se le subía al regazo de un salto cuando estaba ocupado.

Jared no sabía por qué él y Simon eran tan distintos. En las películas los gemelos tenían poderes, y se leían la mente el uno al otro con sólo mirarse. Desgraciadamente, lo máximo que podían hacer los gemelos en la vida real era llevar pantalones de la misma talla.



¡Eh, enhorabuena por tu castigo, chalado!

Su hermana Mallory bajó corriendo las escaleras, cargando con una bolsa alargada. Las empuñaduras de sus espadas de esgrima sobresalían de un extremo.

—¡Eh, enhorabuena por tu castigo, chalado! —Mallory se echó la bolsa al hombro—. Al menos esta vez no has acabado con la nariz rota.

—No se lo cuentes a mamá, ¿de acuerdo, Mallory? —pidió Jared.

—Como quieras. Aún así acabará enterándose.

Mallory se encogió de hombros y salió al jardín. Su nuevo equipo de esgrima era aún más competitivo que el anterior. A Mallory le había dado por practicar en todos sus ratos libres. Su entusiasmo rayaba en la obsesión.

—Voy a la biblioteca de Arthur —le dijo Jared a su hermano, y comenzó a subir las escaleras.

—Pero tienes que ayudarme a encontrar a *Tibbs*. Estaba esperando que llegases a casa para buscarla juntos.

—No «tengo que» hacer nada —repuso Jared, subiendo los escalones de dos en dos.

En el pasillo de la planta de arriba, abrió el armario de ropa blanca y se metió en él. Detrás de las pilas de sábanas amarillentas y llenas de bolas de naftalina, se encontraba la puerta que daba a la habitación secreta de la casa.

Estaba en penumbra, pues no había más luz que la que entraba por la única ventana, y olía a humedad y a polvo. Las paredes estaban recubiertas de libros carcomidos. En el centro de la habitación había un escritorio enorme sobre el que descansaban numerosos papeles viejos y tarros de vidrio. Era la biblioteca de su tío tatarabuelo Arthur. El rincón favorito de Jared.

Echó un vistazo al cuadro colgado sobre la entrada. El retrato de Arthur Spiderwick lo observaba con sus ojillos parcialmente ocultos tras las pequeñas gafas redondas. Aunque Arthur no parecía muy viejo, tenía los labios marchitos y un aire chapado a la antigua. Desde luego, no presentaba el aspecto de alguien que creyese en las hadas.

Jared abrió el primer cajón del lado izquierdo del escritorio y sacó un libro envuelto en un trozo de tela: *El Cuaderno de campo del mundo fantástico*, por Arthur Spiderwick. El cuaderno refería con todo detalle las costumbres y hábitats de los seres sobrenaturales. Aunque hacía pocas semanas que lo había encontrado, Jared había llegado a considerarlo suyo. Casi nunca se desprendía de él y a veces incluso lo ponía debajo de la almohada antes de dormir. La única razón por la que no lo llevaba



consigo al colegio era que temía que alguien se lo quitase.

Oyó un ruido sordo procedente de la pared.

—¿Dedalete? —dijo Jared en voz baja.

Nunca sabía muy bien si el duende de la casa andaba por ahí.

Jared colocó el libro junto a su último proyecto: un retrato de su padre. No había hablado del asunto con nadie, ni siquiera con Simon. No le estaba quedando muy bien. De hecho, le estaba quedando fatal. Sin embargo, el cuaderno era para consignar datos en él, y si deseaba hacerlo bien debía aprender a dibujar. Aun así, después de la humillación que había sufrido aquel día, no le apetecía tomarse la molestia de continuar con el retrato. A decir verdad, tenía ganas de hacerlo trizas.

—Aquí huele a gato encerrado —le dijo una vocecita al oído—; más vale ir con cuidado.

Se volvió rápidamente para ver a un hombrecillo de piel morena vestido con una camisa y unos pantalones que parecían hechos para un muñeco, a partir de un calcetín. Estaba de pie sobre uno de los estantes, a la altura de los ojos de Jared, sujetando una hebra de hilo. En lo alto de la estantería, Jared avistó el destello de una aguja plateada que el duende había utilizado para descender en rappel.

—¿Qué pasa, Dedalete? —dijo Jared.

—Cuando vayan a por ti yo te diré: «Te lo advertí».

—¿Qué?

—Te advertí que del libro te olvidarás. Por no hacerme caso, las pagarás muy caras.

—Siempre dices lo mismo —replicó Jared—. Y ese calcetín que recortaste para hacerte tu traje ¿te salió muy caro? No me digas que pertenecía a tía Lucinda.

—Ahórrate esas burlas atroces.

Aprende a temer lo que no conoces.

Jared suspiró y se dirigió hacia la ventana. Desde allí alcanzaba a ver todo el patio trasero. Mallory, cerca de la cochera, lanzaba estocadas al aire con su florete. Más lejos, junto a la derruida valla de tablones que separaba el jardín del bosque cercano, estaba Simon, haciendo bocina con las manos, seguramente para llamar a su estúpida gata. Más allá, la espesa arboleda tapaba la vista. A lo lejos, una carretera discurría por el bosque, como una serpiente negra entre la hierba alta.

Dedalete se aferró al hilo y se balanceó

hasta el alféizar. Iba a decir algo, pero finalmente se quedó mirando hacia fuera, como sorprendido, hasta que por fin dijo:

—Trasgos a la vista, y hay que ser realista: muy tarde te he advertido, ahora ya estás perdido.

—¿Dónde?

—Junto a la valla, ¿es que la vista te falla?

Jared achicó los ojos y miró en la dirección que le señalaba el duende. Allí no había nadie más que Simon, que estaba muy quieto, examinando el césped de un modo extraño. Jared vio horrorizado que su hermano empezaba a forcejear. Simon se retorció y arremetía, pero... ¿contra qué? Allí no había nada...

—¡Simon!

Jared intentó abrir la ventana, pero estaba clavada al marco. Comenzó a golpear el cristal.

Entonces Simon cayó al suelo y, acto seguido, desapareció.

—¡No veo nada! —le gritó Jared a Dedalete—. ¿Qué está pasando?

Los negros ojos del duende relampaguearon.

—Lo había olvidado, no me acordaba; los ojos humanos no sirven de nada. Aun así, sea como sea, puedo conseguir que veas.

—Te refieres a la Visión, ¿verdad?

El trastolillo asintió.

—¿Y cómo puede ser que te vea a ti y a los trasgos no?

—Podemos elegir mostrarte lo que queremos enseñarte.





El pequeño duende visiblemente agitado.

Jared tomó el cuaderno y comenzó a pasar las páginas que se sabía prácticamente de memoria; bocetos, acuarelas y anotaciones escritas con la letra irregular de su tío.

—Aquí está —dijo Jared.

El trastolillo dio un salto desde la ventana a la mesa.

La página sobre la que Jared había posado los dedos mostraba diferentes maneras de conseguir la Visión. La repasó rápidamente: tener el cabello rojo, ser el séptimo hijo de un hijo séptimo, rociarse con agua del baño de un hada... Se detuvo en el último punto y levantó la vista hacia Dedaleta, pero el pequeño duende, visiblemente agitado, señalaba la parte inferior de la página. La ilustración mostraba claramente una piedra con un agujero en el centro, semejante a un anillo o a una rosquilla.

—Con esta piedra es posible avistar lo invisible —aseguró Dedaleta, saltando del escritorio, y corrió por el suelo hacia la puerta del armario de ropa blanca.

—No hay tiempo para ponerse a buscar piedras —protestó Jared, pero ¿qué otra cosa podía hacer sino seguirlo?



Olía a gasolina y a moho

CAPÍTULO DOS

*Donde se suceden varias cosas,
incluida una prueba.*

Dedalete recorrió el patio a toda velocidad, saltando de sombra en sombra. Mallory continuaba practicando esgrima contra la pared de la vieja cochera, de espaldas al sitio donde había desaparecido Simon.

Jared dio un tirón al cable de los auriculares de su hermana para quitárselos. Ella se volvió y le apuntó al pecho con el florete.

—¿Qué pasa?

—¡Los trastos se han llevado a Simon!

Mallory recorrió el patio con la vista.

—¿Los trastos?

—¡Venga, daos prisa —sonó la voz de Dedalete, tan chillona como la de un pájaro—, que no es cosa de risa!

—Vamos —Jared señaló la cochera, donde el pequeño duende los esperaba—, antes de que vuelvan.

—¡Simon! —gritó Mallory.

—Cállate. —Jared la tomó del brazo, tiró de ella hacia el interior de la cochera y cerró la puerta a su espalda—. Te van a oír.

—¿Quiénes me van a oír? —quiso saber Mallory—. ¿Los trastos?

Jared no le hizo caso.

Ninguno de los dos había estado ahí dentro antes. Olía a gasolina y a moho. Había un viejo coche negro cubierto con una lona. Las paredes estaban recubiertas de estantes repletos de botes de hojalata y de frascos de conservas llenos hasta la mitad de líquidos marrones y amarillos. Incluso había compartimentos donde se debían de guardar los caballos hacía mucho tiempo. En un rincón se alzaba una pila de cajas y cofres de cuero.

Dedalete subió de un brinco a una lata de pintura y gesticuló hacia las cajas.

—¡Deprisa, deprisa! ¡Que los talones nos pisan!

—Si los trastos se han llevado a Simon, ¿por qué estamos hurgando en la basura? —preguntó Mallory.

—Mira —dijo Jared, mostrándole el dibujo de la piedra en el libro—. Buscamos esto.

—Oh, genial —repuso ella—. Cualquiera encuentra eso entre todo este desorden.

—Calla y busca, ¿quieres? —apremió Jared.

El primer baúl contenía una silla de montar, bridas, almohazas y otros utensilios

para el cuidado de los caballos. A Simon le habrían fascinado. Jared y Mallory abrieron juntos la siguiente caja.

Estaba llena de herramientas viejas y oxidadas. Había también unas cuantas cajas que contenían cubiertos envueltos en toallas sucias.

—Por lo visto tía Lucinda nunca tiraba nada —observó Jared.

—Aquí hay otra —suspiró Mallory, arrastrando un cajón de madera.



La tapa se deslizó por unas ranuras polvorientas, dejando al descubierto un montón de papeles de periódico arrugados.

—Mira qué antiguos son —comentó Mallory—. La fecha de éste es de 1910.

—No sabía que en 1910 hubiera periódicos —dijo Jared.

Cada hoja recubría un objeto diferente. Jared desenvolvió una y dentro encontró un viejo par de binoculares, y en otra una lupa, con lo que las letras se veían enormes.

—Mira, ésta es de 1927. Son todos distintos.

Jared escogió otra hoja.

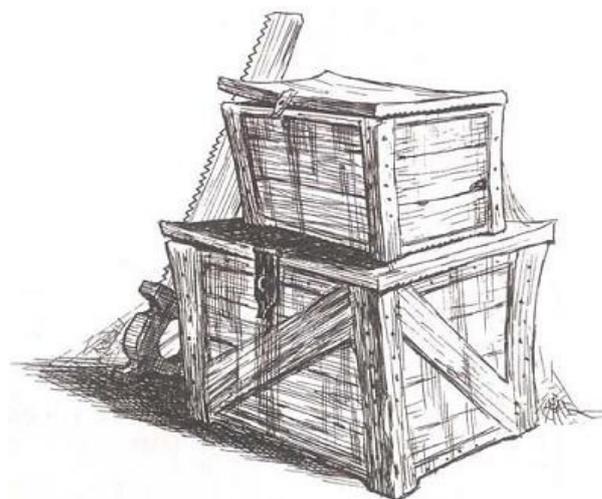
—Mira: «Niña ahogada en un pozo vacío». ¡Qué raro!

—Eh, escucha esto. —Mallory alisó una de las hojas de periódico—: «1885. Niño perdido. Las autoridades confirman su muerte por el ataque de un oso», ¡Fíjate en el nombre del hermano superviviente! «Arthur Spiderwick.»

—¡Un momento! ¡Está ahí dentro! —dijo Dedaleta, trepando a la caja para meterse en ella. Cuando salió, tenía en las manos el anteojo más extraño que Jared hubiese visto.

Cubría solamente un ojo y se sujetaba a la cara con un clip ajustable a la nariz, dos correas de cuero y una cadena. Ensambladas sobre un cuero resistente, cuatro abrazaderas metálicas esperaban para sujetar algún tipo de lente. Pero lo más raro era la serie de lentes de aumento fijas a unos brazos articulados.

Dedaleta se lo entregó a Jared, que lo examinó dándole vueltas entre los dedos.



Después, el duende se sacó de detrás de la espalda una piedra lisa que tenía un agujero en el centro.

—La lente de piedra.



La pieza ocular más extraña.

Jared alargó la mano para agarrarla.

Dedalete retrocedió un paso.

—Demuéstrame tu buena fe o no te la daré.

—No hay tiempo para juegos —protestó Jared, horrorizado.

—No tengas prisa, no seas obtuso y demuéstreme que le darás buen uso.

—Sólo la necesito para encontrar a Simon —le aseguró Jared—. Después te la

devolveré inmediatamente.

Dedalete arqueó una ceja. Jared lo intentó de nuevo.

—Te prometo que no dejaré que nadie la use, excepto Mallory... Bueno, y Simon. ¡Oh, vamos! Fuiste tú quien sugirió lo de la piedra desde un principio.

—Un niño humano es como una serpiente; promete mucho pero a veces miente.

Jared pensó en Simon y frunció el ceño. Notaba que la frustración y la ira se apoderaban de él. Apretó los puños.

—Dame esa piedra.

Dedalete no dijo nada.

—Dámela.

—Jared... —quiso refrenarlo Mallory.



Sin embargo, Jared apenas la oyó. Le zumbaban los oídos cuando extendió el brazo y asió a Dedalete. El pequeño duende se retorció en su mano, adoptando bruscamente la forma de una lagartija, una rata que le mordió el dedo a Jared y una anguila resbaladiza que se agitaba con violencia. No obstante, Jared era más grande y lo sujetó con fuerza. Al fin, la piedra cayó y golpeó el suelo con un ruido seco. Jared le puso el pie encima antes de soltar a Dedalete. El duende se esfumó mientras Jared recogía la piedra.



—No deberías haber hecho eso —dijo Mallory.

—Me da igual. —Jared se llevó el dedo mordido a la boca—. Tenemos que encontrar a Simon.

—¿Funcionará esa cosa? —preguntó Mallory.

—Ahora lo veremos.

Jared se colocó la piedra delante del ojo y se asomó a la ventana.



«Vienen hacia aquí.»

CAPÍTULO TRES

Donde Mallory hace por fin buen uso de su estoque

A través del pequeño agujero de aquella piedra, Jared vio a los tragos. Eran cinco y todos tenían cara de rana y los ojos completamente blancos, sin pupila. Sus orejas, puntiagudas como las de los gatos, pero sin pelo, sobresalían por encima de su cabeza. Su irregular dentadura estaba formada por trozos de vidrio y chatarra. Sus cuerpos verdosos e hinchados se movían ágilmente sobre el césped. Uno de ellos llevaba un saco manchado, y los demás olisqueaban el aire como perros mientras se acercaban a la cochera. Jared se apartó tan bruscamente de la ventana que por poco tropieza con un balde viejo.

—Están ahí fuera, y vienen hacia aquí —susurró Jared, agachándose.

Mallory empuñó su florete con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Y Simon?

—No lo he visto.

Su hermana estiró el cuello y echó un vistazo al exterior.

—Pues yo no veo nada —dijo.

Jared se acuclilló agarrando la piedra con firmeza. Oía los gruñidos y pisadas de los tragos que se aproximaban. No se atrevía a mirar de nuevo a través de la piedra.

Entonces sonó un chasquido de madera vieja.

Una piedra golpeó una de las ventanas.

—Ya vienen —dijo Jared.

—¿Que ya vienen? —replicó Mallory—. A mí me parece que ya están aquí.

Algo se puso a arañar la pared de la cochera y se oyeron rugidos debajo de la ventana. A Jared se le hizo un nudo en el estómago. No podía moverse.

—Tenemos que hacer algo —musitó.

—Tendremos que echar a correr hacia la casa —respondió Mallory, también en un susurro.

—No podemos —repuso Jared.

No podía borrar de su mente la imagen de los dientes y las garras afilados de los



trasgos.

—Un par de tablones más y estarán dentro.

Jared asintió con la cabeza, atontado.

—A la cuenta de tres —le indicó Mallory—. Una... dos... y ¡tres! ¡Vamos!

Abrió la puerta y los dos se lanzaron a toda velocidad en dirección a la casa.

Jared no tenía tiempo de usar la piedra; sólo corría. Unas garras se le engancharon en la ropa. El pudo soltarse y siguió corriendo.

Mallory era más rápida. Casi había llegado a la puerta de la casa cuando un trasgo asió con fuerza la camisa de Jared por detrás y le dio un tirón. El chico cayó de bruces sobre la hierba. Hundió los dedos en la tierra, tratando de aferrarse al suelo, pero algo tiraba de él hacia atrás.

Profirió un grito. Mallory se volvió. En vez de entrar en la casa, arrancó a correr hacia su hermano. Aún empuñaba su espada de esgrima, pero no tenía manera de saber a qué se enfrentaba.

—¡No, Mallory! —gritó Jared— ¡Aléjate!





Pero algo tiraba de él hacia atrás.

Al menos un trago debió de adelantarlo, porque vio que el brazo de Mallory daba una sacudida y ella soltó un chillido. Aparecieron unos surcos rojos allí donde algo la había arañado. Ella giró y atacó con el estoque, hendiendo el aire. Al parecer no había acertado a ningún trago. Blandió el arma trazando un arco, pero sin resultado.>

Jared lanzó una patada con fuerza y golpeó algo sólido. Notó que la mano que lo sujetaba disminuía la presión y aprovechó para escapar. Gateó a toda prisa hacia donde se encontraba Mallory, se llevó la piedra al ojo y miró a través de ella.>

—¡Enemigo a las seis! —gritó.>

Mallory asestó una estocada en esa dirección. Alcanzó en la oreja a un trago, que aulló de dolor. Aunque el estoque de esgrima no tiene punta, duele que te peguen con uno.>

—Más bajos, son más bajos.>

Jared logró ponerse en pie y colocar su espalda contra la de Mallory. Los cinco trasgos los rodeaban.>

Uno arremetió desde la derecha.>

—¡Enemigo a las tres! —anunció Jared. Mallory tumbó fácilmente al trasgo.>

—¡A las doce! ¡A las nueve! ¡A las siete! Los trasgos acometieron a la vez, y Jared dudaba de que Mallory fuese a poder con todos. Levantó el cuaderno de campo y golpeó con todas sus fuerzas al trasgo más cercano.>

¡Paf! El trasgo se tambaleó hacia atrás. Mallory había derribado a dos más con fuertes mandobles. Ahora se movían en semicírculo con mayor cautela, haciendo rechinar los dientes de vidrio y metal.>

Entonces sonó una extraña llamada, a medio camino entre un ladrido y un silbido.>

Al oírla, los trasgos se retiraron uno a uno y se internaron en el bosque.>

Jared se dejó caer sobre la hierba. Le dolía un costado y estaba sin resuello.>

—Se han ido —dijo, alargándole la piedra a Mallory—. Mira.>

Mallory se sentó a su lado y se puso la piedra delante del ojo.>

—No veo nada, pero hace un momento tampoco veía nada.>

—Es posible que vuelvan. —Jared se colocó boca abajo y abrió el cuaderno. Lo hojeó por unos instantes hasta encontrar lo que buscaba—. Fíjate en esto.>

—«Los trasgos van de un lado a otro en bandas errantes, buscando bronca» —leyó Mallory—. Y escucha esto, Jared: «La desaparición de perros y gatos indica la presencia de trasgos en la zona».>

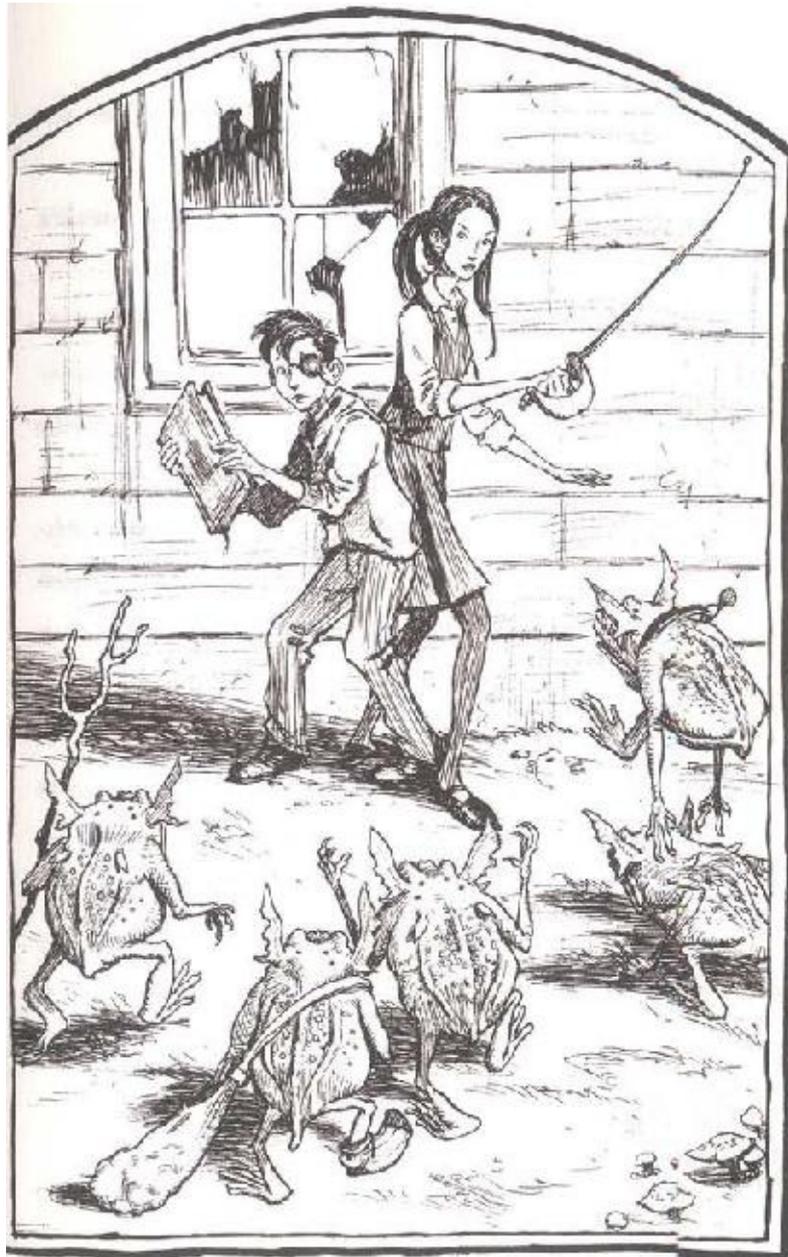
Se miraron.>

—*Tibbs* —dijo Jared con un estremecimiento.>

—«Los trasgos nacen sin dientes —siguió leyendo Mallory—, por lo que buscan sucedáneos como colmillos de animales, piedras afiladas, trozos de metal o de vidrio.»>

—Pero no explica cómo detenerlos —dijo Jared—, ni adonde pueden haberse llevado a Simon.>

Mallory no levantó la vista de la página.>

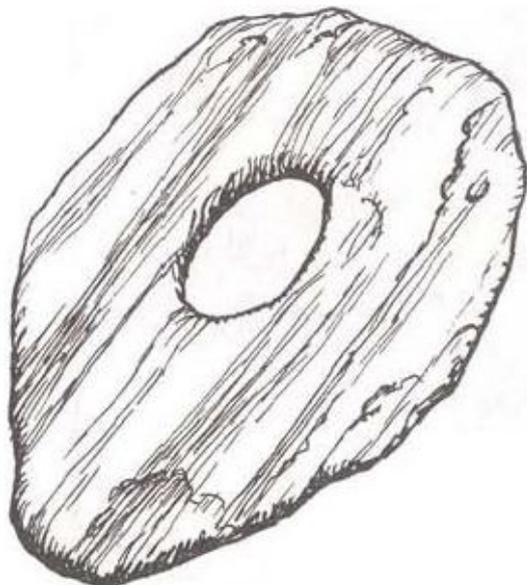


Los cinco trasgos los rodeaban.>

Jared intentó no pensar en los motivos por los que los trasgos se habían llevado a Simon. Tenía bastante claro lo que les hacían a perros y gatos, pero se resistía a creer que su hermano podía... acabar devorado por ellos. Contempló los horribles dientes que mostraba el dibujo.>

Seguro que no. Seguro que habría alguna otra explicación.>

Mallory respiró profundamente y señaló la ilustración.>



—Pronto oscurecerá, y, con esos ojos, probablemente verán de noche mejor que nosotros.>

Era una observación sensata. Jared decidió hacer en el cuaderno una anotación al respecto cuando hubiesen rescatado a Simon. Se quitó el anteojo y colocó la piedra en su sitio, pero las abrazaderas estaban demasiado flojas para sujetarla.>

—No va bien —dijo Jared.>

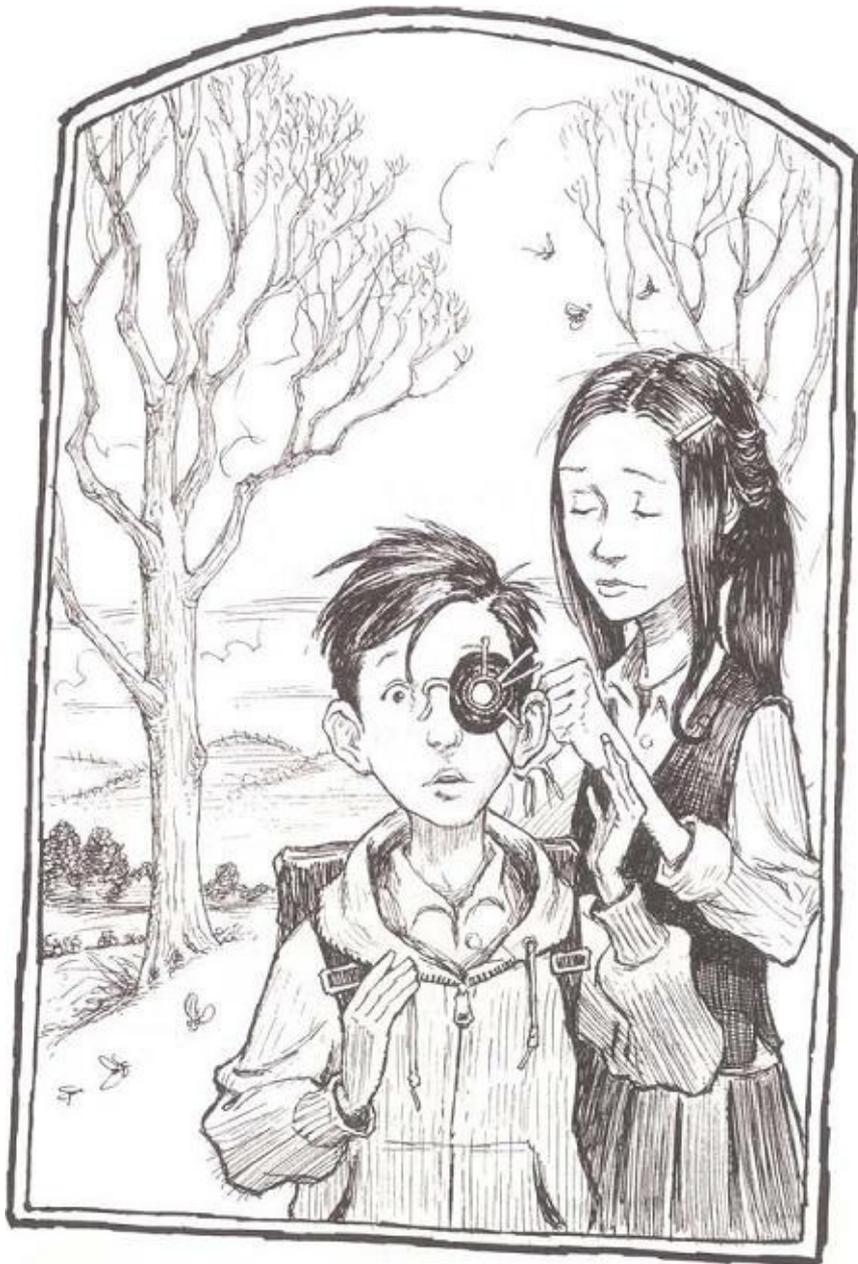
—Tienes que ajustarla —indicó Mallory—. Necesitamos un destornillador o algo así.>

Jared se sacó una navaja del bolsillo trasero del pantalón. Tenía un destornillador, una hoja pequeña, una lupa, una lima, tijeras y un hueco en el que se había alojado un monda-dientes. Con mucho cuidado, atornilló las abrazaderas y encajó la piedra en su lugar.>

—A ver, déjame atarte eso a la cabeza. —Mallory tensó las tiras de cuero hasta que el aparato quedó firme. Jared tenía que entrecerrar el ojo para ver bien, pero ahora le quedaban las dos manos libres—. Ten —dijo Mallory, entregándole un estoque de práctica. No terminaba en punta, así que Jared no estaba muy seguro de que pudiese hacer mucho daño con él.>

Aun así, se sentía más seguro armado. Guardó el cuaderno en una mochila y, estoque en mano, echó a andar colina abajo hacia el oscuro bosque.>

Había llegado el momento de encontrar a Simon.>



Había llegado el momento de encontrar a Simon.>



El aire allí era distinto.

CAPÍTULO CUATRO

Donde Jared y Mallory encuentran muchas cosas, pero no lo que buscan

Al adentrarse en el bosque, Jared sintió un escalofrío. El aire allí era distinto, olía a verdor y a tierra húmeda, pero la luz era muy débil. Pasaron por entre tallos enmarañados de balsaminas y árboles delgados recubiertos de hiedra. En algún lugar por encima de ellos un pájaro comenzó a graznar, con chillidos tan estridentes como una alarma. Bajo sus pies notaban una espesa alfombra de musgo. Las ramitas crujían a su paso, y Jared oía el rumor lejano de un riachuelo.

Algo de color marrón surcó el aire como una exhalación. Era un búho, que se posó en una rama baja. La cabeza se inclinó hacia ellos cuando dio el primer bocado al ratón que sujetaba entre las garras.

Mallory se abrió paso a través de unos arbustos, seguida por Jared, y varios abrojos se les engancharon en el pelo y la ropa. Rodearon sigilosamente el tronco pútrido de un árbol caído en el que pululaban numerosas hormigas negras.

Jared veía las cosas un poco distintas a través de la piedra. Todo parecía más luminoso y nítido. Pero había algo más. Había cosas que se movían en la hierba y en los árboles, cosas que no veía con claridad pero que nunca antes había percibido; caras en la corteza y en la roca que sólo atisbaba por un instante, como si el bosque entero estuviese vivo.

—Por ahí. —Mallory palpó una rama rota y apuntó con el dedo a varios helechos pisoteados—. Han pasado por ahí.

Siguieron el rastro de maleza aplastada y ramas quebradas hasta que llegaron a un arroyo. Para entonces, el bosque se había sumido aún más en la oscuridad, y los sonidos del crepúsculo habían aumentado. Una nube de mosquitos los rodeó por un momento antes de alejarse volando hacia el agua.

—Y ahora ¿qué hacemos? —preguntó Mallory—. ¿Ves algo?

Jared miró a través de la piedra achicando los ojos y sacudió la cabeza.

—Sigamos el curso del arroyo. El rastro tiene que continuar por algún sitio.

Avanzaron entre la arboleda.

—Mallory —susurró Jared señalando un gigantesco roble.

Unas criaturas diminutas, verdes y marrones, estaban posadas sobre una rama. Sus alas parecían hojas, pero tenían un rostro de aspecto casi humano. En lugar de cabello, les crecían flores y hierba en la minúscula cabeza.

—¿Qué estás mirando? —Mallory alzó el estoque y retrocedió dos pasos.

Jared sacudió la cabeza lentamente.

—Espíritus del bosque, creo.

—¿Por qué pones esa cara de tonto?

—Es que son tan...

No podía expresar el sobrecogimiento que sentía al entrever aquel mundo oculto. Extendió la mano con la palma hacia arriba y observó fascinado que uno se le posaba en el dedo. Los piecitos le hacían cosquillas mientras aquel ser fantástico lo miraba parpadeando con sus ojos negros.

—¡Jared! —dijo Mallory, impaciente.

Al oír su voz, el espíritu se elevó en el aire. Jared siguió su vuelo con la vista mientras ascendía en espiral hasta las hojas que colgaban en lo alto.



La luz que se filtraba por entre el follaje se tiñó de naranja. Más adelante, el arroyo se ensanchaba al pasar por debajo de las ruinas de un puente de piedra.

Jared notó un picor en la piel cuando se acercaron al puente, pero no había el menor rastro de los trasgos. El riachuelo medía casi cuatro metros de ancho en ese punto, y hacia el centro había una zona oscura en el agua que parecía indicar una gran profundidad.



Uno se le posaba en el dedo.

Jared oyó a lo lejos un chirrido que sonaba como el roce del metal.

Mallory se detuvo e irguió la cabeza, escrutando la orilla opuesta.

—¿Has oído eso?

—¿Tú crees que podría ser Simon? —preguntó Jared. Esperaba que no se tratase de su hermano. No era un sonido humano.

—No lo sé —respondió Mallory—, pero sea lo que sea, tiene algo que ver con esos trastos. ¡Vamos!

Acto seguido, Mallory pegó un brinco en dirección al sitio de donde provenía el grito.

—No te metas ahí, Mallory —le advirtió Jared—. Es demasiado hondo.

—No seas cobardica —repuso ella introduciendo los pies en el arroyo.

Dio dos zancadas largas y se hundió como si hubiese caído por el borde de un barranco. Su cabeza desapareció en el agua de color verde turbio.

Jared se lanzó hacia delante. Dejó caer el estoque en la orilla y metió la mano en el agua helada. Su hermana salió a la superficie, tosiendo y escupiendo agua. Intentó asir el brazo de Jared.



Algo empezó a emerger.

El había conseguido arrastrarla a medio camino de la orilla cuando algo empezó a emerger detrás de ella. Al principio parecía que una colina pedregosa y cubierta de musgo estaba brotando del agua. Después apareció una cabeza, del color verde intenso de la hierba de río podrida, con ojos pequeños y negruzco, una nariz nudosa como una rama y una boca llena de dientes resquebrajados. Tenía dedos largos como raíces y uñas ennegrecidas por el cieno. Jared aspiró el hedor del fondo de la charca,

hecho de hojas pútridas y un barro muy, muy viejo.



Jared pegó un alarido. Su mente se quedó totalmente en blanco. No podía moverse.

Mallory salió a gatas del río y echó un vistazo por encima del hombro.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que ves?

En cuanto percibió su voz, Jared se puso en movimiento y se alejó del arroyo, rígido, tambaleándose, arrastrándola a ella también.

—Un trol —dijo Jared con un grito ahogado.

La criatura se abalanzó hacia ellos. Sus largos dedos se deslizaban sobre la hierba, a unos pasos de donde se encontraban.

El trol soltó un aullido y Jared dirigió la mirada hacia atrás, pero no alcanzó a ver qué había ocurrido. Se precipitó hacia ellos de nuevo, pero se apartó de golpe cuando un rayo

de luz tocó uno de sus prolongados dedos. El monstruo profirió un bramido.

—El sol —señaló Jared—. Se ha quemado con la luz del sol.

—No queda mucha —observó Mallory—. Vámonos de aquí.

—Esperaaaaad —susurró el monstruo en un tono meloso, clavando en ellos sus ojos negros—. Regresaaaaad. Tengo algo para vosoooootros.

El trol extendió el brazo con el puño cerrado, como si ocultase algo en la palma.

—Vamos, Jared —insistió Mallory con un dejo suplicante en la voz—. No veo la cosa con la que hablas.

—¿Has visto a mi hermano? —preguntó Jared.

—Tal veeeee. He oído algo hace un raaaaato, pero había demasiaaaaaa luz; no he podido verlo.

—¡Era él! ¿Por dónde han ido?

La cabeza se volvió hacia los restos del puente y luego hacia Jared.

—Acéeeercate y te lo diré.

—Ni hablar —repuso Jared reculando un paso.

—Ven a recuperaaaaar tu espaaaaaada.

El trol hizo un gesto en dirección al estoque que Jared había dejado atrás, en la orilla del arroyo. Dirigió la vista a su hermana. También tenía las manos vacías. Su espada debía de estar en el fondo de la charca.

Mallory dio medio paso adelante.

—¡Maldición! Ésa es la única arma que tenemos.

—Veniiiiid a por eeeeella. Yo cerraré los ooooojos si así os sentís más seguueeros.
—Y se tapó los párpados con una mano descomunal.

Mallory miró la espada que yacía sobre la hierba. Fijó la vista en ella de una manera que puso muy nervioso a Jared. Su hermana estaba planteándose la posibilidad de intentar recuperarla.

—Ni siquiera puedes ver a esa cosa —musitó Jared—. Vámonos.

—Pero la espada...

Jared se desató el antejo y se lo pasó a ella. El rostro de Mallory palideció al ver aquel enorme ser que los espiaba a través de la separación entre sus dedos, aprisionado únicamente por las zonas de luz, una luz que empezaba a extinguirse.

—¡Vámonos! —lo apremió ella con voz trémula.

—Nooooo —les gritó el trol—. Volveeed. Si queréis me doooy la vueeeelta. Contaré hasta dieeeeeez. No haré traaaaampa. Volveeed.



Jared y Mallory corrieron por el bosque hasta que encontraron una zona iluminada donde tomarse un respiro. Se apoyaron contra el grueso tronco de un roble para intentar recuperar el aliento. Mallory temblaba. Jared, sin saber si era porque estaba mojada o por la impresión de ver al trol, se sacó la chaqueta para que ella se abrigara.



Recogió de la hierba un zapato marrón.

—Estamos perdidos —dijo Mallory entre jadeos—, y desarmados.

—Sabemos que no pueden haber cruzado el arroyo —dijo Jared, batallando por ceñirse de nuevo el anteojo a la cabeza—. Habrían caído en las garras del trol, seguro.

—Pero el sonido venía del otro lado.

Mallory asestó un puntapié a un árbol, con lo que desprendió un trozo de corteza.

Jared percibió un olor a quemado. Era muy tenue, pero le recordó el hedor del pelo chamuscado.

—¿Hueles eso? —preguntó Jared.

—Por ahí —indicó Mallory.

Se abrieron paso a toda prisa por entre la maleza, sin prestar atención a los

arañazos que ramitas y espinas les hacían en los brazos. Jared no pensaba más que en dos cosas: su hermano y el fuego.

—Fíjate en esto.

Mallory se detuvo de repente. Se agachó y recogió de la hierba un zapato marrón.

—Es de Simon.

—Lo sé —contestó Mallory. Le dio la vuelta, pero Jared no obtuvo más pistas que el barro de la suela.

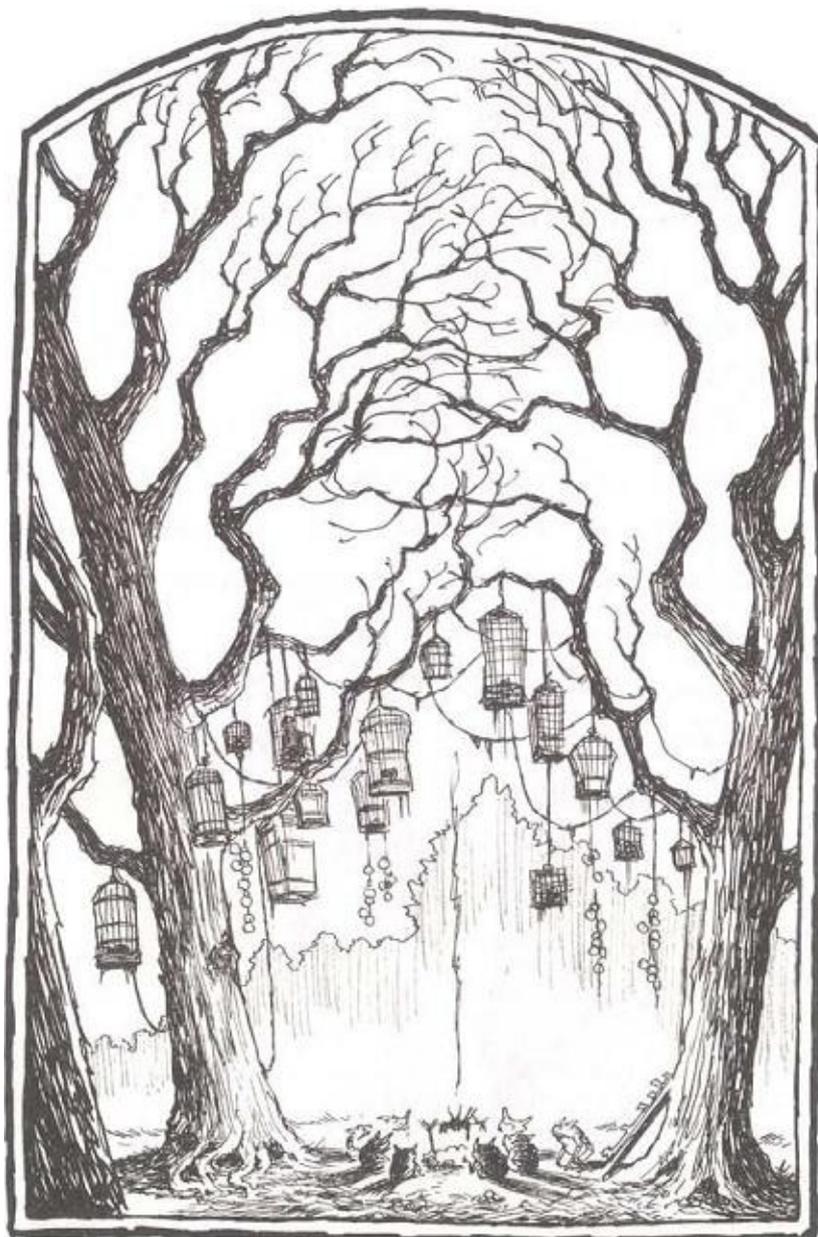
—¿Tú crees que está...? —Jared no pudo completar la frase.

—¡No, claro que no! —exclamó Mallory.

Jared asintió con la cabeza lentamente, dejándose convencer por la vehemencia de su hermana.

Un poco más adelante, la arboleda se hacía menos densa. Llegaron a una carretera. El asfalto negro se extendía hasta el lejano horizonte. Detrás de todo, el sol se ponía con un resplandor purpúreo y anaranjado.

Allí, a lo lejos, en el arcén, un grupo de trasgos se apiñaban en torno a una hoguera.



Siniestras campanillas

CAPÍTULO CINCO

Donde se descubre el destino del gato perdido

Zigzagueando entre los árboles, Jared y Mallory se acercaron al campamento de los trastos. Había trozos de vidrio y huesos roídos desperdigados por el suelo. En lo alto de los árboles vislumbraron unas jaulas pequeñas hechas con espino, plásticos y otros desperdicios entretejidos. Latas de refresco aplastadas colgaban de las ramas y entrechocaban como siniestras campanillas.



«Pilla un gato, pilla un perro.»

Había diez trasgos sentados alrededor de la fogata. El cuerpo ennegrecido de algo que se parecía mucho a un gato giraba ensartado en un palo. De vez en cuando uno de los trasgos se inclinaba para lamer la carne carbonizada, y el que daba vueltas al espetón le soltaba un ladrido, que servía de inicio a un ensordecedor concierto de ladridos.

Varios de ellos entonaron una canción. Jared se estremeció al oír la letra.

¡Tralará tralalero!
Pilla un gato, pilla un perro,
arráncale todo el cuero
y dale vueltas sobre el fuego.
¡Tralará, tralalero!

Los automóviles pasaban de largo, ajenos a lo que ocurría. Jared, que no lograba distinguir a sus ocupantes, pensó que quizás incluso su madre conducía por ahí en ese momento.

—¿Cuántos son? —murmuró Mallory, empuñando una rama pesada.

—Diez —respondió Jared—. No veo a Simon. Debe de estar en una de esas jaulas.

—¿Estás seguro? —Mallory miró hacia donde se encontraban los trasgos, aguzando la vista—. Dame esa cosa.

—Ahora no —replicó Jared.

Avanzaron despacio entre los árboles buscando una jaula en la que cupiese Simon. Delante de ellos, algo emitió un chillido agudo y penetrante. Se aproximaron con sigilo al borde del bosque.

Al otro lado del campamento de los trasgos, junto a la carretera, yacía un animal. Era del tamaño de un coche, aunque estaba acurrucado, tenía cabeza de halcón y cuerpo de león, y el costado ensangrentado.

—¿Qué ves?

—Un grifo —dijo Jared—. Está herido.

—¿Qué es un grifo?

—Es una especie de pájaro, una especie de... Oh, no importa. Tú mantente alejada de él y ya está.

Mallory suspiró y se internó aún más en el bosque.

—Mira —señaló—. ¿Qué opinas de ésas?

Jared levantó la vista. Algunas de las jaulas altas eran más grandes, y le pareció divisar una forma humana dentro de una de ellas. ¡Simon!

—Puedo trepar hasta ahí —dijo Jared.

Mallory hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Date prisa.

Jared metió el pie en un hueco de la corteza y se aupó hasta la primera ramificación. A continuación se encaramó a la rama de la que colgaban las jaulas pequeñas y comenzó a reptar a lo largo de ella. Si se ponía de pie, le sería posible echar un vistazo al interior de las más altas.

Conforme avanzaba, Jared no pudo evitar mirar abajo. En las jaulas inferiores vio ardillas, gatos y pájaros encerrados. Unos lanzaban zarpazos y dentelladas a los barrotes, mientras otros permanecían muy quietos. Algunas jaulas no contenían más que huesos. Todas estaban recubiertas de hojas que se asemejaban sospechosamente a la hiedra venenosa.

—Eh, pasmarote, aquí. Déjame salir.

La voz sorprendió tanto a Jared que por poco se cae de la rama. Procedía de una de las jaulas grandes.

—¿Quién eres? —susurró Jared.

—Cerdonio. Y ahora, ¿por qué no abres esa puerta?

Jared vio la cara de rana de otro trasgo, pero éste tenía ojos gatunos y amarillos. Iba vestido, y su dentadura no se componía de trozos de vidrio y metal, sino de algo parecido a dientes de bebé. Un escalofrío recorrió a Jared.

—Me parece que no —dijo Jared—. Por mí puedes pudrirte ahí dentro. No pienso dejarte salir.

—No seas aguafiestas, lechuguino. Si ahora pego un grito, esos tipos te convertirán en su postre.

—Seguro que gritas muy a menudo —replicó Jared—. Seguro que no creen una palabra de lo que dices.

—¡EH! ¡MIRAD...!

Jared asió un extremo de la jaula y le propinó un empujón. Cerdonio guardó silencio. Abajo, los trasgos se abofeteaban unos a otros y se disputaban los bocados de carne de gato, aparentemente ajenos al barullo que reinaba en el árbol.

—Vale, vale —cedió Jared.

—Bien. ¡Sácame de aquí! —le exigió el trasgo.

—He de encontrar a mi hermano. Dime dónde está y te dejaré salir.

—Ni hablar, pompis de caramelo. Debes de creer que soy más tonto que un puñado de

lombrices. O me sacas de aquí o gritaré de nuevo.

—¡Jared! —La voz de Simon lo llamaba desde una de las jaulas que colgaban cerca de la punta de la rama—. ¡Estoy aquí!

—¡Voy! —respondió Jared, encaminándose hacia allí.

—Abre esa puerta o chillaré —lo amenazó el trago.

Jared respiró hondo.

—No vas a chillar. Si chillas, me capturarán, y entonces nadie podrá liberarte. Sacaré a mi hermano primero, pero volveré a por ti.

Jared se alejó por la rama, aliviado al comprobar que el trago guardaba silencio.

Simon estaba encajonado en una jaula demasiado pequeña para él. Tenía las piernas dobladas contra el pecho, y los dedos de un pie sobresalían entre los barrotes. Tenía los brazos arañados por las espinas de la jaula.





«¿Están bien?»

—¿Estás bien? —le preguntó Jared, sacando la navaja de su mochila y serrando las nudosas enredaderas.

—Sí —contestó Simon, con sólo un ligero temblor en la voz.

Jared deseaba preguntarle si había encontrado a *Tibbs*, pero temía la respuesta.

—Lo siento —dijo al fin—. Debí ayudarte a buscar el gato.

—No pasa nada —le aseguró Simon, y se escabulló por el resquicio que Jared había logrado abrir tirando de la puerta—, pero debes saber que...

—¡Cara de tortuga! ¡Niño! ¡Basta de cháchara! ¡Déjame salir! —bramó el trago.

—Vamos —dijo Jared—. Le he prometido que lo ayudaría.

Simon siguió a su hermano gemelo a lo largo de la rama en dirección a la jaula de Cerdonio.

—¿Qué hay ahí dentro?

—Un trasgo, creo.

—¡Un trasgo! —exclamó Simon—. ¿Te has vuelto loco?

—Puedo escupirte en el ojo —se ofreció Cerdonio.

—Qué asco —dijo Simon—. No, gracias.

—De ese modo te daría la Visión, pavitonto. Toma. —Cerdonio se sacó un pañuelo del bolsillo y escupió en él—. Frótate los ojos con esto.

Jared titubeó. ¿Se podía confiar en un trasgo? Por otro lado, si Cerdonio hacía algo malo, se quedaría encerrado para siempre en la jaula, pues Simon no lo dejaría salir.

Se quitó el antejo y se restregó el trozo de tela sucio en los ojos. Esto le produjo cierto escozor.

—Puaj. Eso es lo más asqueroso que he visto —comentó Simon.



Jared parpadeó y echó un vistazo a los trasgos que circundaban la hoguera. Los veía sin necesidad de ponerse la piedra.

—¡Simon, funciona!

Simon observó el pañuelo con escepticismo, pero luego se frotó los ojos a su vez con el escupitajo del trasgo.

—Hemos hecho un trato, ¿no? Sácame de aquí —reclamó Cerdonio.

—Primero cuéntame por qué estás ahí dentro —dijo Jared. Darles el pañuelo había sido un gesto amable, pero podía tratarse de una trampa.

—Para ser un petimetre no tienes pico de pollo —gruñó el trasgo—. Me metieron aquí por liberar a una gata. Me gustan los gatos, ¿sabes? No sólo porque son sabrosos (y lo son mucho, no lo dudes). Pero tienen ojos que se parecen un montón a los míos, y esa gata era muy pequeñita. Apenas tenía carne en los huesos. Además, daba unos

maullidos de lo más tiernos... —El trago estaba abstraído en sus recuerdos, pero de repente miró de nuevo a Jared—. Bueno, dejemos eso. Sácame de aquí.

—Pero ¿qué me dices de tus dientes? ¿Comes bebés o algo así? —A Jared no le había tranquilizado mucho la explicación del trago.

—¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio? —refunfuñó Cerdonio.

—Vale, ahora mismo te dejo salir —dijo Jared, acercándose para cortar los complicados nudos de la jaula—, pero quiero saber lo de tus dientes.

—Bueno, los críos tienen la extraña costumbre de dejar dientes debajo de la almohada, ¿sabes?

—¿Robas los dientes de los niños?

—¡Vamos, panoli, no me digas que crees en el ratoncito Pérez!

Jared manipuló con dificultad las ataduras sin abrir la boca durante un rato. Ya casi había cortado el último nudo.

Y entonces el grifo se puso a aullar. Cuatro de los tragos lo rodearon blandiendo palos afilados. El animal parecía demasiado débil para erguirse mucho, pero lanzaba picotazos a los tragos que se acercaban. Entonces alcanzó con su pico de halcón a uno de ellos y lo hirió en el costado. Otro trago le clavó el palo al grifo en el lomo, ante los gritos de entusiasmo de los demás.

—¿Qué hacen? —musitó Jared.

—¿A ti qué te parece? —repuso Cerdonio—. Están esperando a que se muera.

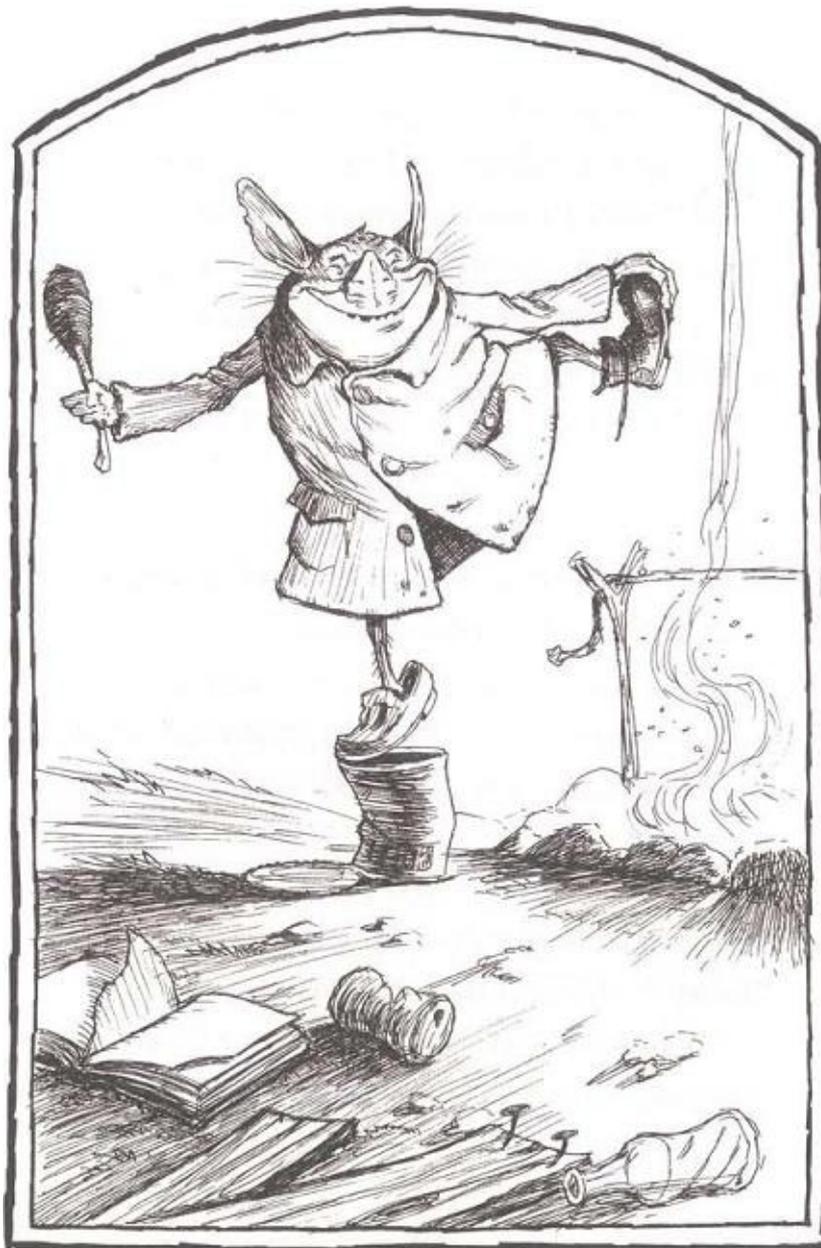
—¡Lo están matando! —gritó Simon.

Agarró un puñado de hojas y palos del árbol donde estaban y lo arrojó a los tragos que se encontraban abajo.

—¡Simon, para! —dijo Jared.

—¡Dejadlo en paz, desgraciados! —exclamó Simon—. ¡DEJADLO EN PAZ!

Todos los tragos levantaron la mirada en ese momento, con destellos verdosos en los ojos.



Tiñó las llamas de un resplandor verdoso

CAPÍTULO SEIS

Donde Jared se ve obligado a tomar una decisión difícil

—¡Sácame de aquí! —chilló Cerdonio, y Jared puso rápidamente manos a la obra para cortar el último nudo.

Cerdonio subió a la rama dando saltos, sin hacer caso de los trasgos que, ladrándoles desde abajo, habían empezado a rodear el árbol.

Jared echó una ojeada alrededor en busca de algo que le sirviese de arma, pero sólo tenía su pequeña navaja. Simon estaba desgajando más ramas mientras Cerdonio huía, saltando de árbol en árbol como un mono. Los gemelos se encontraban solos y acorralados. Si hubiesen intentado bajar, los trasgos se les habrían echado encima. Además, allí abajo, en algún lugar sumido en la penumbra, estaba Mallory, a solas y ciega.

—¿Y los animales de las jaulas? —preguntó Simon.

—¡No hay tiempo!

—¡Eh, lechoncillos! —oyó Jared que gritaba Cerdonio. Se volvió en dirección a la voz, pero Cerdonio no estaba hablándoles a ellos. Bailando alrededor de la hoguera, se metió una gruesa tira de carne de gato quemada en la boca—. ¡Tontainas! —les chilló a los otros trasgos—. ¡Trincapiñones! ¡Zampabodigos! ¡Majagranzas! —Levantó una pierna y orinó sobre la fogata, lo que tiñó las llamas de un resplandor verdoso.

Los trasgos se volvieron de espaldas al árbol y se encaminaron directamente hacia Cerdonio.

—¡Vamos! —dijo Jared—. ¡Ahora!

Simon bajó del árbol lo más rápidamente posible y saltó cuando ya estaba cerca del suelo. Cayó con un golpe sordo, y Jared aterrizó a su lado.

Mallory, sin desprenderse en ningún momento de la rama que seguía sujetando, los abrazó a los dos.

—He oído que los trasgos se acercaban, pero no veía nada —dijo.

—Ponte esto. —Jared le alargó el antejojo.

—Pero si lo necesitas tú... —protestó ella.

—¡Póntelo! —ordenó Jared.

Sorprendentemente, Mallory se lo abrochó en la cabeza sin rechistar.

Echaron a andar hacia el bosque, pero Jared no pudo evitar volverse. Cerdonio estaba rodeado, al igual que el grifo un rato antes.

No podían dejarlo así.

—¡Eh! —voceó—. ¡Mirad! ¡Estamos aquí!

Los trasgos se volvieron y, al divisar a los tres chicos, empezaron a caminar hacia ellos.

Jared, Mallory y Simon arrancaron a correr.

—¿Te has vuelto loco? —chilló Mallory.

—Él nos ha ayudado —respondió Jared.

No estaba seguro de que ella lo hubiese oído, pues jadeaba mientras hablaba.

—¿Adónde vamos? —gritó Simon.

—Al arroyo —contestó Jared.

Su mente funcionaba veloz, más rápida que nunca. El trol representaba su única esperanza. Estaba seguro de que podría pararles los pies a diez trasgos sin problemas. De lo que no estaba seguro era de cómo lo evitarían ellos tres.



Estaba de pie en la orilla.

Si fueran capaces de saltar a la otra orilla, quizá lograrían salvarse. Los tragos no se imaginarían que había un monstruo en el riachuelo.

Los perseguidores aún iban bastante rezagados. No veían lo que les esperaba más adelante.

Ya casi habían llegado. Jared alcanzaba a vislumbrar el arroyo, pero aún no habían llegado al puente.

Pero entonces vio algo que lo hizo detenerse en seco. El trol estaba fuera del agua, de pie en la orilla, con el brillo de la luna en los ojos y los dientes. Jared calculó que, incluso encorvado, medía más de tres metros de estatura.

—Quéee sueerte —siseó, extendiendo el brazo hacia ellos.

—Espera —dijo Jared.

La criatura avanzó hacia ellos, con una amplia sonrisa que dejaba al descubierto sus dientes rotos. Estaba claro que no pensaba esperar.

—¿Oyes eso? —le preguntó Jared—. Son tragos. Diez tragos gordos. Eso es mucho más que tres niños flacuchos.

El monstruo vaciló. Según el cuaderno, los trols no eran demasiado listos. Jared esperaba que fuera cierto.

—Lo único que tienes que hacer es regresar al arroyo, y nosotros te los traeremos. Te lo prometo.

Los negros ojos de la criatura centellearon con gula.

—Ssssí —dijo.

—¡Deprisa! —exclamó Jared—. ¡Ya casi están aquí!

El monstruo se deslizó hacia el agua y se sumergió sin apenas formar ondas en la superficie.

—¿Qué era eso? —preguntó Simon.

Jared estaba temblando, pero no podía permitirse que eso lo frenara.

—Cruzad el arroyo por ahí, donde no es muy hondo. Tenemos que conseguir que nos persigan y se metan en el agua.

—¿Qué te pasa? —preguntó Mallory—. ¿Estás loco?

—¡Por favor! —rogó Jared—. ¡Tienes que confiar en mí!

—¡Tenemos que hacer algo! —dijo Simon.

—Bueno, venga, vamos —dijo al fin Mallory.

Los tragos salieron en tropel de la arboleda. Jared, Mallory y Simon corrían por el agua poco profunda en zigzag en torno a la charca. El camino más corto para atraparlos pasaba por el medio del riachuelo.

Jared oyó a su espalda el chapoteo de los tragos, que ladraban enloquecidos. De pronto, los ladridos se convirtieron en alaridos. Al volverse, Jared vio que algunos de ellos pugnaban por llegar a la orilla. El trol los apresó a todos entre sacudidas y dentelladas y los arrastró a su guarida subacuática.

Jared se estremeció e intentó desviar la mirada. El estómago le dio un vuelco y sintió náuseas.

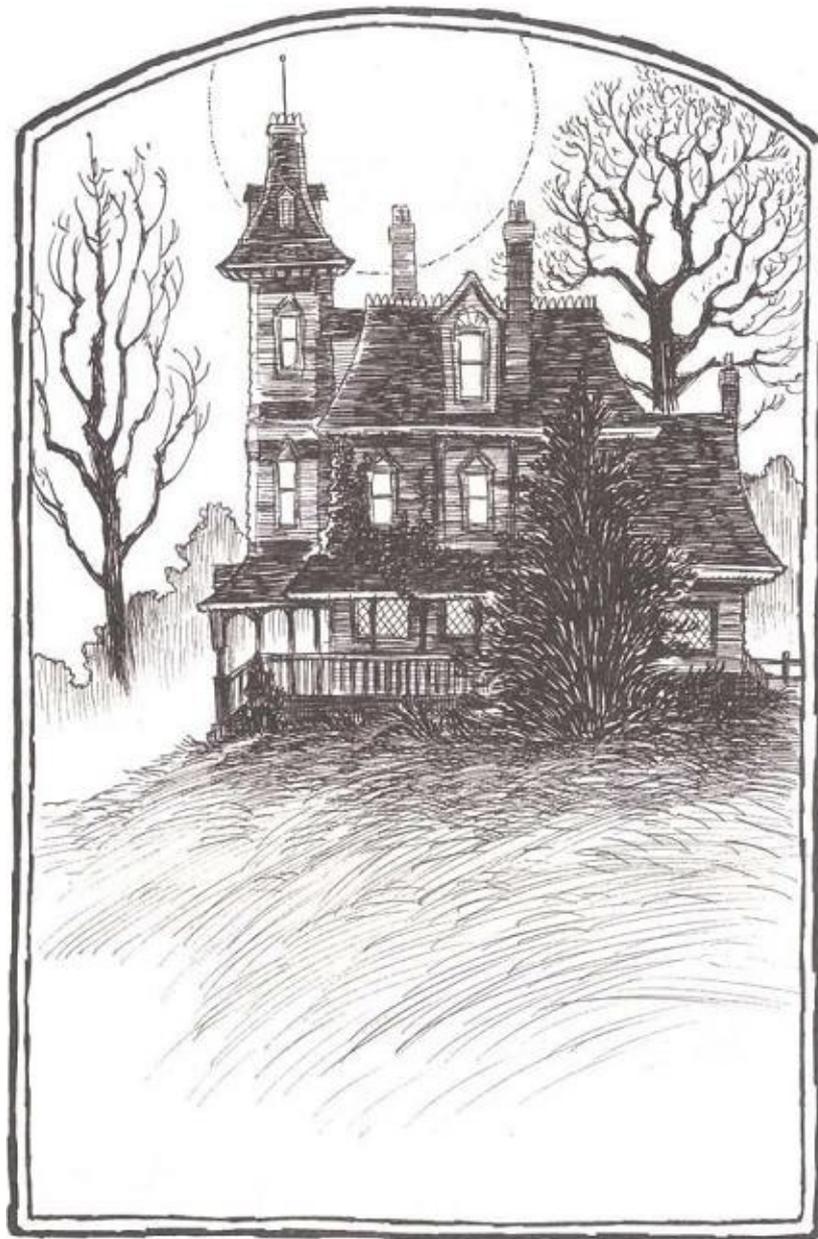
Simon estaba pálido y parecía un poco mareado.

—Vámonos a casa —dijo Mallory.



Jared asintió con la cabeza.

—No podemos —repuso Simon—. ¿Y todos esos animales?



La luna llena

CAPÍTULO SIETE

*DONDE SIMON SE SUPERA A SÍ MISMO Y ENCUENTRA UNA
EXTRAORDINARIA MASCOTA NUEVA*

Debes de estar bromeando —dijo Mallory cuando Simon le explicó lo que pretendía.

—Morirán si no lo hacemos —insistió Simon—. El grifo se está desangrando.

—¿El grifo también? —preguntó Jared.

Lo de los gatos encerrados en las jaulas le parecía comprensible, pero ¿un grifo?

—¿Cómo vamos a ayudar a esa cosa? —quiso saber Mallory—. ¡No somos veterinarios de seres sobrenaturales!

—Debemos intentarlo —aseguró Simon.

Jared tuvo que acceder: se lo debía a Simon.

Después de todo, lo había pasado muy mal por su culpa.

—Podemos usar la lona que hay en la cochera.

—Sí —intervino Simon—, y entonces podríamos arrastrar al grifo hasta allí. Hay espacio de sobra.

Mallory puso los ojos en blanco.

—Eso será si nos deja —dijo Jared—. ¿Viste lo que le hizo a ese trasgo?

—Vamos, chicos —suplicó Simon—. Yo solo no puedo tirar de él.

—Vale —cedió ella—, pero no pienso ponerme cerca de su cabeza.

Jared, Simon y Mallory desfilaron hacia la cochera. Aunque la luna llena les proporcionaba luz suficiente para orientarse en el bosque, tomaron precauciones, dando un rodeo al arroyo. En el límite del jardín, Jared vio que las ventanas de la casa estaban iluminadas y que el coche de su madre estaba aparcado en el camino de grava. ¿Estaría preparando ya la cena? ¿Habría llamado a la policía? Jared deseaba entrar y decirle a su madre que todos estaban bien, pero no se atrevía.

—Vamos, Jared. —Simon había abierto la puerta de la cochera y Mallory estaba quitando la lona al viejo automóvil—. Eh, mirad esto.

Simon agarró una linterna de uno de los estantes y la encendió. Por suerte, ningún haz de luz brilló hasta el otro lado del jardín.

—Se le habrán acabado las pilas —señaló Jared.

—Dejad de jugar —dijo Mallory—. No queremos que nos pillen.

Llevaron la lona a rastras de regreso por el bosque. Ahora andaban mucho más despacio, discutiendo sobre cuál sería el camino más corto.

Jared daba un respingo cada vez que percibía lejanos ruidos nocturnos. Incluso le parecía que el croar de las ranas no presagiaba nada bueno. No podía evitar

preguntarse qué más habría oculto en las sombras. Quizás algo peor que los trasgos y los trols. Sacudió la cabeza e intentó convencerse de que era imposible tener tan mala suerte en un solo día.



Cuando por fin dieron con el campamento de los trasgos, Jared se sorprendió al ver a Cerdonio sentado al calor del fuego. Estaba rechupeteando un hueso, y soltó un eructo de satisfacción cuando se acercaron.

—Supongo que estás bien —comentó Jared.

—¿Ésa es forma de hablarle a quien salvó tu pellejo de langostino?

Jared quería protestar —casi los matan por culpa del estúpido trasgo—, pero Mallory le agarró el brazo.

—Ayuda a Simon con los animales —le indicó—. Yo vigilaré al trasgo.

—No soy un trasgo —replicó Cerdonio—. Soy un trasno.

—Lo que tú digas —contestó Mallory, sentándose sobre una roca.



Simon y Jared comenzaron a trepar a los árboles para liberar a los animales de las jaulas. En su mayoría se alejaban corriendo rama abajo o saltaban al suelo, tan temerosos de los niños como de los trasgos. Un gatito se quedó acurrucado al fondo de una jaula, maullando lastimosamente. Jared no sabía qué hacer con él, así que lo metió en el bolsillo de su chaqueta y siguió adelante. No encontró el menor rastro de *Tibbs*.

Cuando Simon vio al gatito, se empeñó en adoptarlo. Jared esperaba que hubiese decidido quedarse con él en vez de con el grifo.



A Jared le pareció que la mirada de Cerdonio se volvía más tierna cuando la posaba en el gatito, pero sospechaba también que podía ser a causa del hambre.

Una vez que las jaulas quedaron vacías, los tres hermanos se acercaron al grifo, que los observaba con recelo, sacando las garras.

Mallory dejó caer el extremo de la lona que sostenía.

—¿Sabéis qué? A veces los animales heridos atacan sin más.

—Pero a veces no —repuso Simon, dirigiéndose hacia el grifo con las manos abiertas—. A veces te dejan que los cuides. Una vez encontré una rata así. Sólo me mordió cuando ya se había recuperado.

—Sólo una panda de pirados se pondría a hacer el tonto con un grifo herido. — Cerdonio partió otro hueso para chupar la médula—. ¿Queréis que os cuide al gato mientras tanto?

—¿Te apetece seguir a tus amigos hasta el fondo del río? —le preguntó Mallory frunciendo el entrecejo.

Jared sonrió. Era bueno tener a Mallory de su lado.

Entonces algo le vino a la mente.

—Ya que estás tan generoso, ¿por qué no le ofreces un poco de saliva de trasgo a mi hermana?

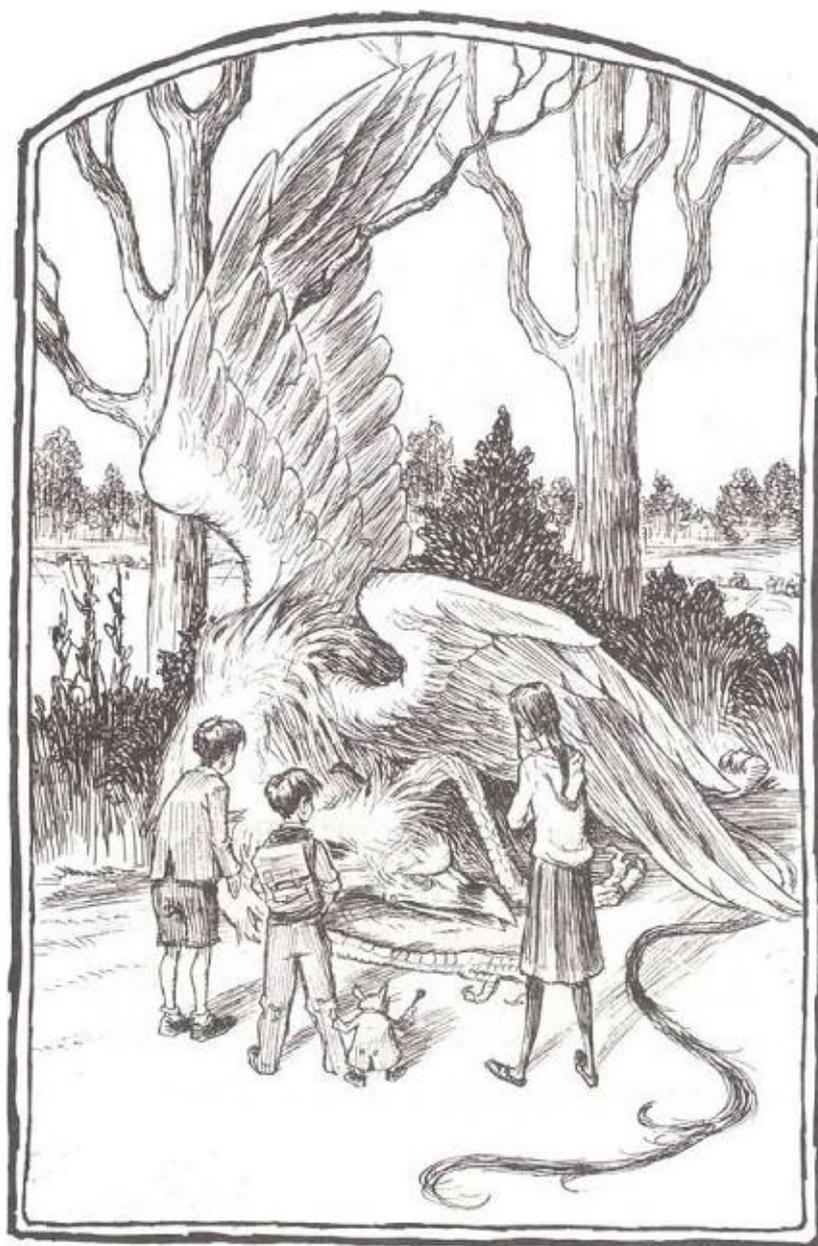
—Es saliva de trasno —puntualizó Cerdonio altivamente.

—Caray, gracias —dijo Mallory—, pero paso.

—No, verás... Te da el don de la Visión. Además, tiene sentido —afirmó Jared—. Es decir, si el agua del baño de un hada funciona, esto también puede funcionar.

—Jamás encontraré las palabras para expresar lo repugnantes que me parecen las dos posibilidades.

—Bueno, si se va a poner así... —Aparentemente Cerdonio intentaba hacerse el ofendido.



«No voy a hacerte daño.»

A Jared no le pareció muy convincente, pues al mismo tiempo mordisqueaba otro hueso.

—Vamos, Mallory. No puedes llevar una piedra atada a la cabeza todo el tiempo.

—Ésa es tu opinión —replicó ella—. ¿Tienes una idea aproximada de cuánto duran los efectos del escupitajo?

En realidad Jared no se lo había planteado. Miró a Cerdonio.

—Hasta que alguien te saque los ojos —respondió éste.

—Vaya, eso es estupendo —comentó Jared, intentando recuperar el control de la conversación.

—Vale, de acuerdo —suspiró Mallory, sacándose el antejo y poniéndose de rodillas.

Cerdonio escupió con gran delectación.

Al levantar la vista, Jared se percató de que Simon ya se había aproximado al grifo. Y estaba acuclillado junto a él, susurrándole.

—Hola, grifo —le decía en el tono más tranquilizador de que era capaz—. No voy a hacerte daño. Sólo queremos ayudar a curarte. Vamos, sé bueno.

El grifo emitió un gañido que sonó como el silbido de una tetera. Simon acarició suavemente sus plumas.

—Ya podéis extender la lona —musitó Simon.

El grifo se irguió ligeramente, abriendo el pico, pero al parecer las caricias de Simon lo calmaron y depositó de nuevo la cabeza sobre el asfalto.

Desenrollaron la lona detrás de él.

Simon se arrodilló junto a su cabeza, arrullándolo en voz baja. Daba la impresión de que el grifo lo escuchaba, erizando el plumaje como si los susurros de Simon le hicieran cosquillas.

Mallory se acercó sigilosamente a un lado y, con mucho cuidado, le sujetó las zarpas delanteras, mientras Jared se ocupaba de las traseras.

—Una, dos, tres —contaron por lo bajo, e hicieron rodar al grifo sobre la lona.

El animal soltó un graznido y agitó las patas, pero ya se encontraba sobre la lona.

A continuación lo levantaron como pudieron y acometieron la ardua tarea de arrastrarlo hasta la cochera. Pesaba menos de lo que Jared esperaba. Simon aventuró que quizá tenía los huesos huecos, como un pájaro.

—Hasta otra, papatostes —les gritó Cerdonio.

—Sí, adiós, ya nos veremos —se despidió Jared. Casi deseaba que el trasno los acompañara.

Mallory puso los ojos en blanco.

El grifo no disfrutó con el viaje. Como no podían alzarlo en vilo, se vieron obligados a arrastrarlo sobre desniveles y arbustos. Chirriaba y graznaba mientras batía su ala buena. No les quedó otro remedio que detenerse y esperar a que Simon lo tranquilizara antes de continuar andando. El camino se les hizo eterno.

Una vez dentro de la cochera, tuvieron que abrir la puerta doble de atrás y arrastrar al grifo hasta uno de los compartimentos para caballos. El animal se

acomodó sobre un viejo montón de paja.



En la cochera

Simon se puso de rodillas para limpiar las heridas del grifo lo mejor posible, con la única ayuda de la luz de la luna y del agua de la manguera. Jared tomó un balde y lo llenó de agua para el grifo, que bebió agradecido.

Incluso Mallory colaboró. Encontró una manta apolillada con la que tapar al animal. Presentaba un aspecto casi manso, vendado y soñoliento en el interior de la cochera.

A pesar de que Jared opinaba que había sido una locura llevar allí al grifo, tuvo que reconocer que empezaba a sentir un poco de afecto por él. En todo caso, más del que sentía por Cerdonio.



Era ya muy tarde cuando Jared, Simon y Mallory llegaron agotados a la casa. Mallory todavía estaba mojada a causa de su chapuzón en el arroyo, y Simon iba hecho una piltrafa, con desgarrones por todas partes. Jared tenía manchas de hierba en los pantalones y raspones en los codos que se había hecho huyendo por el bosque. A pesar de todo, aún conservaba el libro y la pieza ocular, Simon llevaba en brazos un gatito de color café con leche y los tres estaban vivos. Desde el punto de vista de Jared, se podía considerar un gran éxito.



Mamá estaba hablando por teléfono cuando entraron. Tenía el rostro arrasado en lágrimas.

—¡Están aquí! —Colgó el aparato y los miró fijamente—. ¿Dónde estabais? Es la una de la madrugada —gritó, apuntando a Mallory con el dedo—. ¿Cómo podéis ser tan irresponsables?

Mallory se volvió hacia Jared. Simon, al otro lado, lo miró también y apretó al gato contra su pecho. De pronto, Jared cayó en la cuenta de que estaban esperando que se le ocurriese una excusa.

—Pues... Había un gato subido a un árbol —empezó a decir Jared. Simon le dedicó una sonrisa de aliento—. Este gato. —Jared señaló al animalito que Simon sostenía—. ¿Sabes? Y Simon trepó al árbol pero el gatito se asustó. Trepó aún más alto y Simon no sabía cómo bajar. Entonces corrí a buscar a Mallory.

—Y yo intenté subir al árbol para ayudarlo a bajar —terció Mallory.

—Exacto —prosiguió Jared—. Ella subió también. Entonces el gato saltó a otro árbol y Simon trepó tras él, pero la rama se rompió y él cayó en un arroyo.

—Pero si no lleva la ropa mojada... —observó mamá con el ceño fruncido.

—Lo que Jared quiere decir es que yo caí en el arroyo —precisó Mallory.

—Y a mí se me cayó el zapato —añadió Simon.

—Sí —asintió Jared—. Entonces Simon atrapó al gato, pero teníamos que bajarlos del árbol sin que el gato lo arañara demasiado.

—Sí, eso nos llevó un buen rato —dijo Simon. Su madre miró a Jared de un modo extraño, pero no alzó la voz.

—Los tres estáis castigados para el resto del mes. Nada de jugar fuera y nada de pretextos.

Jared abrió la boca para objetar, pero no se le ocurría nada que decir.

Mientras los tres subían en fila escaleras arriba, Jared se disculpó, diciéndole a su hermana en voz baja:

—Lo siento. Supongo que era una excusa de lo más patética.

Mallory sacudió la cabeza.

—No podías decir gran cosa. No ibas a explicarle lo que sucedió en realidad.

—¿De dónde venían esos trasgos? —preguntó Jared—. Al final no hemos averiguado lo que querían.

—El cuaderno —respondió Simon—. Es lo que quería decirte antes. Creían que lo tenía yo.

—Pero ¿cómo...? ¿Cómo saben que lo hemos encontrado?

—No creerás que Dedalete se lo dijo, ¿verdad? —preguntó Mallory.

Jared negó con la cabeza.

—De entrada, nos advirtió que no jugásemos con el libro.

—Entonces ¿cómo...? —suspiró Mallory.

—¿Y si había alguien vigilando la casa, esperando a que encontrásemos el libro?

—Alguien o algo —sugirió Simon, preocupado.

—Pero ¿por qué? —preguntó Jared en voz un poco más alta de lo que pretendía—. ¿Por qué es tan importante ese libro? Es decir... ¿Sabían leer siquiera esos trasgos?

Simon se encogió de hombros.

—No me explicaron por qué. Sencillamente lo querían.

—Dedalete tenía razón. Nos lo advirtió.

Jared abrió la puerta de la habitación que compartía con su hermano gemelo.

La cama de Simon estaba pulcramente hecha, con las mantas dobladas hacia fuera y la almohada mullida. Sin embargo, la cama de Jared estaba patas arriba. Parte del colchón colgaba sobre el bastidor, con las plumas y el relleno desparramados. Las sábanas estaban hechas jirones.

—¡Dedalete! —exclamó Jared.

—Te lo dije —le reprochó Mallory—. Nunca debiste quitarle la piedra.



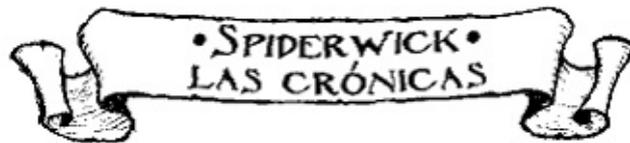
Los fenómenos
se sucederán todavía
en Spiderwick
cuando llegue el día

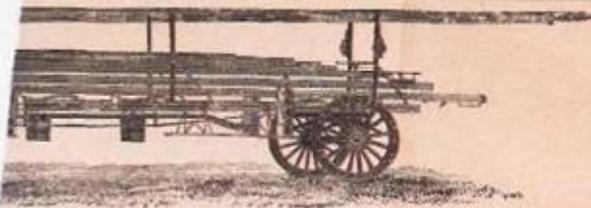


Por el bosque
anda esta criatura.
La conocerás, ya verás,
en la próxima aventura.
Y qué me dices del elfo,
alto y adusto.
¿Confías en él?
¿Es de tu gusto?



*sigue leyendo
Y lo sabrás...*





REMOLQUE DE COCHE DE BOMBEROS.

Bomberos de Erie

La historia de su transformación: desde un cuerpo de voluntarios a una brigada retribuida.

Ateneos a cualquier emergencia - Los nombres de todos sus jefes, desde el pasado hasta la actualidad.

Hasta 1825 los ciudadanos de Erie no gozaban de ninguna protección contra el fuego. En febrero de ese año se fundó una compañía «activa», en la que se enrolaron casi todos los hombres capaces del lugar, y R. S. Reed fue el primer jefe de unos bomberos que todavía utilizaban los cabos como herramienta principal. La primera manguera, comprada al departamento de bomberos de Princeton, no se adquirió hasta 1830, y siguió utilizándose durante unos cuantos años. En 1837 se formó una brigada rival, a la que llamaron «los chaquetos colorados». En 1839 se formaron dos brigadas más, y otra más en 1844, hasta llegar a una organización contra los incendios oficial, formada en 1851, aunque hasta diez años más tarde no se contó con medios automóviles. A medida que crecía la población y que los fuegos se hacían más frecuentes, surgió un clamor popular que exigía una organización más eficiente del departamento de bomberos.

En la actualidad, Erie cuenta con uno de los cuerpos de bomberos mejor organizados y más disciplinados de todo

Continúa en la página 19.



THEODORE SPIDERWICK, 10 años

Niño perdido

LAS AUTORIDADES CONFIRMAN SU MUERTE POR EL ATAQUE DE UN OSO

El departamento de policía de Springfield ha confirmado que el niño Theodore Spiderwick, de diez años de edad y del que no se tenían noticias desde el pasado jueves por la noche, es una víctima más de los ataques de oso que hasta el momento han costado la vida a otros tres niños.

El hermano menor de Theodore, Arthur, de 8 años de edad, fue testigo del ataque y afirmaba que el oso medía por lo menos siete pies de altura, que tenía grandes garras y que en su aspecto se asemejaba a un trol.

Sobre este asunto, el oficial K. J. Lewis afirmó que el caso debió de estar bajo los efectos de la gran impresión que le había producido el ataque, y que la imaginación podía haberle jugado una mala pasada dadas las circunstancias de la desaparición de su hermano mayor.

El oficial Lewis comentó también que la comunidad debe mantenerse alerta ante cualquier ataque y «preparada para

Continúa en la página 19.

Recorte de un diario de Pensilvania que daba noticia de la «desaparición» del hermano mayor de Arthur Spiderwick, Theodore, en 1885. Encontrado entre los papeles de Arthur Spiderwick.

SPIDERWICK.

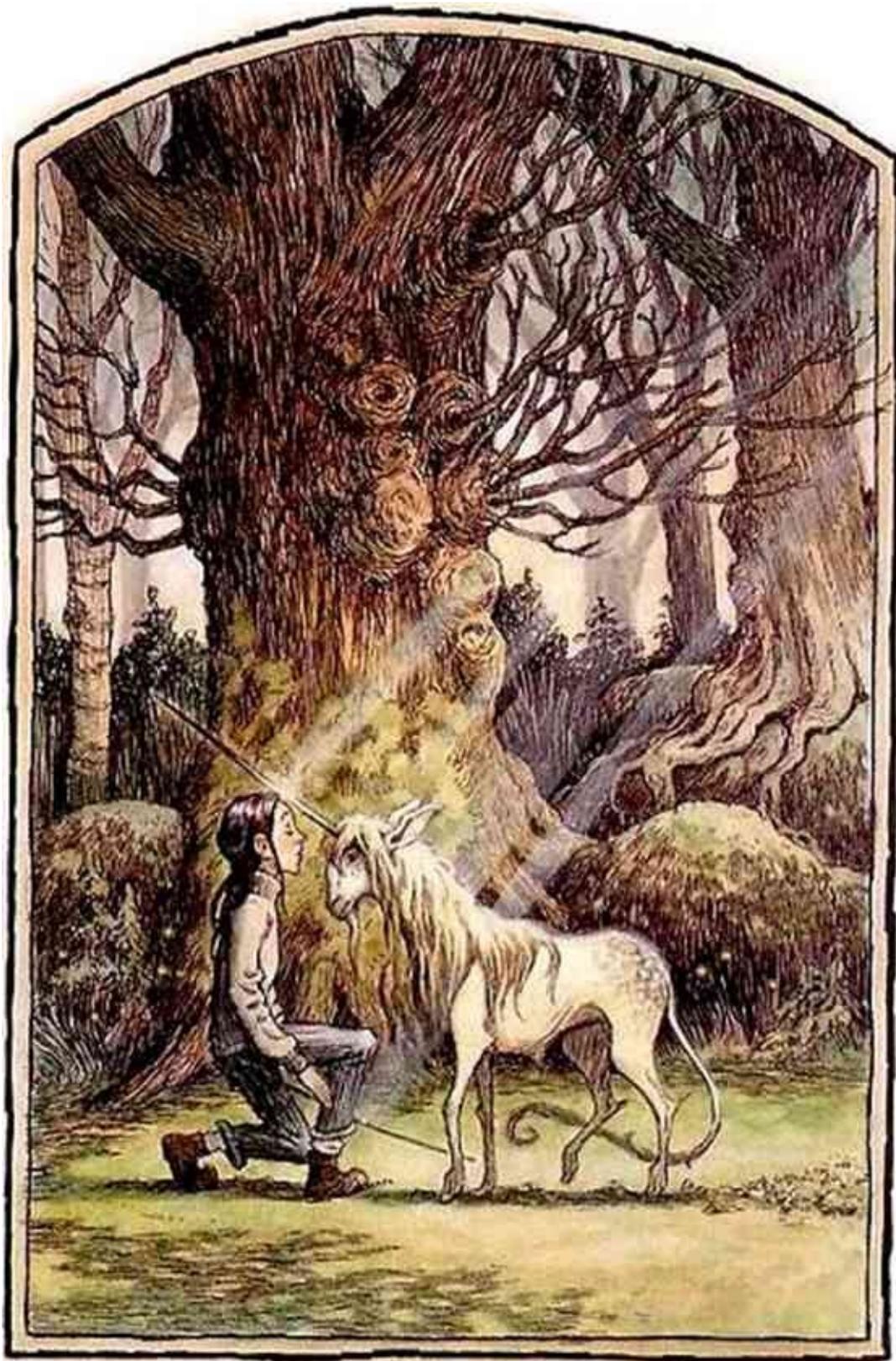
LAS CRÓNICAS

EL MAPA PERDIDO

Tony DiTerlizzi y Holly Black

Traducción de Carlos Abreu







CAPÍTULO UNO

Donde muchas cosas se vuelven del revés

CAPÍTULO DOS

Donde aparecen muchos locos

CAPÍTULO TRES

Donde se cuentan historias y se descubre un robo

CAPÍTULO CUATRO

Donde los hermanos Grace buscan a un amigo

CAPÍTULO CINCO

Donde hay muchos enigmas y pocas respuestas

CAPÍTULO SEIS

Donde Jared hace realidad la profecía del Phooka

CAPÍTULO SIETE

Donde Jared se alegra al fin de tener un hermano gemelo



La volvió del revés.

CAPÍTULO UNO

Donde muchas cosas se vuelven del revés

Jared Grace sacó una camisa roja, la volvió del revés y se la puso. Intentó hacer lo mismo con los pantalones téjanos, pero le fue imposible. El *Cuaderno de campo del mundo fantástico*, de Arthur Spiderwick, descansaba sobre su almohada, abierto por una página que trataba sobre métodos para protegerse. Jared había consultado el libro cuidadosamente, poco convencido de que fuese a resultarle muy útil. Desde aquella mañana en que los hermanos Grace habían regresado con el grifo, Dedalete había ido a por Jared. A menudo oía al trastolillo corretear dentro de la pared. Otras veces le parecía verlo con el rabillo del ojo. Casi siempre, sin embargo, Jared simplemente caía víctima de distintas bromas. Hasta ese momento, le habían cortado las pestañas, le habían llenado de lodo las zapatillas de deporte y algo había orinado sobre su almohada. Mamá había echado la culpa de esto último al gatito nuevo de Simon, pero Jared sabía que no era así.

Mallory no se mostraba demasiado comprensiva con él. «Ahora ya sabes lo que se siente», decía. El único que parecía mínimamente preocupado por él era Simon. Prácticamente no le quedaba otro remedio; si Jared no hubiese obligado a Dedalete a entregarle el antejo fantástico, Simon seguramente habría acabado asado sobre una hoguera en el campamento de los trasgos.

Jared se ató los cordones de su zapatilla embarrada calzada sobre un calcetín vuelto del revés. Deseaba poder encontrar una forma de pedir disculpas a Dedalete. Había intentado devolverle la piedra, pero el trastolillo no la había querido. A pesar de todo, sabía que si se encontrase de nuevo en esa situación, volvería a hacer exactamente lo mismo. Sólo de pensar en aquel día en que los trasgos capturaron a Simon mientras Dedalete le hablaba tranquilamente en acertijos, Jared se enfureció tanto que por poco rompe los cordones de un tirón.

—Jared —lo llamó Mallory desde abajo—. Jared, ven un momento.

Él se levantó, se colocó la guía bajo el brazo y dio un paso hacia las escaleras. Inmediatamente se cayó de bruces y se golpeó la mano y la rodilla contra el duro suelo de madera. Por alguna razón, los cordones de Jared estaban atados entre sí.



Abajo, Mallory se hallaba en la cocina, sosteniendo un vaso de agua frente a la ventana de tal manera que la luz que lo atravesaba proyectaba un arco iris en la pared. Simon estaba sentado junto a ella. Los dos hermanos de Jared estaban como paralizados.



La luz lo atravesaba.

—¿Qué pasa? —preguntó Jared.

Se había puesto de mal humor y le dolía la rodilla. Si lo que querían era mostrarle lo bonito que se veía el estúpido vaso, rompería algo.

—Bebe un sorbo —le indicó Mallory, tendiéndole el vaso.

Jared lo observó con suspicacia. ¿Habrían escupido dentro? ¿Por qué querría Mallory que él bebiera agua?

—Vamos, Jared —lo animó Simon—. Nosotros ya la hemos probado.

El microondas emitió un pitido y Simon se puso en pie de un salto para sacar un gran montón de carne picada.

La parte superior del montón era de un asqueroso color grisáceo, pero el resto aún parecía congelado.

—¿Qué es eso? —preguntó Jared, echándole un vistazo a la carne.

—Es para *Byron* —respondió Simon, y la puso en un cuenco enorme al que añadió unos copos de cereal—. Ya debe de encontrarse mejor. Tiene hambre todo el

rato.

Jared sonrió. A cualquier otro le habría preocupado que un grifo hambriento estuviese recuperándose en su cochera, pero Simon estaba tan tranquilo.

—Vamos —insistió Mallory—, bebe.

Jared bebió un sorbo de agua y se atragantó. El líquido le quemó la boca, así que escupió buena parte de él sobre las baldosas del suelo. El resto se deslizó por su garganta, ardiente como el fuego.

—¿Estás loca? —exclamó, tosiendo sin parar—. ¿Qué era eso?

—Agua del grifo —contestó Mallory—. Desde hace un tiempo tiene siempre ese sabor.

—Entonces, ¿por qué me has hecho bebería? —quiso saber Jared.

Mallory se cruzó de brazos.

—¿Por qué crees que está ocurriendo todo esto?

—¿A qué te refieres? —inquirió Jared.

—A todas las cosas raras que han pasado desde que encontramos ese libro. Parece que no se detendrán hasta que nos libremos de él.



—¡Pero si ya pasaban cosas raras antes de que lo encontrásemos! —protestó Jared.

—Da igual —dijo Mallory—. Esos tragos querían quitarnos el cuaderno de campo. Creo que deberíamos dárselo.

La cocina quedó en silencio durante unos segundos.

—¿Qué? —consiguió preguntar Jared con un hilillo de voz.

—Deberíamos librarnos de ese estúpido libro — repitió Mallory—, antes de que alguien resulte herido... o algo peor.

—Ni siquiera sabemos qué le pasa al agua.

Jared miró hacia el fregadero, y la rabia se le acumuló en el estómago.

—¿Qué más da? —repuso Mallory—. ¿Te acuerdas de lo que nos dijo Dedalete?

¡El cuaderno de campo de Arthur es demasiado peligroso!

Jared no tenía ganas de pensar en Dedaleta.

—Necesitamos el cuaderno —dijo—. Sin él, ni siquiera habríamos sabido que tenemos un trastolillo en casa. Tampoco habríamos sabido nada del trol, de los trasgos ni de los demás seres fantásticos.

—Ni ellos sabrían nada sobre nosotros —señaló Mallory.

—Es mío —afirmó Jared.

—¡No seas tan egoísta! —le chilló Mallory.

Jared apretó los dientes. ¿Cómo se atrevía a llamarlo egoísta? Lo que ocurría es que su hermana era demasiado cobarde para conservar el libro. —Yo decidiré qué hacer con él, y punto.

—¿Ah, sí? —Mallory avanzó un paso hacia él—. ¡Si no fuera por mí, estarías muerto!

—¿Y qué? —dijo Jared—. ¡Si no fuera por mí, tú estarías muerta también!



«Necesitamos el cuaderno.»

Mallory respiró hondo. Jared casi podía ver humo saliéndole de la nariz.

—Exactamente —replicó ella—. Y los tres podríamos estar muertos por culpa de ese libro.

Los tres bajaron la vista hacia «ese libro», que Jared sostenía en la mano izquierda. Éste se volvió hacia Simon, furioso.

—Supongo que estarás de acuerdo con ella.

Simon se encogió de hombros, incómodo.

—Es cierto, que el cuaderno nos ayudó a averiguar lo de Dedalete y lo de la piedra con la que se ven los seres fantásticos —admitió.

Jared desplegó una sonrisa triunfal.

—Sin embargo —prosiguió Simon, y a Jared se le borró la sonrisa de la cara—, ¿qué sucederá si hay más trastos ahí fuera? No sé si seremos capaces de hacerles frente. ¿Y si entran en la casa, o capturan a mamá?

Jared negó con la cabeza. Los trastos habían muerto. No volverían. ¡Si destruyesen el cuaderno, todo aquello por lo que habían pasado habría sido inútil!

—¿Y si devolvemos el cuaderno y ellos siguen atacándonos?

—¿Por qué iban a hacer eso? —preguntó Mallory.

—Porque seguiríamos sabiendo que existe el libro —respondió Jared—, y que los seres fantásticos son de verdad. Podrían sospechar que hemos escrito otro cuaderno.

—Yo me aseguraré de que no cometas ese error —aseguró Mallory.

Jared miró a Simon, que estaba removiendo el revoltijo de carne medio congelada y cereales con una cuchara.

—¿Y qué ocurre con el grifo? Los trastos querían a *Byron*, ¿no? ¿Debemos devolvérselo también?

—No —contestó Simon, mirando al exterior a través de las cortinas descoloridas—. No podemos soltar a *Byron*. Todavía no se ha recuperado del todo.

—Nadie está buscando a *Byron* —dijo Mallory—. Su caso es totalmente distinto.

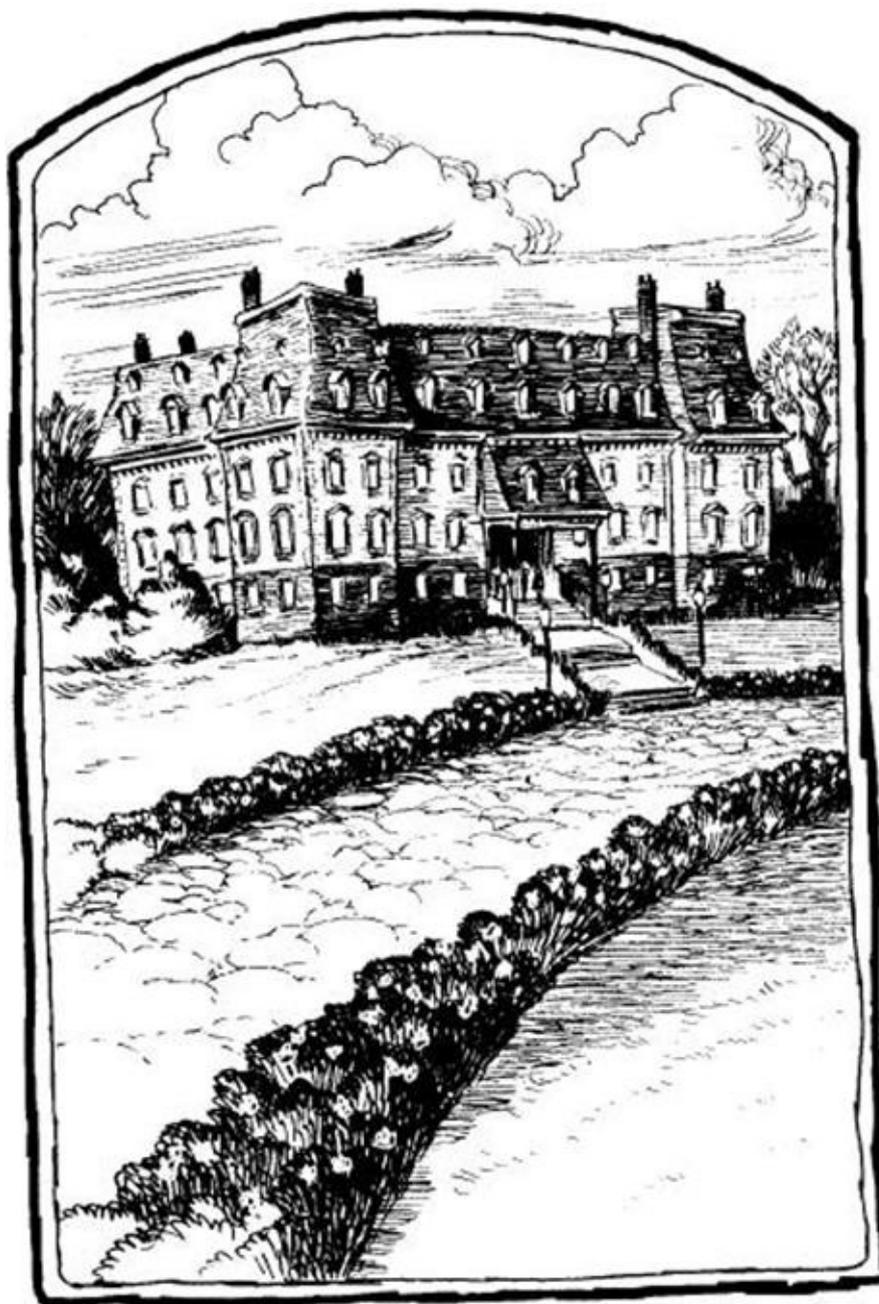
Jared intentó pensar en algo que decir para convencerlos de que debían quedarse con el cuaderno. Pero sus conocimientos sobre los seres fantásticos no eran mucho más profundos que los de Simon o Mallory. Ni siquiera tenía idea de por qué esos seres buscaban el cuaderno de campo, que sólo contenía información sobre ellos. ¿Era sencillamente porque no querían que los seres humanos lo viesen? La única persona que quizá conociera la respuesta, el propio Arthur, había muerto hacía tiempo. Entonces, a Jared se le ocurrió una idea.

—Hay alguien más a quien podríamos consultar, alguien que quizá sepa qué debemos hacer —dijo.

—¿Quién? —preguntaron Simon y Mallory a la vez.

Jared se había salido con la suya. El libro estaría a salvo, al menos por el momento.

—Tía Lucinda —respondió con una sonrisa.



Más que un manicomio, parecía una casa solariega.

CAPÍTULO DOS

Donde aparecen muchos locos

Es un detalle muy bonito por vuestra parte que hayáis pensado en visitar a vuestra tía abuela —dijo mamá, sonriéndoles a Jared y a Simon por el espejo retrovisor—. Sé que le encantarán las galletas que le habéis preparado.

Por la ventanilla del coche se veían desfilan los árboles, cuyas ramas, prácticamente desnudas, presentaban algunas hojas amarillas y cobrizas.

—No las han preparado —repuso Mallory—. Lo único que han hecho es extender masa congelada sobre una bandeja.

Jared le propinó una patada al asiento del acompañante, en el que iba sentada su hermana.

—¡Eh! —se quejó ella, dándose la vuelta para intentar devolverle el golpe.

Jared y Simon se rieron por lo bajo. El cinturón de seguridad no le dejaba llegar hasta ellos.

—Pues eso es más de lo que has hecho tú —le reprochó mamá—. Todavía estás castigada, jovencita. Os queda una semana a los tres.

—Estaba haciendo entrenamiento de esgrima —se defendió Mallory, reclinándose en el respaldo, irritada.

A Jared le pareció notar algo extraño en el modo en que enrojecieron las mejillas de su hermana al decir esto.



Distraídamente, Jared tocó su mochila y palpó el bulto del cuaderno de campo que llevaba dentro, a buen recaudo, envuelto en una toalla. Mientras no se separase del libro, sería imposible que Mallory se deshiciese de él y que los seres fantásticos se lo quitasen. Además, quizá tía Lucinda supiese algo sobre el cuaderno de campo.

Tal vez había sido ella quien lo había guardado en el arcón de doble fondo para que él lo encontrase. En ese caso, tal vez ella podría convencer a sus hermanos de que era importante.

El hospital donde vivía su tía abuela era gigantesco. Más que un manicomio, parecía una casa solariega, con sus sólidas paredes de ladrillo rojo, sus numerosas ventanas y su césped bien cuidado. Un amplio sendero de losas blancas, bordeado de crisantemos de color marrón y dorado, conducía a una puerta cuyo marco estaba tallado en piedra. Al menos diez chimeneas sobresalían del negro tejado.

—¡Caray, este sitio parece aún más viejo que nuestra casa! —exclamó Simon.

—Sí, más viejo pero mucho menos hecho polvo —comentó Mallory.

—¡Mallory! —la riñó su madre.

La grava crujía bajo los neumáticos mientras se acercaban al aparcamiento. Mamá aparcó junto a un coche blanco, bastante maltratado, y apagó el motor.

—¿Sabe tía Lucy que venimos a verla? —preguntó Simon.

—He llamado para avisar —dijo la señora Grace, abriendo la puerta del coche y alargando el brazo para coger su bolso—. Pero no sé qué es lo que le dicen y lo que no, así que no os decepcionéis si no está lista, esperándonos.

—Seguro que somos las primeras visitas que recibe desde hace mucho tiempo —dijo Jared.

Mamá lo fulminó con la mirada.

—Para empezar, no está bien que digas esas cosas. En segundo lugar, ¿por qué llevas la camisa del revés?

Jared se miró y se encogió de hombros.

—La abuela viene a verla de vez en cuando, ¿no? —dijo Mallory.

Mamá asintió.

—La visita a veces, pero no le resulta fácil. Lucy fue más una hermana que una prima para ella.

Por eso, cuando empezó a... ponerse enferma..., la abuela fue la única que se hizo cargo de todo.

Jared deseaba preguntar a qué se refería, pero algo lo hizo dudar.

Atravesaron la ancha puerta de nogal de la institución. En la recepción, un hombre uniformado leía el periódico, sentado en una silla. Al verlos, descolgó un teléfono marrón.

—Tengan la bondad de registrarse —pidió, señalando una carpeta abierta—. ¿A quién vienen a ver?

—A Lucinda Spiderwick. —Mamá se inclinó sobre



el mostrador y escribió sus nombres.

El hombre frunció el ceño al oír nombrar a tía Lucy, y en ese momento Jared decidió que el tipo no le caía bien.

Unos minutos después apareció una enfermera vestida con una blusa rosa con lunares blancos. Los guió a través de un laberinto de pasillos amarillentos llenos de un aire viciado que olía ligeramente a yodo. Pasaron junto a una habitación vacía en la que parpadeaba la pantalla de un televisor, y desde algún sitio cercano les llegó el sonido de unas carcajadas atolondradas. A Jared le vinieron a la mente imágenes de los manicomios de las películas, en las que gente con los ojos desorbitados y camisas de fuerza intentaba liberarse de sus ataduras a dentelladas. Nervioso, Jared atisbaba por las ventanas de las puertas ante las que iban desfilando.

En una habitación, un joven soltaba una risita tonta mientras miraba un libro que sujetaba del revés, y en otra una mujer lloraba junto a una ventana.

Jared intentó no mirar en la siguiente puerta, pero en ese momento oyó que alguien decía:

—¡Ya ha llegado mi pareja de baile!

Al echar un vistazo, Jared vio a un hombre desgredado que presionaba la cara contra el cristal. La enfermera se puso delante de la puerta.

—¡Señor Byrne! —lo regañó.

—Todo es por su culpa —dijo el hombre, mostrando una dentadura amarillenta.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Mallory.

Jared asintió, intentando aparentar que no se había asustado.

—Y estas cosas ¿ocurren con frecuencia? —preguntó la señora Grace.

—No —respondió la enfermera—. Lo siento muchísimo. Por lo general es un paciente muy tranquilo.

Antes de que Jared pudiera decidir si había sido buena idea realizar esa visita, la enfermera se detuvo ante una puerta cerrada, llamó dos veces y la abrió sin esperar respuesta.

La habitación era pequeña y del mismo color amarillento que el pasillo. En el centro había una cama de hospital con barandillas de metal y, sentada en ella, con un edredón sobre las piernas, estaba la mujer más vieja que Jared hubiese visto jamás. Su larga cabellera era blanca como el azúcar. Tenía la piel muy pálida, casi transparente, y la espalda encorvada y torcida a un lado. Un soporte metálico que se alzaba junto a la cama sostenía una bolsa llena de un líquido



cristalino de la que salía un tubo conectado al gota a gota que le habían puesto en el brazo. A pesar de todo, sus ojos, al fijarse en Jared, despidieron un brillo vivaracho.

—¿Qué le parece si cierro esa ventana, señora Spiderwick? —preguntó la enfermera, que pasó ante una mesilla atestada de fotos antiguas y otras baratijas—. Va a pillar un resfriado.

—¡No! —bramó Lucy, y la enfermera se paró en seco. A continuación, en un tono más suave, la tía abuela añadió —: Déjela como está. Me hace bien el aire fresco.

—Hola, tía Lucy —saludó mamá, titubeando—. ¿Te acuerdas de mí? Soy Helen. La anciana asintió levemente con la cabeza, recuperando la compostura.

—Por supuesto. Eres la hija de Melvina. Cielo santo, te recordaba mucho más joven.

Jared notó que a mamá no le hacía mucha gracia este comentario.

—Éstos son mis hijos, Jared y Simon —dijo—. Y ésta es mi hija Mallory. Los niños tenían ganas de conocerte. Como estamos viviendo en tu casa...

Tía Lucy frunció el ceño.

—¿En la casa? No es un lugar seguro para vivir.

—Ya hemos llamado a unos albañiles para que hagan reformas —le aseguró mamá—. Mira, los niños te han traído galletitas.

—Encantadores —dijo, pero observó el plato como si estuviese lleno de cucarachas.

Jared, Simon y Mallory se miraron. La enfermera soltó un resoplido.

—No hay nada que hacer —le dijo a la señora Grace como si tía Lucy no estuviera allí—. Nunca come delante de otras personas.

Tía Lucy dirigió una mirada de desaprobación a la enfermera.

—No estoy sorda, ¿sabe?

—¿No quieres probar una? —le ofreció mamá, destapando las galletas azucaradas y alargándole el plato a tía Lucinda.

—Me temo que no —respondió la anciana—. Ahora mismo no tengo ni pizca de apetito.

—Quizá deberíamos salir a hablar al pasillo —dijo mamá a la enfermera—. No tenía idea de que las cosas siguieran tan mal.

Con cara de preocupación, dejó el plato sobre la mesita de noche y salió de la habitación con la enfermera.



Jared sonrió a Simon. Esto era incluso mejor de lo que esperaban. Ahora podrían estar unos minutos a solas con la anciana.

—Tía Lucy —dijo Mallory, hablando rápidamente—. Cuando le has dicho a mamá que la casa era peligrosa, no te referías a la construcción, ¿verdad?

—Te referías a los seres fantásticos —intervino Simon.

—Puedes decírnoslo. Los hemos visto —agregó Jared.

Su tía les sonrió, pero era una sonrisa triste.

—Me refería justamente a los seres fantásticos —contestó, y, dando unas palmaditas en el colchón, junto a ella, les dijo—: Venid. Sentaos los tres. Contadme qué habéis visto.



«Contadme qué habéis visto.»



«Venid, queridos míos.»

CAPÍTULO TRES

Donde se cuentan historias y se descubre un robo

—**T**rasgos, un trol y un grifo —enumeró Jared, entusiasmado, mientras se acomodaban a los pies de la cama de hospital.

Era un alivio que alguien le creyese. Ahora sólo faltaba que ella explicase la importancia de conservar el cuaderno para que todo fuese perfecto.

—Y Dedalete —añadió Mallory, mordisqueando una galleta—. Lo hemos visto, pero no estamos seguros de si clasificarlo como duende o como trastolillo.

—Muy cierto —dijo Jared—. Pero tenemos algo importante que preguntarte.

—¿Dedalete? —repitió tía Lucinda, dándole a Mallory unas palmaditas en la mano—. Hace siglos que no lo veo. ¿Cómo está? Me imagino que sigue igual. Ellos nunca cambian, ¿verdad?

—Pues... no lo sé —dijo Mallory.

Tía Lucy abrió el cajón de su mesita de noche y sacó una bolsa raída de tela verde bordada con estrellas plateadas.

—A Dedalete le encantaba esto.

Jared agarró la bolsa, la abrió y echó un vistazo. Dentro, unos cantillos plateados relucían junto a varias canicas de piedra y de arcilla.

—¿De verdad son tuyas?



—¿Tuyas? No, son mías, o al menos lo eran, cuando yo era lo bastante joven para jugar con estas cosas. Pero me gustaría que se quedara con ellas. El pobre debe de sentirse muy solo en esa vieja casa. Seguro que está encantado de que viváis allí.

Jared dudaba que Dedalete estuviese tan encantado, pero no dijo nada.

—¿Arthur era tu padre? —preguntó Simon.

—Sí, lo era —respondió ella con un suspiro—. ¿Habéis visto sus acuarelas en la casa?

Todos movieron la cabeza afirmativamente.

—Era un artista maravilloso. Hacía ilustraciones para anuncios de refrescos y de medias para mujeres. Hacía muñecas de papel para Melvina y para mí. Teníamos una carpeta llena de ellas, con vestidos distintos para cada estación. Me pregunto qué

habrá sido de todas esas cosas.

Jared se encogió de hombros.

—Tal vez estén en el desván.

—Da igual. Él se fue hace ya tanto tiempo que no estoy segura de que me gustara verlas.

—¿Por qué no? —quiso saber Simon.

—Me traerían recuerdos. Nos dejó, ¿sabes? —dijo, bajando la vista hacia sus manos delgadas, que le temblaban—. Un día salió a dar una vuelta y nunca volvió. Mamá dijo que sabía desde hacía mucho tiempo que se marcharía.

Jared estaba sorprendido. Nunca se había puesto a pensar seriamente en lo que le había ocurrido al tío Arthur. De pronto recordó el retrato de rostro severo y con gafas que colgaba en la biblioteca. Le habría gustado ser como su tío bisabuelo, que observaba a los seres fantásticos y los dibujaba. Pero si lo que Lucinda había dicho era verdad, Arthur ya no le parecía tan admirable.

—Nuestro padre nos dejó también —murmuró Jared.

—Lo único que quisiera saber es por qué.



Tía Lucy desvió la mirada, pero a Jared le pareció ver el brillo de una lágrima en sus ojos. La anciana se apretó las manos con fuerza para que dejaran de temblar.

—Quizá tuvo que mudarse por su trabajo —aventuró Simon—, como papá.

—Oh, vamos, Simon —replicó Jared—. No me digas que crees toda esa sarta de estupideces.

—Callaos, par de tarados. — Mallory los fulminó con la mirada—. Tía Lucy, ¿por qué estás en este hospital? Tú no estás loca.

Jared dio un respingo, convencido de que tía Lucy se enfadaría, pero ella se rió. La rabia de Jared contra su hermano se desvaneció de golpe.

—Después de que papá se marchara, mamá y yo nos fuimos a vivir a la ciudad, a casa de su hermano. Me crié con mi prima Melvina, vuestra abuela. Le hablé de Dedalete y de los espíritus, pero dudo que me creyera.

»Mamá murió cuando yo tenía sólo dieciséis años —prosiguió—. Un año después, me mudé de nuevo a la finca. Intenté arreglar la casa con el poco dinero que

tenía. Dedalete seguía allí, por supuesto, pero además había otras cosas. A veces veía sombras que merodeaban en la oscuridad. De repente, un día, salieron de sus escondites. Creían que yo tenía el libro de papá. Me pellizcaban, me pinchaban y me exigían que se lo entregase. Pero yo no lo tenía. Papá se lo había llevado consigo. Jamás se habría marchado sin él.

Jared quiso decir algo, pero su tía estaba absorta en sus recuerdos.

—Una noche me trajeron un fruto, pequeño como un grano de uva y rojo como una rosa. Me prometieron que no volverían a hacerme daño. Yo era sólo una niña tonta, así que tomé el fruto y mi destino quedó sellado.

—¿Estaba envenenado? —preguntó Jared, pensando en Blancanieves y las manzanas.

—En cierto modo, sí —contestó ella con una sonrisa extraña—. Era lo más sabroso que había probado jamás. Sabía como uno imagina que deben saber las flores. El sabor de una canción que no acertamos a nombrar. Después de probar eso, la comida humana, los alimentos normales, eran como serrín y ceniza. Por más que me esforzaba, no podía comerlos. Iba a morir de hambre.



Criaturas diminutas como nueces.

—Pero eso no sucedió —dijo Mallory.

—Los pequeños espíritus con los que jugaba cuando era niña me daban de comer y me mantenían a salvo. —Una sonrisa beatífica se dibujó en los labios de tía Lucy, que extendió una mano—. Dejad que os los presente. Venid, queridos míos, venid a ver a mis sobrinos.

Se oyó un zumbido fuera de la ventana abierta, y lo que parecían motas de polvo que flotaban en el aire de pronto se convirtieron en criaturas diminutas como nueces, que volaban agitando rápidamente sus alas iridiscentes. Se posaron sobre la anciana, enredándose en sus blancos cabellos y trepando por la cabecera de la cama.

—¿Verdad que son monos? —preguntó tía Lucy—. Mis dulces amiguitos.

Jared sabía qué eran —espíritus, como los que había visto en el bosque—, pero eso no impedía que se estremeciese al observar cómo se arremolinaban en torno a su tía. Simon parecía paralizado.

—Lo que todavía no entiendo —dijo Mallory, rompiendo el silencio que se había impuesto— es quién te ingresó aquí.

—Ah, sí. Te refieres al hospital —dijo tía Lucy—. A vuestra abuela Melvina se le metió en la cabeza que yo no estaba bien. Primero vio los moretones y mi falta de apetito. Después, algo ocurrió. No quiero asustaros... Bueno, eso no es del todo cierto. Sí que quiero daros miedo. Quiero que seáis conscientes de lo importante que es que os marchéis de esa casa. ¿Veis estas señales? —La anciana levantó uno de sus delgados brazos. Unas cicatrices profundas le surcaban la piel—. Una noche, muy tarde, llegaron los monstruos. Unas cosas verdes y pequeñas, con unos dientes horribles, me sujetaron mientras un gigante me interrogaba. Intenté soltarme, así que me clavaron las garras en brazos y piernas. Les dije que no había ningún libro, que mi padre se lo había llevado, pero no sirvió de nada. Antes de esa noche, yo tenía la espalda recta. Desde entonces, camino encorvada.

»Los rasguños fueron la gota que colmó el vaso para Melvina. Creía que yo me cortaba a propósito. No entendía lo que estaba sucediendo... Así que me envió aquí.

Uno de aquellos seres, vestido únicamente con una vaina verde y cubierta de pinchos, se acercó volando y dejó caer un fruto sobre la manta, cerca de Simon. Jared pestañeó; estaba tan absorto en el relato que casi se había olvidado de los espíritus. El fruto olía a hierba fresca y a miel, y su piel, fina como el papel, dejaba traslucir la pulpa roja. Tía Lucinda se quedó mirándolo y empezaron a temblarle los labios.

—Es para ti —susurraron a un tiempo los seres diminutos.

Simon levantó el fruto, sujetándolo entre los dedos.

—No pensarás comértelo, ¿verdad? —preguntó Jared.

La boca se le hacía agua sólo de mirarlo.

—Por supuesto que no —respondió Simon, aunque estaba devorando el fruto con

los ojos.

—No os lo comáis —les advirtió Mallory.

Simon se acercó el fruto a la boca, dándole vueltas entre los dedos, fascinado.



«No pensarás comértelo, ¿verdad?»

—Sólo un pequeño mordisco, para probarlo, no me hará mal —dijo en voz baja.

La mano de tía Lucinda salió proyectada hacia delante y le arrebató el fruto a Simon. Acto seguido, se lo llevó a la boca y cerró los ojos.

—¡Eh! —protestó Simon, levantándose de un salto. Después echó un vistazo alrededor, desorientado—. ¿Qué ha pasado?

Jared miró a su tía abuela. Le temblaban las manos, a pesar de que las tenía apretadas contra su regazo.

—Sus intenciones son buenas —aseguró—, pero no entienden el ansia que provocan. Para ellos no es más que comida.

Jared contempló a los seres. No estaba seguro de lo que sabían o dejaban de saber.

—Ahora comprendéis por qué esa casa es demasiado peligrosa para vosotros.

Debéis hacerle entender a vuestra madre que tenéis que marcharos. Mientras estéis allí, creerán que vosotros tenéis el libro y jamás os dejarán en paz.

—Pero es que sí tenemos el libro —replicó Jared.

Tía Lucy se quedó boquiabierta.

—No es posible...

—Seguimos las pistas que encontramos en la biblioteca —le explicó Jared.

—¿Lo ves? ¡ Ella también opina que debemos deshacernos de él! —exclamó Mallory.

—¿La biblioteca? Eso significa que... —Tía Lucy lo miró, repentinamente horrorizada—. ¡Si tenéis el libro, debéis marcharos de la casa inmediatamente! ¿Entendéis lo que os digo?

—Lo tenemos aquí mismo.

Jared abrió el cierre de la mochila y sacó el libro, envuelto en una toalla. Pero cuando lo deslió, el cuaderno de campo no estaba allí. Ante sus ojos tenían un ejemplar viejo y desgastado de un libro de cocina: La magia del microondas.

Jared se volvió hacia Mallory.

—¡Tú! ¡Tú lo has robado! —gritó, dejando caer la mochila y arremetiendo contra ella con los puños.





Entraron en la biblioteca de Arthur.

CAPÍTULO CUATRO

Donde los hermanos Grace buscan a un amigo

Jared apoyó la cara en la ventanilla del coche e intentó fingir que no lloraba, aunque unas lágrimas ardientes le resbalaban por las mejillas. Dejó que se deslizasen sobre el vidrio frío. En realidad no había llegado a pegar a Mallory. Simon le había sujetado el brazo mientras Mallory insistía en que ella no había cogido el cuaderno. Al oír el griterío, mamá había irrumpido en la habitación y se los había llevado a rastras, deshaciéndose en disculpas con la enfermera e incluso con tía Lucy, a la que tuvieron que administrar un sedante. Camino del coche, la madre le había dicho a Jared que tenía suerte de que la gente de la institución no lo hubiera encerrado a él.

—Jared —susurró Simon, apoyando la mano en la espalda de su hermano gemelo.

—¿Qué? —farfulló Jared sin volverse.

—¿No se lo habrá llevado Dedalete? Jared se dio la vuelta en su asiento, con todo el cuerpo en tensión. En el momento en que lo oyó, comprendió que tenía que ser eso. Era la última jugarreta, la mejor venganza de Dedalete.

Le cayó como un jarro de agua fría. ¿Cómo no se le había ocurrido a él esa posibilidad? A veces se enfurecía tanto que su rabia lo asustaba. La mente se le quedaba en blanco, y su cuerpo tomaba el control.

Cuando llegaron a casa, bajó del coche en silencio y, en lugar de entrar junto con su madre, se sentó en los escalones de la puerta trasera. Mallory se sentó a su lado.



—Yo no he tocado ese libro —le aseguró—. ¿Te acuerdas de que otras veces nos has pedido que te creamos? Pues ahora tú debes creerme a mí.

—Lo sé —respondió Jared, mirando al suelo—. Creo que ha sido Dedalete. Lo... lo siento.

—¿Crees que Dedalete ha robado el cuaderno? —preguntó ella.

—Simon ha pensado en esa posibilidad —dijo Jared—. Tiene sentido. Dedalete no deja de gastarme bromas pesadas. Ésta es la peor de todas, de momento.

Simon se sentó junto a Jared en las escaleras. —No te preocupes. Lo encontraremos.

—Bueno —dijo Mallory, tirando de un hilo suelto en el dobladillo de su jersey—, seguramente es mejor así.

—No, ni mucho menos —replicó Jared—. Hasta tú deberías darte cuenta de eso. ¡No podemos devolver lo que no tenemos! Los monstruos no creyeron a tía Lucinda cuando les dijo que no tenía el libro. ¿Por qué iban a creernos a nosotros?

Mallory se puso muy seria, pero no respondió.

—He estado pensando —dijo Simon—. Tía Lucy nos contó que su padre las había abandonado a ella y a su madre, ¿no? Pero si el cuaderno de campo todavía estaba oculto en la casa, tal vez no se marchó a propósito. Según ella, Arthur jamás se separaba del libro.

—Entonces, ¿cómo es que el libro seguía escondido? —preguntó Jared—. Si los monstruos lo hubiesen capturado, seguro que les habría dicho dónde estaba.

—Tal vez se fue antes de que los monstruos pudiesen atraparlo —aventuró Mallory—, y dejó que Lucy se las apañara sola. Tal vez le tenía miedo al gigante que la atacó a ella.

—Arthur no haría eso —repuso Jared, pero en cuanto lo dijo, se preguntó si sería verdad.

—En fin —dijo Simon—, nunca sabremos lo que ocurrió. Vayamos a ver a *Byron*. Seguro que estará hambriento, y así no pensaremos en el libro durante un rato.

—Sí, claro —resopló Mallory—. Visitar a un grifo que vive en nuestra cochera nos hará olvidar completamente un libro que trata sobre seres sobrenaturales.

Jared esbozó una sonrisa. No podía dejar de pensar en el libro, en tía Lucy y en Arthur, en su comportamiento con Mallory, en la rabia que no sabía controlar.

—Siento haber intentado pegarte —le dijo a su hermana.

Mallory le alborotó el pelo y se puso de pie.

—Da igual. De todas formas, pegas como una nena.

—Eso es mentira —alegó Jared, pero se levantó y la siguió al interior de la casa, sonriendo.

Sobre la mesa de la cocina había una nota escrita en una hoja de papel viejo y amarillento.

Crees que eres muy pillo

*pero has perdido el librito.
¿Estará hecho picadillo?
¿O lo tendrá un trastolillo?*

—Vaya, pues sí que está enfadado —comentó Simon.



Jared se debatía entre el alivio y el pánico. De modo que Dedaleta tenía, efectivamente, el libro. Pero ¿qué había hecho con él? ¿Lo habría destruido de verdad?

—Oye, ya sé qué podemos hacer —propuso Mallory, esperanzada—. Ir a buscar los cantillos y las canicas de tía Lucy.

—Escribiré una nota. — Simon se inclinó sobre el papel y garabateó algo al dorso.



Byron, dormía.

—¿Qué has puesto? —preguntó Mallory.

—«Lo sentimos» —leyó Simon. Jared miró la nota, poco convencido.

—No estoy seguro de que unos juguetes viejos resuelvan el problema.

—Tarde o temprano tiene que pasársele el enfado —opinó Simon, encogiéndose de hombros.

Jared temía que eso ocurriese más tarde que temprano.



Cuando entraron en la cochera, vieron que *Byron* dormía. Sus costados cubiertos de plumas subían y bajaban al ritmo de su respiración. Los ojos se le movían rápidamente de un lado a otro bajo los párpados cerrados. Simon comentó que probablemente no debían despertarlo, así que le dejaron otro plato de carne cerca del pico y regresaron a la casa. Mallory les propuso que jugasen a algo, pero Jared estaba demasiado nervioso y sólo quería indagar dónde había escondido Dedalete el libro. Comenzó a pasearse por la sala, pensando.

Tal vez se tratase de un acertijo. Meditó de nuevo sobre el poema, dándole vueltas en la cabeza, intentando encontrar alguna pista.

—No creo que esté dentro de la pared —dijo Mallory, sentada con las piernas cruzadas sobre el sofá—. Es demasiado grande. ¿Cómo podría meterlo ahí?

—Hay muchas habitaciones en las que ni siquiera hemos estado —observó Simon, sentado muy recto junto a ella—, muchos sitios donde no hemos mirado.

Jared se detuvo en seco.

—Un momento. ¿Y si lo tuviésemos justo delante de nuestras narices?

—¿Qué? —preguntó Simon.

—¡En la biblioteca de Arthur! Hay tantos libros ahí que nunca lo descubriríamos.

—Oye, tienes razón —dijo Mallory.

—Sí —asintió Simon—, e incluso aunque el cuaderno no estuviese ahí, ¿quién sabe qué otra cosa podríamos encontrar?

Los tres subieron las escaleras, enfilaron el pasillo y abrieron la puerta del armario. Jared se deslizó a gatas bajo el estante inferior y se adentró en el pasadizo secreto que conducía a la biblioteca de Arthur. Las paredes estaban recubiertas de libros, excepto en el lugar donde había un gran retrato de su tío abuelo. A pesar de que habían visitado la biblioteca en muchas ocasiones, casi todos los estantes tenían una gruesa capa de polvo que atestiguaba la escasa atención que habían prestado a la mayor parte de los volúmenes.

Mallory y Simon llegaron gateando detrás de él.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Simon, mirando alrededor.

—Tú echa un vistazo al escritorio —le indicó Mallory—. Jared, tú busca en

aquella estantería, y yo me ocuparé de ésta.

Jared asintió e intentó quitar algo del polvo que cubría el primer estante. Los títulos de los libros eran tan extraños como los que había visto en visitas anteriores a la biblioteca: *Fisionomía de las alas*, *El efecto de las encamas en la musculatura*, *Venenos del mundo* y *Detalles sobre la dragonites*. Sin embargo, la primera vez que Jared se había fijado en ellos, lo había invadido una especie de sobrecogimiento que ahora no experimentaba. Se sentía aturdido. El libro había desaparecido, Dedalete lo odiaba y Arthur no era como él lo había imaginado. Toda esa magia... era una estafa. Parecía estupenda, pero en el fondo era tan decepcionante como todo lo demás.

Jared examinó el cuadro de Arthur en la pared. Ya no le parecía simpático. El Arthur del retrato tenía los labios muy delgados y una arruga entre las cejas que Jared interpretó ahora como señal de irritación. Seguramente ya entonces estaba pensando en abandonar a su familia.



Ya no le parecía simpático.

Se le nubló la vista y le empezaron a arder los ojos. Era ridículo llorar por alguien a quien nunca había conocido, pero no podía evitarlo.

—¿Es tuyo este dibujo? —le preguntó Simon desde el escritorio.

Jared se enjugó las lágrimas con la manga, esperando que su hermano no se diese cuenta de que lloraba.

—Sí. Ya puedes tirarlo.

—No —dijo Simon—. Está muy bien. Papá te ha salido muy bien.

Aprender a dibujar había sido otra idea absurda. Lo único que había conseguido con ello era meterse en líos en el colegio por hacer garabatos en lugar de trabajar. Se dirigió al escritorio y arrugó el dibujo para tirarlo él mismo.

—Chicos —los llamó Mallory—. Venid a ver esto.

Mallory tenía en las manos varias hojas de papel enrolladas y un tubo largo de metal.

—Mirad —dijo. Se arrodilló y empezó a desenrollar varias hojas en el suelo.

Los chicos se acercaron. Era un mapa de los alrededores de su casa, trazado a lápiz y pintado con acuarelas. No parecía muy exacto —en la actualidad había más casas y carreteras—, pero los niños identificaron en él muchos sitios que conocían. Lo que les sorprendió, sin embargo, fueron las notas.

Una zona del bosque que se extendía detrás de la casa estaba señalada con un círculo y una indicación.

—«Territorio de caza de los trols» —leyó Simon.

—¡Ojalá hubiésemos encontrado antes este mapa!— gruñó Mallory.

A lo largo de un camino próximo a una vieja cantera estaba escrita la palabra «¿Enanos?», y un árbol que se alzaba no muy lejos de la casa estaba marcado claramente con la leyenda «Espíritus». No obstante, lo más extraño era una marca en el borde de las colinas, cerca de la casa. La nota que la acompañaba había sido escrita muy deprisa, a juzgar por la caligrafía descuidada. Decía: «14 de septiembre, a las cinco. Llevar lo que queda del libro».

—¿Qué querrá decir eso? —inquirió Simon.

—Ese «libro» del que habla, ¿no será el cuaderno de campo? —se preguntó Jared en voz alta.

Mallory sacudió la cabeza. —Podría ser, pero el cuaderno todavía estaba aquí.

Se miraron en silencio por unos instantes.

—¿Cuándo desapareció Arthur? —dijo al fin Jared.



Simon se encogió de hombros.

—Probablemente sólo tía Lucy lo recordará.

—O sea: o bien acudió a su cita y ya nunca volvió, o salió por pies sin presentarse a esa cita —concluyó Mallory.

—¡Tenemos que enseñarle esto a tía Lucinda! —exclamó Jared.



Los chicos se acercaron.

Su hermana sacudió la cabeza.

—Eso no demuestra nada. Lo único que conseguiríamos es disgustarla.

—Pero tal vez él no pretendía marcharse —protestó Jared—. ¿No crees que ella tiene derecho a saberlo?

—Vayamos a echar un vistazo —sugirió Simon—. Podemos seguir el mapa y ver adonde nos lleva. Tal vez encontremos alguna pista de lo que sucedió.

Jared estaba indeciso. Deseaba ir; él mismo había estado a punto de proponerlo antes de que Simon hablara. Sin embargo, no podía evitar pensar que tal vez se tratase de una trampa.

—Me parece que seguir ese mapa sería una tontería muy, muy grande —opinó Mallory—, sobre todo si creemos que algo le pasó cuando fue ahí.

—Ese mapa es muy viejo, Mallory —repuso Simon—. ¿Qué podría pasarnos?

—Esto no me huele nada bien —opinó Mallory; aun así se puso a estudiar la localización de las colinas en el mapa, pensativa.

—Es la única manera de que tía Lucy averigüe qué sucedió en realidad —insistió Jared.

—Supongo que podríamos ir a echar una ojeada —accedió Mallory, suspirando —, siempre y cuando sea de día. Pero en el momento en que veamos algo raro, volvemos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió Jared con una sonrisa.

Simon empezó a enrollar el mapa.

—De acuerdo —dijo.



Una brisa veraniega comenzó a soplar sobre la colina.

CAPITULO CINCO

Donde hay muchos enigmas y pocas respuestas

Jared se sorprendió cuando su madre les dio permiso para salir a dar una vuelta. Consideró que si se peleaban tanto era porque estaban siempre encerrados en la casa, y después de dirigir una mirada admonitoria a Jared, les hizo prometer que regresarían antes de que anocheciera. Mallory se llevó su espada de esgrima, Jared cogió su mochila y una libreta nueva, y Simon sacó de la biblioteca una red para cazar mariposas.

—¿Para qué quieres eso? —preguntó Mallory mientras cruzaban la avenida Dulac siguiendo el mapa.

—Para atrapar cosas —contestó Simon sin mirarla a los ojos.

—¿Qué clase de cosas? ¿Es que no tienes ya suficientes animales?

Simon se encogió de hombros.

—Si traes a casa un solo bicho más, se lo daré a *Byron* para que se lo coma.

—¡Eh! —los interrumpió Jared—, ¿en qué dirección tenemos que ir ahora?

Simon observó el mapa y señaló con el dedo.

Simon, Mallory y Jared subieron por la empinada ladera, siguiendo las indicaciones del mapa. Los árboles dispersos crecían con el tronco inclinado entre pequeñas zonas cubiertas de hierba y rocas musgosas. Durante un buen rato subieron prácticamente sin hablar. Jared pensó que era un lugar agradable para ir con su cuaderno de notas, pero luego recordó que había renunciado a dibujar.

Cerca de la cima de la colina, el terreno se allanaba y la arboleda se espesaba. Pero de repente Simon dio la vuelta y empezó a guiarlos ladera abajo.

—¿Adónde vamos? —quiso saber Jared. Simon sacudió el mapa delante de su cara.

—Éste es el camino —dijo.

Mallory asintió, como si no le extrañase que estuviesen volviendo sobre sus pasos.

—¿Estás seguro? —preguntó Jared—. Yo creo que no.

—Estoy seguro —afirmó Simon.

Justo en ese momento una brisa veraniega comenzó a soplar sobre la colina, y a Jared le pareció oír un coro de risas debajo de sus pies. Perdió el equilibrio y a punto estuvo de caerse.

—¿Lo habéis oído?

—¿El qué? —pregunto Simon, mirando en torno a sí con nerviosismo.

Jared se encogió de hombros. Estaba seguro de haber oído algo, pero ahora

reinaba el silencio.

Un poco más adelante, Simon se desvió de nuevo y se encaminó otra vez hacia arriba y a la derecha. Mallory lo siguió tranquilamente.



—Y ahora ¿adónde vamos? —inquirió Jared.

Estaban ascendiendo de nuevo y se encontraban casi en la cumbre de la primera colina, lo cual no era malo, pero a Jared le parecía que la dirección en que habían avanzado no los acercaría al punto de reunión señalado en el mapa.

— Sé lo que hago —aseguró Simon. Mallory lo seguía sin rechistar, lo que inquietaba a Jared casi tanto como la trayectoria zigzagueante de Simon. Deseó tener consigo el cuaderno de campo. Intentó repasar sus páginas mentalmente, buscando alguna explicación. Recordaba haber leído algo sobre gente que se perdía, incluso estando muy cerca de casa...

Jared dio unos pisotones a la maleza con sus zapatillas de deporte. Un hierbajo alto se escabulló a un lado.

—¡Hierba andarina! —Pensó en el artículo del libro que trataba sobre ella. De pronto comprendió por qué él era el único que se había percatado de que iban en la dirección equivocada—. ¡Simon! ¡Mallory! ¡Poneos la camisa del revés, como la llevo yo!

—No —dijo Simon—. Yo sé el camino. ¿Por qué me estáis mandoneando siempre?

—¡Es un truco de los seres fantásticos! —gritó Jared.

—Ya basta. Hoy me toca mandar a mí.

—¡Hazme caso, Simon!

—¡No! ¿Es que no me has oído? ¡No!

Jared sujetó a su hermano y los dos cayeron rodando por el suelo. Jared intentó arrancarle el jersey, pero Simon se protegía la ropa con los brazos.

—¡Estaos quietos!

Mallory los separó.





Jared se sorprendió al ver que su hermana se sentaba sobre Simon y le quitaba el jersey, pero enseguida se dio cuenta de que ella ya se había puesto la ropa del revés.

Simon puso cara de asombro cuando el jersey vuelto del revés se deslizó por su cabeza.

—Vaya —exclamó—. ¿Dónde estamos?

Una fuerte carcajada sonó por encima de sus cabezas.

—Casi nunca llegan tan lejos..., o tan cerca, según cómo se mire —dijo una criatura encaramada en un árbol. Tenía cuerpo de mono, un pelaje marrón negruzco con motitas y una larga cola que había enrollado en la rama sobre la que estaba sentada. Una poblada mata de pelo le rodeaba el cuello, y su cara se parecía a la de un conejo, con largos bigotes y orejas.

—¿Según cómo se mire qué? —preguntó Jared. No estaba seguro de si aquella criatura le resultaba divertida o temible.

—¿Según cómo se mire qué? —preguntó Jared. No estaba seguro de si aquella criatura le resultaba divertida o temible.

De pronto, ésta giró la cabeza de tal manera que las orejas le rozaban la barriga y la barbilla apuntaba al cielo.

—Listo es el que hace listezas.

Jared pegó un brinco.

—¡No te muevas! —le advirtió Mallory a la criatura, blandiendo el estoque.

—Cielo santo, una bestia con una espada —siseó la criatura. Giró de nuevo la cabeza hasta colocarla del derecho y parpadeó dos veces—. Me pregunto si ha perdido el juicio. ¡Las espadas pasaron de moda hace siglos!

—No somos bestias —se defendió Jared.

—Y entonces, ¿qué sois? —preguntó la criatura.



«Casi NUNCA llegan tan lejos.»

—Soy un chico —contestó Jared—. Y, bueno, ésta es mi hermana. Una chica.

—Ésa no es una chica —replicó—. ¿Dónde está su vestido?

—Los vestidos pasaron de moda hace siglos —dijo Mallory con una sonrisa maliciosa.

—Ya hemos respondido a tus preguntas —dijo Jared—. Ahora, contesta tú a las nuestras. ¿Quién eres?

—El Perro Negro de la Noche —declaró la criatura con orgullo, antes de que su cabeza girase de nuevo, observándolos con un ojo abierto—, un asno, o tal vez un espíritu.

—¿Qué significa eso? —inquirió Mallory—. No tiene ningún sentido.

—¡Creo que es un phooka! —saltó Jared—. Sí, ahora lo recuerdo. Los phookas pueden cambiar de forma.

—¿Son peligrosos? —preguntó Simon.

—¡Mucho! —aseguró el phooka, asintiendo enérgicamente con la cabeza.

—No estoy seguro —dijo Jared en voz baja. Después carraspeó un poco y se dirigió a la criatura—. Estamos buscando algún rastro de nuestro tío abuelo.

—¡Habéis perdido a vuestro tío! ¡Qué despistados!

Jared suspiró e intentó decidir si el phooka estaba tan loco como parecía.

—Pues, a decir verdad, desapareció hace mucho tiempo: hará unos setenta años. Esperábamos averiguar qué le ocurrió.

—Todo el mundo puede llegar hasta esa edad o más. Para ello basta con no morir. Pero tengo entendido que los humanos viven más en cautiverio que en libertad.

—¿Qué? —preguntó Jared.

—Cuando uno busca algo —dijo el phooka—, debe estar seguro de que desea encontrarlo.

—¡Oh, olvídalo! —soltó Mallory—. Sigamos caminando.

—Preguntémosle al menos qué hay en el valle que tenemos delante —sugirió Simon.

Mallory hizo un gesto de desesperación.

—Sí, claro, y seguro que nos responderá algo coherente.

Simon no le hizo caso.

—¿Podría decirnos por favor qué hay más adelante? Estábamos siguiendo este mapa hasta que la hierba andarina nos ha hecho ir en círculo.

—Si la hierba puede andar —sentenció el phooka—, un muchacho puede acabar plantado.

—Por favor, te lo ruego, deja de darle conversación —se desesperó Mallory.

—Los elfos —dijo el phooka, mirando a Mallory con expresión ofendida—. ¿Debo ser directo cuando os indique directamente el camino directo hacia los elfos?

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó Jared.

—Tienen lo que vosotros queréis y quieren lo que vosotros tenéis —contestó el phooka.

Mallory soltó un gruñido.

—Quedamos en que si las cosas se ponían raras regresaríamos a casa —dijo Mallory, apuntando al phooka con su estoque—. Y más raro que esa cosa, imposible.

—Pero no parece malo. —Jared contempló las colinas—. Vayamos un poco más adelante.



—No sé... —titubeó Mallory—. ¿Y qué hay de esos hierbajos que nos desorientan?



El sendero desemboca en un prado

—¡El phooka ha dicho que los elfos tienen lo que queremos!
Simon asintió.

—Ya estamos muy cerca, Mallory.

—Esto no me gusta —murmuró ella, suspirando—, pero creo que más vale que seamos nosotros quienes los pillemos por sorpresa.

Echaron a andar colina abajo, apartándose del camino.

—¡Esperad! ¡Volved! —gritó el phooka—. Hay algo que debo deciros.

Los tres se dieron la vuelta.

—¿De qué se trata? —preguntó Jared.

—Boni noni boni —dijo el phooka, articulando con toda precisión.

—¿Es eso lo que querías decirnos?

—No, en absoluto —respondió el phooka.

—Entonces, ¿qué era? —preguntó Jared con impaciencia.

—Podría escribirse un libro entero con todo lo que no sabe un autor —declaró el phooka.

Acto seguido, trepó por el tronco del árbol hasta perderse de vista.



Los tres descendieron trabajosamente por la otra ladera de la colina. A medida que el bosque se hacía de nuevo más denso, advirtieron que se hacía también más silencioso. No se oía cantar a los pájaros; sólo el susurro de la hierba y el crujido de ramitas bajo sus pies.

El sendero desembocaba en un prado bordeado de árboles. En el centro crecía un espino muy alto, rodeado de gruesos hongos rojos y blancos.

—Eh... —dijo Jared.

—Vale. Esto es muy raro. Nos vamos —decidió Mallory.

Pero en cuanto dieron media vuelta, los árboles se juntaron entre sí, entrelazando sus ramas, formando una barrera de follaje que llegaba hasta el terroso suelo del claro.

—¡Oh, no! —exclamó Mallory.



Aparecieron tres seres.

CAPITULO SEIS

Donde Jared hace realidad la profecía del phooka

Al otro lado del claro, unas ramas se separaron y aparecieron tres seres, altos como Mallory, con la piel pecosa y bronceada por el sol. El primero era una mujer con ojos de color verde manzana y un brillo verdoso en los hombros y las sienes. Llevaba hojas trenzadas en su cabellera despeinada. El segundo era un hombre con lo que parecían unos cuernos pequeños en la frente. Su piel era de un tono de verde más acusado que el de la mujer y sujetaba un nudoso bastón entre las manos. El tercer elfo llevaba la espesa y rojiza cabellera recogida en tres largas trenzas adornadas con bayas rojas. Tenía la piel morena, salpicada de manchitas rojas en el cuello.

—¿Sois elfos? —preguntó Simon.

—Nadie había seguido ese sendero desde hace mucho tiempo —comentó la elfa de ojos verdes con la frente bien alta, como si estuviese acostumbrada a que la obedecieran—. Todos aquellos que se acercan a este claro acaban por desviarse y perderse. Pero aquí estáis vosotros. Qué curioso.

—Se refiere a la hierba —le susurró Jared a su hermano.

—Sin duda lo tienen —dijo el elfo pelirrojo a sus compañeros—. ¿De qué otra manera podrían haber llegado, si no? ¿Cómo habrían descubierto el modo de seguir el camino sin desviarse? —Se volvió hacia los niños—. Me llamo Lorengorm. Deseo negociar con vosotros.

—¿Negociar qué? —preguntó Jared, esperando que la voz no le temblase.

Los elfos eran tan hermosos como había imaginado, pero la única emoción que podía leer en su rostro era un ansia extraña que lo ponía muy nervioso.

—Vosotros queréis la libertad —señaló el elfo que parecía tener cuernos. Jared se percató de que en realidad eran hojas—. Nosotros queremos el libro de Arthur.

—¿La libertad? ¿De qué estás hablando? —quiso saber Mallory.

El elfo de las hojas en forma de cuerno señaló el límite de la arboleda con una mano y les dirigió una sonrisa cruel.

—Seréis nuestros invitados hasta que os canséis de nuestra hospitalidad.



—Arthur no os dio el libro. Entonces, ¿por qué razón habríamos de dároslo nosotros? Jared esperaba que no advirtiesen que no se sentía tan seguro como parecía.



—Sabemos desde hace tiempo que los seres humanos sois brutales —dijo la elfa de los ojos verdes con el ceño fruncido—. En otras épocas, al menos teníais la excusa de la ignorancia.

Ahora, cuantos menos humanos sepan de nuestra existencia, mejor.

—No se puede confiar en vosotros —añadió Lorengorm—. Arrasáis los bosques. Envenenáis los ríos, abatís a los grifos que surcan el cielo y cazáis las serpientes marinas. No osamos imaginar lo que haríais si conociéseis nuestros puntos débiles.

—¡Pero si nosotros no hemos hecho nada de eso! —protestó Simon.

—Y ya nadie cree en los seres fantásticos —agregó Jared, pero luego pensó en Lucinda—. Al menos nadie que esté cuerdo.

Lorengorm soltó una carcajada forzada.

—Ya no hay demasiados seres fantásticos en los que creer. Establecemos nuestro hogar en los escasos bosques que nos quedan. Pronto ya no quedarán ni éstos.

La elfa de ojos verdes alzó la mano hacia la barrera de ramas entretejidas.

—Dejad que os muestre algo.

Jared advirtió que había toda clase de seres fantásticos en el círculo de árboles que los rodeaban, observándolos por entre los troncos. Sus ojos negros centelleaban, sus alas zumbaban y sus bocas se movían, pero ninguno salió al claro. Era como si se estuviera celebrando un juicio, en el que los elfos intervenían como juez y jurado. Entonces unas pocas ramas se desenmarañaron y otra cosa emergió de la espesura.



Era blanco y del tamaño de un ciervo. Tenía el pelaje de color marfil, y largos mechones colgaban de su crin. El cuerno que le sobresalía de la frente estaba retorcido y acababa en una punta que parecía afilada. Levantó su húmeda nariz y olisqueó el aire. Al tiempo que se acercaba a ellos, el silencio se impuso en el valle. Ni siquiera se oían sus pisadas sobre la hierba. No tenía en absoluto un aspecto dócil.

Mallory dio un paso hacia él, ladeando ligeramente la cabeza y extendiendo el

brazo.

—Mallory —le advirtió Jared—. No...

Pero ella estaba demasiado lejos para oírlo, con los dedos estirados hacia la criatura, que permanecía completamente quieta. Jared ni siquiera se atrevió a respirar mientras Mallory acariciaba el costado del unicornio y enredaba su mano en su crin. Entonces, el cuerno le tocó la frente y ella cerró los ojos. Todo su cuerpo se estremeció.

—¡Mallory! —exclamó Jared.

Bajo los párpados, los ojos de Mallory se movían rápidamente de un lado a otro, como si soñase. Luego cayó de rodillas.

Jared corrió hacia ella, seguido por Simon. En cuanto Jared tocó a Mallory, la visión se apoderó de su mente.

Un absoluto silencio.

Matas de zarzas. Hombres a caballo. Perros flacos de rojas lenguas. Se ve un destello blanco y un unicornio sale galopando al claro, con las patas embadurnadas de barro. Unas flechas vuelan y se hunden en la carne blanca. El unicornio relincha y se viene abajo en medio de una nube de hojas. Unos dientes caninos desgarran la piel. Un hombre con un cuchillo corta el cuerno mientras el unicornio todavía se mueve.



Todo su cuerpo se estremeció.

Las imágenes, inconexas, se suceden a mayor velocidad.

Una muchacha con un vestido de color indefinido, apremiada por cazadores, intenta atraer al unicornio: una flecha perdida la derriba. Ella se desploma, con un brazo pálido sobre el pálido costado. Los dos están inmóviles. Después, cientos de cuernos ensangrentados, en forma de copa, son molidos hasta acabar convertidos en amuletos y polvos mágicos. Montones de pieles blancas manchadas de sangre se apilan, rodeadas por enjambres de moscas negras.

Jared se liberó del sueño, asqueado. Para su sorpresa, Mallory lloraba, y sus lágrimas oscurecían el blanco pelaje. Simon posó una mano torpemente en el ijar del unicornio.

La bestia inclinó la cabeza hacia delante, rozando el cabello de Mallory con los labios.

—Le has caído muy bien —observó Simon, un poco molesto. Por lo general los animales simpatizaban más con él.

—Soy una chica —dijo Mallory, encogiéndose de hombros.

—Sabemos lo que habéis visto —dijo el elfo de las hojas en la frente—. Dadnos el cuaderno. Debe ser destruido.

—¿Y qué hay de los trasgos? —quiso saber Jared.

—¿Qué hay de ellos? A los trasgos les encanta vuestro mundo —aseguró Lorengorm—. Vuestras máquinas y vuestros venenos han convertido muchos lugares en refugios ideales para ellos.

—Pues no tuvisteis muchos reparos en utilizarlos para intentar arrebatarnos el libro —señaló Jared.

—¿Nosotros? —preguntó la elfa, con los ojos verdes muy abiertos y los labios apretados—. ¿Creéis que nosotros enviaríamos a semejantes huestes? Es Mulgarath quien los dirige. Quiere apropiarse del libro.



—¿Porqué? —preguntó Jared—. ¿Acaso no sabéis ya todo lo que dice?

—¿Y quién es Mulgarath?

Mallory se puso de pie, sin dejar de acariciar distraídamente al unicornio.

Los elfos se miraron entre sí, incómodos. Al final, el de las hojas en forma de cuerno habló.

—Nosotros hacemos arte. No tenemos la necesidad de diseccionar las cosas para saber de qué están hechas. Ninguno de nosotros sería capaz de hacer lo que hacía Arthur Spiderwick.

La elfa de los ojos verdes posó una mano en el hombro del otro elfo.

—Lo que quiere decir es que el libro puede contener información que no conocemos.

Jared se quedó pensativo por unos instantes.

—Así que en realidad no os importa que los humanos tengan el cuaderno de campo de Arthur. Sólo queréis que Mulgarath no se apodere de él.

—Ese libro representa un peligro en manos de cualquiera —explicó la elfa—. Encierra demasiados conocimientos. Dádnoslo. Lo destruiremos y os recompensaremos por ello.

Jared le mostró sus manos vacías.

—No lo tenemos —dijo—. No podríamos entregárselo aunque quisiéramos.

El elfo de las hojas en forma de cuerno sacudió la cabeza y golpeó el suelo con su bastón.

—¡Estáis mintiendo!

—De verdad, no lo tenemos —aseguró Mallory—. Palabra de honor.

—Entonces, ¿dónde está? —preguntó Lorengorm arqueando una de sus cejas rojizas.

—Creemos que nuestro duende casero nos lo ha quitado —terció Simon—, pero no estamos seguros.

—¿Lo habéis perdido? —preguntó la elfa de ojos verdes, alarmada.

—Lo más seguro es que Dedalete lo tenga —dijo Jared con un hilillo de voz.

—Hemos intentado ser razonables —murmuró el elfo de las hojas en la frente—. Pero no se puede confiar en los humanos.

—¿Confiar? ¿Y cómo sabemos que podemos confiar en vosotros? —dijo Jared de pronto, arrebatándole el mapa a Simon y mostrándoselo a los elfos—. Hemos encontrado esto. Era de Arthur. Al parecer, vino aquí y supongo que se encontró con vosotros. Quiero saber qué le hicisteis.

—Hablamos con él —le informó el de las hojas—. Había jurado que destruiría el cuaderno y se presentó en la reunión con una bolsa llena de papel ennegrecido y cenizas. Pero era mentira. Había quemado otro libro. El cuaderno de campo seguía intacto.

—Nosotros cumplimos con nuestra palabra —afirmó la elfa—. Aunque nos pese, mantenemos nuestras promesas. No somos compasivos con quienes nos engañan.

—¿Qué le hicisteis? —preguntó Jared.

—Le impedimos que siguiese haciendo daño —contestó la elfa de ojos verdes.

—Ahora vosotros habéis venido —añadió el elfo de las hojas—, y podéis estar seguros de que nos traeréis ese cuaderno de campo.

Lorengorm agitó la mano y unas raíces blancas se enrollaron en los tobillos de Jared. Él soltó un chillido, pero el sonido se perdió entre el crujido de las ramas y el susurro de las hojas. Los árboles comenzaban a desenredarse y a recuperar su forma natural. Sin embargo, las raíces peludas llenas de tierra seguían trepándole por las piernas.

—Traednos el cuaderno de campo o vuestro hermano será nuestro prisionero para siempre —les advirtió el elfo de las hojas en la frente.

A Jared no le cupo la menor duda de que hablaba en serio.



«Jared, ayúdame», aulló Jared.

CAPITULO SIETE

Donde Jared se alegra al fin de tener un hermano gemelo

Mallory se levantó de un salto, blandiendo su estoque, y Simon la imitó torpemente empuñando su red para cazar mariposas. El unicornio sacudió la cabeza, con la crin al viento, y relinchó antes de adentrarse a galope en el bosque sin hacer el menor ruido.

—¡Vaya, vaya! —exclamó el elfo de las hojas en forma de cuernos—. Por fin estos humanos nos revelan su auténtica naturaleza.

—¡Soltad a mi hermano! —gritó Mallory. De pronto, a Jared se le ocurrió una idea.

—¡Jared, ayúdame! —aulló, con la esperanza de que Simon y Mallory captasen la indirecta.

Simon se quedó mirándolo, perplejo.

—Jared —repitió Jared—. Tienes que ayudarme.

Entonces Simon le sonrió, con un brillo de comprensión en los ojos.

—Simon —dijo—, ¿estás bien?

—Estoy bien, Jared. —Jared intentó con todas sus fuerzas levantar la pierna que tenía sujeta por las raíces—. Pero no puedo moverme.

—Volveremos con el cuaderno de campo, Simon —le aseguró Simon—, y ellos tendrán que dejarte en libertad.

—No —repuso Jared—. Si volvéis, ellos son capaces de tomarnos a todos como rehenes. ¡Que te hagan una promesa!

—Nosotros nunca rompemos nuestra palabra —aseveró la elfa de ojos verdes con un resoplido.

—No nos han dado su palabra —señaló Mallory, contemplando a sus hermanos con alarma creciente.

—Prometednos que dejaréis a Jared y Mallory abandonar sanos y salvos el claro y que, si vuelven, no los retendréis contra su voluntad —exigió Jared.

Mallory se disponía a protestar, pero guardó silencio.

Los elfos miraron a los hermanos con cierta vacilación, pero al fin Lorengorm asintió con la cabeza.

—Que así sea. Jared y Mallory pueden marcharse de este claro. No serán retenidos contra su voluntad ni ahora ni nunca. Si no nos traen el cuaderno de campo, nos quedaremos con su hermano Simon para siempre. Permanecerá con nosotros, eternamente joven, bajo la colina, durante cien veces cien años; y si osara huir, un solo paso en el suelo lo haría envejecer de golpe todos los años perdidos.



Se dieron la vuelta para verlo.

El auténtico Simon se estremeció y dio un paso hacia Mallory.

—Marchaos velozmente —les indicó el elfo.

Mallory miró inquisitivamente a Jared. Había bajado la punta de su estoque, pero aún lo empuñaba sin hacer el menor ademán de marcharse. Jared intentó sonreírle de un modo alentador, pero estaba asustado y sabía que el miedo se reflejaba en su rostro.

Sacudiendo la cabeza, Mallory siguió a Simon. Unos pasos más adelante, se dieron la vuelta para verlo una vez más, y echaron a andar colina arriba. Poco después, desaparecieron entre el follaje.

—Tenéis que soltarme —dijo Jared entonces.

—¿Sí? ¿Por qué? —quiso saber el elfo de las hojas—. Ya has oído nuestra

promesa. No te dejaremos en libertad hasta que tus hermanos nos traigan el cuaderno de campo.

Jared negó con la cabeza.

—Habéis dicho que retendríais a Simon. Yo soy Jared.

—¿Qué? —dijo Lorengorm.

El elfo de falsos cuernos se acercó a Jared con los puños apretados.

—Los elfos nunca rompen sus promesas —advirtió Jared, tragando saliva—. Tenéis que dejarme marchar.

—Demuestra lo que dices —le ordenó la elfa, con los labios tan apretados que habían quedado reducidos a una fina raya.



—Mira. —Con manos temblorosas, Jared se quitó la mochila de la espalda. Allí, en la parte superior, había unas iniciales bordadas en la tela roja: JEG—. ¿Lo ves? Jared Evan Grace.

—Vete —soltó el elfo con cuernos, como si estuviese profiriendo una maldición—. Que tu libertad te valga si topamos de nuevo contigo o con tus taimados hermanos.

Dicho esto, las raíces se desenrollaron de las piernas de Jared, que arrancó a correr tan rápido como pudo, sin mirar atrás.

Al llegar a la cima de la colina, oyó una risotada. Alzó la vista hacia los árboles cercanos, pero no vio el menor rastro del phooka. Aun así, Jared no se sorprendió mucho cuando oyó la voz que ya le resultaba familiar.

—Veo que no has encontrado a tu tío. Qué pena. Si fueras un poco menos astuto, quizá tendrías más suerte.



Oyó una risotada.

Jared sintió un escalofrío y bajó a toda prisa por la ladera, a tal velocidad que tuvo que frenar para no acabar en medio de la calzada. Cruzó la calle y atravesó corriendo la verja de hierro para entrar en su patio trasero, sin aliento.

Mallory y Simon lo esperaban en los escalones. Su hermana no dijo nada pero lo abrazó con un cariño impropio de ella. Él se dejó abrazar.

—No tenía ni idea de lo que querías hacer —se rió Simon—. Ha sido una buena jugada.

—Gracias por seguirme la corriente —les agradeció Jared sonriendo—. El phooka me ha dicho algo mientras venía hacía aquí.

—¿Algo con pies y cabeza? —inquirió Mallory.

—Bueno, he estado pensando —dijo Jared—. ¿Recordáis que los elfos aseguraron que me retendrían?

—¿A ti? —preguntó Simon—. ¡Prometieron hacérselo a Simon!

—Sí, pero piensa en lo que iban a hacer: retenerme ahí para siempre, eternamente joven, ¿os acordáis? Para siempre.

—Entonces, tú crees que... —La frase de Mallory quedó en el aire.

—Cuando ya me iba, el phooka ha dicho que si yo hubiera sido menos astuto, tal vez habría tenido más suerte en encontrar a mi tío.

—¿Estás diciendo que Arthur podría ser prisionero de los elfos? —preguntó Simon mientras subían trabajosamente la escalera que llevaba a la puerta de la casa.



—Eso creo —respondió Jared.

—Entonces, todavía sigue vivo —dijo Mallory.

Jared abrió la puerta trasera y entró en el zaguán. Todavía temblaba, impresionado por su encuentro con los elfos, pero una sonrisa comenzó a dibujarse en su rostro. Tal vez Arthur no había abandonado a su familia. Tal vez lo habían capturado los elfos. Y tal vez, si Jared era lo bastante astuto, podrían rescatarlo.

Tan absorto estaba Jared fantaseando sobre la liberación de su tío, que apenas advirtió el objeto plateado a sus pies antes de caer al suelo. Notó que algo duro se le clavaba en el muslo y en la mano extendida. Simon tropezó también y se dio de bruces a su lado, mientras que Mallory, que iba unos pocos pasos por detrás de ellos, fue a dar sobre los dos gemelos.

—¡Maldición! —exclamó Jared, mirando alrededor. El suelo estaba sembrado de cantillos y canicas.

—Ay —se quejó Simon, retorciéndose para intentar salir de debajo de su hermana—. Quítate de encima, Mallory.

—Eso digo yo: Ay. —Mallory se levantó apoyándose en las manos—. Voy a matar a ese trastolillo. —Hizo una pausa—. ¿Sabes qué, Jared? Si encontramos el cuaderno de campo de Arthur, creo que debemos quedarnos con él.

Jared la miró a los ojos.

—¿De verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—No sé vosotros, pero yo empiezo a estar harta de que los seres fantásticos hagan

conmigo lo que quieren.



Un trastolillo, duendes después
y ahora elfos, cielo santo.
¿Qué nuevo ser o qué espanto
Descubrirán los hermanos Grace?

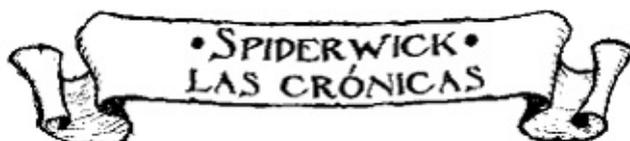


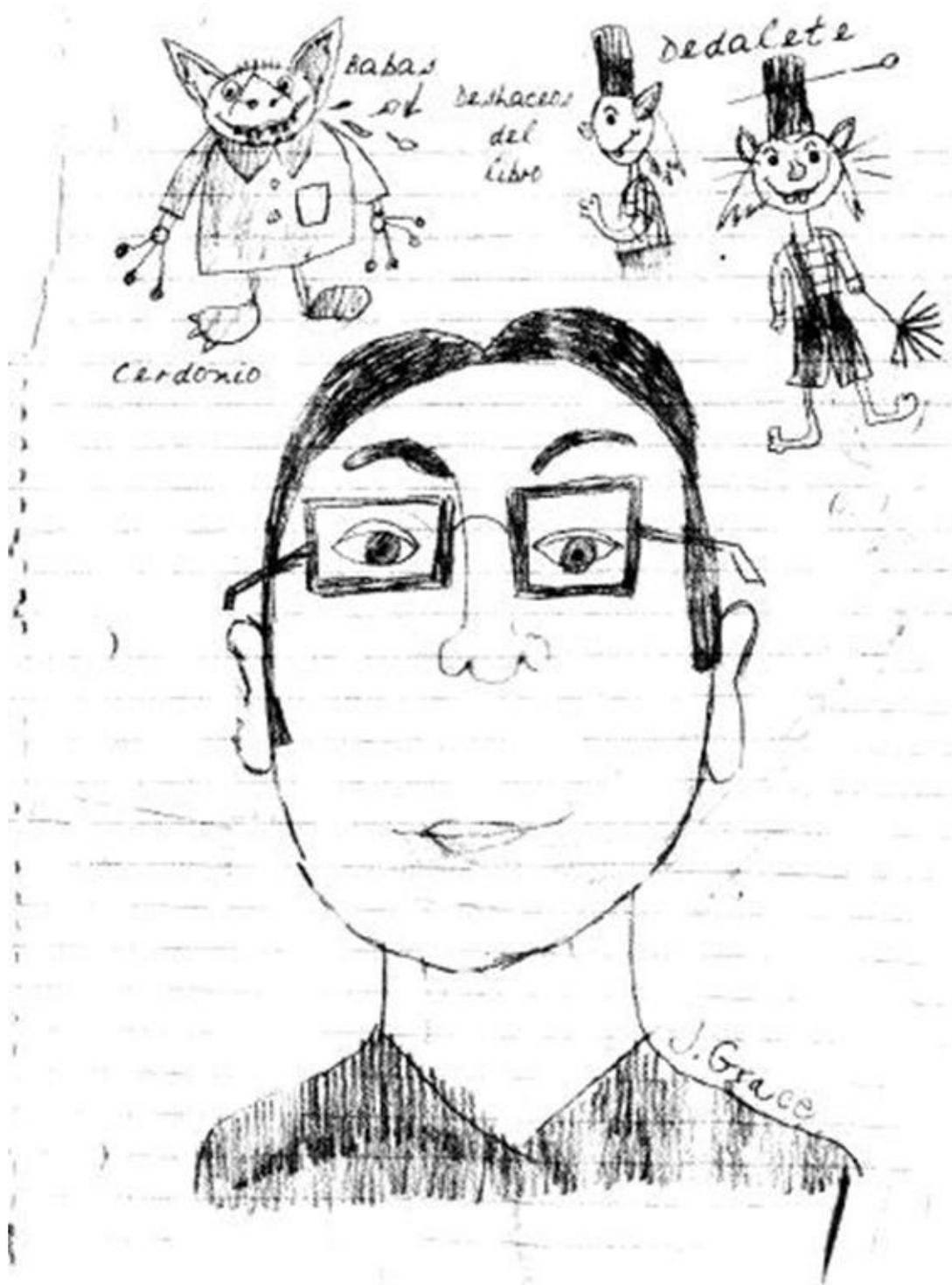
No perdáis de vista a Jared:
Es valiente y también noble.
Pronto su hermano descubrirá
que Jared tiene un doble.

Y bajo la vieja cantera
muy cercana a la ciudad
hay un rey con una corona
mas ¿quién la lleva en verdad?



*Sigue leyendo
y lo sabrás...*





Dibujo creado por Jared Grace

SPIDERWICK

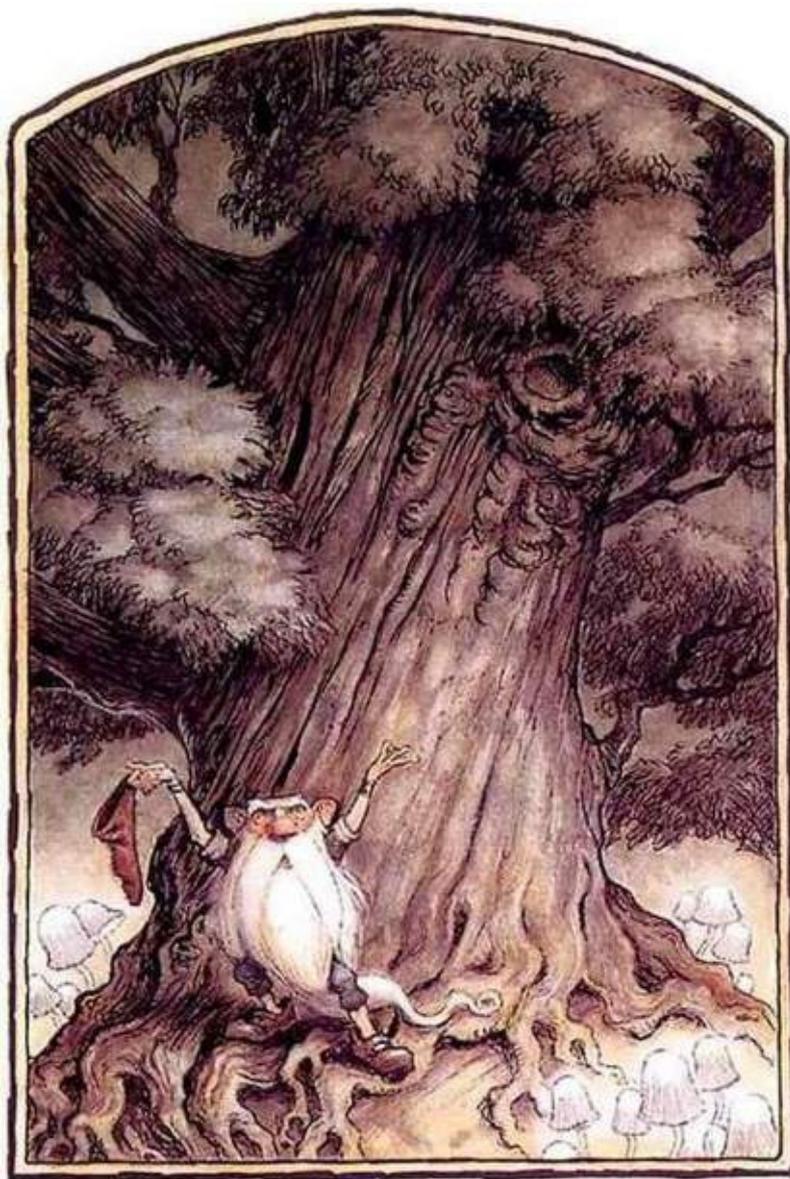
LAS CRÓNICAS

EL ÁRBOL METÁLICO

Tony DiTerlizzi y Holly Black

Traducción de Carlos Abreu





«Contemplad, mortales, una belleza que jamás se marchitará.»



CAPÍTULO UNO

Donde se producen una pelea y un duelo

CAPÍTULO DOS

Donde los gemelos Grace son trillizos

CAPÍTULO TRES

Donde Simon resuelve un acertijo

CAPÍTULO CUATRO

Donde los gemelos descubren un árbol único en el mundo

CAPÍTULO CINCO

Donde Jared y Simon despiertan a la bella durmiente

CAPÍTULO SEIS

Donde las piedras hablan

CAPÍTULO SIETE

Donde se comete una traición inesperada



«Una cantera abandonada.»

CAPÍTULO UNO

Donde se producen una pelea y un duelo

El motor de la ranchera ya estaba en marcha cuando Mallory se reclinó sobre la puerta. Sus zapatillas mugrientas de todos los días contrastaban con el blanco radiante de sus calcetines de esgrimista. Llevaba el cabello engominado y peinado hacia atrás en una cola de caballo tan tirante que los ojos se le salían de las órbitas. La señora Grace se encontraba junto a la puerta del conductor, con los brazos en jarras.

—¡Lo he encontrado! —jadeó Jared, corriendo hacia ellas.

—Simon, ¿dónde estabas? —preguntó mamá—. ¡Te hemos buscado por todas partes!

—En la cochera —respondió Simon—, cuidando del... bueno, del pájaro que he encontrado.

Simon parecía incómodo. No estaba acostumbrado a meterse en líos. De eso ya se encargaba Jared.

Mallory hizo un gesto de exasperación.

—Qué pena que mamá no haya querido que nos marchemos sin ti.

—Mallory —la reprendió mamá, sacudiendo la cabeza en un gesto de desaprobación—. Subid al coche los tres. Se hace tarde y todavía tengo que hacer un recado.

Cuando Mallory se volvió para meter su bolsa en el maletero, Jared notó algo raro en el pecho de su hermana. Parecía rígido y demasiado... abultado.

—¿Qué te has puesto? —preguntó, señalando con el dedo.

—Cállate —replicó ella.

Jared soltó una risita.

—Es que parece como si llevaras...

—¡Cállate! —repitió ella, instalándose en el asiento del acompañante, mientras los chicos subían al asiento de atrás—. Tengo que llevarlo puesto, como protección.

Jared sonrió mientras veía desfilar el bosque por la ventanilla. Desde hacía más de dos semanas, no se había registrado actividad por parte de seres sobrenaturales —ni siquiera Dedalete había dado señales de vida—, y de vez en cuando Jared tenía que recordarse que todo aquello era real. A veces le parecía que todo había de tener una explicación más sencilla. Incluso habían llegado a la conclusión de que el agua que quemaba procedía de un pozo



contaminado. Mientras conectaban las tuberías viejas a la red de abastecimiento, compraban garrafas de agua en el supermercado sin que a mamá le pareciera extraño. Pero estaba aquella criatura, el grifo de Simon, y eso no se podía explicar sin recurrir al cuaderno de campo de Arthur.

—Deja de mordisquearte el pelo —le dijo mamá a Mallory—. ¿Por qué estás tan nerviosa? ¿Tan bueno es el nuevo equipo?

—Estoy bien —aseguró Mallory.

Cuando vivían en Nueva York ella practicaba esgrima vestida con un pantalón de chándal y una chaqueta del equipo que cogía de un montón. Había

un tipo que levantaba la mano cuando uno de los contrincantes conseguía un punto. Pero en el nuevo colegio los esgrimistas llevaban uniformes de verdad y usaban floretes eléctricos conectados a un marcador en el que se encendía una luz cada vez que alguien anotaba un toque. A Jared eso le parecía suficiente para crisparle los nervios a cualquiera.

Por lo visto su madre tenía otra explicación.

—Es por ese chico, ¿verdad? Aquel con el que hablabas el miércoles cuando fui a recogerte.

—¿Qué chico? —preguntó Simon desde el asiento trasero, sin poder contener una carcajada.

—Silencio —dijo su madre, pero le contestó de todos modos—. Chris, el capitán del equipo de esgrima. Es el capitán, ¿no?

Mallory soltó un gruñido evasivo.

—Chris y Mallory debajo de un pino se abrazan mucho y se dan besitos —canturreó Simon, y a Jared se le escapó una risita.

Mallory los fulminó con la mirada.

—¿Quieres que se te caigan de golpe todos los dientes de leche?

—No les hagas caso —le recomendó mamá—. Y no te preocupes. Eres una chica lista y bonita, y una muy buena esgrimista. Seguro que le gustas.

—¡Mamá! —se quejó Mallory, hundiéndose en el asiento delantero.

La madre se detuvo frente a la biblioteca donde trabajaba, dejó allí unos papeles y regresó casi sin aliento al coche, que había dejado con el motor encendido.

—¡Vamos! No puedo llegar tarde —la apremió Mallory, alisándose el cabello hacia atrás, aunque no hacía falta—. ¡Es mi primera competición!

—Ya casi llegamos —suspiró mamá.

Jared dirigió de nuevo la mirada a la ventanilla, justo a tiempo para ver algo que parecía un cráter profundo. Circulaban por un puente de piedra que no estaba en el trayecto del autobús escolar.



«Seguro que le gustas.»

—¡Simon, fíjate! ¿Qué es eso?

—Una cantera abandonada —respondió Mallory, impaciente—. La gente sacaba piedras de ahí.

—Una cantera —repitió Jared, y recordó el mapa que habían encontrado en el estudio de su tío abuelo Arthur.

—¿Tú crees que habrán encontrado algún fósil? —preguntó Simon, prácticamente montándose encima de Jared para mirar por la ventana—. Me pregunto qué dinosaurios vivían por aquí.



Mamá giró el volante y entró en el aparcamiento del colegio, sin contestar.



Jared, Simon y mamá subieron a las gradas del gimnasio mientras Mallory iba a sentarse con sus compañeros. Ya había otras familias instaladas y personas dispersas en los asientos. Había un largo rectángulo acolchado extendido en el suelo, con unas líneas marcadas con cinta adhesiva. Aunque Mallory lo llamaba «*piste*», a Jared sólo le pareció una estera alargada y negra. Detrás había una mesa plegable sobre la que descansaba el marcador, con sus grandes botones de colores que le daban más aspecto de juego que de algo importante. El director estaba toqueteando los cables, conectándolos a un florete para probar la cantidad de energía que hacía falta para que el timbre sonara y las luces se encendieran.

Mallory se sentó en una de las sillas metálicas que se hallaban en un extremo de la *piste* y empezó a sacar su equipo de la bolsa. Chris, el capitán, se agachó a su lado para hablar con ella. Sus contrincantes se preparaban con gran ajetreo en el extremo opuesto. Todos los uniformes eran de un blanco tan reluciente que a Jared le dolían los ojos al mirarlos.

Al fin el director anunció que había llegado el momento del primer asalto. Llamó a los primeros dos esgrimistas y les indicó que se sujetaran con una correa un pequeño receptor a la parte posterior de los pantalones. Acto seguido conectó unos cables a sus floretes. Todo parecía muy complicado. Cuando los esgrimistas se

pusieron en guardia, Jared intentó recordar lo que Mallory le había explicado sobre las luces del aparato, pero no lo consiguió.

—Esto es ridículo. Me gusta mucho más la esgrima sin tanto trasto —comentó Jared sin dirigirse a nadie en especial.



«Me gusta mucho más la esgrima sin tanto trasto.»

Dos combates después, Jared había deducido que las luces de colores indicaban un tocado válido y que la blanca se encendía cuando el tocado no se daba por bueno. Sólo valían los toques en el pecho, lo cual siempre le había parecido absurdo a Jared. Los golpes en las piernas dolían una barbaridad, y él lo sabía bien porque siempre le tocaba practicar con Mallory.

Al fin llamaron a Mallory a la pista. Su oponente —un chico alto llamado Daniel no-sé-qué— soltó una risita burlona antes de ponerse la máscara. Obviamente no tenía la menor idea de lo que le esperaba.

Jared le propinó un codazo a Simon, que estaba llevándose una galleta salada a la boca.

—Lo va a machacar.

—Ay —se quejó Simon—. No hagas eso.

Mallory se abalanzó hacia delante y la coleta le rebotó en la espalda. Su florete golpeó a Daniel con fuerza en el pecho antes de que él pudiera hacer una parada. El director alzó una mano y el marcador se iluminó, con un punto para Mallory. Jared sonrió de oreja a oreja.



El entrechocar de las finas hojas.

Mamá tenía todo el cuerpo estirado hacia delante, como si hubiese algo que oír aparte del entrechocar de las finas hojas metálicas en las maniobras de ataque, parada y arremetida. Daniel lanzaba estocadas, desesperado, demasiado alterado para controlar sus movimientos. Mallory paraba sus golpes fácilmente, convertía su defensa en ataque y conseguía más puntos.

Logró vencer al chico sin un solo tanto en contra. Hicieron un saludo formal y el chico se quitó la máscara, con la cara enrojecida, resollando. Cuando Mallory se

quitó la suya, estaba sonriente, con los ojos reducidos a rendijas de la satisfacción.

Cuando volvió a las sillas de metal, el capitán de su equipo le dio un tímido abrazo. Jared no alcanzaba a ver muy bien, pero habría jurado que el rostro de Mallory se ponía más rojo de lo que estaba cuando había salido de la pista.

Los combates se sucedieron, y al equipo de Mallory le iba bastante bien. Cuando le llegó al capitán el turno de salir a la pista, Mallory lo animó a gritos. Por desgracia, esto no pareció ayudarlo demasiado. Perdió por muy pocos puntos. Mientras volvía a su asiento arrastrando los pies, pasó por delante de Mallory sin dirigirle ni una palabra.

Cuando llamaron a Mallory a la pista de nuevo, Chris ni siquiera alzó la vista.

Jared, desde las gradas, los miraba con el ceño fruncido. Se le frunció aún más cuando se fijó en una chica rubia vestida con el traje blanco de esgrimista, que estaba hurgando en la bolsa de su hermana.

—Y ésa ¿quién es?

Simon se encogió de hombros.

—Ni idea. No ha salido a combatir todavía.

¿Sería amiga de Mallory? Tal vez sólo estaba tomando algo prestado... Por el modo en que la chica disimulaba cada vez que alguien del equipo miraba en su dirección, a Jared le pareció que intentaba robar algo. Pero ¿qué querría robar de la bolsa de Mallory, que sólo contenía calcetines sucios y floretes de repuesto?

Jared se puso en pie. Tenía que hacer algo. ¿Es que nadie más se daba cuenta?

—¿Adónde vas? —preguntó mamá.

—Al baño —mintió mecánicamente, aunque sabía que ella lo vería cruzar el gimnasio.

Le habría gustado poder decirle la verdad, pero seguro que ella habría inventado alguna justificación para la chica. Siempre pensaba lo mejor de todo el mundo. Excepto de él.

—¡Te perderás el combate!

Jared bajó por la gradería y, arrimado a la pared, atravesó la cancha hacia la chica, que seguía revolviendo en la bolsa. Pero cuando Jared se acercó a las sillas, el entrenador lo detuvo.

El entrenador de Mallory era bajito y nervudo, y llevaba una barba de pocos días, blanca e irregular.

—Lo siento, chaval. No puedes estar aquí durante el encuentro.

—¡Es que esa chica está tratando de robarle algo a mi hermana!



El entrenador lo detuvo.

El entrenador se volvió.

—¿Quién?

Jared se dio la vuelta para señalársela y descubrió que había desaparecido. Titubeó, intentando encontrar alguna explicación.

—No sé dónde está. Todavía no ha participado en ningún combate.

—Todos han participado ya, chaval. Será mejor que regreses a tu asiento.

Jared se encaminó hacia las gradas, avergonzado, y acto seguido cambió de idea. Decidió ir al baño. De ese modo, tal vez su madre le haría menos preguntas cuando volviese. Justo antes de cruzar las puertas azules del gimnasio, se detuvo y volvió la vista atrás. Ahora era Simon quien hurgaba en la bolsa de Mallory. Y lo que es peor, ¡iba vestido igual que Jared! Todos pensarían que era él. Entornó los ojos, deseando que lo que estaba viendo tuviese algún sentido.

Y entonces lo asaltó una terrible sospecha. Alzó la mirada hacia las gradas y vio a su hermano junto a mamá, mordisqueando galletitas saladas sin enterarse de nada.



«¿No me conoces?»

CAPÍTULO DOS

Donde los gemelos Grace son trillizos

Jared se quedó inmóvil, en la puerta. Oyó el entrechocar de las espadas y los aplausos del público, pero era como si los sonidos le llegasen de muy lejos. Horrorizado, vio que el entrenador se encaraba con su doble. Al hombretón se le congestionó el rostro, y algunos de los esgrimistas se quedaron mirando al falso Jared, asombrados.

—Fantástico.

Jared puso cara de desesperación. Ahora le sería del todo imposible explicar lo ocurrido.

El entrenador señaló la puerta del gimnasio y siguió con la mirada al falso Jared mientras éste se encaminaba ofendido hacia allí..., en dirección a Jared. Cuando el falso Jared se acercó, una sonrisita se dibujó en sus labios. Esto sacó totalmente de quicio a Jared.

Su falso yo pasó de largo sin siquiera mirarlo y abrió la puerta doble de un empujón. Jared, ansioso por borrarle esa sonrisa de la cara, lo siguió por un pasillo, entre dos hileras de taquillas.

—¿Quién eres? —le preguntó Jared—. ¿Qué quieres?

El falso Jared se volvió hacia él, y algo en sus ojos hizo que a Jared se le helara la sangre.

—¿No me conoces? ¿Acaso no soy tú mismo?

Resultaba extraño ver su propia boca torcerse en un gesto de desprecio. No era como mirar a Simon, con el pelo repeinado y la mancha de dentífrico en el labio superior. Y tampoco era una réplica exacta de sí mismo: iba desgredado, y tenía los ojos más oscuros y... distintos. El falso Jared se acercó a él.

Jared retrocedió un paso, echando en falta cualquier tipo de protección contra seres sobrenaturales. De pronto se acordó de la navaja que llevaba en el bolsillo de atrás. Los seres fantásticos detestaban el hierro, y el acero estaba compuesto en parte de ese metal. Desplegó una de las hojas y la blandió ante su doble.

—¿Por qué no nos dejáis en paz?

La criatura echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

—No puedes alejarte de ti mismo.



—¡Cállate! Tú no eres yo.

Jared amenazó a su doble con la navaja.

—Guárdate ese juguetito —le advirtió el falso Jared en voz baja y amenazadora.

—No sé quién eres ni quién te ha enviado, pero sé lo que buscas —dijo Jared—. El cuaderno de campo. Pues lo siento mucho, porque nunca lo vas a conseguir.

La sonrisa de aquel ser se ensanchó hasta convertirse en algo que en realidad no era una sonrisa. De pronto, el falso Jared se puso serio, como si algo lo hubiese asustado. Jared, asombrado, vio que su doble empezaba a encoger, su cabello se volvía de un color castaño rojizo y sus ojos, ahora azules, se le salían de las órbitas, aterrorizados.

Antes de que Jared acabara de entender lo que estaba presenciando, oyó una voz femenina a su espalda.

—¿Qué ocurre aquí? Deja esa navaja ahora mismo.

La subdirectora se abalanzó hacia Jared y le sujetó la muñeca. La navaja cayó al suelo de parquet con gran estrépito. Jared se quedó mirándolo mientras el chico de pelo castaño rojizo se alejaba corriendo por el pasillo, emitiendo unos sollozos que sonaban más bien como risotadas.



—No entiendo por qué trajiste una navaja al colegio —susurró Simon mientras los dos esperaban sentados fuera del despacho del director.

Jared lo fulminó con la mirada. Había explicado varias veces que sólo estaba enseñándole la navaja al chico; incluso se lo había contado a la policía, pero no lograron encontrarlo para confirmar su versión de los hechos. Entonces el director mandó llamar a la señora Grace. Mamá llevaba mucho rato dentro de su despacho, aunque Jared no alcanzaba a oír lo que decían.

—¿De qué clase de ser sobrenatural crees que se trataba? —preguntó Simon.

Jared se encogió de hombros.

—Ojalá tuviéramos aquí el libro para consultarlo.

—¿No recuerdas que hubiese alguno capaz de cambiar de forma de ese modo?

—No lo sé. —Jared se frotó la cara.

—Mira, le he dicho a mamá que no ha sido culpa tuya. Sólo tendrás que explicárselo...

Jared soltó una carcajada.

—Sí, claro, como si pudiera contarle lo que ha pasado.

—Yo podría decirle que ese chico había robado algo de la bolsa de Mallory. — Como Jared no respondía, Simon lo intentó de nuevo—: Podría fingir que lo hice yo. Podríamos intercambiar camisas y todo.

Jared se limitó a negar con la cabeza.

Al fin, su madre salió de la oficina del director con aspecto cansado.



«¿De qué clase de ser sobrenatural crees que se trataba?»

—Lo siento —dijo Jared.

Le sorprendió el tono sereno con que ella le contestó.

—No quiero hablar de eso, Jared. Id a buscar a vuestra hermana y vámonos.

Jared asintió y siguió a Simon. Volvió la cabeza un momento y vio que mamá se dejaba caer en la silla que él acababa de desocupar. ¿Qué estaría pensando? ¿Por qué no le había gritado? Le sorprendió descubrir que en el fondo habría preferido que estuviese enfadada, pues al menos sería una reacción que él entendería. Su silenciosa

tristeza lo asustaba más. Era como si su madre no esperase otra cosa de él.

Simon y Jared recorrieron todo el colegio, parándose a preguntar a miembros del equipo de esgrima si habían visto a Mallory. Nadie sabía dónde estaba. Incluso abordaron a Chris, el capitán, que se mostró algo incómodo cuando le preguntaron por Mallory, pero negó con la cabeza. En el gimnasio no había nadie; sólo se oía el eco de sus pisadas sobre el lustroso suelo de madera. La estera negra estaba enrollada y habían retirado todo el material utilizado en el encuentro.

Por fin, una muchacha con una larga cabellera color castaño les informó de que había visto a Mallory llorando en el lavabo de chicas.

Simon sacudió la cabeza, extrañado.

—¿Mallory llorando? ¡Pero si ha ganado!

La chica se encogió de hombros.

—Le he preguntado si le pasaba algo, pero me ha contestado que estaba bien.

—¿Crees que era ella de verdad? —inquirió Simon mientras se dirigían al baño.

—¿Te refieres a que tal vez alguien se hacía pasar por ella? ¿Por qué iba un ser sobrenatural a transformarse en Mallory y echarse a llorar en el lavabo de chicas?

—No lo sé —respondió Simon—. Si yo tuviese que convertirme en Mallory, me echaría a llorar.

Jared se rió.

—Bueno, ¿quieres entrar ahí dentro a buscarla?

—No pienso entrar en el lavabo de las chicas —se plantó Simon—. Además, estás en un lío tan gordo que es imposible que empeores las cosas.

—Yo soy muy capaz de empeorar las cosas —suspiró Jared, y abrió la puerta.

El lugar se parecía sorprendentemente al baño de los chicos, excepto porque no había urinarios.

—¿Mallory? —llamó.

No obtuvo respuesta. Echó un vistazo por debajo de las puertas de los retretes, pero no vio pies. Abrió cautelosamente una de ellas. Aunque no había nadie, se sintió extraño..., nervioso y avergonzado. Al cabo de un momento salió al pasillo a toda velocidad.

—¿No está allí? —preguntó Simon.

—Allí dentro no hay nadie.

Jared se volvió hacia la hilera de cubículos, esperando que nadie lo hubiese visto.

—A lo mejor se ha ido al despacho para reunirse con mamá —aventuró Simon—. No la veo por ningún sitio.



«¿Mallory?»

Jared sintió un nudo en el estómago. Después de que la subdirectora lo pillase, prácticamente sólo había pensado en los problemas en que se había metido. Pero lo cierto es que aquel ser seguía suelto en algún lugar del colegio. Recordó el modo en que había estado hurgando en la bolsa de Mallory durante el combate.

—¿Y si ha salido? —conjeturó Jared, deseando equivocarse—. Quizás haya ido afuera a ver si estábamos esperándola en el coche.

—Podemos echar un vistazo —dijo Simon, encogiéndose de hombros.

A Jared no le pareció muy convencido, pero salieron de todas maneras.

El cielo ya se había teñido de tonos violáceos y dorados. Mientras oscurecía, los gemelos atravesaron la pista y el campo de béisbol.

—No la veo —dijo Simon.

Jared asintió con un gesto. Seguía sintiendo un nudo de nervios en el estómago. «¿Dónde se habrá metido?», se preguntó.

—Oye —dijo Simon—, ¿qué es eso?

Se alejó unos metros y se agachó para recoger un trozo de metal que relucía en la hierba.

—La medalla de esgrima de Mallory —observó Jared—. Y fíjate en eso.

Había unos grandes trozos de roca dispuestos en círculo sobre la hierba, alrededor de la medalla. Jared se arrodilló junto a la piedra más grande. Llevaba grabada, con trazos profundos, una palabra: «CANJE».



—Piedras como las de la cantera —señaló Simon.

Jared alzó la vista, sorprendido.

—¿Te acuerdas del mapa que encontramos? Decía que en la cantera viven enanos... ¡Aunque no creo que los enanos sepan cambiar de forma!

—Tal vez Mallory esté dentro, con mamá. Podría estar en el despacho, esperándonos. Jared habría deseado creer eso.

—Entonces, ¿qué hace la medalla aquí?

—Tal vez se le ha caído. O tal vez se trate de una trampa. —Simon empezó a desandar el camino en dirección al colegio y dijo—: Vamos, regresemos para ver si está con mamá.

Jared asintió en silencio, algo desconcertado.

Cuando llegaron, encontraron a mamá en la entrada de la escuela, hablando por el teléfono móvil. Se encontraba de espaldas a ellos y estaba sola.

Aunque hablaba en voz baja, oyeron perfectamente lo que decía.

—Sí, yo también creía que las cosas iban mejor. Pero ya sabes, Jared nunca ha reconocido lo que ocurrió cuando nos mudamos aquí... Y, bueno, te parecerá raro, pero Mallory y Simon tienen una actitud tan protectora con él...

Jared se quedó paralizado, temeroso de lo que ella pudiese decir a continuación y al mismo tiempo incapaz de hacer algo para interrumpirla.

—No, no. Ellos niegan que él hiciera ninguna de esas cosas. Además, me ocultan algo. Lo noto en el modo en que dejan de hablar cuando me ven, en la forma en que se encubren unos a otros, sobre todo a Jared. Tendrías que haber oído a Simon, inventándose excusas para justificar que su hermano le sacara una navaja a ese pobre

niño. —En este punto se le entrecortó la voz y se echó a llorar—. No sé si puedo seguir lidiando con él. Está lleno de rabia, Richard. Tal vez debería mandártelo para que pase un tiempo contigo.

Papá. Estaba hablando con papá.



Jared se quedó paralizado.

Simon le dio un codazo en el brazo.

—Vámonos, Mallory no está aquí.

Jared dio media vuelta, aturdido, y salió del edificio, detrás de su hermano. No habría sabido explicar qué sentía en ese momento... excepto un gran vacío.



PELIGRO VACAS BREA REPARTES

CAPÍTULO TRES

Donde Simon resuelve un acertijo

¿Qué vamos a hacer? —preguntó Simon mientras regresaban por el pasillo.
—Se la han llevado —musitó Jared. Tenía que borrar de su mente lo que acababa de oír, no pensar en nada salvo en Mallory—. Quieren canjeárnosla por el cuaderno de campo.

—Pero si no lo tenemos.

—¡Calla! —masculló Jared. Se le había ocurrido una idea, pero no quería expresarla en voz alta en un lugar público—. Vamos.

Jared se acercó a su taquilla y sacó una toalla de su bolsa de deporte. Eligió un libro de texto —*Matemáticas avanzadas*—, aproximadamente del mismo tamaño que el cuaderno de campo, y lo envolvió en la toalla.

—¿Qué haces?

—Ten —susurró, tendiéndole el libro envuelto a Simon y sacando la mochila del casillero.

—Dedaleta nos engañó con este mismo truco. Tal vez nosotros podamos engañar a quienes se hayan llevado a Mallory.

—De acuerdo —dijo Simon, asintiendo una vez con la cabeza—. Creo que mamá guarda una linterna en el coche.



Saltaron una valla de tela metálica en el límite del patio de la escuela y cruzaron la carretera. El otro lado estaba lleno de maleza. Costaba caminar por ahí a oscuras, y la linterna sólo les proporcionaba un haz de luz tenue y estrecho.

Treparon por unas rocas, unas cubiertas de musgo resbaladizo, otras completamente agrietadas. Mientras avanzaban, Jared fue recordando la conversación que había oído. Le preocupaban las cosas terribles que su madre pensaba de él y las que sin duda pensaría ahora que había desaparecido de nuevo. Hiciera lo que hiciese, siempre acababa metido en líos cada vez más gordos. ¿Y si lo expulsaban temporalmente del colegio? ¿Y si ella lo mandaba a vivir con su padre, que no lo recibiría precisamente con los brazos abiertos?

—Mira, Jared —señaló Simon.

Habían llegado a los alrededores de la vieja cantera. La roca estaba tallada de forma irregular, de tal manera que había trozos de piedra que sobresalían como cornisas a lo largo de la abrupta pendiente de casi diez metros que descendía hacia un

accidentado valle. Unas espesas vetas de tierra de la que brotaban algunos hierbajos surcaban las paredes. La carretera discurría sobre una estructura elevada de acero por encima de la caverna.

—Qué extraño, eso de extraer piedras de un sitio, ¿no? —comentó Simon—. Después de todo, son sólo piedras. —Al ver que Simon no contestaba, añadió—: Parece granito.

Simon se arrebujó en su chaqueta, que no era muy gruesa.

Jared bajó la vista hacia las paredes, iluminándolas con la linterna, y vio una veta de óxido sobre un tono ocre. No tenía la menor idea de qué tipo de roca se trataba.

Simon se encogió de hombros.

—Bueno, esto... ¿Cómo vamos a bajar hasta allí?

—No lo sé. ¿Por qué no me lo dices tú, ya que eres tan listo?

—Podríamos... —empezó Simon, pero su voz se apagó.

—Intentemos descolgarnos por la pendiente —sugirió Jared, arrepentido de sus anteriores palabras—. Podemos saltar a ese saliente e intentar llegar a otro desde ahí.



«Esto está bastante alto.»

—Esto está bastante alto. Deberíamos conseguir una cuerda o algo así.

—No hay tiempo para eso —replicó Jared bruscamente—. Ten, sujeta la linterna.

Le pasó el cilindro de metal a su hermano y se sentó al borde del precipicio. Sin la linterna, al bajar los ojos no veía más que una oscuridad negra e impenetrable. Respiró hondo y se dejó caer hacia una cornisa de roca que no alcanzaba a vislumbrar.

Cuando se puso en pie, la luz de la linterna le deslumbró, cegándolo por unos instantes. Perdió el equilibrio y se tambaleó hacia delante.

—¿Estás bien? —preguntó Simon desde arriba.

Jared se llevó la mano a la frente a manera de visera e intentó disimular su enfado.

—Sí. Venga, ahora te toca a ti.

Oyó el crujir de la tierra encima de él mientras Simon se ponía en posición. Jared se apartó a toda prisa del sitio donde había caído, buscando a tientas un borde que recordaba de forma muy vaga. Simon aterrizó pesadamente a su lado con un quejido.



La linterna resbaló entre sus manos y se precipitó en el vacío. Golpeó el fondo del valle con un ruido sordo, rebotó una vez y quedó inmóvil, iluminando un estrecho sendero de matorrales y piedras.

—¡Cómo has podido ser tan tonto! —Jared sintió que la ira crecía en su interior como un ser vivo. En ese momento gritar parecía la única manera de evitar que la rabia se apoderase de él por completo—. ¿Por qué no me la has lanzado desde arriba? ¿Y si Mallory corre peligro? ¿Y si se muere por culpa de tu estupidez?

Simon alzó la mirada, con los ojos llorosos, pero Jared estaba tan conmocionado

como él.

—Perdona, Simon, me he pasado —le dijo atropelladamente.

Simon asintió en silencio, pero le volvió la cara.

—Creo que hay otra cornisa allí. ¿Ves aquello que sobresale?

Simon no dijo nada.

—Yo bajaré primero —dijo Jared.

Respiró hondo y se lanzó a la oscuridad. Golpeó el segundo saliente con fuerza; debía de estar más lejos de lo que pensaba. Sus pulmones expulsaron todo el aire y sintió un intenso dolor en las manos y las rodillas. Se puso en pie despacio. Tenía un desgarrón en los téjanos, a la altura de la rodilla, y un corte que se había hecho en el brazo empezó a sangrarle lentamente. A pesar de todo, desde ahí estaba a sólo un breve salto del fondo de la cantera.

—¿Jared? —se oyó débilmente la voz de Simon, que continuaba sentado en la cornisa, más arriba.

—Estoy aquí —respondió Jared—. No te muevas. Iré a buscar la linterna.

Se arrastró hasta donde estaba la linterna, la recogió y enfocó con ella a su hermano, buscando protuberancias donde pudiese agarrarse o huecos en los que pudiera apoyarse. Poco a poco, Simon descendió hasta el suelo. Mientras Jared lo esperaba, sin embargo, oyó ecos de un repiqueteo y un golpeteo lejanos que parecían venir de ningún sitio y de todas partes a la vez.

Paseó el haz de luz por toda la cantera y vio más roca recortada con huellas apenas perceptibles de barrenas. Entonces se preguntó cómo saldrían de allí. Pero antes de que pudiese preocuparse de eso, la linterna iluminó un gran fragmento de roca que sobresalía de la pared. Cuando la luz se desplazó por la piedra, el dibujo vetado que formaba el musgo despidió un tenue resplandor azulado.

—Bioluminiscencia —observó Simon.

—¿Eh? —Jared se acercó.

—Es cuando algo irradia luz propia.

Aquel brillo mortecino permitió a Jared entrever bajo el saliente un rectángulo de piedra en el que había grabadas unas líneas entrecruzadas. Al fijarse en el centro de la piedra, distinguió la parte superior de unas letras talladas en la roca. Las enfocó directamente con la linterna.

PELIGRO VACAS BREA REPARTES

—Un acertijo —señaló Jared.

—No tiene ningún sentido —dijo Simon.

—¿Qué más da? ¿Cómo vamos a resolverlo?

No había tiempo que perder. Ya casi estaban dentro, muy cerca de Mallory.

—Tú resolviste uno en casa —le recordó Simon y se sentó dándole la espalda a su hermano—. Averígualo tú.

Jared suspiró.

—Oye, siento mucho lo que he dicho antes. Tienes que ayudarme —le rogó Jared—. Todo el mundo sabe que tú eres más listo que yo.

—Yo tampoco entiendo el acertijo —aseguró Simon—. Las vacas son las hembras de los toros, ¿verdad? Y los toros pueden ser peligrosos. Sobre lo demás no se me ocurre nada.



Jared se fijó de nuevo en las palabras. Le costaba concentrarse. La brea es alquitrán, pero ¿de dónde iban a sacarla? ¿Qué tenía eso que ver con las vacas? ¿Decía algo el cuaderno de campo sobre vacas y brea? Si al menos tuviese el libro...

—Eh, espera un segundo —dijo Simon, volviéndose y poniéndose de pie—. Pásame la linterna.

Jared se la dio y lo observó mientras Simon garabateaba el mensaje en la tierra con el dedo.

Después empezó a borrar algunas letras y a escribirlas arriba en un orden distinto.

GALOPE PRESTAR VECES ARRIBA

—¿Qué haces? —Jared se sentó junto a su hermano gemelo.

—Creo que hay que reordenar las letras para averiguar el mensaje. Es como esos pasatiempos que siempre hace mamá.

Simon escribió una tercera frase en el polvo.

GOLPEA TRES VECES PARA ABRIR

—¡Vaya! —exclamó Jared.

No podía creer que Simon lo hubiese resuelto solo. Él jamás habría dado con la solución.

Simon sonrió de oreja a oreja.

—Qué fácil.

Se aproximó a la puerta y golpeó tres veces la dura superficie de piedra. En ese momento, el suelo se movió y los dos se precipitaron en el oscuro abismo que se abrió bajo sus pies.



«¿Qué tenemos aquí? ¡Prisioneros!»

CAPÍTULO CUATRO

Donde los gemelos descubren UN ÁRBOL ÚNICO EN EL MUNDO

Cayeron en una red de hilo de metal entretejido. Aullando y pataleando, Jared intentó levantarse, pero no consiguió afirmar los pies en ningún sitio. De pronto, dejó de forcejear y recibió un codazo de su hermano en la oreja.

—¡Simon, estate quieto! ¡Mira!

El musgo fosforescente que cubría zonas de las paredes iluminaba el rostro de tres hombrecillos de piel gris como la piedra. Llevaban ropa de tonos apagados, confeccionada con tela basta, pero sus brazaletes de plata en forma de serpiente estaban tan delicadamente trabajados que parecían deslizarse en torno a los delgados brazos de aquellos hombres; sus collares estaban tejidos con hilos dorados tan finos que parecían de tela, y sus anillos engastados con piedras preciosas hacían relucir cada uno de sus mugrientos dedos.

—¿Qué tenemos aquí? ¡Prisioneros! —dijo uno de ellos, cuya voz sonaba como la grava—. Casi nunca capturamos a nadie con vida.

—Enanos —susurró Jared a su hermano.

—Pues no es que se parezcan mucho a los de Blancanieves —respondió Simon, también en susurros.

El segundo enano frotó un mechón de pelo de Jared entre sus dedos y se volvió hacia el que había hablado primero.

—No son nada del otro mundo, ¿verdad? La negrura de su cabellera es opaca y poco llamativa. Su piel no es lisa ni blanca como el mármol. En mi opinión, su hechura es más bien pobre. Nosotros podríamos hacerlo mucho mejor.

Jared frunció el ceño, no muy seguro de a qué se refería el enano. De nuevo deseó tener el cuaderno de campo. Sólo recordaba que los enanos eran excelentes artesanos, y que el hierro, pese a que ahuyentaba a otros seres fantásticos, no les afectaba en absoluto. Su navaja no le habría servido de nada, aunque no se la hubiera quitado la subdirectora.

—Hemos venido a buscar a nuestra hermana —les dijo Jared— Queremos hacer un canje.

Un enano soltó una risita, aunque Jared no logró discernir cuál de ellos. Con un

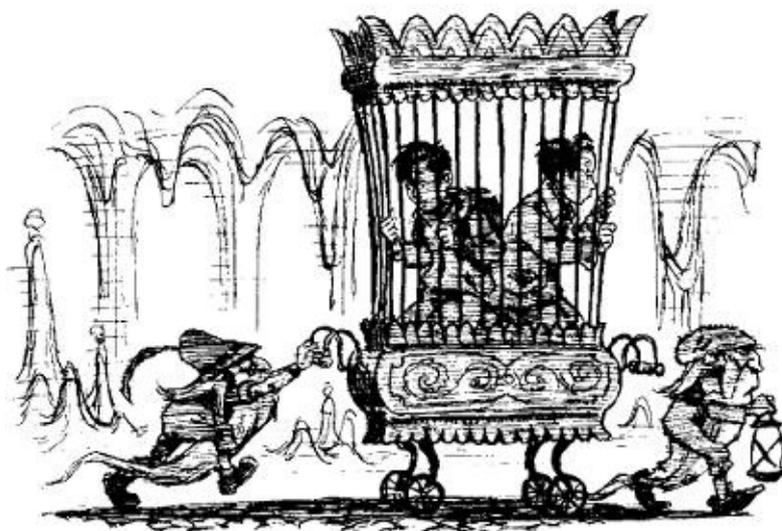


chirrido, otro arrastró una jaula plateada hasta colocarla debajo de la red.

—El korting nos avisó de que vendríais. Está ansioso por conoceros.

—¿Se trata del rey o algo por el estilo? —preguntó Simon.

Pero los enanos no contestaron. Uno de ellos tiró de una manija tallada, la red se abrió y los dos chicos cayeron pesadamente dentro de la jaula. De nuevo Jared sintió los rasguños de las manos y las rodillas. Le pegó un puñetazo al suelo metálico.



Jared y Simon guardaron silencio mientras los transportaban por los túneles en la jaula con ruedas. Oían el martilleo más fuerte y reconocible ahora que estaban bajo tierra, así como el rugido de lo que sonaba como un gran fuego. Sobre sus cabezas, la fosforescencia alumbraba débilmente el extremo de enormes estalactitas que formaban una especie de bosque colgante.

Atravesaron una caverna que tenía el suelo ennegrecido y maloliente a causa de los excrementos de los murciélagos que revoloteaban por encima de ellos. Jared intentó reprimir un escalofrío. Cuanto más se adentraban en la gruta, más oscura se volvía. A veces Jared atisbaba unas sombras que se movían en la penumbra y oía un golpeteo irregular.

Cuando avanzaban por una galería estrecha junto a columnas que goteaban, Jared aspiró aliviado aquel aire húmedo y cargado de olores minerales, después de soportar la pestilencia de los murciélagos. La siguiente caverna parecía repleta de objetos metálicos apilados y polvorientos. Una rata dorada con ojos de zafiro salió corriendo de una copa de malaquita. Un conejo plateado yacía de costado, con una llave para darle cuerda en el cuello, mientras una azucena de platino se abría y se cerraba una y otra vez. Simon contempló la rata metálica con nostalgia.

A continuación entraron en una cueva muy amplia donde unos enanos esculpían imágenes de otros enanos con granito. La repentina claridad procedente de los faroles deslumbró a Jared, pero al pasar junto a los enanos, le pareció ver que una de las esculturas movía un brazo.

Desde ahí pasaron a una caverna enorme donde se

alzaba un gigantesco árbol subterráneo. El grueso tronco se elevaba hasta perderse en las tinieblas, y las ramas formaban una bóveda encima de ellos. El aire vibraba con unos extraños trinos metálicos.



—Eso no puede ser un árbol —señaló Simon—. Aquí no llega el sol. Y si no hay sol, no hay fotosíntesis.

Jared le echó un vistazo al tronco.

—Es de metal —dijo al descubrir que las hojas eran de plata.

En lo alto del árbol, un pájaro de cobre agitó sus alas mecánicas y miró hacia abajo con sus fríos ojos de azabache.

—El primer árbol de hierro —dijo uno de los enanos—. Contemplad, mortales, una belleza que jamás se marchitará.

Jared alzó la vista y admiró, boquiabierto, una pieza de metal forjada con una superficie tan áspera como la corteza de un árbol y que se dividía en varias ramas retorcidas, junto a otra pieza tan delicada como una filigrana. Cada hoja era única, curva y con nervaduras como una hoja de verdad.

—¿Por qué nos llamáis mortales? —preguntó Jared.



«Contemplad, mortales, una belleza que jamás se marchitará.»

—¿No entendéis vuestra propia lengua? —resopló un enano—. Significa que estáis condenados a morir. ¿Cómo queréis que os llamemos, si no? La vida de los vuestros se extingue en un abrir y cerrar de ojos. —Se inclinó hacia los barrotes de la jaula y les dedicó un guiño.

Varios pasadizos que partían de la caverna desembocaban en corredores tan sombríos que Jared no alcanzaba a ver adonde conducían. La jaula enfiló por uno de ellos, un pasillo ancho bordeado de columnas que acababa en una cámara más pequeña. Sentado en un trono labrado en una enorme estalagmita había otro hombre de piel gris. Tenía una barba negra y espesa. Los ojos le brillaban como gemas verdosas. Un perro de metal, tendido delante del trono sobre una alfombra de piel de ciervo, respiraba rítmicamente con un silbido metálico, como si durmiese de verdad. En su espalda, una llave giraba despacio, sin parar. En torno al rey había otros enanos, todos ellos callados.



«Mi señor korting.»

—Mi señor korting —dijo uno de los enanos—, tenías razón: han venido a buscar

a su hermana.

—Mulgarath me avisó de que vendríais. —El korting se levantó—. Qué fortuna la vuestra, qué honor para vosotros presenciar el principio del fin del imperio de los humanos.

—¿A mí qué me cuentas? —espetó Jared—. Lo que me interesa saber es dónde está Mallory.

El korting frunció el ceño.

—Traedla —ordenó, y varios enanos salieron de la sala arrastrando los pies—. Harías bien en medir tus palabras. Pronto Mulgarath reinará sobre el mundo entero, y nosotros, sus fieles sirvientes, estaremos a su lado. Arrasará la tierra para abrirnos paso, y nosotros plantaremos un glorioso bosque de árboles de hierro. Reconstruiremos el mundo con plata, cobre y acero.

Simon se arrastró hasta el borde de la jaula.

—Eso es absurdo. ¿Qué comerían? ¿Cómo piensa respirar, si no hay plantas que produzcan oxígeno?

Jared le sonrió a Simon. A veces no era tan malo tener un hermano gemelo sabelotodo.

El ceño del señor de los enanos se arrugó aún más.

—¿Niegas acaso que los enanos son los artesanos más habilidosos que jamás hayas visto? No hay más que mirar a mi sabueso para comprobar nuestra superioridad. Su cuerpo plateado es más bello que cualquier pelaje, corre como el viento y no necesita alimento alguno. Además, no es baboso ni pedigüeño.

El korting empujó suavemente al perro con el pie. El animal se dio la vuelta y se desperezó antes de reanudar su sibilante sueño.

—No creo que Simon se refiriese a eso —precisó Jared, pero se interrumpió al ver que seis enanos entraban en la cámara llevando a hombros una caja de cristal alargada.

—¡Mallory!



Jared se quedó mirando la caja con un nudo en la garganta. Parecía un ataúd.

—¿Qué le habéis hecho a nuestra hermana? —quiso saber Simon, palideciendo

—. No está muerta, ¿verdad?

—Todo lo contrario —respondió el señor de los enanos con una sonrisa—. Así nunca morirá. Fijaos bien en ella.

Los enanos depositaron la caja de cristal sobre una base de piedra con adornos esculpidos, junto a la jaula de Jared y Simon.

Habían peinado muy bien a Mallory y le habían hecho una trenza que caía junto a su rostro blanco como la cera. Un aro de hojas de metal hacía las veces de diadema. Sus labios y mejillas, muy maquillados, parecían los de una muñeca, y sostenía entre sus manos la empuñadura de una espada pateada. Le habían puesto un vestido blanco de fino encaje. Tenía los ojos cerrados, y Jared casi temía que si los abría, fueran de vidrio.



—¿Qué le habéis hecho? —repitió Simon—. No parece Mallory en absoluto.

—Su belleza y juventud jamás se extinguirán —aseveró el korting—. Fuera de esa caja estaría condenada a envejecer, morir y descomponerse; la maldición de todo mortal.

—Creo que Mallory preferiría soportar su condena —dijo Jared.

El señor de los enanos resopló.

—Como queráis. ¿Qué me ofrecéis a cambio?

Jared hurgó en su mochila y extrajo el libro envuelto en la toalla.

—La guía de campo de Arthur Spiderwick.

El muchacho sintió una punzada de remordimiento por mentir, pero la desechó

sin contemplaciones.

El korting se frotó las manos.

—Excelente. Tal como estaba previsto. Dadme el libro, pues.

—¿Y nos devolveréis a nuestra hermana?

—Será toda vuestra.

Jared le tendió la falsa guía de campo, y uno de los enanos se la arrebató por entre los barrotes. El señor de los enanos ni siquiera se molestó en echarle una ojeada.

—Llevaos la preciosa jaula a la cámara del tesoro y colocad la caja de cristal junto a ella.

—¿Qué? —exclamó Jared—. ¡Pero si habíamos hecho un trato!

—Y yo estoy cumpliendo mi parte —repuso el korting con una sonrisa desdeñosa—. Vosotros me pedisteis que os entregara a vuestra hermana, pero en ningún momento hablamos de vuestra libertad.

—¡No! ¡No puedes!

Jared golpeó los barrotes con ambas manos, pero eso no impidió que los enanos empujasen la jaula rodante hacia un corredor lóbrego. Jared no se atrevió a mirar a su hermano. Después de haberle gritado tanto, él mismo había metido la pata: no había sido lo bastante astuto. Se sentía agotado, insignificante y patético. Sólo era un chico. ¿Cómo iba a encontrar la manera de salir de semejante atolladero?



«Tendréis que darnos de comer.»

CAPÍTULO CINCO

Donde Jared y Simon despiertan a la bella durmiente

Jared apenas se fijó en el trayecto que seguían hacia la cámara del tesoro. Cerró los ojos para intentar contener las ardientes lágrimas.

—Hemos llegado —anunció el enano que los había conducido hasta ahí. Su barba era blanca, y llevaba una anilla con llaves colgada de la cintura. Se volvió hacia el grupo que transportaba la caja en la que yacía Mallory—. Dejadla aquí mismo.

La cámara del tesoro estaba iluminada con un solo farol, pero los montones de oro reluciente reflejaban la luz de tal manera que no estaba demasiado oscuro. Un pavo real plateado con tachuelas de lapislázuli y coral picoteaba, más por aburrimiento que por mala intención, a un ratón de cobre sentado sobre un jarrón.

El enano de barba blanca se quedó observándolos detenidamente mientras los demás salían en tropel. Les dedicó una sonrisa afectuosa.

—Os buscaré algo para que juguéis. ¿Unos cantillos, tal vez? Incluso se ponen de pie y saltan en el aire ellos solos.

—Tengo hambre —se quejó Simon—. No somos mecánicos. Si vais a retenernos aquí, tendréis que darnos de comer.

—Muy cierto —dijo el enano, entornando los ojos—. Os traeré un puré de arañas con nabos. Os sentará de maravilla.

—¿Cómo piensas dárnoslo? —inquirió Jared de pronto—. Esta jaula no tiene puertas.

—Sí que hay una puerta —replicó el enano—. Yo mismo construí esta jaula. Sólida, ¿verdad?

—Sí —respondió Jared—. Muy sólida.

Puso los ojos en blanco, harto de la situación. ¿No era ya bastante malo que los hubiesen engañado y estuviesen encerrados en una jaula, como para que aquel enano encima se lo restregase por las narices?

—¿Sabéis? La cerradura está dentro de este barroto. —El enano le dio unos golpecitos con el dedo a uno de los barrotes—. Tuve que fabricar unos goznes diminutos... Utilicé un martillo del tamaño de un alfiler. Si os fijáis bien, veréis la ranura de la puerta.

—¿Puedes abrirla? —preguntó Simon.

Jared lo miró, extrañado. ¿Había estado Simon urdiendo un plan mientras él estaba demasiado ocupado con su enfado?



—¿Queréis verla en acción? —preguntó el enano.

—Sí —contestó Jared, que no podía creer que fuesen a tener tanta suerte.

—Bueno, muy bien, muchachos. Ahora apartaos un poco. Eso es. Sólo una vez, y después os traeré algo de comer. Qué gusto poder usar por fin todas estas cosas.

Jared le sonrió como para animarlo. El enano sacó una llave pequeña del aro que llevaba colgado de la cintura. Tenía el tamaño y la forma de un silbato, con un intrincado dibujo en relieve. La insertó en uno de los barrotes, aunque Jared no alcanzó a ver el agujero desde la parte de la jaula donde estaba. El enano giró la muñeca, y el barrote entero comenzó a emitir una serie de chasquidos, golpeteos y zumbidos mecánicos.

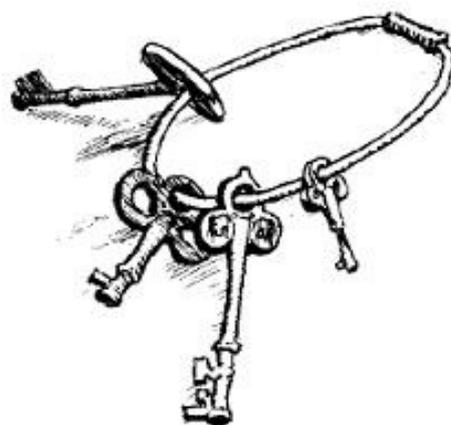
—Ya está. —El enano tiró del barrote, y una sección frontal de la jaula se abrió girando en torno a unas bisagras ocultas. Sin embargo, justo cuando los chicos se disponían a abalanzarse hacia la puerta, el enano la cerró rápidamente—. No habría sido tan divertido si no hubierais intentado escapar —se burló, sujetándose de nuevo el manojito de llaves al cinto.

Pero en ese momento la mano de Jared salió disparada hacia delante y agarró la anilla de llaves, que cayeron al suelo con gran estrépito.

Simon las recogió antes de que lo hiciera el enano.

—¡Eh! ¡Eso no vale! —exclamó éste—. ¡Devuélveme eso!

Simon negó con la cabeza.



—Pero tienes que dárme las. Sois prisioneros. No podéis quedaros con las llaves.

—No vamos a devolvértelas —replicó Jared.

El enano pareció alarmarse. Se dirigió a toda prisa a la entrada de la cámara.

—¡Rápido! —gritó—. ¡Que venga alguien! ¡Avisad a los guardias! ¡Los prisioneros se escapan! —Como nadie venía, clavó la mirada en Jared y Simon —. Más vale que os quedéis donde estáis —les advirtió, y se alejó corriendo por el pasillo, mientras llamaba a los guardias.

Simon acopló la llave a la puerta y los dos salieron de la jaula de un salto.

—¡Date prisa, que vienen!

—¡Tenemos que rescatar a Mallory!

—No hay tiempo —repuso Simon—. Tendremos que volver más tarde.

—Espera —le dijo Jared—. ¡Escondámonos aquí! Pensarán que hemos huido.

El pánico se apoderó de Simon.

—¿Dónde?

—¡Encima de la jaula! —Jared señaló el techo plateado de la jaula, que parecía bastante sólido. Se encaramó a un montón de objetos preciosos y trepó hasta allí—. ¡Vamos!



«Tampoco están aquí.»

Simon subió una parte y Jared lo aupó hasta arriba. Apenas tuvieron tiempo de agazaparse antes de que los enanos irrumpiesen en la cámara.

—Tampoco están aquí —dijo uno de ellos—. Ni en el pasillo ni en ninguna de las cámaras cercanas.

Jared, encogido contra el frío metal, sonrió.

—Dadles cuerda a los perros. Ellos los encontrarán.

—¿Perros? —susurró Simon a Jared mientras los enanos salían de la cámara arrastrando los pies.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Jared con una sonrisa, eufórico por el éxito de su plan—. A ti te encantan los perros.

Simon puso los ojos en blanco y bajó de un salto. Al caer tumbó un candelabro y esparció varios trozos de hematites por el suelo. Recogió uno y se lo guardó en el bolsillo.

—Chsss —siseó Jared, tratando de descolgarse sin hacer ruido, aunque por poco derriba un pequeño rosal de cobre.

Se arrodillaron junto a la caja de cristal y Jared descorrió el pestillo de la tapa. Al abrirla se oyó un silbido, como si un gas invisible escapase de la caja. Mallory yacía inmóvil en el interior.

—Mallory —dijo Jared—. Levántate.

Tiró de su brazo, pero cuando lo soltó éste cayó inerte sobre su pecho.

—¿Crees que a lo mejor alguien tiene que besarla, como a Blancanieves? —preguntó Simon.

—Qué asco.



Jared no recordaba haber leído nada sobre besos en el cuaderno de campo, pero tampoco recordaba nada sobre ataúdes de cristal. Se inclinó y le plantó un beso rápido en la mejilla. Nada.

—Tenemos que hacer algo —dijo Simon—. No nos queda mucho tiempo.

Jared tiró con fuerza del pelo de Mallory. Ella se removió ligeramente y entreabrió los ojos. Jared suspiró de alivio.

—Déjamenpaz... —murmuró ella, e intentó volverse de costado.

—Ayúdame a levantarla —pidió Jared, quitándole la espada de encima y

depositándola en el suelo.

Juntos consiguieron alzarla un poco, pero se les deslizó entre las manos y quedó acostada de nuevo.

—Vamos, Mallory —le dijo Jared al oído—. ¡Despierta!

Simon le dio unos cachetes. Ella se retorció otra vez y abrió los ojos, aturdida.

—¿Qué...? —murmuró.

—Tienes que salir de aquí —dijo Simon—. ¡Levántate!



«Apóyate en la espada como en una muleta.»

—Apóyate en la espada como en una muleta —le sugirió Jared.

Con la ayuda de sus hermanos, Mallory logró ponerse de pie y se dirigió tambaleándose hacia el pasillo. Estaba desierto.

—Por una vez —comentó Simon— parece que las cosas están saliendo bien.

Justo entonces se oyó a lo lejos el sonido hueco y metálico de un ladrido.

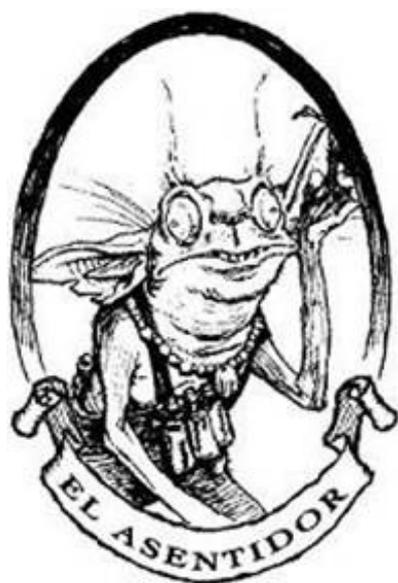


«Las piedras. Las piedras hablan. Las piedras me hablan.»

CAPÍTULO SEIS

Donde las piedras hablan

Jared y Simon corrían, prácticamente arrastrando a Mallory por pasillos y salas estrechas y mal iluminadas. Pasaron por un puente que atravesaba una cámara central donde el korting supervisaba el trabajo de unos enanos. Los ladridos, al principio muy lejanos, sonaban más próximos y frenéticos. Recorrieron una cámara tras otra, parapetándose tras estalagmitas cuando oían que había enanos cerca, y después se escabullían y echaban a correr de nuevo.



Jared se detuvo en una caverna donde había una charca en la que nadaban peces blancos y ciegos. Unas pequeñas piedras permanecían en equilibrio sobre las estalagmitas y el espacio resonaba con el sonido de gotas que caían casi al unísono con un golpeteo rítmico y extraño.

—¿Dónde estamos?

—No estoy seguro —dijo Simon—. Me habría acordado de esos peces si los hubiese visto antes. Creo que no nos trajeron por este camino.

—¿Dónde estamos? —gimió Mallory, bamboleándose.

—No podemos regresar —dijo Jared, nervioso —.

Tenemos que seguir adelante.

Una figura diminuta emergió de las sombras. Tenía unos grandes ojos que brillaban en la penumbra. Varias bolsitas hechas de retazos cosidos colgaban de su cinturón.

—¿Qué... qué es eso? —musitó Simon.

La criatura dio unos golpecitos en la pared con un dedo largo y multiarticulado, y luego arrimó una de sus grandes orejas a la piedra. Jared advirtió que tenía las uñas resquebrajadas y rotas.

—*Laspiedras. Laspiedrashablan. Laspiedrasmehablan* —hablaba con una voz susurrante y aguda. Jared tuvo que aguzar el oído para distinguir las palabras. La criatura dio otros golpecitos a la pared, en una especie de código Morse desquiciado.

—Oye —la abordó Jared—. Esto... ¿sabes por dónde se sale de aquí?

—Chsss.

El extraño ser cerró los ojos y asintió con la cabeza al oír unos sonidos extraños y lejanos. Luego saltó a los brazos de Jared, asiéndose con fuerza de su cuello. Jared se

tambaleó hacia atrás.

—¡Sí! ¡Sí! *Las piedras dicen que nos arrastremos por aquí.* —Apuntó con el dedo hacia la oscuridad, a un punto situado al otro lado de la charca de los peces blancos.

—Eh... estupendo, gracias.

Jared intentó desprenderse la criatura del cuello. Al final el ser se soltó, gateó hasta la pared y reanudó los golpecitos.

—Pero ¿qué es eso? —preguntó Jared a Simon en voz baja—. ¿Un enano más raro de lo normal?

—Un asentidor o un golpeante, creo —respondió Jared—. Viven en minas y avisan a los mineros cuando se va a producir un derrumbe o algo parecido.

—¿Están todos locos? —inquirió Simon con una mueca—. Lo suyo es aún más grave que lo del phooka.

—*Parati, Jared Grace.*

La criatura colocó un guijarro liso y frío en la palma de la mano de Jared.

—*Lapiedra quiere ir contigo.*



«*Las piedras hablan.*»

—Esto... gracias —dijo Jared—. Ahora debemos irnos. —Echó a andar hacia el

sitio que el asentidor-golpeante o lo que fuera les había señalado. A medida que se acercaba, le pareció vislumbrar una grieta.

—Un momento. ¿Cómo sabías el nombre de Jared? —preguntó Mallory, que seguía a sus hermanos con dificultad.

Jared se volvió, confundido de repente.

—Es verdad. ¿Cómo has sabido mi nombre? —quiso saber.

La criatura dio una nueva serie de golpecitos irregulares a la pared de la cueva.

—*Laspiedrasmehablan. Laspiedraslosabentodo.*

—Claaaaro.

Jared siguió andando. Por lo visto, la criatura les había indicado el camino hacia una pequeña abertura en la pared de la caverna. El agujero estaba muy cerca del suelo y muy oscuro. Jared se puso a cuatro patas y se internó en él. El suelo de la cueva estaba húmedo, y de vez en cuando le parecía oír algo reptando o correteando justo delante de él. Sus hermanos lo seguían, también a gatas. En una o dos ocasiones oyó a uno de ellos jadear, pero no aminoró la marcha. Los ladridos de los perros todavía retumbaban en las cavernas.

Salieron a la sala del árbol de hierro.



Saltaron juntos.

—Creo que es por ahí —dijo Jared, apuntando a una de las galerías.

Corrieron por el sendero hasta que llegaron a una enorme grieta, que medía de

ancho casi lo mismo que Jared de alto. Miró hacia abajo: las paredes de la grieta descendían hasta perderse en la oscuridad, como si no tuviese fondo.

—¡Tendremos que saltar! —dijo Simon—. ¡Vamos!

—¿Qué? —titubeó Mallory.

Oyeron los ladridos a su espalda, muy cerca. Jared vislumbró el brillo de unos ojos rojos. Simon retrocedió, tomó impulso y brincó por encima de la grieta.

—¡Tienes que hacerlo! —dijo Jared a su hermana, tomándola de la mano.

Saltaron juntos. Mallory se tambaleó cuando sus pies golpearon la roca, pero cayó hacia delante, sobre el suelo de la cueva, sin hacerse ningún daño. Acto seguido arrancaron a correr de nuevo, esperando que los perros no fueran capaces de saltar la distancia que ellos acababan de salvar.

Sin embargo, el pasadizo daba la vuelta, de modo que salieron de nuevo a la cámara central, debajo de las enormes ramas pobladas de ruidosos pájaros metálicos.

—¿Por dónde hay que ir? —gimió Mallory, apoyándose en la espada envainada.

—No lo sé —contestó Jared intentando recuperar el aliento—. ¡No lo sé! ¡No lo sé!

—Creo que tal vez por ahí —propuso Simon.

—¡Ya hemos ido por ahí, y hemos venido a dar aquí de nuevo!

Los ladridos se oían tan cerca que Jared temía que irrumpiesen en la cámara de un momento a otro. No tenía la menor idea de qué hacer.

—¿Cómo es posible que no conozcáis el camino? —se desesperó Mallory—. ¿No os acordáis de cómo llegasteis aquí?

—¡Lo estoy intentando! ¡Estaba oscuro, e íbamos encerrados en una jaula! ¿Qué quieres que haga? —Jared le asestó una patada a la base del árbol como para subrayar sus palabras.

Las hojas se agitaron y, al entrechocar, emitieron un estruendo como de mil campanillas. El ruido era ensordecedor. Uno de los pájaros de cobre cayó desde lo alto y se quedó en el suelo, batiendo las alas y abriendo y cerrando el pico sin producir sonido alguno.

—Oh, maldita sea —dijo Mallory.

Desde distintas galerías llegaron corriendo varios perros metálicos, y sus cuerpos brillantes y articulados cubrieron sin esfuerzo la distancia que los separaba de los hermanos. Sus ojos de granate centelleaban.

—¡Trepad! —gritó Jared, con el pie en la rama más baja y tendiéndole la mano a su hermana.

Simon ascendió como buenamente pudo por la rugosa corteza de hierro. Mallory, todavía aturdida, trataba de auparse con la ayuda de Jared.

—¡Rápido, Mallory! —imploró Simon.



Llegaron corriendo varios perros metálicos.

Ella logró subir la pierna sobre una rama justo cuando un perro se abalanzaba hacia ella. Sus dientes se cerraron sobre la orilla de su vestido y se lo desgarraron. Los otros perros saltaron en jauría sobre el trozo de tela y lo hicieron jirones.

Jared arrojó con fuerza el guijarro que llevaba en la mano. Pasó rozando la cabeza del perro y rodó inútilmente por el suelo de la caverna.

Uno de los perros salió disparado detrás de la piedra. Al principio Jared creyó que tal vez fuese mágica, pero luego advirtió que el perro la traía de regreso entre sus dientes, meneando la cola metálica como un látigo.

—Simon —dijo Jared—. Me parece que ese perro está jugando.

Simon observó al perro por unos instantes y empezó a deslizarse tronco abajo.

—Pero ¿qué haces? —inquirió Mallory—. ¡Los perros robot de metal no son animales de compañía!

—No te preocupes —le gritó Simon desde abajo.

Bajó al suelo de un salto y los perros dejaron de ladrar de golpe. Lo olisquearon durante un rato como intentando decidir si morderlo o no. Simon permanecía muy quieto. Jared lo miraba, conteniendo la respiración.



—Buenos chicos —los aplacó Simon, con un temblor apenas perceptible en la voz—. ¿Queréis jugar? ¿Queréis que lance algo para que vayáis a buscarlo? —Se agachó y con toda cautela retiró la piedra de entre los dientes metálicos del perro.

Todos los demás se pusieron a brincar al mismo tiempo, ladrando alegremente. Simon les dedicó una sonrisa a sus hermanos.

—Debo de estar soñando —se maravilló Mallory.

Simon arrojó la piedra, y los cinco perros echaron a correr en pos de ella. Uno de ellos la atrapó entre las mandíbulas y regresó pavoneándose muy orgulloso delante de los otros, que lo seguían entusiasmados, con las lenguas plateadas colgando.

Simon lanzó el guijarro tres veces más antes de que Jared lo llamase.

—Tenemos que irnos —le recordó—. Los enanos nos encontrarán si no nos damos prisa.

Simon parecía decepcionado.

—Vale —respondió y, acto seguido, tomó impulso y arrojó la piedra con todas sus fuerzas hacia la sala contigua. Los perros se lanzaron tras ella a toda velocidad—. ¡Venga, rápido!

Jared y Mallory bajaron de un salto, y los tres se escabulleron por la pequeña grieta abierta en la pared. Jared bloqueó la entrada con su mochila. Ya oía los gañidos

de los perros, que se pusieron a rascar la tela.

Avanzaron a tientas en la oscuridad, pero debía de haber una bifurcación en el túnel que antes habían pasado por alto, pues esta vez avistaron una luz suave y cálida al final de la galería. Cuando salieron a la superficie, vieron que estaban encima de la cantera, sobre una hierba cubierta de rocío. El amanecer teñía de rojo el cielo del este.



«¿Qué ha pasado?»

CAPÍTULO SIETE

Donde se comete una traición inesperada

Mallory se miró con cara de asco.

—Odio los vestidos. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué he despertado en una caja de cristal?

Jared sacudió la cabeza.

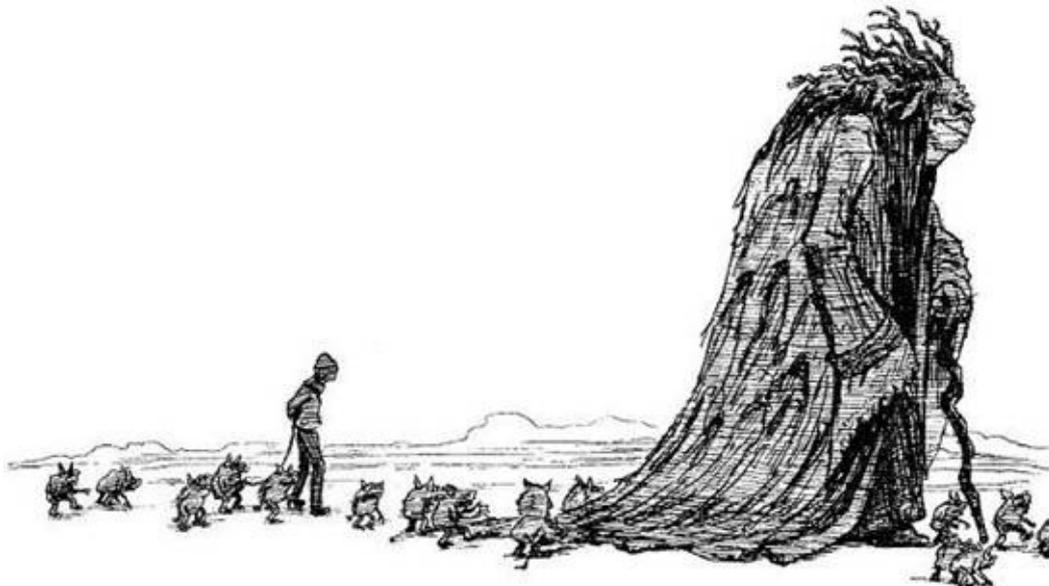
—No estamos muy seguros... Supongo que los enanos te capturaron de alguna manera. ¿Te acuerdas de algo?

—Estaba guardando mis cosas después del combate. —Se encogió de hombros—. Un chico me dijo que te habías metido en un lío.

—Silencio —la acalló Simon, señalando la cantera—. Agachaos.

Se arrodillaron sobre la hierba y se asomaron al borde. Una horda de trasgos emergió de las cuevas, correteando, dando volteretas, haciendo rechinar los dientes y aullando, antes de abrirse en abanico y husmear el aire. Tras ellos avanzaba un monstruo descomunal con ramas secas en lugar de pelo. El ogro llevaba puestos los restos andrajosos y oscuros de prendas de otra época, y dos cuernos curvos sobresalían de su frente.

El korting y sus enanos cortesanos aparecieron en la entrada de la cueva. Los seguían otros trasgos que tiraban de un carro repleto de armas relucientes. Delante de este último grupo avanzaba un prisionero dando traspies. Tenía la estatura de un humano adulto, llevaba la cara tapada con un saco y las muñecas y los tobillos atados con trapos sucios.



Había algo familiar en esa persona. Los trasgos lo llevaron a empujones hasta la

cantera, lejos de donde se encontraba el monstruo.

—¿Quién es ése? —susurró Mallory, aguzando la vista.

—No lo veo bien —dijo Jared—. ¿Para qué querrán un prisionero?

El korting, nervioso, carraspeó, y el silencio se impuso sobre la multitud.

—Gran señor Mulgarath, te agradecemos el honor que nos concedes al dejar que te sirvamos.

Mulgarath se detuvo. El ogro volvió hacia los enanos la enorme cabeza astada, que se alzaba imponente sobre la del resto de las criaturas, con un gesto desdeñoso.

Jared tragó saliva. Mulgarath. Esta palabra no significaba antes gran cosa para él, pero ahora estaba asustado. Aunque sabía que el monstruo no podía verlo, notó que sus negros ojos recorrían a la multitud y le entraron ganas de encogerse más aún.



—¿Son éstas todas las armas que pedí? — La voz sonora de Mulgarath retumbó en la cantera. Apuntó al carro.

—Sí, por supuesto —contestó el señor de los enanos—. Es una muestra de nuestra lealtad y entrega a tu nuevo régimen. No encontrarás hojas más afiladas ni mejores piezas de artesanía. Lo juro por mi vida.

—¿Ah, sí? —inquirió el ogro. Extrajo el falso cuaderno de campo de Jared de un bolsillo—. ¿También juras por tu vida que éste es el libro que te ordené que consiguieras para mí?

—Yo... yo... —titubeó el señor de los enanos—. He hecho lo que me mandaste.

El ogro sostuvo en alto el maltratado libro y soltó una carcajada. Jared se dio cuenta de que era la misma carcajada que el falso Jared había soltado en el pasillo del colegio. Se le escapó un grito ahogado, y Mallory le propinó un codazo.

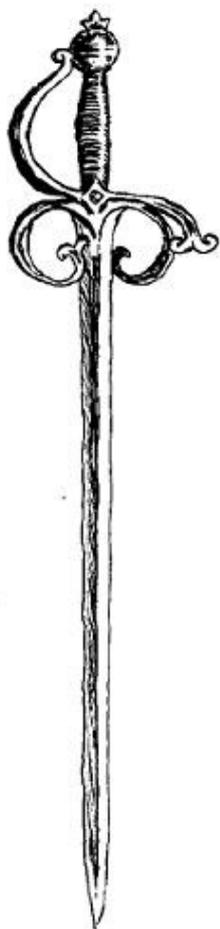
—Te han engañado, señor de los enanos. Pero no tiene importancia. La guía de campo de Arthur Spiderwick obra en mi poder —aseguró Mulgarath—. Era lo único que me faltaba para dar comienzo a mi reinado.

El enano hizo una profunda reverencia.

—Eres el más grande, sin duda —lo alabó el korting—. El más digno de los

amos.

—Quizá yo sea el amo más grande, pero no estoy tan convencido de que vosotros seáis vasallos dignos. —Alzó la mano, y sus trasgos interrumpieron abruptamente el bullicio y el barullo—. ¡Matadlos!



Todo ocurrió tan deprisa que Jared no se enteró bien de lo que sucedía. Los trasgos avanzaron como un solo hombre; algunos de ellos se pararon a coger alguna de las armas forjadas por los enanos, pero la mayoría se lanzó al ataque con uñas y dientes. Los enanos, sin saber cómo reaccionar, prorrumpieron en gritos de sorpresa, y los trasgos aprovecharon esos instantes de pánico y confusión para echárseles encima.

Los trasgos lucharon con esfuerzo hasta que no quedó en pie ni un enano.

Jared se sentía mareado y entumecido. Nunca antes había presenciado una matanza. Bajó la vista y le entraron ganas de vomitar.

—Debemos detenerlos.

—No podemos hacerlo solos. Mira cuántos son —repuso Mallory.

Jared posó la mirada en la espada que empuñaba Mallory, cuya fina hoja relumbraba a la luz del sol de la mañana. No les serviría de nada si se enfrentasen a todos esos trasgos.

—Tenemos que contarle a mamá lo que está pasando —dijo Simon.

—¡No nos va a creer! —replicó Jared. Se enjugó las lágrimas con la manga de la camisa, intentando no mirar los cuerpos destrozados que yacían en la cantera—. ¿Qué hacemos si no nos cree?

—Tenemos que intentarlo —dijo Mallory.

Y así, mientras los alaridos de los enanos les resonaban en los oídos, los tres hermanos Grace emprendieron el camino de regreso a casa.



*¿Han capturado a alguien?
¿El cuaderno ha volado?
¿Qué podrán hacer ahora
tres niños cansados?*



*¿Podrán enfrentarse al ogro
y a su plan tremebundo
de envenenar la tierra
y conquistar el mundo?*

*¿Habrá alguien, lo bastante
fuerte, valiente y activo
para luchar contra el monstruo,
derrotarlo y seguir vivo?*



*¿Dónde está nuestro héroe?
Sigue leyendo y lo sabrás...*





SUSPENSION/EXPULSION/FORM

ESCUELA J. WATERHOUSE

FECHA: 11 de octubre

NOMBRE DEL ALUMNO: Grace, Jared

SEXO: v CURSO: 4º EDAD: 9 NSS: 134-00-2067

VIVE CON: Madre Padre Ambos Otro/s

Jared Grace HA SIDO EXPULSADO TEMPORALMENTE DE LA ESCUELA
J. WATERHOUSE POR UN PERIODO DE 10 DÍAS

DURANTE DICHO PERIODO, EL ALUMNO TENDRÁ PROHIBIDO EL ACCESO A LAS INSTALACIONES DEL COLEGIO Y NO PODRÁ PARTICIPAR EN ACTIVIDADES ESCOLARES. SE TRATA DE LA primera EXPULSIÓN TEMPORAL DEL ALUMNO, Y OBEDECE A LAS SIGUIENTES CAUSAS:

El 11 de octubre, Jared Grace fue visto en los pasillos, durante la celebración de una competición deportiva, amenazando a un compañero con una navaja. Nuestras normas establecen que todo alumno que se halle en posesión de armas peligrosas o sustancias controladas en las instalaciones escolares, o bien en actos organizados por el colegio o relacionados con el mismo (véase en el capítulo 550 la descripción de los objetos que el reglamento de la escuela califica de armas peligrosas), quedará sujeto a expulsión del colegio o del distrito escolar.

LAMENTAMOS VERNOS OBLIGADOS A TOMAR ESTA MEDIDA DISCIPLINARIA. SI DESEA MÁS INFORMACIÓN SOBRE ESTE ASUNTO, PUEDE PONERSE EN CONTACTO CONMIGO DIRECTAMENTE EN EL CENTRO ESCOLAR.

EL ALUMNO EXPULSADO NO PODRÁ RECUPERAR LOS EJERCICIOS O TRABAJOS EVALUABLES QUE NO HAYA PODIDO REALIZAR POR CAUSA DE SU EXPULSIÓN.

CONFIAMOS EN QUE NUESTROS ESFUERZOS CONJUNTOS NOS LLEVEN A UNA MEJOR COMPRENSIÓN DEL PROBLEMA Y A LA SOLUCIÓN DEL MISMO.

COMENTARIOS:

En vista de los problemas disciplinarios que el alumno ha tenido anteriormente en el aula, tanto en esta escuela como en el colegio al que asistía antes, y teniendo en cuenta la gravedad de este incidente, consideramos conveniente su expulsión definitiva.

Se convocará una reunión del consejo escolar para discutir esta posibilidad. Recomendamos encarecidamente a usted y a su hijo que asistan a la misma y presenten toda la información que crean que puede ayudarnos a tomar una decisión.

SE HA ABIERTO EXPEDIENTE DE EXPULSIÓN AL MENCIONADO ALUMNO EN CONFORMIDAD CON LAS NORMAS ESTABLECIDAS POR LA LEY DEL ESTADO.

FIRMA DEL DIRECTOR

B. B.

Copia de la notificación de expulsión de Jared Grace

SPIDERWICK.

LAS CRÓNICAS

EL OGRRO MALVADO

Tony DiTerlizzi y Holly Black

Traducción de Carlos Abreu





El dragón se enroscó alrededor de Byron.



CAPÍTULO UNO

Donde el mundo se vuelve patas arriba

CAPÍTULO DOS

Donde reaparece un viejo amigo

CAPÍTULO TRES

Donde Jared se entera de cosas que preferiría no saber

CAPÍTULO CUATRO

Donde todo acaba en las llamas

CAPÍTULO CINCO

Donde descubren el significado de «Más allá hay dragonas»

CAPÍTULO SEIS

Donde los acontecimientos se precipitan

EPÍLOGO

Donde concluye la historia de los hermanos Grace



Ante la verja de la finca de Spiderwick.

CAPÍTULO UNO

Donde el mundo se vuelve patas arriba

La tenue luz del sol del alba hacía brillar las gotas de rocío en la hierba mientras Jared, Mallory y Simon avanzaban penosamente por una carretera provincial. Estaban cansados, pero el deseo de llegar a casa los impulsaba a seguir. Mallory, con su fino vestido blanco, tiritaba, sujetando su espada con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto pálidos. A su lado, Simon caminaba arrastrando los pies, dando patadas de vez en cuando a los trozos sueltos de asfalto que encontraba. Jared también iba callado. Cada vez que cerraba los ojos, aunque fuese sólo por un momento, veía trasgos, cientos de trasgos, con Mulgarath a la cabeza.

Intentó distraerse pensando en lo que le diría a su madre cuando llegaran a casa. Seguramente estaría enfadada con ellos porque habían pasado toda la noche fuera, y furiosa con Jared por el incidente de aquel ser que llevaba una navaja. Pero él se lo explicaría todo. Le contaría lo del ogro que cambiaba de forma, la manera en que habían rescatado a Mallory de los enanos y engañado a los elfos. Su madre vería la espada y entonces tendría que creerles. Y entonces le perdonaría todo a Jared.

Un ruido muy agudo, como el silbido de una tetera amplificado a todo volumen, lo devolvió al presente de golpe. Se encontraban ante la verja de Spiderwick. Horrorizado, Jared advirtió que el césped estaba cubierto de basura, papeles, plumas y muebles rotos.

—¿Qué es todo eso? —exclamó Mallory, boquiabierta.

Al oír un grito, Jared levantó la vista hacia el tejado, donde el grifo de Simon perseguía a un ser pequeño, desprendiendo pedazos de pizarra.

—¡Byron! —lo llamó Simon, pero el grifo no lo oyó, o decidió no hacerle caso. Simon, exasperado, se volvió hacia su hermano—. No debería estar ahí arriba. Todavía no se le ha curado el ala.

—¿Qué está persiguiendo? —preguntó Mallory, achicando los ojos.

—A un trasgo, creo —respondió Jared, despacio. El recuerdo de los dientes y las garras bañados en sangre despertaron en él un terror profundo.

—¡Mamá! —Mallory soltó un grito ahogado y echó a correr hacia la casa.

Jared y Simon la siguieron a toda prisa. Al acercarse vieron que las ventanas de la vieja finca estaban rotas y la puerta principal colgaba de una sola bisagra.

Entraron como una exhalación y atravesaron el zaguán, pisando llaves desperdigadas y abrigos hechos jirones. El grifo de la cocina estaba abierto; el agua desbordaba el fregadero lleno de platos rotos y se escurría hasta el suelo, donde los alimentos que habían caído del congelador volcado se apilaban descongelándose en

montones húmedos. Algunos de los tabiques estaban agujereados a golpes, y el polvo del yeso, mezclado con harina derramada y cereales, recubría los fogones de la cocina.

La mesa del comedor seguía en su sitio, pero varias de las sillas estaban tumbadas y tenían los asientos de mimbre desgarrados. Alguien había rajado uno de los cuadros de su tío abuelo, y el marco estaba resquebrajado, aunque aún colgaba en la pared.



«Es culpa mía, es culpa mía.»

La sala se hallaba incluso en peores condiciones: habían destrozado la pantalla del televisor atravesándola con la consola de videojuegos. La tapicería de los sofás estaba rasgada, y el relleno, esparcido sobre el suelo de madera en montoncitos que parecían de nieve. Y allí, sentado sobre los restos de una banqueta para los pies

revestida de brocado, estaba Dedalete. Cuando Jared se aproximó al pequeño duende, advirtió que tenía un profundo arañazo en el hombro y que no llevaba su sombrero. Dedalete alzó hacia él sus ojos llorosos y negros, parpadeando.

—Es culpa mía, es culpa mía —se lamentó—. No he podido vencerlos con mi hechicería. —Una lágrima le resbaló por la delgada mejilla, y él se la enjugó con rabia—. Contra los tragos me basto y me sobro, pero estoy perdido si me enfrento a un ogro.

—¿Dónde está mamá? —preguntó Jared en tono apremiante.

Se dio cuenta de que estaba temblando.

—Poco antes de la madrugada, se la llevaron de aquí atada —contestó Dedalete.

—¡No puede ser! —gritó Simon, y su voz sonó casi tan aguda como un chillido—. ¡Mamá! —llamó, subiendo las escaleras hasta el siguiente rellano—. ¡Mamá!

—Tenemos que hacer algo —dijo Mallory.

—La hemos visto —murmuró Jared, sentándose en el sofá destrozado. Estaba mareado, y tenía frío y calor al mismo tiempo—. En la cantera. Ella era la persona adulta a quien los tragos retenían, y ni siquiera nos hemos dado cuenta. Deberíamos... yo debería haber hecho caso de las advertencias. Nunca tendría que haber abierto el estúpido cuaderno del tío Arthur.

El duende sacudió la cabeza vigorosamente.

—Proteger esta casa es mi deber, con el cuaderno o sin él.

—¡Pero si yo lo hubiese destruido como tú me indicaste, nada de esto habría ocurrido!

Jared se descargó un puñetazo en la pierna.

Dedalete se frotó los ojos con la base de la mano.

—Quizá sea cierto, quizá sea falso, pero yo lo escondí y mira qué ha pasado.

—¿Queréis dejar de compadeceros? ¡No estáis siendo de mucha ayuda! —Mallory se acuclilló junto a la banqueta y le alargó al duende su sombrero—. ¿Adónde pueden haberse llevado a mamá?

Dedalete meneó la cabeza apesadumbrado.

—Son muy sucios los tragos y aún peor es su amo. Estarán en un sitio de lo más repugnante, pero más señas de él yo no sabría darte.

Por encima de ellos se oyó un silbido y un correteo.

—Todavía queda un trago en el tejado —dijo Simon, mirando hacia arriba—. ¡Él lo sabrá!

Jared se puso en pie.

—Más vale que detengamos a *Byron* antes de que se lo coma.



—Tienes razón —convino Simon, corriendo escaleras arriba.

Los tres chicos llegaron al primer piso y enfilaron el pasillo en dirección al desván. Las puertas estaban abiertas, y el corredor estaba sembrado de ropa desgarrada, plumas de almohadas y tiras arrancadas de sábanas. Fuera de la habitación de Jared y Simon, había depósitos de vidrio resquebrajados y vacíos tirados por el suelo. Simon se quedó paralizado, con una expresión de horror en la cara.

—¿*Lemondrop*? —llamó—. ¿*Jeffrey*? ¿*Kitty*?

—Vamos —lo apremió Jared.

Mientras tiraba de Simon para alejarlo de la habitación patas arriba, Jared se fijó en el armario del pasillo. Había toallas desperdigadas y empapadas en la loción y el champú que goteaban de los estantes. Y al fondo, la pared presentaba unos arañazos profundos y alguien había sacado de sus goznes la puerta secreta de la biblioteca de Arthur.

—¿Cómo la habrán encontrado? —preguntó Mallory.

Simon sacudió la cabeza.

—Supongo que han registrado toda la casa hasta dar con ella.

Jared se puso en cuclillas y entró gateando en la biblioteca de Arthur Spiderwick. La brillante luz que penetraba por la única ventana le reveló con claridad todo el estropicio. Las lágrimas acudieron a sus ojos mientras caminaba sobre una alfombra de páginas arrancadas. Alguien había desencuadernado las libretas de Arthur y desparramado las hojas. El suelo estaba cubierto de bosquejos rasgados y librerías volcadas. Jared paseó la vista por la habitación con una sensación de impotencia.

—¿Y bien? —preguntó Simon desde fuera.

—Destrozado —respondió Jared—. Todo está destrozado.

—Vamos —dijo Simon en voz alta—. Hay que atrapar a ese trasto.

Jared asintió con la cabeza, pese a que sus hermanos no podían verlo, y, aturdido, se dirigió hacia la puerta.

Había algo en la profanación de esa habitación en particular —una habitación que había permanecido oculta durante años— que hacía pensar a Jared que nada volvería a ir bien a partir de entonces.

Junto con Simon y Mallory, subió trabajosamente las escaleras hasta el desván, pasando por encima de fragmentos relumbrantes de adornos navideños y un maniquí. En la penumbra, Jared alcanzaba a vislumbrar el polvo que se desprendía del techo al tiempo que se oía sobre su cabeza el repiqueteo de las garras de un trasto, acompañado de chillidos.

—Un nivel más y podremos salir al tejado —dijo Jared, señalando el último tramo de escaleras. Conducía a la habitación más alta de la casa, una pequeña torre con las ventanas parcialmente cerradas con tablas por los cuatro costados.

—Me parece que he oído un ladrido —dijo Simon mientras subían—. El trasgo debe de estar sano y salvo todavía.



«Todo está destrozado.»

Cuando llegaron a lo alto de la torre, Mallory rastilló las tablas de las ventanas a golpes de espada y Jared intentó desprender lo que quedaba de ellas haciendo palanca.

—Yo iré primero —dijo Simon, y acto seguido subió de un salto al alféizar para salir al tejado pasando con cuidado entre los listones dentados.

—¡Espera! —le gritó Jared—. ¿Qué te hace pensar que podrás controlar al grifo? Pero Simon no pareció hacerle caso. Mallory se puso un cinturón y sujetó la

espada de modo que colgaba de su cintura.

—¡Vamos!

Jared pasó las piernas por encima del reborde de la ventana y sus pies se posaron sobre la superficie de pizarra. La luz del sol prácticamente lo cegó, y por un momento oteó con ojos deslumbrados el bosque que se extendía más allá del jardín.

Entonces vio que Simon se acercaba al grifo, que había arrinconado al trago contra una de las chimeneas de ladrillo. El trago era Cerdonio.



«¿Qué hacéis ahí parados, papirotos?»

CAPÍTULO DOS

Donde reaparece un viejo amigo

¿Qué hacéis ahí parados, papiroles? —chilló Cerdonio—. ¡Echadme una mano!

Con la espalda contra una chimenea, se sujetaba con una mano el abrigo bajo el que ocultaba algo, mientras blandía amenazadoramente con la otra un tirachinas descargado.

—¿Cerdonio? —Jared sonrió al ver al trasno, pero de pronto se detuvo, con el ceño fruncido—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Simon se había interpuesto entre Cerdonio y el grifo e intentaba aplacar a la fiera a gritos. *Byron* volvió su cabeza de halcón a un lado y luego rascó la pizarra del tejado con las garras, como si fuese más felino que ave. A Jared le pareció que el grifo creía que todo aquello era un nuevo juego.

Cerdonio vaciló, con la vista clavada en Jared.

—No sabía que ésta era vuestra casa hasta que apareció el grifo.

—¿Tú los has ayudado a capturar a mamá? —Jared notó que el rostro se le congestionaba—. ¿A poner la casa patas arriba y matar los animales de Simon?

Dio dos pasos hacia Cerdonio, con los puños apretados. Se había fiado de él. Incluso le había caído bien. Y ahora el trasgo los había traicionado. Sentía tanta rabia que notaba un zumbido en los oídos y apenas podía pensar.

—Yo no he matado a nadie.

Cerdonio se abrió el abrigo ligeramente, dejando al descubierto una bola de pelo color naranja.

—¡*Kitty!* —exclamó Simon, distraído por la visión del gatito.

En ese momento, *Byron* se abalanzó hacia delante, esquivando a Simon, y aprisionó el brazo del trasgo con el pico.

—¡Aaaaaaayyy! —aulló Cerdonio.

Con un maullido, el gato saltó al tejado.

—¡*Byron*, no! —gritó Simon—. ¡Suéltalo!

El grifo agitó la cabeza, zarandeando a Cerdonio. Los alaridos del trasgo sonaron más fuertes.

—¡Haz algo! —exclamó Jared, presa del pánico.

Simon se acercó al grifo y le propinó un manotazo en el pico.

—¡NO! —bramó.

—¡Jolín, Simon, no hagas eso! —le advirtió Mallory llevándose la mano a la espada.

Pero en vez de atacar, el grifo dejó de sacudir a Cerdonio y se quedó mirando a

Simon, alarmado.



«Lo siento, alfandoques.»

—¡Suéltalo! —repitió éste, apuntando con el dedo al tejado de pizarra.

Cerdonio forcejeaba en vano, metiéndole los dedos en la nariz a *Byron* y tratando de morderle el cuello emplumado con sus inofensivos dientecillos. El grifo no le prestaba atención, pero tampoco hizo el menor ademán de soltarlo.

—Ten cuidado —le advirtió Jared a su hermano—. Más vale que se coma a Cerdonio antes que a nosotros.

—¡Noooo! Lo siento, alfandoques —gimió Cerdonio sin dejar de retorcerse—. No lo he hecho a propósito, en serio. ¡Sacadme de aquí! ¡Socooooorro!

—Jared, sujeta a Cerdonio, ¿vale? —le indicó Simon.

Jared asintió con la cabeza y se acercó cautelosamente. Desde esa distancia, le

llegaba el olor del grifo; un olor salvaje, como el que despide el pelaje de un gato.

Simon agarró el pico de *Byron* por arriba y por abajo con las dos manos y empezó a abrírsele.

—Bueeeen chico —lo calmaba mientras tanto—. Eso es. Suelta al trasgo.

—¡Trasno! —lo corrigió Cerdonio.

—¿Te has vuelto loco? —le chilló Mallory a su hermano. El grifo se volvió bruscamente hacia ella, tumbando a Simon de espaldas—. Lo siento —añadió ella, en voz mucho más baja.

Jared agarró a Cerdonio por las piernas.

—Lo tengo.

—Oye, cagarrache, no nos pondremos ahora a jugar a tira y afloja con mi cuerpo, ¿verdad? ¿Eh?

Jared se limitó a sonreír con malicia. Simon trató de nuevo de abrirle el pico a *Byron* por la fuerza.

—Mallory, ven y ayúdame. Sujétale la parte de abajo del pico, mientras yo le sujeto la parte de arriba.

Ella cruzó con cuidado la vertiente inclinada del tejado. El grifo le lanzó una mirada inquieta.

—Cuando yo te lo diga, tira con fuerza —le dijo Simon—. ¡Ahora!

Juntos intentaron separar las mandíbulas del grifo. Los dedos de Mallory se deslizaron hasta el interior de la boca de *Byron* mientras ella se esforzaba por abrírsele, tirando con todo su peso, casi hasta el punto de colgarse del grifo. *Byron* se resistía, pero de pronto cedió, abriendo la boca y dejando caer por completo a Cerdonio en brazos de Jared. Éste perdió el equilibrio, se tambaleó hacia atrás sobre las tejas y soltó a Cerdonio, buscando desesperadamente un sitio de donde agarrarse. El trasgo resbaló también y desprendió con los pies la teja a la que Jared se aferraba. El muchacho se deslizó hasta el borde del tejado, donde se asió al canalón antes de precipitarse desde lo alto.

Simon y Mallory se quedaron mirándolo con los ojos muy abiertos. Jared tragó saliva. Mientras sus hermanos se acercaban para ayudarlo a encaramarse de vuelta al tejado, él se percató de que Cerdonio salía disparado hacia la ventana abierta.

—¡Se escapa! —gritó Jared, intentando auparse. Su codo se hundió entre las hojas secas y el barro que obstruían el canalón.

—Olvídate de ese estúpido trasgo —repuso Mallory—. Agárrate a mí.

Lo izaron sobre el borde del tejado. Tan pronto como estuvo de nuevo en pie, Jared echó a correr detrás de Cerdonio, seguido de cerca por Mallory y Simon. Bajaron ruidosamente las escaleras.

Cerdonio yacía despatarrado en el pasillo que conducía a las habitaciones de los chicos, mientras un hilo amarillo se enrollaba por sí mismo en torno a él. Jared

observó boquiabierto el hilo, que finalmente se ató formando un lazo.

De pronto, Dedalete se subió de un salto sobre la cabeza de Cerdonio.

—Os ayudaré a combatir contra este ser. Es lo menos que puedo hacer.



«¡Se escapal!»

Jared paseó la vista desde el hilo hasta Dedalete.

—¡No sabía que supieras hacer eso!

Entonces se acordó del modo en que los cordones de sus zapatos se habían atado entre sí, aparentemente por sí solos, y de repente lo entendió todo.

El duendecillo sonrió de oreja a oreja.

—No basta con no ser visto para dejarlo todo listo.

—¡Eh! — chilló Cerdonio —. ¡Quitadme este gorgojo chiflado de encima! ¡Yo no estaba huyendo de vosotros, sino de ese monstruo mangón que hay en el tejado!

—Cállate —ordenó Mallory.

—No hagáis caso a este trasgo —dijo Dedalete—. Algo avieso tiene en el seso.

—Este duende currutaco tiene un pico de oro —observó Cerdonio.

—Y ahora vas a decirnos todo lo que sabes o te embadurnaremos de ketchup y te llevaremos de vuelta al tejado —lo amenazó Jared.



Estaba tan furioso que en ese momento hablaba completamente en serio.

Dedalete saltó a la pata de una mesa de centro tumbada.

—Algo peor que eso merece este trasgo tan perverso. No, lo echaremos a las ratas para que le muerdan las patas, le coman los ojos y le roan la nariz hasta dejársela chata. Te arrancaremos los dedos con nuestros propios dientes, y no pararemos hasta que confieses.

Simon empalideció, pero no abrió la boca. Cerdonio se retorció entre sus ataduras.

—Os diré todo lo que queráis saber, bruscos botarates. ¡No hay por qué amenazarme!

—¿Dónde está mamá? —inquirió Jared—. ¿Adónde se la han llevado?

—La guarida de Mulgarath está en el depósito de chatarra de las afueras. Con las basuras se ha construido un palacio, que está custodiado por su ejército de trasgos, además de otros seres. No seas cabeza de calabaza; jamás podréis entrar ahí.

—¿Cuáles son los otros seres que custodian el palacio? —quiso saber Jared.

—Dragones —respondió Cerdonio—. En su mayoría dragones pequeños.

—¿Dragones? —repitió Jared, horrorizado.

En el cuaderno de campo de Arthur se mencionaba a estas criaturas, aunque el propio Arthur nunca los había visto. Todo lo que sabía de ellos lo había oído de boca de otras personas. Aun así, las descripciones de los dragones eran escalofrantes: su mordedura venenosa, sus dientes afilados como puñales, sus cuerpos ágiles y veloces como látigos...

—¿Y tú formabas parte del ejército de tragos de Mulgarath? —preguntó Mallory, entornando los ojos.



—¡No tenía opción! —se justificó Cerdonio—. ¡Todo el mundo estaba alistándose! ¿Qué querías que hiciera yo, merolica?

—¿Qué les contaste que les había pasado a los otros tragos con los que estabas antes? —preguntó Jared.

—¿Los otros tragos? —exclamó Cerdonio—. ¡Por última vez, petimetre, soy un trasno! ¡Es como si llamaras estornino a una vaca!

Jared suspiró.

—Bueno, ¿qué les contaste?

Cerdonio puso los ojos en blanco.

—¿Qué esperabas que les contara, mameluco? Les conté que un trol se los había zampado, ni más ni menos.

—Si te desatamos, ¿nos llevarás al depósito de chatarra? —le propuso Mallory.

—Seguramente ya es demasiado tarde —gruñó Cerdonio.

—¿Cómo dices? —Jared frunció el entrecejo.

—Sí —rectificó Cerdonio—. ¡Sí! Os llevaré. ¿Estáis contentos, chiquilicuates? Todo con tal de no tener que volver a ver a ese grifo.

—Pero, Jared —terció Simon, esbozando una sonrisa—, llegaríamos mucho más deprisa si fuéramos volando.

—¡Eh, un momento! —protestó Cerdonio—. ¡Eso no formaba parte del trato!

—Necesitamos un plan —dijo Mallory, apartándose del trago y bajando la voz—. ¿Cómo vamos a derrotar a un ejército de tragos, un dragón y un ogro que cambia de forma?

—Tiene que haber algo... —reflexionó Jared, siguiéndola— algún punto débil...

Las páginas del cuaderno de campo de Arthur que había memorizado empezaban a borrarse de su mente y cada vez tenía más lagunas. Intentó concentrarse, rememorar cualquier detalle que pudiera serles útil.

—Lástima que ya no tenemos el cuaderno de campo. —Simon se quedó mirando las peceras rotas como tratando de buscar una respuesta entre los fragmentos de vidrio.

—Pero sabemos dónde está Arthur —intervino Jared pausadamente, trazando un

plan en su cabeza—. Podríamos preguntárselo a él.

—¿Y se puede saber cómo vamos a hacer eso? —preguntó Mallory, con una mano en la cintura.

—Les pediré a los elfos que me lleven hasta él —contestó Jared, como si fuera una propuesta de lo más razonable.

Mallory abrió mucho los ojos, sorprendida.

—La última vez que vimos a los elfos, no estaban en un plan muy amistoso que digamos.

—Es cierto, querían encerrarme bajo tierra para siempre —señaló Simon.

—Tenéis que confiar en mí —dijo Jared despacio—. Puedo hacerlo. Me prometieron que nunca volverían a retenerme allí contra mi voluntad.

—Pero si yo confío plenamente en ti —repuso Mallory—; es de los elfos de quienes no me fío, y tú tampoco deberías hacerlo. Te acompaño.

Jared negó con la cabeza.

—No hay tiempo. Sonsácale a Cerdonio todo lo que sepa acerca de Mulgarath. Yo regresaré tan pronto como pueda. —Bajó la vista hacia el duendecillo—. Me llevaré a Dedalete conmigo... si es que quiere venir.

—Creía que tenías que ir tú solo —señaló Simon.

—Tengo que ser el único humano —precisó Jared, sin apartar la mirada de Dedalete.



—Hace muchos años que no salgo de casa. —Dicho esto, Dedalete se acercó al borde de la silla y dejó que Jared lo colocara en la capucha de su sudadera—. Ya va siendo hora de que tenga agallas.

Se marcharon antes de que Simon o Mallory pudieran disuadirlos. Cruzaron la calle en dirección a la arboleda de los elfos. El cielo del mediodía se había teñido de un azul brillante y despejado. Jared se dio prisa, ante el temor de que no les quedase mucho tiempo.



«Era yo quien tenía el cuaderno.»

CAPITULO TRES

Donde Jared se entera de cosas que preferiría no saber

El claro seguía tal como Jared lo recordaba —bordeado de árboles, con hongos en el medio—, pero esta vez, cuando se plantó en el centro, nada ocurrió. Las ramas no se entrelazaron para atraparlo, las raíces no se enrollaron en torno a sus tobillos, y no apareció ni un solo elfo para reprenderlo.

—¡Hola! —llamó Jared. Aguardó un momento, pero no obtuvo más respuesta que el canto lejano de unos pájaros. Frustrado, Jared se puso a caminar de un lado a otro—. ¿No hay nadie? ¡Tengo un poco de prisa!

Nada. Transcurrieron varios minutos.

Al fijarse en el círculo de setas, le entraron unas ganas irresistibles de arremeter contra los elfos. Ojalá nunca se hubieran llevado a Arthur.

Había levantado el pie con la intención de pegarle una patada a uno de los hongos cuando oyó una voz suave procedente de la arboleda.

—Muchacho insensato, ¿qué haces en este lugar?

Era la elfa de ojos verdes, cuyo cabello había adquirido más tintes rojizos y marrones.



Ahora llevaba un vestido de color ámbar intenso y dorado, que recordaba el paso del verano al otoño. Su voz sonaba más triste que enfadada.

—Por favor —dijo Jared—. Mulgarath ha raptado a mi madre. He de rescatarla. Tienes que dejarme hablar con Arthur.

—¿Qué me importa a mí el destino de una mortal? —La elfa se volvió hacia los árboles—. ¿Tienes idea de a cuántos de los nuestros hemos perdido? ¿Cuántos enanos, tan viejos como las piedras que se encuentran bajo nuestros pies, han dejado de existir?

—Lo he visto —respondió Jared—. Estábamos ahí. Por favor..., te daré lo que me pidas. Me quedaré aquí si

lo deseas.

Ella sacudió la cabeza.

—Sólo tenías una cosa que era de cierto valor para nosotros, y eso se ha perdido.

A Jared lo invadió una mezcla de alivio y terror. Necesitaba ver a Arthur, pero no le quedaba nada que ofrecer a cambio.

—No teníamos el cuaderno de campo —alegó—.

No podríamos habérselo dado entonces, pero quizás ahora podamos recuperarlo.

La elfa de ojos verdes se volvió hacia él con el ceño fruncido.

—Ya no me interesan tus historias.

—Puedo... puedo demostrarlo. —Jared se llevó la mano a la capucha, sacó a Dedalete y lo depositó en el suelo—. Os dije que nuestro duende doméstico tenía el cuaderno. Éste es Dedalete.

El duendecillo se quitó el sombrero e hizo una profunda reverencia, temblando ligeramente.

—Gran dama, os seré sincero: era yo quien tenía el cuaderno.

—Tus modales te honran.

La elfa los miró a los dos por unos instantes y se quedó callada.

Jared se revolvió con impaciencia mientras Dedalete trepaba por su pierna para volver a su escondite. El silencio de la elfa de ojos verdes lo estaba sacando de quicio, pero se obligó a estarse quieto. Quizás era su última oportunidad de convencerla.

Por fin, ella habló de nuevo:

—El tiempo de infligir castigos y de ejercer nuestro dominio ha pasado. El momento que temíamos ha llegado. Mulgarath ha reunido un ejército muy numeroso y está utilizando el cuaderno de campo para hacerlo aún más temible.

Jared asintió con la cabeza, aunque estaba confundido. No se le ocurría qué podía hacer Mulgarath con el cuaderno de campo para conseguir que su ejército fuese más peligroso. No era más que un cuaderno.

—Joven mortal —dijo la elfa de ojos verdes—, quiero que me prometas que si la guía de campo de Arthur vuelve a caer en tus manos mientras buscas a tu madre, nos la entregarás para que la destruyamos.

Jared asintió de nuevo con la cabeza, aturdido y ansioso por aceptar cualquier condición con tal de poder hablar con Arthur.

—Lo haré. Os la traeré...

—No —lo interrumpió la elfa—. Cuando llegue el momento, nosotros acudiremos a ti. —Apuntó con el dedo hacia arriba y pronunció



unas palabras en un idioma extraño. Una hoja solitaria se desprendió de una de las ramas altas de un viejo roble y comenzó a descender lentamente, como si cayese a través de agua y no a través del aire—. Tu audiencia con Arthur Spiderwick durará el tiempo que esta hoja tarde en llegar al suelo.

Jared miró hacia donde ella le señalaba. Por muy despacio que se moviera la hoja, a él le pareció muy deprisa.

—¿Y si no me basta con ese tiempo?

La elfa le dirigió una sonrisa glacial.

—El tiempo es un lujo que ninguno de nosotros puede permitirse ya, Jared Grace.

Pero Jared apenas se fijó en lo que ella decía, porque de entre los árboles surgió un hombre con una chaqueta de *tweed* y mechones entrecanos a ambos lados de la calva. Las hojas secas se arremolinaban a su alrededor y formaban una alfombra que le permitía avanzar sin tocar el suelo. Se ajustó las gafas con nerviosismo y miró fijamente a Jared.



Un hombre con una chaqueta de tweed.

Al chico se le escapó una sonrisa. Arthur Spiderwick era idéntico al retrato que colgaba en la biblioteca. Todo iría bien. Su tío bisabuelo le explicaría lo que debía hacer, y sus problemas se solucionarían.

—Tío Arthur —comenzó—, soy Jared.

—Dudo que pueda ser tu tío, muchacho —replicó Arthur con frialdad—. Hasta donde yo sé, mi hermana no tiene hijos.

—Bueno, en realidad eres mi tío bisabuelo —dijo Jared, sintiéndose inseguro de repente—. Pero eso no importa.

—Eso es absurdo.

Las cosas no marchaban en absoluto como habían imaginado.

—Has estado ausente mucho tiempo —explicó Jared eligiendo las palabras con cuidado.

Arthur frunció el ceño.

—Unos meses, tal vez.

Dedalete salió de su escondrijo y subió al hombro de Jared.

—Escucha al chico, dice la verdad; no podemos perder un segundo más —dijo en voz muy alta.

Arthur bajó la vista hacia el duende y pestañeó.

—¡Hola, viejo amigo! ¡Te he echado de menos! ¿Cómo está mi Lucy? ¿Y mi esposa? ¿Querrás darles un mensaje de mi parte?



—¡Escucha! —lo cortó Jared—. Mulgarath ha capturado a mi madre, y tú eres el único que sabe qué hay que hacer.

—¿Yo? —preguntó Arthur—. ¿Por qué iba a saberlo? —Se subió las gafas—. Supongo que mi consejo sería que... Un momento, ¿cuántos años tienes?

—Nueve —respondió Jared, temblando al imaginarse lo que vendría a continuación.

—Te diría que debes ponerte a salvo y dejar que tus mayores se ocupen de esas criaturas tan peligrosas.

—¿Es que no me has oído? —gritó Jared—. ¡MULGARATH HA CAPTURADO

A MI MADRE! ¡NO PUEDO ACUDIR A MIS MAYORES!

—Entiendo —asintió Arthur—. Sin embargo, debes...

—¡No, no lo entiendes! —Jared no podía contenerse. Sentía un gran alivio al poder gritarle a alguien por fin—. ¡Ni siquiera sabes cuánto tiempo has pasado aquí! ¡Ahora Lucinda es mayor que tú! No sabes nada.

Arthur abrió la boca como para decir algo pero la cerró de inmediato. Aunque estaba pálido y tembloroso, a Jared no le daba mucha pena. Las lágrimas de rabia que se esforzaba por reprimir le escocían en los ojos. Al otro lado del círculo de hongos, la hoja seca se acercaba cada vez más al suelo.

—Mulgarath es un ogro muy peligroso —dijo Arthur en voz baja, sin mirar a Jared—. Ni siquiera los elfos saben cómo detenerlo.

—Además, tiene un dragón —añadió Jared.

Arthur levantó la mirada con súbito interés.

—¿Un dragón? ¿En serio? —Se encorvó y sacudió la cabeza—. No puedo decirte cómo debes enfrentarte a todo eso. Lo siento; sencillamente... no lo sé.

Jared quería suplicarle, exigirle, pero no le salían las palabras.

Arthur se acercó un paso hacia él y le habló con mucha suavidad.

—Muchacho, si yo siempre supiese qué hacer, ¿crees que estaría aquí, prisionero de los elfos, condenado a no volver a ver a mi familia?

—Supongo que no —respondió Jared con los ojos cerrados.

La hoja había llegado a la altura de su cabeza. Faltaba poco para que el tiempo se agotase.

—No está en mi mano darte una solución —murmuró Arthur—. Todo lo que puedo ofrecerte es información. Ojalá pudiera hacer algo más. —Tras una pausa agregó—: Los tragos se mueven en manadas pequeñas, normalmente de no más de diez. Siguen a Mulgarath porque lo temen; de lo contrario nunca verías a tantos tragos juntos. Si él no se impusiese, ellos enseguida empezarían a pelearse entre sí. Pero incluso a pesar de su autoridad, lo más seguro es que no estén muy bien organizados.

»Por lo que respecta a los ogros, Mulgarath es un ejemplar típico. Domina la técnica de cambiar de forma, y es astuto, taimado y cruel. Los ogros suelen tener una debilidad que quizá te sea útil: son vanidosos y muy dados a alardear.

—¿Como en el cuento del Gato con Botas? —preguntó Jared.

—Exactamente. — A Arthur le brillaron los ojos—. Los ogros tienen un gran concepto de sí mismos y quieren que los demás también lo tengan. Les encanta

escucharse mientras hablan. Por otro lado, toda protección convencional, como esas prendas que llevas, resultan insuficientes para resistir su ataque. Son demasiado poderosos.

»En cuanto a los dragones... bueno, debo confesar que todo lo que sé de ellos procede de las observaciones de otros investigadores.

—¿Otros investigadores? ¿Significa eso que hay otras personas que se dedican a estudiar a los seres sobrenaturales?

Arthur asintió en silencio.

—Por todo el mundo. ¿Sabías que hay seres sobrenaturales en todos los continentes? Varían de un lugar a otro, por supuesto, tal como sucede con los animales. Pero me estoy yendo por las ramas.

»El dragón es probablemente del subtipo célebre europeo, el más común en esta región. Es extremadamente venenoso. Recuerdo haber leído el caso de un dragón que se alimentaba de leche de vaca... Llegó a ser enorme, y su ponzoña lo envenenaba todo, abrasaba la hierba y contaminaba el agua.

—¡Un momento! —exclamó Jared—. El agua de nuestro pozo te abrasa en la boca cuando la bebes.





«Mala señal.»

—Mala señal. —Arthur exhaló un hondo suspiro y sacudió la cabeza—. Los dragones son ágiles, pero es posible matarlos como a cualquier otra criatura. La dificultad, por supuesto, reside en el veneno. Su potencia aumenta conforme el dragón crece, por lo que hay muy pocos seres lo bastante rápidos y valientes para enfrentarse a un dragón tal como la mangosta ataca a la cobra.

Jared echó un vistazo a la hoja: estaba a punto de tocar el suelo. Arthur siguió su mirada.

—El tiempo que nos queda para hablar casi ha terminado. ¿Podrías darle un recado a Lucinda de mi parte?

—Claro. Lo que quieras —asintió Jared.

—Dile... —Sin embargo, las palabras de Arthur quedaron ahogadas bajo el remolino de hojas que lo ocultó a la vista. El torbellino se elevó, y cuando se hubo alejado, ya no había nadie. Jared buscó a la elfa con la vista, pero ella también había desaparecido.



«Ahora te toca a ti fiarte de nosotros»

Cuando Jared salió de los límites del claro, vio a *Byron* escarbando en la tierra. Simon, montado sobre su lomo, acariciaba al grifo para apaciguarlo. Detrás de él, Mallory empuñaba en alto la espada élfica, que resplandecía al sol. Cerdonio, sentado sobre el cuello de la bestia, ofrecía un aspecto de lo más lastimoso.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Jared—. Pensaba que habíais dicho que confiabais en mí.

—Pero si confiamos en ti —repuso Mallory—. Por eso te hemos esperado aquí en lugar de irrumpir en el claro para sacarte a rastras.

—Incluso hemos pensado un plan. — Simon levantó la cuerda que tenía en la mano—. Vámonos. Nos contarás lo que te han dicho los elfos en el camino.

—Bueno —terció Mallory—. Ahora te toca a ti fiarte de nosotros.



«He capturado a los humanos.»

CAPITULO CUATRO

Donde todo acaba en las llamas

Mientras atravesaba la carretera, Jared se esforzaba por no deshacer el nudo deliberadamente flojo que le sujetaba las manos a la espalda. Avanzaba detrás de Mallory, que iba atada de forma parecida, y contenía el impulso de alzar la vista hacia la lejana silueta de *Byron* y *Simon*, que volaban sobre su cabeza. Ellos dos serían su único medio de escapar si las cosas salían mal y el medio más rápido de marcharse si todo iba según lo esperado.

Cerdonio le picó a Jared el hombro con la punta de la espada élfica.

—Daos prisa, mocosuelos.

—¡No hagas eso! —advirtió Jared, a punto de tropezar. Notó a Dedalete acurrucado contra su nuca—. Todavía no estamos dentro, y esa cosa pincha.

—De acuerdo —rió el trago por lo bajo—, mi travieso albondigón.

—Deja en paz a Jared o te enseñaré cómo se usa una espada —siseó Mallory, y de pronto se detuvo en seco.

Los árboles de ese lado de la carretera estaban prácticamente pelados, renegridos y secos. Las pocas hojas que les quedaban colgaban de las ramas como murciélagos. Parecían menos reales aún que los árboles metálicos de los enanos. Jared alcanzó a ver el vertedero que se extendía detrás.

La verja, oxidada, estaba abierta, y en el abandonado sendero de tierra había varios hierbajos diseminados. Un letrero de «PROHIBIDO EL PASO» estaba clavado en el suelo en un ángulo un tanto extraño. Coches viejos, neumáticos y basura de todo tipo se apilaba en montones irregulares que semejaban las dunas de una playa. Más adelante, Jared distinguió el palacio con toda claridad. El cristal y la hojalata de sus torres relumbraba al sol.



Divisó a varios tragos asomados a las ventanillas de un viejo coche herrumbroso.

Dos de ellos olisquearon el aire y un tercero rompió a ladrar. Entonces todos empezaron a salir del vehículo. Cada uno de ellos irguió su cabeza de sapo, haciendo rechinar sus dientes de vidrio y hueso. Empuñaban picas y espadas curvas forjadas por enanos.



«¿Dices que tú solo has capturado a los dos»

—Diles algo —le susurró Jared a Cerdonio.

—He capturado a los humanos —anunció el trasgo—. ¡Y no gracias a vosotros, perros de estercolero!

Un trasgo grande se acercó cautelosamente. Sus dientes, de vidrio de botella —de un marrón verdoso y transparentes—, despedían destellos. Llevaba una chaqueta raída con botones deslustrados y un maltrecho tricornio. El sombrero llamó especialmente la atención a Jared, porque estaba teñido de color marrón teja. Varias moscas revoloteaban alrededor del trasgo.

—¿Dices que tú solo has capturado a los dos?

—Ha sido fácil, oh gran Ratacuco —se jactó Cerdonio—. Allí estaban, la chica blandiendo esta espada..., se ve afilada, ¿verdad? ¡Pero yo he sido más rápido que ellos! Yo... —Al advertir la mirada de desconfianza de Ratacuco, las palabras del trago se apagaron gradualmente—. Vale. —Comenzó de nuevo—: Estaban durmiendo y yo...

Los tragos prorrumpieron en fuertes ladridos. Jared no estaba seguro de si se trataba de carcajadas o de otra cosa.

—¡Bueno, la cosa es que atrapé a estos pillastres! Son mis prisioneros. —Cerdonio levantó la espada de Mallory. Parecía demasiado grande para sus manitas y se bamboleaba ligeramente.

Ratacuco ladró, y la punta de la espada se dobló. Jared echó una ojeada hacia arriba para ver si Simon y *Byron* se hallaban cerca, pero o estaban escondidos o se habían marchado. Jared deseó por millonésima vez que Simon fuera capaz de controlar al grifo.

—Aquí se hace lo que yo digo —declaró Ratacuco—. ¡Traedlos por aquí!

Mallory y Jared se vieron conducidos a empujones a través del depósito de chatarra por un ruidoso grupo de tragos. Tenían que andar con cuidado para no pisar piezas puntiagudas de metal que sobresalían de la tierra seca. Cada vez que Mallory o Jared reducían la marcha, los tragos les propinaban un empujón y los pinchaban con sus armas. Los tejanos de Jared se mancharon de óxido cuando pasó entre dos coches muy juntos. Finalmente llegaron a un claro donde otra docena de tragos holgazaneaba alrededor de una hoguera. Había huesos pequeños desperdigados entre otros desechos.

Ratacuco soltó un gruñido y apuntó con el dedo a un automóvil azul situado cerca del fuego.

—Atad a los prisioneros allí.

—Deberíamos llevarlos al Palacio de la Basura —dijo Cerdonio, aunque no sonaba muy convencido.

—¡Silencio! —bramó el trago grande—. Aquí las órdenes las doy yo.

Un trago sonriente utilizó un rollo de alambre oxidado para sujetar las sogas de Jared y Mallory al coche. Mientras enrollaba el cable en torno al retrovisor lateral, Jared olió su fétido aliento y observó su piel extraña y moteada, los mechones que le salían de las orejas, el blanco cadavérico de sus ojos y los bigotes largos y trémulos. Los otros tragos aguardaban en círculo, mirándolos con avidez.

—¡Volved a vuestros puestos, perros perezosos! —rugió el trago grande y se dirigió con el ceño fruncido a los que ya se encontraban ahí cuando él llegó—: ¡Y más vale que cuando vuelva los prisioneros sigan donde yo los he dejado! ¡Voy a avisar a Mulgarath!

Cuando se marchó, la mayoría de sus tragos se reincorporaron a sus patrullas, pero algunos permanecieron sentados junto al fuego.

Jared sacudió las manos. No le cabía duda de que los nudos estaban lo bastante sueltos para librarse, pero sí empezaba a dudar de que pudieran burlar a todos esos tragos.



Jared y Mallory se quedaron sentados en el suelo frío y terroso durante lo que les pareció varias horas, contemplando a los tragos que atrapaban lagartos pequeños y los arrojaban a la hoguera. Estaba oscureciendo, y los rayos dorados del sol que empezaba a ocultarse surcaron el cielo.

—Tal vez el plan no fuera tan maravilloso, después de todo —musitó Mallory—. Seguimos sin saber dónde está mamá, y ahora también hemos perdido a Simon.

—Bueno, pronto nos llevarán a su lado —susurró Jared. Tenía las manos cerca de las de Mallory, de manera que pudo darle un suave apretón para consolarla.

—¿A qué esperan? —gruñó ella.

—Tal vez a que regrese el grandote —respondió Jared.

Al otro lado de la fogata, uno de los tragos lanzó una cosa negra que se retorció entre las llamas.

—Éstos nunca arden —se quejó el trago—. Ojalá ardieran.

—De todas formas no podrías comértelos —comentó otro.

Una vocecita que salió de la capucha de Jared le recordó que Dedalete seguía a su lado.

—¿Te has fijado? ¡Anda! —dijo en un susurro—. Una salamandra.



Jared echó un vistazo a sus pies. Uno de aquellos lagartos se encontraba cerca de su zapatilla. Era de un negro opalescente y su cuerpo alargado se estrechaba hacia la cola. Estaba comiéndose algo que semejaba la cola de otra salamandra.

—Jared —dijo Mallory—, ¿qué son esos bichos que hay en el fuego?

El chico se inclinó hacia delante hasta donde se lo permitieron sus ataduras. Entre las llamas vio todas las salamandras que los tragos habían ido arrojando a la hoguera. Sin embargo, en lugar de achicharrarse, permanecían tranquilamente tendidas aunque todo ardía alrededor. Mientras Jared las observaba, algunas de ellas se movieron ligeramente: una ladeó la cabeza, otra se adentró en las llamas. Saltaba a la vista que eran inmunes al fuego.

Intentó recordar qué decía el cuaderno de campo de Arthur al respecto. Le parecía que había algún artículo sobre salamandras, pero las imágenes se desdibujaban en su mente. Esos animalitos le recordaban a los que aparecían en otra ilustración, pero no alcanzaba a identificarla. Estaba demasiado nervioso para concentrarse, demasiado preocupado por su madre, su hermano y los tragos que los rodeaban.

Poco después, uno de los tragos se acercó y tanteó la barriga de Jared con su sucia garra.

—Parecen muy sabrosos. Me dan ganas de pegarle un buen mordisco a una de esas mejillas sonrosadas. Seguro que es dulce como la miel. —Un largo hilillo de baba formó un charco junto a Jared.

El muchacho tragó saliva y se volvió hacia Cerdonio. El trago estaba removiendo las brasas con la espada élfica. No levantó la vista, lo cual puso aún más nervioso a Jared.

Otro trago siguió la dirección de su mirada.

—Ratacuco creará que lo hizo él —dijo, señalando a Cerdonio—. A fin de cuentas, estaba armando mucho follón hace un rato.

Cerdonio se puso de pie.

—Pero ¿qué se habrá creído este monigote cabeza de chafarraño...?

Un tercer trago se aproximó, relamiéndose y mostrando sus asquerosos dientes.

—Tienen tanta carne...

—¡Apartaos de él! —gritó Mallory, soltando la mano de Jared. Hasta entonces él no se había dado cuenta de que había estado apretándole la mano con tanta fuerza que le había clavado las uñas en la piel.

—¿Acaso prefieres que te comamos a ti? —preguntó el trago con dulzura—. ¿No son dulces y sabrosas todas las chicas? ¡Suenan apetitoso!

—¡Cómete esto! —espetó Mallory, liberándose las manos y arreándole un puñetazo en la cara.

—¡La espada! —le gritó Jared a Cerdonio, forcejeando con la cuerda que le sujetaba las muñecas.

El trago miró a Jared, dejó caer la espada élfica y echó a correr hacia el borde del claro.

—¡Cobarde! —chilló Jared, furioso.

Libre al fin de sus ataduras, el muchacho corrió hacia el fuego, pero dos tragos se agarraron a sus piernas y lo derribaron. Él se arrastró hasta que alcanzó la hoja de la espada con la mano, y acto seguido se la lanzó a su hermana con la empuñadura por delante. La mano le escocía, y con aturdida fascinación, Jared descubrió que se había hecho un corte. Otros tragos le saltaron sobre la espalda, inmovilizándolo sobre la tierra.

—¡Apartaos de él!

Mallory avanzó, blandiendo la espada, que destellaba al hendir el aire.

Los tragos retrocedían a su paso. Ella lanzaba estocadas para ahuyentarlos. Los que retenían a Jared saltaron de su espalda y se dispersaron en busca de sus armas.

—¡Vamos! ¡Corre! —gritó ella.



«¡Apartaos de él!»

Un trasgo trepó a su espalda de un brinco y la mordió en el hombro.

Jared agarró al trasgo por el brazo y se lo arrancó, mientras ella propinaba una patada a otro que se acercaba. Uno de aquellos seres recogió una pica forjada por enanos y embistió con ella a Mallory. Ella paró el golpe y contraatacó, hiriendo al trasgo con su espada. La criatura profirió un alarido y Mallory se quedó paralizada, consciente de lo que acababa de hacer. La hoja plateada estaba manchada de sangre. El trasgo se desplomó, pero otros más acudieron en tropel. Sin embargo, Mallory seguía sin reaccionar.

Un chillido que se oyó sobre su cabeza la despertó de su trance. *Byron* descendió en picado hacia el claro y los trasgos huyeron a la desbandada, intentando protegerse bajo la basura. El grifo batía las alas pesadamente, levantando una nube de polvo.

—Vamos —apremió Jared, tirando a su hermana del brazo. Juntos subieron al capó herrumbroso de una ranchera y saltaron a un estrecho sendero bordeado de una alambrada corroída. Pasaron corriendo junto a una bañera volcada y una pila de neumáticos. Había una serie de puertas apoyadas contra una nevera y, cuando las dejaron atrás, Jared se detuvo de golpe. Allí, sobre una alfombra de fragmentos de metal, había una vaca.



Era una construcción gigantesca.

CAPITULO CINCO

Donde descubren el significado de «Más allá hay dragonas»

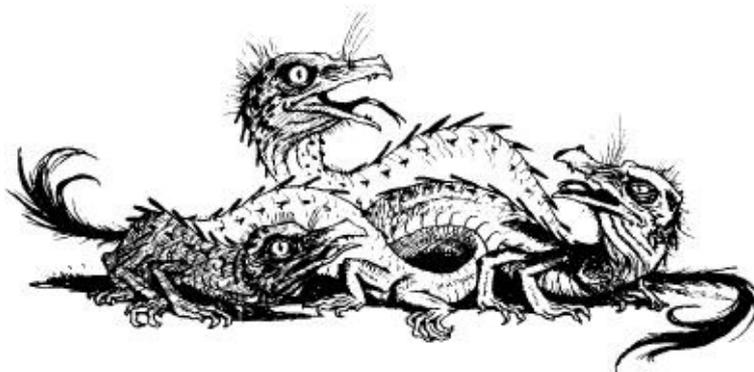
En un acto reflejo, Jared miró hacia atrás, pero los trasgos no los perseguían. El grifo aterrizó sobre un coche, abollándolo con las garras, y acto seguido se puso a lamerse como un gato. Simon, montado sobre él, sonrió de oreja a oreja.

Jared se volvió hacia Mallory, que tenía la vista fija en la vaca. El animal estaba encadenado al suelo, mugiendo quedamente, con los ojos muy abiertos. Tenía las ubres recubiertas de lo que parecía una multitud de serpientes negras que culebreaban y se disputaban unas a otras las ubres enrojecidas. Muchas de ellas oscurecían el suelo debajo de la vaca como una alfombra viviente. Al cabo de un momento Jared se percató de que los seres eran salamandras más grandes.

—¿Qué hacen esas cosas? —preguntó Mallory. La espada manchada de sangre colgaba lánguidamente a su lado, y a Jared lo asaltó el impulso de quitársela y limpiarla antes de que se diera cuenta.

En cambio, se acercó a la vaca.

— Están mamando, creo.



—¡Qué asco! —exclamó Simon, mirando con los ojos entornados desde el lomo de *Byron*—. Y qué cosa tan rara.

Había varias salamandras más en la tierra, cubiertas de escamas sin brillo, serpenteando. Eran bastante más grandes que las que Jared y Mallory habían visto en la hoguera.

—Están mudando la piel —observó Simon—. ¿Qué son?

Jared negó con la cabeza.

—Salamandras resistentes al fuego. Pero no deberían crecer tanto... Éstas más bien parecen... —No estaba seguro de a qué le recordaban. Algo lo inquietaba pero no sabía qué.

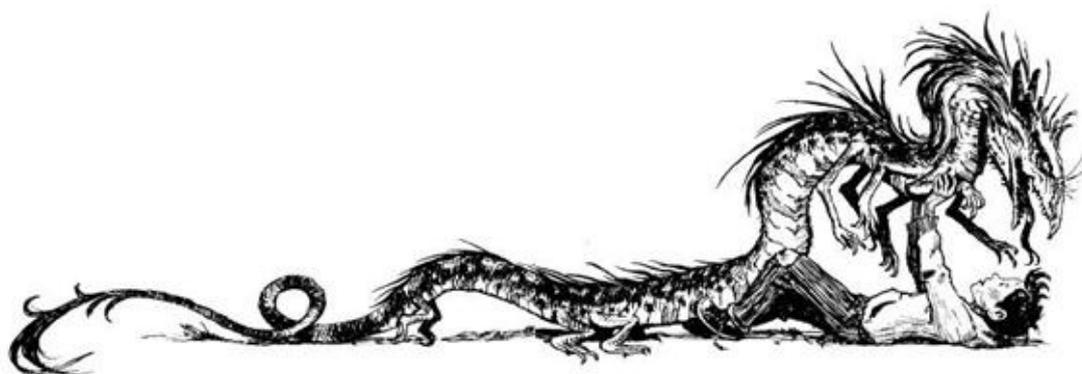
En ese momento, *Byron* salió disparado hacia delante, atrapó una de las criaturas

negras con su pico, la arrojó hacia arriba y se la tragó. A continuación, devoró otra, y luego otra más.

Llevado por la glotonería, se lanzó a por otra, tan larga como el brazo de Jared, que se encontraba enroscada en el suelo. La criatura se revolvió, siseó, y de pronto Jared comprendió de qué se trataba.

—Son dragones —dijo—. Todos estos son dragones.

Con el rabillo del ojo, Jared vio que algo se movía en dirección a ellos, veloz como un látigo. Se dio la vuelta, pero aquella cosa negra lo golpeó con fuerza en el pecho. El muchacho se tambaleó hacia atrás y apenas tuvo tiempo de protegerse la cara con las manos antes de que el grueso cuerpo de un dragón tan grande como un sofá se le echara encima. Jared se golpeó la cabeza contra el suelo y por unos instantes se le nubló la vista.



—¡Jared! —aulló Mallory.

El dragón abrió la boca, dejando al descubierto cientos de dientes finos como agujas. Jared se quedó petrificado. Estaba demasiado asustado para moverse. Notaba un ardiente escozor en los lugares que le había tocado el resbaladizo cuerpo del dragón.

Mallory golpeó repetidamente con la espada y alcanzó al dragón en la cola. La sangre negra manó a borbotones y la bestia se revolvió hacia ella.

Jared se puso de pie, mareado y estremeciéndose. Tenía la piel enrojecida y sentía unas fuertes punzadas en el corte que se había hecho antes.

—¡Ten cuidado! —le advirtió a su hermana—. ¡Es venenoso!

—¡Byron! —gritó Simon, señalando la figura negra que se abalanzaba sobre Mallory—. ¡Byron! ¡A por él!

El grifo remontó el vuelo con un chillido. Jared, desesperado, siguió a *Byron* y Simon con la mirada. ¿Cómo iba Mallory a escapar del dragón? Lanzaba mandobles y estocadas tan ágilmente como podía, pero el dragón era demasiado rápido para ella. El animal se enrollaba y arremetía como una serpiente, intentando agarrarla con sus cortas patas delanteras, abriendo tanto la boca que daba la impresión de que se la tragaría entera. Mallory no aguantaría mucho más tiempo. Jared tenía que hacer algo.

Recogió el objeto más cercano, un trozo de metal, y se lo arrojó al dragón. La

criatura dio media vuelta y embistió contra él, veloz como el rayo, con las mandíbulas abiertas de par en par, siseando.

El grifo descendió a toda velocidad del cielo y le hundió las zarpas en el lomo mientras lo hería con el pico. El dragón se enroscó alrededor de *Byron*, intentando estrangularlo con la cola. Simon se aferraba desesperadamente al grifo mientras éste batía las alas para elevarse de nuevo. El dragón se retorció y clavó los dientes en el cuerpo cubierto de pelo y plumas de *Byron*. Sus alas dejaron de moverse por unos momentos y, debido al brusco descenso, Simon se cayó de su lomo. Jared corrió hacia su hermano gemelo, que se precipitaba sobre el vertedero. Simon aterrizó sobre un montón de mosquiteras de ventana, con el brazo torcido.



El dragón se enroscó alrededor de Byron.

—¿Simon? —Jared se arrodilló a su lado.

Su hermano soltó un leve quejido y se apoyó en el otro brazo para incorporarse. Tenía marcas rojas de

veneno de dragón en la mejilla y en el cuello, pero el resto de su piel estaba muy pálido.

—¿Te encuentras bien? —susurró Jared.

Mallory palpó el brazo de Simon con cuidado. Éste hizo una mueca de dolor y se puso en pie temblando. Por encima de ellos, el dragón y el grifo luchaban encarnizadamente en un torbellino de escamas y plumas. El dragón había clavado hasta el fondo los dientes en el cuello de *Byron*, que volaba sin rumbo fijo.

—Se va a morir.

Simon se dirigió hacia la vaca, que alimentaba a la masa de serpientes diminutas.

—¿Qué haces? —preguntó Jared a su espalda.

Cuando Simon se volvió hacia ellos, tenía el rostro bañado en lágrimas. Mientras Jared lo observaba, Simon (que nunca había matado ni a una mosca, que siempre sacaba a las arañas de casa para salvarlas) le aplastó la cabeza de un pisotón a una de las crías de dragón, reduciéndola a un manchurrón bajo su zapato. La criatura soltó un chillido. La sangre de dragón penetró en la tierra y fundió el borde de la suela de Simon.

—¡Mira! —gritó—. ¡Mira lo que hago con tus crías!

El dragón dio la vuelta en el aire y *Byron* aprovechó la oportunidad. Hundió el pico en el cuello del ser y le abrió una tremenda herida. El dragón quedó inerte entre las garras del grifo.

—¿Simon? —Jared se arrodilló a su lado.

—¡Simon! ¡Lo has conseguido! —exclamó Mallory.

Simon siguió con la vista a *Byron* mientras éste se posaba cerca de ellos. Tenía las plumas empapadas en sangre, de manera que se sacudió para limpiarse. Luego, tras dejar caer el cuerpo del dragón grande, continuó devorando a las crías.

—Esto no está saliendo como habíamos planeado —dijo Simon.

—Pero ahora estamos más cerca del palacio —señaló Jared—. Mamá tiene que estar ahí.

—¿Crees que puedes seguir adelante, Simon? —preguntó Mallory, que tampoco parecía estar en plena forma, ya que tenía un corte en la mejilla y un sietete enorme en el hombro de la chaqueta.

Simon asintió en silencio, con aire sombrío.



—Yo sí, pero no sé si *Byron* podrá.

—No nos queda más remedio que dejarlo aquí —decidió Jared—. Creo que estará bien. Al parecer, el veneno no lo afecta.

Byron se tragó otra salamandra negra que se retorció y fijó sus ojos dorados y extraños en los hermanos Grace. Simon le acarició el pico con suavidad.

—Sí. Por lo visto le gustan más los dragones que todo lo que yo le daba de comer.

—A ver si puedo hacer algo con tu brazo —le dijo Mallory—. Creo que está roto. Utilizó su camiseta interior para atarle cuidadosamente el brazo al costado.

—¿Estás segura de que sabes lo que haces? —inquirió Simon, dolorido.

—Sí, estoy segura —respondió Mallory, haciendo un nudo apretado con la tela.



Echaron a andar en dirección al palacio. Era una construcción gigantesca hecha de algo que semejaba cemento o estuco mezclado con grava, trozos de vidrio y latas de aluminio. Daba la impresión de estar vaciado, más que moldeado, y algunas partes parecían de lava solidificada. Las ventanas tenían formas extrañas, como si el arquitecto hubiese ajustado la forma de la casa a todos los residuos que había ido encontrando. En el interior titilaban unas luces. Varias torres rematadas en finas agujas sobresalían del tejado, negro de brea y cubierto de varias capas superpuestas de algo parecido a escamas de pescado. Al acercarse, Jared se percató de que la verja principal estaba hecha de viejas cabeceras de latón. Al otro lado había una profunda fosa excavada en la tierra y tachonada de piezas puntiagudas de metal y vidrios rotos. El puente levadizo estaba tendido.

—¿No debería haber unos trasgos vigilando la entrada o algo así? —preguntó Mallory.

Jared miró en derredor. A lo lejos divisó unas volutas de humo que se elevaban de lo que supuso eran campamentos de trasgos.

—Pronto será noche cerrada —observó Simon.

—Da la sensación de que nos lo han puesto demasiado fácil —dijo Jared—. Como si nos hubiesen tendido una trampa.

—Pues sea o no una trampa, tenemos que cruzar ese puente —aseguró Mallory.

Simon asintió con la cabeza. Jared todavía pensaba que Simon estaba demasiado pálido y se preguntó si el brazo le dolería mucho. Al menos tenía la piel un poco menos irritada que antes.

Con cautela Jared apoyó un pie sobre el puente, en guardia por si ocurría cualquier cosa. No cesaba de dirigir la mirada a los vidrios afilados que sobresalían del foso. Y entonces cruzó a toda prisa hasta el otro lado. Mallory y Simon se quedaron sorprendidos por un momento, pero enseguida corrieron tras él.



El puente levadizo estaba tendido.

Al entrar en el palacio, se encontraron en un enorme vestíbulo construido con material de desecho y algo semejante al cemento. Los arcos de la entrada estaban adornados con guardabarros de cromo curvados. Varios tapacubos que colgaban de cadenas sujetas al techo destellaban a la luz vacilante de docenas de velas amarillas de las que goteaba cera. En un hueco de la pared había un hogar lo bastante grande para asar a Jared en él.

En aquel lugar reinaba un silencio inquietante. Sus pisadas resonaban en las salas mal iluminadas, y sus sombras se proyectaban alargadas en las paredes.

Se adentraron en el palacio, pasando junto a unos sofás que olían a moho tapados con cubrecamas raídos.

—¿Tenemos algo remotamente parecido a un plan? —quiso saber Mallory.

—No —contestó Jared.

—No —repitió Simon.

—Silencio —advirtió Dedalete—, id con cuidado. Creo que he oído algo por ese lado.

Se detuvieron un momento y aguzaron el oído. Percibieron un ruido muy leve que casi sonaba a música.

—Creo que proviene de ahí —señaló Jared, abriendo una puerta decorada con más de una docena de pomos.

En el interior de la estancia había una mesa larga y elevada formada por una tabla de madera colocada sobre tres caballetes. Unas velas gruesas que apestaban a pelo quemado ocupaban casi toda la superficie. Regueros de cera derretida resbalaban por los costados. Sobre la mesa había también fuentes de comida: bandejas alargadas y grasientas con ranas asadas, manzanas mordisqueadas, la cola y la raspa de un pescado grande. Las moscas revoloteaban ávidamente alrededor de los restos. Desde algún lugar de la habitación les llegaba una serie de notas muy agudas.



—¿Qué es eso? —preguntó Simon, pasando apretadamente junto a una silla de gran tamaño. De repente se detuvo, con la vista clavada en algo que Jared y Mallory no alcanzaban a ver. Se acercaron a él en silencio.

Bajo una ventana abierta había una urna voluminosa. Allí, a la luz trémula, Jared vislumbró unos espíritus del bosque atrapados en miel, hundiéndose en ella como si fueran arenas movedizas. Los gritos apenas perceptibles de los espíritus eran el sonido que habían oído antes.

Simon alargó la mano para liberar a los espíritus, pero la miel, muy densa, se adhería a sus alas, desgarrándoselas. Los espíritus chillaron cuando los depositó sobre la mesa amontonados en un revoltijo pegajoso. Uno de ellos yacía totalmente inmóvil, como un muñeco. Jared desvió la mirada hacia la ventana.

—¿Crees que hay más allí dentro? —susurró Mallory.

—Me temo que sí —contestó Simon—, en el fondo.

—Tenemos que seguir adelante. —Jared se encaminó a otra puerta. Al pensar en los diminutos seres ahogados sintió un profundo pesar.

—En este palacio hay demasiado silencio —comentó Mallory, siguiéndolo.

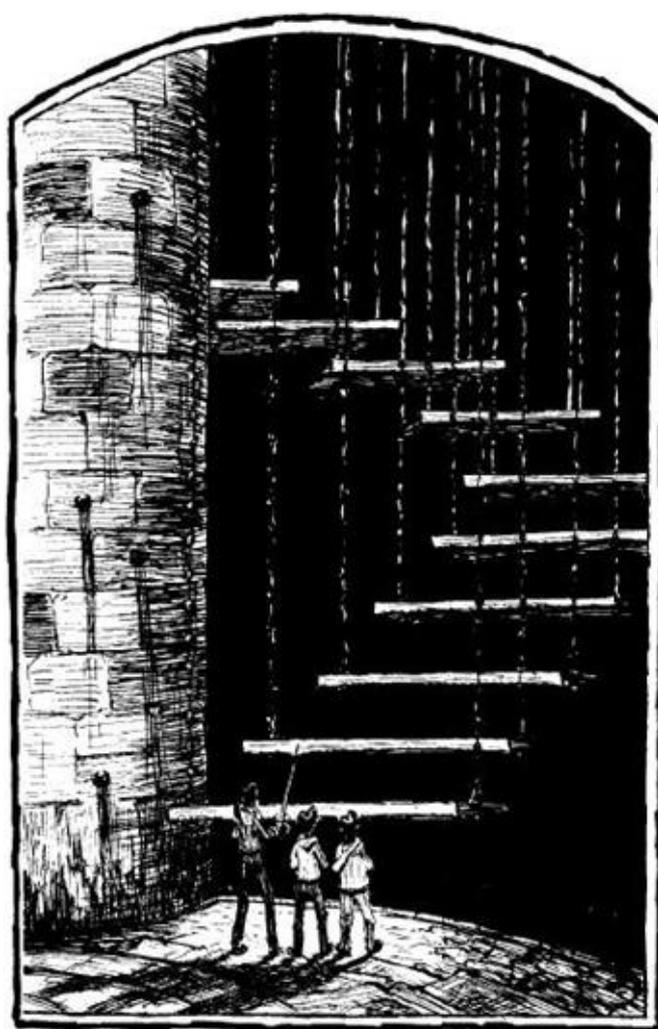
—Mulgarath no puede pasarse todo el día aquí —aventuró Jared—. A lo mejor tenemos suerte. Tal vez encontremos a mamá y podamos marcharnos sin más.

Mallory asintió, aunque no parecía muy convencida.

Pasaron junto a un mapa colgado en una pared. Se parecía mucho al viejo mapa de Arthur, salvo porque habían tachado los nombres y los habían sustituido por otros. Jared advirtió que habían escrito *PALACIO DE MULGARATH* encima del depósito de chatarra y que a todo lo largo del margen superior ponía ahora: *LOS DOMINIOS DE MULGARATH*.

—¡Mirad! —exclamó Simon.

Delante de ellos se abría una sala espaciosa con un trono en el centro. Estaba rodeado de alfombras solapadas con diferentes dibujos, todas ellas apolilladas y desgastadas. El trono estaba formado por piezas de metal serradas y soldadas entre sí.



La escalera parecía imposible de subir.

En un extremo de la estancia arrancaba una escalera de caracol cuyos peldaños eran tablas suspendidas de dos largas cadenas. El conjunto ofrecía el aspecto de una telaraña que oscilaba con la brisa. En la penumbra la escalera parecía imposible de

subir.

Mallory se aupó hasta el primer escalón, que se balanceó de forma alarmante. Intentó trepar al siguiente, pero estaba demasiado alto.

—¡Los peldaños están demasiado separados! —protestó.

—Son perfectos para un ogro —dijo Simon.

Al fin, Mallory logró aferrarse al segundo escalón, izarse hasta apoyar el pecho sobre él y subir las piernas.

—Simon no podrá escalar esto —objetó.

—Puedo... Estaré bien —insistió Simon, encaramándose torpemente al primer escalón.

Mallory negó con la cabeza.

—Te vas a caer.

—Agárrate fuerte —le gritó Dedalete desde la capucha de Jared—. Lo conseguirás con un poco de suerte.

Entonces Jared, asombrado, vio que cada peldaño se acercaba y permanecía firme para permitir que sus hermanos treparan a él. Con la ayuda de su brazo sano y de Mallory, Simon fue subiendo un escalón tras otro.

—Ellos han subido primero. Ahora tú mueve el trasero —lo apremió Dedalete.

—Vale, de acuerdo.

Jared escaló trabajosamente los peldaños. Aun con la ayuda del duende, el corazón le latía más deprisa conforme iba subiendo. La herida de la mano le escocía cuando se agarraba a las cadenas. Al mirar hacia la oscuridad de abajo sintió un fugaz mareo.

En lo alto de la escalera había un pasillo con tres puertas disparejas.

—Probemos la de en medio —sugirió Simon.

—Hemos hecho mucho ruido —dijo Mallory—. ¿Dónde están todos? Esto me pone la carne de gallina.

—Tenemos que seguir adelante —los animó Jared, pronunciando las mismas palabras que hacía un rato.

Con un suspiro, Mallory empujó la puerta. Se abría a una habitación muy amplia con un balcón construido con piedras que no casaban entre sí y cadenas. Unas enormes vidrieras de catedral, compuestas de fragmentos de vidrio de colores, ocupaban la pared del fondo. Su madre se encontraba en un rincón, atada, amordazada e inconsciente. En el otro extremo de la estancia, colgando de unas cuerdas que pasaban por una polea, estaba su padre.



«¿Qué haces aquí?»

CAPITULO SEIS

Donde los acontecimientos se precipitan

¿Qué haces aquí? —preguntó Jared.

¿Q A su espalda, oyó que Simon y Mallory exclamaban «¡papá!» a coro. El cabello negro de su padre estaba un poco despeinado y llevaba uno de los faldones de la camisa por fuera del pantalón, pero no había duda de que era él.

Su padre abrió mucho los ojos.

—¡Jared! ¡Simon! ¡Mallory! Gracias al cielo que estáis bien.

Jared arrugó el entrecejo. Algo de todo aquello le olía pero que muy mal. De nuevo echó un vistazo alrededor de la habitación. Al otro lado del balcón divisó a unos trasgos que se apiñaban en la penumbra, sujetando antorchas. ¿Qué estaba ocurriendo?

—Deprisa —urgió Mallory—. Hay que poner manos a la obra cuanto antes. Jared, desata a mamá. Yo me ocupo de papá.

Jared se agachó y le tocó la pálida mejilla a mamá. Estaba fría y sudorosa. No llevaba las gafas.

—Mamá está inconsciente —dijo.

—¿Respira? —preguntó Mallory.

Jared acercó un dedo a los labios de su madre y notó el leve soplo de su respiración.

—Está bien. Está viva.

—¿Has visto a Mulgarath? —le preguntó Simon a su padre—, ¿el ogro?

—Fuera se armó un buen alboroto —contestó el señor Grace—. Después no vi nada más.

Mallory se puso a manipular la polea y logró bajar las manos de su padre.

—¿Cómo te atraparon, si estabas en California?

Papá sacudió la cabeza con gesto cansado.

—Vuestra madre me llamó porque estaba muy preocupada. Me dijo que los tres os habíais estado comportando de forma extraña y que después habíais desaparecido. Vine lo antes posible, pero cuando llegué los monstruos ya habían irrumpido en la casa. Fue espantoso. Al principio no podía creer lo que estaba ocurriendo. No dejaban de hablar de un cuaderno de campo. ¿De qué va todo esto?

—Tío Arthur... —empezó a decir Jared.

—Es el tío abuelo de mamá, o sea, nuestro tío bisabuelo —puntualizó Mallory mientras intentaba deshacer los nudos.

—Sí, eso. El caso es que le interesaban los seres sobrenaturales —prosiguió Jared

al tiempo que desataba a su madre, quien permanecía inconsciente. Jared le alisó el cabello, deseando que abriese los ojos.

—A su hermano se lo comió un trol —intervino Simon.

Jared asintió con la cabeza y lanzó una mirada inquieta alrededor. ¿Cuánto tardarían en descubrirlos? ¿De verdad tenían tiempo para explicaciones? Ahora que habían encontrado a mamá, debían poner pies en polvorosa enseguida.

—De modo que escribió un libro sobre los seres sobrenaturales, un cuaderno que contenía información que ni ellos mismos conocían.

—Porque al parecer no están muy interesados los unos en los otros —agregó Mallory.

¿Cómo iban a bajar a su madre por las escaleras? ¿Podría llevarla su padre en brazos? Jared intentó concentrarse. Debían exponer la situación a su padre y asegurarse de que la entendiera.

—Pero los seres sobrenaturales no querían que una persona tuviera tanto poder sobre ellos, así que intentaron arrebatarse el libro. Como él se negó a dárselo, se lo llevaron a él.

—Se lo llevaron los elfos —precisó Simon.

—¿Ah, sí? —preguntó papá con un extraño brillo en los ojos.

Jared exhaló un suspiro.

—Bueno, ya sé que parece increíble, papá, pero mira a tu alrededor. ¿Crees que esto es un decorado, como los de tus películas?

—Os creo —afirmó su padre en voz baja.

—En resumidas cuentas —continuó Mallory—, encontramos el cuaderno.

—Pero lo hemos perdido de nuevo —dijo Simon—. El ogro se ha apoderado de él.

—Además, tiene un plan demencial para conquistar el mundo —añadió Mallory.

Papá arqueó las cejas, pero se limitó a decir:

—Entonces ahora que habéis perdido el cuaderno, la sabiduría que contenía se ha perdido también. ¿No conserváis una copia? Sería una pena que...

—Jared memorizó buena parte del contenido —explicó Simon—. Seguro que él podría escribir un libro por su cuenta.

Mallory asintió con un gesto.

—Y en los últimos tiempos hemos aprendido unas cuantas cosas, ¿verdad, Jared?

Jared sonrió y bajó la vista.

—Supongo —dijo al fin—. Pero desearía acordarme de más cosas.



Papá flexionó las muñecas recién liberadas y estiró las piernas.

—Lamento no haber estado aquí antes. No debí abandonaros a vosotros ni a vuestra madre. Quiero compensaros por lo que hice. Quiero quedarme.

—Nosotros también te hemos echado de menos, papá —dijo Simon.

—Sí —reconoció Mallory, mirándose las botas.

Jared guardó silencio. Lo que estaba ocurriendo le parecía demasiado bueno para ser cierto. Todo aquello era sospechoso.

—¿Mamá? —murmuró y la sacudió con suavidad.

Papá extendió los brazos.

—¡Venid a darme un abrazo!

Simon y Mallory se acercaron a abrazarlo. Jared miró a su madre y, de mala gana, se dispuso a cruzar la habitación, cuando su padre dijo:

—Quiero que estemos todos juntos para siempre.

Jared se quedó petrificado. Deseaba con toda su alma que eso sucediera, pero no acababa de creérselo.

—Papá nunca diría eso —replicó.

Su padre lo agarró del brazo.

—¿Es que no quieres que volvamos a ser una familia?

—¡Claro que sí! —gritó Jared, soltándose y retrocediendo un paso—. Quiero que papá deje de portarse como un tonto y que mamá ya no esté triste. Quiero que papá deje de hablar de sí mismo y de sus películas y de su vida todo el tiempo; que se acuerde de que soy el perdedor a quien por poco expulsan del cole, que Simon es al que le gustan los animales y que Mallory es la que practica esgrima. Pero eso no va a ocurrir, ¡porque tú no eres él!

Jared notó que los familiares ojos color avellana de papá empezaban a adquirir tintes amarillentos. Su cuerpo comenzó a alargarse y ensancharse hasta convertirse en una figura descomunal vestida con los andrajosos restos de un traje que en otros tiempos fue elegante. Sus manos se transformaron en zarpas y sus cabellos oscuros se entretejieron para formar ramas.

—Mulgarath —dijo Jared.

El ogro agarró a Mallory por el cuello con un brazo y a Simon con el otro.

—¡Ven aquí, Jared Grace! —atronó la voz de Mulgarath, mucho más grave que la de su padre. Se dirigió al balcón a grandes zancadas, sin soltar a sus presas—. Si no te rindes, tiraré a tus hermanos al foso de vidrio y hierro.

—Déjalos en paz —ordenó Jared con voz temblorosa—. Tú tienes el cuaderno de campo.

—No puedo dejaros ir —repuso Mulgarath—. Conoces el secreto para acelerar el crecimiento de los dragones y también para matarlos. Conoces los puntos débiles de mis trasgos. No puedo permitir que escribas otro cuaderno.

—¡Corre! —gritó Mallory—. ¡Llévate a mamá y corre! —Le pegó un mordisco al ogro.

Mulgarath soltó una siniestra carcajada y apretó el brazo en torno a su cuello, levantándola en vilo.

—¿Crees que tus miserables fuerzas bastan para detenerme, niña humana? Simon pataleó, pero el monstruo gigantesco no se dio por enterado.



«Tú no eres él»

Se oyó un quejido en el otro extremo de la habitación, y Jared se volvió a medias. Mamá se rebulló y abrió los párpados. De pronto miró alrededor con los ojos desorbitados.

—¿Richard? Me ha parecido oír... ¡Oh, Dios mío!

—Todo irá bien, mamá —le aseguró Jared, esforzándose por mantener un tono firme.

El hecho de que ella viese lo que estaba ocurriendo hacía que todo fuese aún más horrible.

—¡Mamá, dile que corra! —insistió Mallory—. ¡Corred los dos! ¡Rápido!

—Silencio, niña, o te romperé el cuello —gruñó el ogro, aunque acto seguido se dirigió a Jared con una actitud más serena—. Es un trato justo, ¿no crees? Tu vida a cambio de las de tus hermanos y tu madre.

—Jared, ¿qué pasa? —preguntó mamá.

El muchacho intentó conservar la calma. No quería morir, pero sería mucho peor que hicieran daño a sus hermanos y a su madre delante de él. Parecía que el ogro empezaba a relajar la presión con que sujetaba a Simon y Mallory, como si se dispusiera a soltarlos de un momento a otro.

—¿No nos dejarás ir... aunque te prometa que no escribiremos un nuevo cuaderno de campo?

Mulgarath negó lentamente con la cabeza, con una oscura satisfacción en la mirada.

—¡Déjalos! —exigió su madre, presa del pánico—. ¡Suelta a mis hijos! Jared, ¿qué estás haciendo?

Fue entonces cuando Jared reparó en la espada de Mallory, que estaba en el suelo. Esto lo ayudó a concentrarse. Debía trazar un plan. Recordó lo que Arthur había dicho sobre los ogros: que les gustaba alardear. Esperaba que Mulgarath no fuera una excepción.



«¿Por qué haces todo esto?»

—Me rendiré y me entregaré a ti.

—¡No, pedazo de idiota! —bramó Mallory.

—¡Jared, no lo hagas! —gritó Simon.

—Pero antes... —Jared tragó saliva y rezó para que el ogro mordiera el anzuelo—
me gustaría saber una cosa. ¿Por qué haces todo esto? ¿Por qué ahora?

Mulgarath sonrió, mostrando los dientes.

—Vosotros los humanos arrambláis con todo y os quedáis con lo mejor. Vivís en palacios, os dais grandes banquetes y os vestís con seda y terciopelo finos como si fuerais reyes. En cambio, se supone que nosotros, que vivimos para siempre y tenemos poderes mágicos, debemos inclinarnos ante vosotros y permitir que nos pisoteéis. Pues bien, eso se acabó.

»Llevo mucho tiempo planeando este golpe. Primero creí que tendría que esperar a que mis dragones crecieran. El tiempo está de mi parte. Pero el cuaderno de campo

me permitió acelerar el proceso. Siempre y cuando se les proporcione suficiente leche, los dragones son bastante dóciles, ¿sabes? Y estoy seguro de que habrás notado con qué rapidez se desarrollan gracias a la leche y lo poderosos que se vuelven. Los elfos son demasiado débiles para detenerme, y los humanos ni siquiera se imaginan lo que les espera. Se acerca una nueva era... ¡la era de Mulgarath! ¡La era de los trasgos! ¡Esta tierra tendrá un nuevo señor!

Jared ladeó la cabeza, confiando en que Mulgarath estuviera demasiado ocupado hablando para darse cuenta, y susurró a su capucha:

—Dedalete, ¿puedes conseguir que las cadenas de la baranda queden sujetas a las piernas de Mallory y de Simon?

El duende se agitó.

—Sin hacer ruido ponme en el suelo, y ya veremos entonces si puedo —musitó.

—Seguiré dándole palique —susurró Jared y acto seguido alzó la voz, dirigiéndose al ogro—. Pero ¿por qué tuviste que matar a los enanos? No lo entiendo. Ellos querían ayudarte.

—Acariciaban su propio sueño de un mundo hecho de hierro y oro. Pero ¿qué gracia tendría dominar un mundo como ése? No, yo quiero un mundo de carne, sangre y hueso. —El ogro sonrió de nuevo, complacido por el sonido de sus propias palabras, y bajó la vista hacia Jared—. Ya hemos charlado bastante. Acércate.

—¿Y qué pasa con el cuaderno de campo? —preguntó Jared—. Al menos dime dónde está.

—No tiene mucho sentido que te lo diga —replicó Mulgarath—. No se encuentra a tu alcance.

—Sólo tengo curiosidad por saber si habría sido capaz de encontrarlo —insistió Jared.

Una sonrisa cruel deformó las facciones del ogro.

—De hecho, si hubieras sido más astuto, habrías dado con él. Es una pena que no seas más que un niño humano; no eres rival para mí. El cuaderno ha estado debajo de mi trono durante todo este tiempo.

—¿Sabes una cosa? —dijo Jared—. Hemos matado a tus dragones. Espero que eso no afecte demasiado a tu ingenioso plan.

La expresión de Mulgarath revelaba auténtica sorpresa, aunque su rostro enseguida se crispó con furia.

Jared vio con el rabillo del ojo que unas cadenas se deseslabonaban y serpenteaban por el suelo como víboras. Una de ellas se enroscó en torno a la pierna de Mallory, otra rodeó la cintura de Simon. Cuando el metal le rozó la piel, Mallory dio un respingo. Una tercera cadena reptó hacia el tobillo de Mulgarath y Jared esperó que el ogro no se percatara.

Por desgracia, la pausa que hizo Jared bastó para llamar la atención de Mulgarath.

Éste miró hacia abajo y descubrió a Dedalete, que corría por el suelo. El ogro tomó impulso con su gigantesco pie y propinó al duende una patada que lo mandó al otro extremo de la habitación, donde cayó como un guante arrugado junto a la señora Grace.

—¿Qué es esto? —rugió Mulgarath, quitándose de un pisotón los eslabones que le rodeaban el tobillo —. ¿Pretendías gastarme una mala jugada?



Jared se abalanzó hacia delante y recogió la espada plateada de Mallory.

Con una carcajada, Mulgarath arrojó a Simon y a Mallory por encima de la baranda del balcón. Ambos profirieron un grito que enseguida se apagó, mientras el alarido de su madre se prolongaba indefinidamente. Jared no sabía si las cadenas habían resistido. No sabía nada.

Sintió náuseas. La rabia se apoderó de él. Todo lo veía pequeño y lejano. Notaba el peso de la espada en la mano como si fuera lo único real en el mundo. Levantó el arma en alto. Alguien, a lo lejos, pronunciaba su nombre en voz alta, pero le daba igual. Ya nada le importaba.

Entonces, justo cuando se disponía a atacar, reparó en la mirada de satisfacción del ogro, como si estuviese haciendo precisamente lo que Mulgarath esperaba..., como si Jared le estuviese siguiendo el juego. Si le lanzaba un golpe con la espada, estaría midiendo sus fuerzas con el ogro, que sin duda vencería.

De improviso, Jared desvió el golpe inclinando la espada hacia abajo, de tal manera que clavó la punta en el pie a Mulgarath.



El ogro soltó un berrido de sorpresa y dolor al tiempo que levantaba el pie herido. Jared dejó caer la espada, agarró el extremo de la cadena que Mulgarath estaba pisando y tiró de ella con todas sus fuerzas. El ogro se tambaleó hacia atrás, pugnando por recuperar el equilibrio, pero justo en el momento en que sus pantorrillas chocaban contra las cadenas que formaban la barandilla, Jared lo embistió de nuevo. El peso de Mulgarath arrancó las cadenas de la pared, y el monstruo se precipitó al vacío.

Jared corrió hasta el balcón. Inmensamente aliviado, constató que Simon y Mallory colgaban de sus cadenas sobre el foso, Simon sujeto por la cintura, y Mallory por la pierna. Lo llamaron con voz débil.

Jared empezaba a sonreír cuando Mulgarath empezó a escalar hacia ellos valiéndose de otra cadena, mientras su cuerpo adquiría la forma sinuosa de un dragón.

—¡Cuidado! —advirtió Jared.

Simon, que se encontraba suspendido más cerca del monstruo, intentó darle una patada, pero sólo consiguió que las cadenas se balancearan de manera peligrosa.

Mallory y Simon chillaron cuando Jared se inclinó lo más que pudo, blandiendo la espada de nuevo. Esta vez la hoja golpeó la cadena de la que pendía el ogro, cortándola e incrustándose en la pared del palacio. Mulgarath empezó a transformarse

de nuevo. Mientras el ogro caía a toda velocidad hacia los afilados cristales del foso, su cuerpo se redujo hasta convertirse en el de una golondrina. El pájaro salió volando del foso haciendo un viraje y se dirigió hacia la muchedumbre de trasgos que se había reunido. En unos segundos, Mulgarath conduciría a ese ejército al palacio, y la familia Grace no tendría escapatoria.

Pero entonces, cuando el ave emprendió un giro para volar de regreso a donde se encontraban los chicos, un trasgo extendió el brazo y cazó al pájaro al vuelo. Todo ocurrió tan deprisa que Jared no tuvo tiempo de sorprenderse y el ogro no tuvo tiempo de cambiar de forma otra vez.

Cerdonio le arrancó la cabeza a la golondrina de un mordisco y la masticó dos veces con evidente delectación.

—Avechucho chamagoso —dijo tragando.

Jared no pudo evitarlo. Rompió a reír.





«Todo este tiempo yo no sabía nada.»

EPÍLOGO

Donde concluye la historia de los hermanos Grace

Jared se sentó en el reluciente suelo de la biblioteca recién limpiada de Arthur y se apoyó en la pierna de tía Lucinda. Mallory, arrodillada a su lado, apilaba viejas cartas escritas en idiomas que ninguno de ellos sabía. Simon hojeaba un viejo libro con fotografías color sepia mientras mamá les servía un té.

La escena habría resultado bastante corriente de no ser porque Cerdonio estaba sentado cerca en una banqueta para los pies, jugando a las damas con Dedalete, que iba vendado y tenía un aspecto irritado.

Lucinda sostuvo en alto una de las pinturas de una niña que descansaban sobre el escritorio de Arthur.

—No puedo creerlo. Durante todo este tiempo yo no sabía nada.

Habían pasado tres semanas desde que derrotaron a Mulgarath, y por fin Jared empezaba a pensar que esta vez la tranquilidad iba a durar. Los trasgos se habían dividido en grupos que luego se enfrentaron entre sí. Para cuando salieron del palacio, *Byron* ya se había marchado, al parecer después de zamparse hasta la última cría de dragón. Jared, Simon, Mallory y su madre habían regresado a casa a pie. Había sido una larga caminata, y cuando llegaron a casa estaban tan cansados que se desplomaron sobre los montones de plumas y tela que antes eran sus camas, sin quejas ni comentarios. Ya había oscurecido cuando Jared se despertó. Dedalete estaba en una almohada a su lado, acurrucado junto al gatito anaranjado de Simon. Sonriendo, Jared respiró hondo y casi se atragantó con las plumas.



Al bajar las escaleras, topó con su madre, que estaba limpiando la cocina. En cuanto él cruzó la puerta, ella lo abrazó.

—Lo siento mucho —dijo mamá.

Aunque en cierto modo esto le hacía sentir como un niño pequeño, él le devolvió el abrazo y los dos permanecieron así durante largo rato.

Al cabo de unos días, esa misma semana, la señora Grace había hecho una serie de trámites para sacar a Lucinda del hospital psiquiátrico e instalarla en casa. Jared se quedó asombrado cuando un día volvió del colegio y encontró a su tía abuela, con un peinado y un vestido nuevos, sentada en la sala de estar. Al morir Mulgarath, seguramente su magia se había extinguido, y aunque Lucinda caminaba a menudo con un bastón, tenía la espalda tan recta como cuando era joven.

La señora Grace no había conseguido tan buenos resultados en relación con los problemas escolares de Jared: lo habían expulsado. La madre los había matriculado, a él y a Simon, en una escuela privada cercana. Les había asegurado que ahí impartían unos cursos excelentes de arte y de ciencias. Mallory decidió quedarse en el antiguo colegio. Al fin y al cabo, sólo le faltaba un año para entrar en el instituto y tenía todavía mucho por demostrar en el equipo de esgrima del J. Waterhouse.

Jared, por su parte, había guardado el cuaderno de campo de Arthur bajo llave en su arcón de metal. Sin embargo, después de todo lo ocurrido, no sabía qué pensar. ¿Seguirían acosándolos aquellos seres? ¿Se habrían terminado los problemas ahora que el ogro había muerto, o lo peor estaba aún por llegar?

En el despacho empezó a soplar una brisa que desparramó los papeles y sacó a Jared de sus pensamientos. Simon se puso en pie de un salto para intentar atrapar las cartas arrastradas por la corriente de aire.

—¿Te has dejado alguna ventana abierta? —le preguntó mamá a tía Lucinda.

—No recuerdo haberlo hecho —respondió ésta.

—Ya la cierro yo —se ofreció Mallory, y se encaminó hacia la ventana.

Entonces una hoja solitaria entró transportada por la brisa. Danzó en el aire, girando, flotando, y fue a parar justo a los pies de Jared. Era de color marrón verdoso, y a Jared le pareció que era de arce. Su nombre aparecía escrito en la hoja con una caligrafía esmerada. Le dio la vuelta y leyó:



—No dice dónde — señaló Mallory, que había leído el mensaje por encima de su hombro.

—En el claro, supongo —dedujo Jared.

—No pensarás ir, ¿no? —preguntó Simon.

—Pues sí —contestó Jared—. Lo prometí.

Debo entregarles el cuaderno de campo de Arthur. No quiero que nada de esto vuelva a pasar.

—Entonces iremos contigo —anunció Simon.

—Yo también iré —dijo mamá.

Los tres niños se quedaron mirando a su madre, atónitos, y luego se miraron entre sí.

—Y no os olvidéis de mí, chachalacos —saltó Cerdonio.

—No os olvidéis de nosotros —corrigió Dedalete.

Tía Lucy alargó el brazo para coger su bastón.

—Espero que ese sitio no esté muy lejos.



Esa noche salieron todos de la casa provistos de faroles, linternas y el cuaderno de campo. A los chicos les resultaba extraño salir en busca de seres sobrenaturales con mamá a la zaga y tía Lucy del brazo de Simon. Caminaron colina arriba y descendieron cuidadosamente por la otra ladera.

A Jared le pareció oír que alguien susurraba: «Listo es el que hace listezas», pero quizá se trataba sólo del viento o de su memoria.

El claro estaba iluminado por docenas y docenas de espíritus del bosque que zumbaban en el aire, centelleando como luciérnagas gigantes, posándose en las ramas de los árboles o sobre la hierba. Varios elfos —muchos más que en la primera visita de los niños— estaban sentados en el suelo, ataviados con los intensos colores del otoño, como para camuflarse en la floresta.

Los elfos guardaron silencio cuando el reducido grupo de humanos se dirigió al centro del claro. Allí, de pie entre todos los que estaban sentados, se hallaba la elfa de ojos verdes, con una expresión inescrutable. Junto a ella se encontraban el elfo con las hojas en la frente, con el semblante adusto, y el pelirrojo Lorengorm, que sonreía.

Al pensar en lo que habría hecho Dedalete, Jared se inclinó en una torpe reverencia. Los otros siguieron su ejemplo.

—Hemos traído el cuaderno —anunció Jared, y se lo tendió a la elfa de ojos verdes.

Ella le dedicó una sonrisa.

—Has hecho bien. Todos debemos fidelidad a nuestras promesas, y si tú hubieses quebrantado la tuya, Simon se habría visto obligado a permanecer con nosotros durante una larga temporada.

El aludido sintió un escalofrío y se arrimó a Mallory. Jared frunció el ceño.

—Sin embargo, puesto que la has cumplido —prosiguió ella—, deseamos

entregaros el cuaderno para que lo custodiéis celosamente.

—¿Qué? —exclamó Mallory.

Jared también se quedó boquiabierto.

—Habéis demostrado que los humanos sois capaces de utilizar las enseñanzas que contiene para hacer el bien. Así pues, os devolvemos el libro.

Lorengorm dio un paso al frente.

—Deseamos asimismo daros una muestra de nuestra gratitud por haber restablecido la paz en estas tierras. Con este objeto hemos decidido haceros una dádiva.

—¿Una dádiva? —Cerdonio sacó pecho—. ¿Y a mí qué me dais? ¿Cómo es que estos saltabancos van a recibir una recompensa cuando fui yo quien derrotó a Mulgarath?

Varios elfos estallaron en carcajadas, y Dedaleta dirigió a Cerdonio una mirada severa.

—Ya me extrañaba a mí que viniera con nosotros para apoyarnos —comentó Mallory.

—¿Qué es lo que quieres, pequeño trasno? —preguntó la elfa de ojos verdes.

—Bueno —dijo Cerdonio, llevándose un dedo a la boca en actitud pensativa—, quisiera... algún tipo de medalla, sí, eso es. De oro, con una inscripción: «Intrépido mataogros». No, mejor: «Aniquilador supremo de ogros». O ¿qué tal...?



—¿Eso es todo? —preguntó Lorengorm.

—La inscripción debería decir «Zoquete supremo» —le susurró Simon a Jared.

—No, hay más —respondió el trasgo—. Quiero que se celebre un banquete triunfal en mi honor. Con huevos de codorniz. Me encantan los huevos de codorniz. Y un pastel de pichón y gato asa...

—Tendremos en cuenta tus peticiones —lo interrumpió la elfa de ojos verdes,

disimulando apenas una sonrisa bajo su delicada mano—. Pero ahora debo pedir a los niños que expresen el deseo que alberga su corazón.

Jared se volvió hacia sus hermanos. Al principio parecían meditabundos, pero poco a poco se dibujó una sonrisa en sus labios. Jared miró a mamá, que aún parecía un poco confundida, y a su tía abuela, que irradiaba esperanza.

—Queremos que nuestro tío bisabuelo, Arthur Spiderwick, pueda decidir si desea quedarse en el reino de los seres sobrenaturales o no.

—Sed conscientes —los previno Lorengorm— de que si opta por regresar al mundo de los mortales, se convertirá en un montón de polvo y ceniza en cuanto ponga un pie en el suelo.

Jared asintió con la cabeza.

—Somos conscientes de eso.

—Habíamos previsto vuestro deseo —dijo la elfa de ojos verdes.

A un gesto de su mano, los árboles se separaron para franquear el paso a *Byron*. Sobre él iba montado Arthur Spiderwick.



«Has hecho un magnífico trabajo»

Jared oyó que a sus espaldas los demás reprimían un grito de sorpresa. Arthur dirigió una breve sonrisa a Jared, y esta vez el muchacho advirtió que sus ojos eran como los de Lucinda; reflejaban inteligencia, pero también bondad. Arthur iba sentado sobre el grifo, claramente incómodo, pero lo acariciaba con reverente admiración. Luego posó la vista en Mallory y Simon y se ajustó las gafas.

—Sois mis sobrinos bisnietos, ¿verdad? —preguntó en tono amable—. Jared no mencionó que tuviese hermanos.

Jared asintió en silencio. Intentó pensar si habría algún modo de disculparse por las cosas que le había dicho antes. Se preguntó qué opinión se había formado Arthur de él.

—Me llamo Simon —se presentó éste—. Y ésta es Mallory, y ésta, nuestra madre. —Simon se volvió hacia Lucinda y titubeó.

—Encantado de conoceros —dijo Arthur—. Salta a la vista que por las venas de vosotros tres corre la misma sangre inquisitiva que por las mías. Quizás hayáis tenido ocasión de lamentarlo. —Sacudió la cabeza con gesto irónico—. Al parecer vuestra curiosidad os ha metido en muchos líos. Por suerte, me da la impresión de que los tres sois mucho más hábiles para salir de aprietos de lo que yo jamás he sido.

Arthur sonrió de nuevo, esta vez con toda franqueza. Era una sonrisa amplia que le confería un aspecto muy distinto del hombre del retrato.

—Nosotros también nos alegramos de conocerte — dijo Jared—. Queremos devolverte tu libro.

—¡Mi cuaderno! —exclamó Arthur. Lo tomó de manos de Jared y se puso a hojearlo—. Fijaos... ¿Quién hizo estos bosquejos?

—Yo —reconoció Jared, con un hilo de voz—. Sé que no son muy buenos...

—¡Tonterías! —repuso Arthur—. Has hecho un magnífico trabajo. Estoy convencido de que algún día serás un gran artista.

—¿En serio? —preguntó Jared.

Arthur asintió con la cabeza.

—En serio.

Dedaleta se acercó hasta los zapatos de Arthur.

—Me alegro de saludarte, mi viejo amigo, pero ha venido alguien más conmigo. Ésta es Lucinda, para ti muy querida, aunque mucho la ha cambiado la vida.

Arthur se quedó sin respiración al reconocerla. «Debe de chocarle lo vieja que está», pensó Jared. Intentó imaginar qué ocurriría si su madre, aún joven, contemplara una versión envejecida de él, pero la idea le parecía demasiado dura, demasiado triste. Lucinda sonrió y las lágrimas le resbalaron por las mejillas.

—¡Papá! —dijo—. Estás igual que el día que te marchaste.

Arthur hizo ademán de descabalgarse.

—¡No! —gritó Lucinda—. Quedarás reducido a polvo. —Apoyándose en el

bastón, se aproximó a donde él estaba.

—Lamento mucho haberos causado tanta tristeza a ti y a tu madre —dijo él—. Siento haber intentado engañar a los elfos. Nunca debí correr ese riesgo. Siempre te he querido, Lucy. Siempre he deseado regresar a casa.

—Ya estás en casa —repuso Lucinda. Arthur negó con la cabeza.

—La magia de los elfos me ha mantenido con vida durante demasiado tiempo. He sobrepasado con creces la edad que estaba destinado a alcanzar. Ha llegado el momento de que me vaya, pero después de haberte visto, Lucy..., puedo irme sin pena.

—Acabo de recuperarte —se lamentó ella—. No puedes morirte ahora.

Arthur se inclinó para murmurarle al oído unas palabras que Jared no alcanzó a oír antes de apearse del grifo y abrazarla. En cuanto el pie de Arthur se posó en el suelo, su cuerpo se convirtió en polvo y después en una columna de humo que se arremolinó en torno a la tía abuela de Jared y se elevó hacia el cielo nocturno hasta desaparecer.

Jared se volvió hacia Lucinda, suponiendo que la vería llorar, pero estaba serena, contemplando las estrellas con una sonrisa en los labios. Jared deslizó la mano entre las suyas.

—Es hora de que nos vayamos a casa —dijo tía Lucinda.

Jared asintió con la cabeza. Reflexionó sobre todo lo ocurrido, todas las cosas que había visto, y de pronto cayó en la cuenta de que le quedaba mucho por dibujar. Después de todo, apenas había comenzado.



Entre cuevas, bosques y campos
ha transcurrido esta historia
Nuestros héroes contra los malos
alcanzaron la victoria.





*Pero no todo es regocijo
al final del camino;
tuvimos que despedirnos
de un padre, un mentor, un amigo.*

*Lloramos de Arthur la partida,
pero hay mucho que celebrar.
Por fin su querida Lucinda
está a salvo en su hogar.*





*Cerdonio ya tiene comida,
los Grace como troncos duermen
y Dedalete se dedica
a hacer lo que hacen los duendes.*

*Ahora que están alegres
sin nada que temer
nos viene de pronto a la mente
la pregunta: «¿Y ahora qué?».*



*¿Aparecerán más ogros
y dragones que matar?
¿Acaso nuevos peligros
nos vuelven a amenazar?*



*Si a Tony y a Holly preguntas,
Ellos te dirán que sí
Porque nuevas aventuras
Imaginan sin fin.*

*Ahora que os han contado
de Spiderwick la historia
debéis tener cuidado.
¡No la borreís de la memoria!*



*Así que estad siempre atentos,
y guardad bien estos libros.
ellos os mantendrán muy despiertos
y protegidos de peligros.*



Estudio a acuarela de Arthur y Lucinda Spiderwick, hallado en el despacho de Arthur.

Sobre TONY DiTERLIZZI...

Autor de éxito del *New York Times*, Tony DiTerlizzi es el creador de la obra ganadora del premio Zena Sutherland *Ted, Jimmy Zanwow's Out-of-This-Word Moon Pie Adventure*, así como de las ilustraciones por los libros de Tony Johnson destinados a lectores noveles. Más recientemente, su cinematográfica versión del clásico de Mary Howitt *The Spider and the Fly* recibió el Caldecott Honor. Por otra parte, los dibujos de Tony han decorado la obra de nombres tan conocidos de la literatura fantástica como J.R.R. Tolkien, Anne McCaffrey, Peter S. Beagle y Greg Bear. Reside con su mujer, Angela, y con su perro *Goblin*, en Amherst, Massachusetts. Visita a Tony en la Red: www.diterlizzi.com

y sobre HOLLY BLACK

Coleccionista ávida de libros raros sobre folclore, Holly Black pasó sus años de infancia en una decadente casa victoriana en la que su madre le proporcionó una dieta alta en historias de fantasmas y cuentos de hadas. De este modo, su primera novela: *El Tributo de la Corte Oscura* es un guiño de terror y de lo más artístico al mundo de las hadas. Publicado en el otoño de 2002, recibió buenas críticas y una mención de la American Library Association para literatura juvenil. Vive en West Long Brach, New Jersey, con su marido, Theo, y una remarcable colección de animales. Visita a Holly en la red: www.blackholly.com.

Tony y Holly continúan trabajando día y noche, lidiando con todo tipo de seres mágicos para ofreceros la historia de los niños Grace.

AGRADECIMIENTOS

Tony y Holly quieren agradecer
el tino de Steve y Dianna,
la honestidad de Starr,
las ganas de compartir el viaje de Myles y Liza,
la ayuda de Ellen y Julie,
la incansable fe de Kevin en nosotros,
y especialmente la paciencia
de Angela y Theo,
inquebrantable incluso en noches enteras
de interminables discusiones
sobre Spiderwick.



El tipo utilizado para la composición
de este libro es Cochin. La tipografía
de las ilustraciones es Nevis Hand y Rackham.
Las ilustraciones originales son a lápiz y tinta.